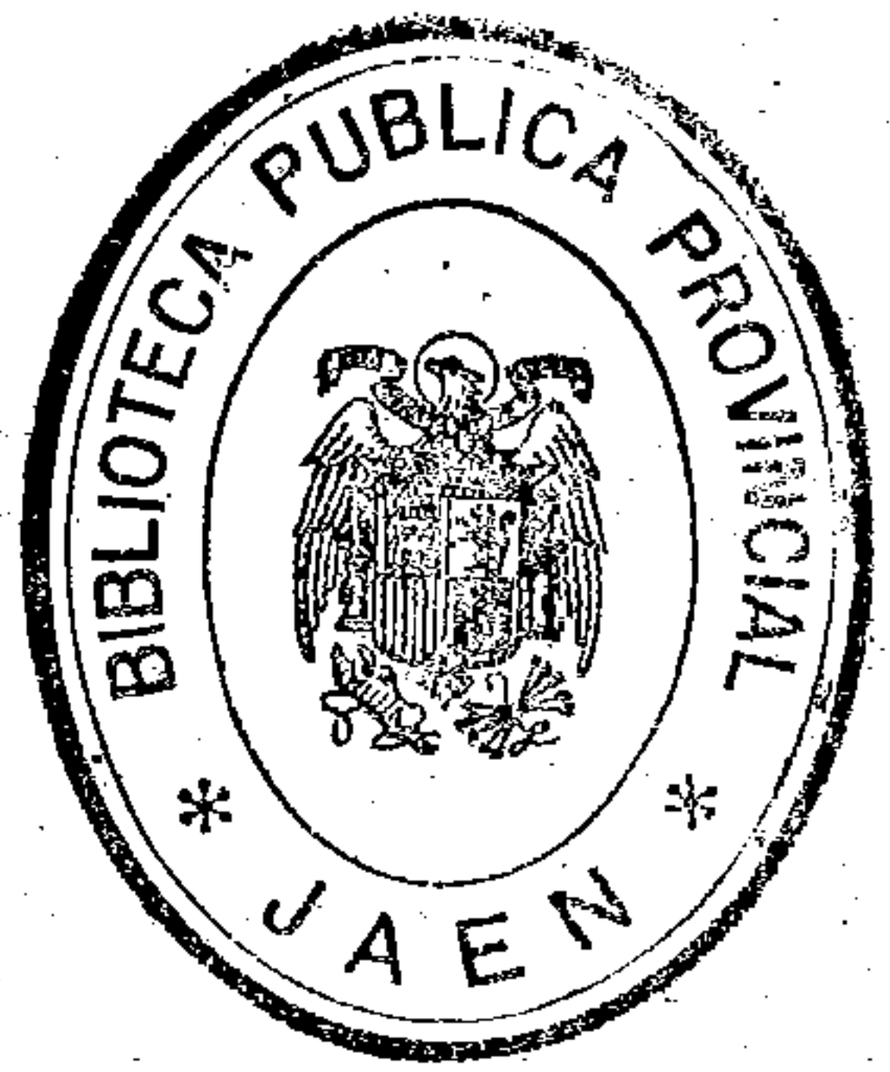
B-31 2.057

LA CIVILIZACION

EN LOS

CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTANISMO



Es propiedad.

1876.—Imprenta á cargo de J. Peña, Regueros, 9, Madrid.

4512

LA
CIVILIZACION
EN LOS
CINCO PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO.

LECCIONES

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

POR

EMILIO CASTELAR

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL
JAEN

TERCERA EDICION

2059

TOMO PRIMERO

MADRID:

EDITORES: A. DE SAN MARTIN Y AGUSTIN JUBERA,

Puerta del Sol, 6; Carretas, 39, El Libro de Oro,

y calle de la Bola, núm. 3.

1876

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN EL ATENEO DE MADRID

—

Curso primero.

—

INTRODUCCION.

LECCION PRIMERA.

SEÑORES:

Invitado por la Junta gubernativa del Ateneo á profesar sus difíciles enseñanzas, honra muy superior á mis escasos merecimientos, y decidido á desempeñar esta cátedra, más que por inclinacion de mi voluntad por consejo de mi conciencia, un gran temor embarga mi ánimo y hiela mi palabra, temor nacido del respeto que me infunde este ilustrado público, cuya benévola atencion empeña mi gratitud en empresas superiores á mis débiles fuerzas; temor que se acrecienta, cuando por uno de esos maravillosos y misteriosísimos conjuros del pensamiento evoco el recuerdo de los ilustres varones que cruzaron por esta cátedra, dejando en ella luminosos resplandores de sus pensa-

mientos y sus almas, que ahora mismo ofuscan mis ojos, y al compararme con esos ilustres varones, comparacion nacida, no del arrojo de mi amor propio, sino de la justificada identidad de circunstancias en que con ellos me encuentro, desfallezco, y declaro con la ingenuidad propia de mi carácter, que no me creo digno de levantar mi voz aquí donde han resonado los acentos de todas nuestras revoluciones científicas, ni merecedor de cultivar la ciencia, ese fuego sagrado que se encierra en las entrañas de este volcan de ideas llamado siglo décimonono; pues en tan supremos instantes, sólo pueden alentarme vuestras simpatías, esa corriente eléctrica, que nacida de todos los corazones, centuplica las fuerzas y da vida, fuego y colores al desmayado espíritu.

Yo no me atreveria á pisar este recinto si no estuviera convencido del gran destino que Dios ha encomendado á nuestra generacion, y del poco tiempo que le ha concedido de vida para cumplir ese destino. En estas épocas de renovacion, épocas tempestuosas, tristes sí, pero grandes, los espíritus al calor de la encendida atmósfera moral florecen más pronto, como los árboles en el Trópico, y dan temprano sus frutos. Nuestros padres hicieron mucho por nosotros; comenzaron por conquistarnos el pobre hogar, que nos habia robado el gran tirano del siglo, y cuando el hogar estaba ya conquistado, pidierón libertad. Un di-

luvio de desgracias cayó sobre sus frentes, un mar de dolores inundó su vida: unos bajaron á los calabozos, otros corrieron al destierro, muchos de ellos subieron al cadalso; y cuando nosotros, hijos de la desventura, nacidos entre lágrimas, vinimos al mundo, la guerra azotaba nuestras cunas, amargo lloro nublaba los ojos de nuestras madres, y sólo se oia el ruido y el estrépito de la gran sociedad antigua, que se arruinaba hasta en sus cimientos; pero al dispertar del sueño de la infancia, nos vimos armados de todas armas, con la libertad de la imprenta, de la tribuna, de la cátedra, instrumentos forjados en el hervidero de una gran revolucion, y ¡cuántos y cuán amargos no deben ser nuestros remordimientos, si abandonamos la ciencia que ha de resolver todos los problemas políticos y sociales, y ennegrecemos los últimos dias de nuestros padres ó deshonramos sus manes, haciendo ver al mundo que ha sido inútil su obra, estéril su sangre é ineficaces sus costosos sacrificios!

Generacion presente, para la cual parece haberse fabricado el templo de la historia, rotas á tus plantas todas las cadenas, abiertos á tu idea todos los horizontes; heredera de infinitos tesoros de ciencia; obligada á ser más justa con los antiguos tiempos que tus padres, por haber padecido ménos; debiendo ser religiosa, profundamente religiosa, para que la filosofía y el Cristianismo se

unan en eternas armonías como manifestaciones distintas de una misma verdad; sujeta á una ley moral severísima, á ser buena, no con la bondad pasiva, que consiste en no hacer mal, sino con la bondad activa y generosa que lleva el consuelo á todos los desgraciados, y abraza en su amor todos los hombres; dueña de infinitas fuerzas, que centuplican tus fuerzas, del vapor, que te dá alas, de la áurea electricidad, que es mensajera de tus pensamientos; armada del rayo, que amenaza suspendida sobre la frente de las demás generaciones y que ha descendido sumisa hasta besar tus manos; habiendo merecido que naturaleza te abra sus entrañas y te confíe sus más recónditos secretos; si con todos estos elementos, generacion presente, hija predilecta de la Providencia, pasas tus dias en la abyeccion y en el olvido, cuando esos dias estén contados, cuando te anegue la negra ola del tiempo que se llama muerte y te presentes delante del Eterno Juez que pesa las obras de los indivíduos, de los pueblos y de las generaciones, y al preguntarte qué has hecho de los grandes destinos que te habia encomendado, le contestes con la conciencia llena de tinieblas y las manos vacías de buenas obras, merecerás el eterno castigo de la justicia divina y la eterna maldicion de la historia. (Estrepitosos aplausos.)

Nuestros antepasados cumplian su destino al embrazar sus armas, al oir la voz de Dios que les

llamaba á la guerra, y así dejaban la ciencia á séres privilegiados y recogidos, ocultos las más veces en el fondo de las bibliotecas, en el seno de los cláustros. Pero nosotros, poseedores de una actividad intelectual más grande, nacidos entre estas contínuas explosiones de ideas que se llaman revolucion, llamados por una vida política más ámplia á intervenir más ó ménos directamente en la sociedad, en este siglo sintético, todos debemos consagrarnos al cultivo de las ideas, y hacer de la ciencia el centro de nuestras almas; y los más prácticos, los más observadores, los ministros de Dios en la naturaleza, esos, cuya inteligencia retrata el mundo exterior, deben consagrarse á comprender el universo material, que encierra lo infinitamente individual y lo general, la nube y el aire, la gota del rocío y el mar, el grano de arena y la luz; y los más reflexivos, los que se encierran en su conciencia, deben comprender este mundo interior que llevamos en el cerebro, mundo más duradero que el tiempo, más inmenso que el espacio, más adornado de ideas que el cielo de estrellas; y las almas místicas, embriagadas del amor divino que, como el fuego, ascienden siempre del fondo de las cenizas de este mundo al cielo, deben mirar la palabra que todo lo explica, el sér que todo lo contiene, el eterno sol de la naturaleza y del espíritu, Dios; y todos deben llevar un mismo pensamiento y un mismo fin, el pensamiento de

buscar con libertad entera la verdad por ser verdad, y el fin de hacer con desinterés completo el bien por ser bien; para continuar así la obra de las generaciones pasadas, para preparar el pan de la inteligencia á las generaciones, que hambrientas de verdad, nos manda lo porvenir, para perperfeccionar nuestra libertad y nuestro derecho. (Aplausos.)

Yo con estos fines, aunque en la pequeña proporcion que puede caber á mis pobres talentos, me he decidido á estudiar las ciencias históricas, en que el espíritu aparece en su totalidad, y de la historia de los primeros siglos del Cristianismo, que son como el prólogo del mundo moderno y el epílogo del mundo antiguo. Estos cinco siglos son el Génesis de la edad cristiana. No pretendo enseñaros nada de ellos, señores; vengo aquí á estudiar en voz alta acompañado de un considerable número de amigos.

Tres grandes ideas forman y componen nuestra civilizacion; Roma, el Cristianismo, los bárbaros. Los bárbaros dan la materia con sus tribus; Roma la organizacion, la forma, con sus leyes y sus códigos; el Cristianismo la sustancia, el alma, con sus ideas y con sus dogmas. Contemplemos estas tres ideas.

El Cristianismo, cuyo orígen divino todos reconocemos, cuya eficacia inagotable todos confesamos y sentimos; primera luz que nos ha sonreido

entre los ensueños de la inocencia; primera ley que ha refrenado las tempestades y los ímpetus de nuestra juventud; objeto de todas las oraciones; consuelo de todos los dolores; idea, que en el seno del hogar doméstico hemos libado como la miel de la vida de los labios de nuestras madres, y que guardamos en el fondo del sér como el alma del alma; poesía invisible, que resuena desde la cúna en nuestros oidos; símbolo que vemos en nuestros campos saludado por el labrador cuando la golondrina le anuncia la primavera; en nuestras playas adorado por el navegante cuando la gaviota le señala el buen tiempo; ángel, que nos acompaña en vida, que santifica todas nuestras buenas acciones, y que despues de muertos se sienta silencioso en la tierra donde dormimos, recoge el aroma de nuestra vida, el alma, y lo lleva en sus alas al través de los orbes á Dios; el Cristianismo, que es una religion, un arte, una gran filosofía; todo verdad, todo hermosura, todo bondad, como doctrina social, por más que pese á los que quieren ungir con él todas las tiranías; como doctrina social dió dignidad al esclavo, igualó moralmente al pobre con el rico, hizo de todos los hombres una sola familia, de todas las naciones, antes enemigas, la humanidad; y quiso que esta obra de libertad contara entre sus grandes holocaustos el sacrificio del Verbo, y por su primer mártir al Hijo del Eterno. (Generales aplausos.)

Esta es el alma de la civilizacion presente. Ver como se desarrolló en los primeros tiempos, cómo luchó con el paganismo, cómo triunfó, será el objeto de nuestras lecciones. Pero no era este el único elemento que en la civilizacion existia en estos cinco siglos; existia tambien el mundo clásico. Grecia habia hecho de la humanidad con su cincel de artista una hermosa estátua què el Cristianismo animó con el fuego del cielo; y Roma, la guerrera y legisladora, habia logrado que el mundo se postrára ante el ideal clásico de hinojos, y lo recibiera como la preparacion interior de otra idea más alta, como el principio de otra vida más grande. Por eso el mundo clásico tiene siempre armonías para nuestros oidos, dulces cánticos para nuestos corazones, y todos nos acordamos de él, como de la cuna de azucenas donde se meció nuestra civilizacion, como de la misteriosa lámpara, donde empieza á arder la luz de nuestro espíritu. Yo no puedo mirar á Grecia, la nacion de las grandes personificaciones, sin que se me aparezca personificada en la figura de una casta musa. Hermosa como la divina Psychis, las perlas de Oriente, que la traen sus hijos los Pitágoras, los Herodotos, del fondo de los templos antiguos, ornan su frente; la luz de las ideas tiñe de una hermosura divina su rostro; reclinada en su lecho de azucenas, con la copa de oro que guarda el néctar de la vida de sus dioses en una mano y en la

otra la lira que produce ardorosos himnos, se mira en el celeste seno de aquellos mares, donde se mezclan las aguas del Asia y de la Europa como la cadencia de una eterna endecha de amor; y deja errar su mirada por aquellos explendorosos cielos, y pidiendo inspiracion á los mares, á las montañas, á los bosques, á los horizontes, dicta á Homero sus poemas, á Píndaro sus cantos, á Esquilo y Sófocles sus tragedias, á Tucidides y Herodoto la historia, á Platon y Aristóteles la filosofía; y cuando Roma la esclaviza, lejos de atarse á su carro triunfal, entra como señora en sus festines, como maestra en sus escuelas, como diosa en sus templos; y si por último allá en el siglo quinto de la Iglesia consiente en ser sacrificada en la casta figura de Hipátia por manos de los sacerdotes cristianos, como víctima coronada de flores que la antigüedad ofrece al nuevo culto, es despues de haber infundido su espíritu en la Iglesia de Oriente y de haber filigranado el Evangelio con el armonioso ritmo de su divina lengua. Pues si Grecia vive hasta el siglo quinto ¿qué diremos de Roma? En la gran pira que formó con las armas de todos los reyes y de todos los pueblos, en la gran cárcel del Panteon donde se reunieron los dioses de todas las gentes, en sus códigos donde se encerraron las costumbres de todos los pueblos, Roma formó el genio de una civilizacion que todavía vive en nosotros, y resumió el trabajo de

toda la historia precedente, para que no se perdiera la obra de la Providencia.

Pero sobre aquel mundo clásico, tan hermoso en los siglos que vamos á historiar, se extendia una espada de fuego. Era la espada de los bárbaros. Venidos del fondo del Oriente, orígen de todas las grandes emigraciones, habian acampado en los hielos del Norte, y el alma panteista que recibieron en su orígen, se individualizó en cada uno de aquellos bárbaros en el fondo de sus oscuras cabañas. Mil tribus componian y dividian aquellas gentes, tribus que mandaban sus bandas como grandes manadas de aves de rapiña á devastar las regiones abiertas á su voracidad. Engendrados los más de aquellos bárbaros en un carro, nacidos en un punto, amamantados en otro, no conociendo patria y por lo mismo no radicando en el suelo; poseidos de un instinto viajero, que era el secreto de su destino; azotadas sus espaldas por los hielos y los huracanes que los empujaban hácia Occidente; sin leyes escritas, sin gobierno organizado; adorando ora dioses indios, ora griegos, ora divinidades feroces que se abrevaban en sangre, ora una espada puesta de punta en el suelo, á cuyo alrededor danzaban como energúmenos; heridos por tribus todavía más bárbaras venidas del fondo de la Mongolia á cumplir los decretos del Eterno; tribus que comian y dormian y vivian á caballo, que lanzaban gritos horribles se-

mejantes á los graznidos de los cuervos, que no sabian dónde iban, que se deshacian como las montañas de arena en el desierto y se condensaban como las trombas marinas; hombres horrorosos, que llegaron á espantar á los mismos bárbaros, pues Jornandes los describe trémulo, espantado, pintándonos su piel teñida de negro, sus ojos sanguinolentos escondidos y luminosos como los del buho, su rostro parecido, *deforme offæ*, á una deforme tortuga, sus mejillas acribilladas de heridas, pues sus madres se las partian al nacer para que sintieran en sus labios antes el hervor de la sangre que la dulzura de la leche; y todos estos bárbaros, que unos venian del Rhin, otros del Danubio, otros de la Scitia, otros de la Escandinavia, como huracanes nacidos de diversos puntos del horizonte, cernian sus ráfagas sobre la cabeza del gran coloso del imperio romano, y arrancaban uno á uno los diamantes á su triunfal corona; diamantes que al estrellarse en el suelo formaban con sus fragmentos las nacionalidades modernas. (Estrepitosos aplausos.)

Pero, señores, me seria imposible abordar todas las difíciles cuestiones que van á surgir á nuestra vista, sin dar una ley general histórica.

El siglo décimo-octavo fué un siglo de demolicion, y por eso era analítico; el siglo décimo-nono es un siglo de armonía, y por eso es sintético. La ciencia histórica siente hoy la revolucion, que

ha trocado las bases de todas las ciencias. Acordaos de lo que antes del siglo décimo-sexto eran las ciencias naturales; un caos donde hervian los elementos, y nada más que los elementos primeros de esas ciencias. Bacon, apartándolas de la hipótesis, y dándoles la observacion y la experiencia por base, abre á su progreso amplísimas vías. Acordaos de lo que eran las ciencias especulativas. Las escuelas habian puesto en un trono al gran Aristóteles, horriblemente martirizado por unos, combatido por otros, y casi ignorado de todos; y las respuestas de aquel oráculo, en cuyo vientre hablaban siempre sus sacerdotes, eran los principios de la ciencia. (Risas.) Descartes, señores, las emancipó de tan ignominiosa tutela, dándoles por base el espíritu y el pensamiento. Pues bien, el progreso fué más tarde en las ciencias históricas, pero fué, porque no aparece en una region de la vida y de la ciencia una ley que no se extienda armoniosamente á todas sus regiones, á todas sus esferas, siendo, como es el espíritu, uno é idéntico siempre á sí mismo. La historia, que era un arte ocupado solo en describir las alternativas de los imperios, se hizo una ciencia que tuvo por objeto y fin todo el hombre.

El hombre, aunque en cada ciencia encierre todo su espíritu, en las ciencias naturales principalmente estudia su sensibilidad, y en las ciencias legales su juicio, y en las ciencias filosóficas

su pensamiento, y en las artes y letras su imaginacion; pero en la historia se estudia todo entero, y se estudia no en abstracto, sino hecho carne y hueso, realizado, objetivado en sus ideas y en sus obras. El hombre en su totalidad es, pues, el objeto de la historia.

Al estudiar al hombre es imposible separar los dos elementos que lo componen y que forman su armonía. Viviendo en el tiempo y en el espacio, último extremo y último esfuerzo de la organizacion terrena, corona centellante de todos los séres que bajo él y á su alrededor se mueven; sujeto á leyes que no puede romper y á fuerzas que no puede alterar; el hombre, como sér orgánico, pertenece á la naturaleza; mas en su frente se encierra otro elemento, una llama que le eleva sobre todo lo creado, que le dá fuerza creadora, que le exclarecé, con luz más nueva que la luz del sol, las profundidades del mundo exterior, los secretos de su propia conciencia; elemento que se llama espíritu, por el cual vive el hombre enteramente libre y con toda su expontaneidad en otra creacion superior á la naturaleza, que se llama arte, ciencia, sociedad.

El hombre, señores, no es un sér aislado, solitario. Dios ha puesto en su corazon la ley divina del amor para que busque á sus semejantes y comparta con sus semejantes la vida. El hombre, el más hermoso de los séres que en la creacion vi-

ven por su corazon y por su inteligencia, aislado, solo, esas mismas fuentes de su poder harian su desgracia, tornándole el más infeliz y el más desarmado de todos los seres. Dios, que le dió un cuerpo débil, puso en su sér la razon como gran coraza contra las inclemencias y las asechanzas de la naturaleza; y la razon es eminentemente social; por eso si el primer grado de la vida es el indivíduo, el segundo grado de la vida es la familia. El hombre en la familia acrecienta su sér, pone su inteligencia en armonía con otras inteligencias, confunde su corazon con otros corazones; es hijo, y como hijo se liga á lo pasado y lo respeta; esposo, y vive en lo presente y lo hermosea; padre, y se adelanta á lo porvenir y lo prepara, y así multiplica su alma y completa su vida. La familia es el complemento de la personalidad humana, de la vida individual: el padre, la mujer y el hijo forman, á pesar de ser tres personas, misteriosa unidad por el amor que los confunde y los anima. Pero el hombre no vive solo en su familia; la lengua que habla, el carácter que le distingue, la religion que profesa, la ley social bajo que vive, ese amor eterno al suelo en que ha nacido, á esa tierra patria, donde le parece que ha de ser más dulce y tranquilo el sueño de la muerte; la historia misma, que le comunica perpétuamente con los que ya no son, los recuerdos de la infancia; todas esas ideas, todos esos sentimientos que son grandes leyes, sí,

leyes incontrastables de su vida, engendran en su indivíduo otro indivíduo superior que se llama patria, espíritu nacional. No creamos, señores, como en mal hora pretenden los sensualistas, que la nacion es solamente un congregado de indivíduos; no, señores, no; es algo más que eso, es por el órden que en ella reside, por sus límites geográficos, un gran cuerpo; es por sus ideas, por sus tradiciones, por sus leyes, un verdadero espíritu. Es un indivíduo superior, animado, con las mismas facultades que el hombre, aunque en grado más alto, viviendo por sí, y realizando su vida por medio de las leyes tan reales y tan verdaderas como las leyes de la naturaleza. La verdad es, que así como el cuerpo del hombre no puede vivir fuera del aire que le rodea, el alma del hombre no puede vivir fuera de la sociedad. La nacion, pues, será siempre un indivíduo análogo al hombre y en misteriosa armonía con el hombre. Pero, señores, además del indivíduo, de la nacion, hay en nosotros otro sér superior, que llamaremos humanidad. Así como el hombre no puede vivir fuera de la naturaleza ni de la sociedad, no puede vivir fuera de la humanidad. En su sér está impresa la idea humana: la compasion, la caridad, el amor, todos los sentimientos son como leyes de atraccion que unen á unos hombres con otros; la razon, la religion, la uniformidad de necesidades morales y de aspiraciones en todos los hombres,

el consentimiento unánime que á ciertas verdades fundamentales dan todos los pueblos, prueban evidentemente que sobre el indivíduo, sobre la nacion, á pesar de los climas y de las diferentes atmósferas históricas en que el hombre se mueve y en que se desarrollan los pueblos, hay un espíritu real, verdadero, uniforme, que se realiza en brillantes y varias y múltiples manifestaciones, y que se llama humanidad. Ahora bien, señores, ¿cuál es el tipo de la sociedad y de la humanidad? El tipo es el indivíduo, el hombre. Por consiguiente, estudiando las facultades del hombre, estudiamos las facultades de los pueblos y de la humanidad; y estudiando los fines del hombre, estudiamos los fines tambien de los pueblos y de la humanidad. El ideal de una sociedad perfecta consiste en que ni la nacion ni la humanidad absorban al indivíduo, antes bien tomen por fundamento sus facultades y sus derechos.

El hombre está en comunicacion con el mundo material, y necesita de una facultad que realice esta comunicacion; facultad que se llama sensibilidad. El hombre está en comunicacion con Dios, con el mundo invisible de ideas, y necesita de otra facultad que realice esta comunicacion, y esta facultad se llama pensamiento. El hombre necesita además una facultad que determine su propia esencia, á ser, á realizarse, á producirse, y esta facultad se llama voluntad. El mundo exterior

en sus individualidades se retrata como en un espejo en la sensibilidad, que en su primer grado es puramente pasiva, como obligada por necesidad á recibir los objetos, tal como naturaleza los presenta; mas la sensibilidad implica la actividad del espíritu, actividad que se manifiesta en esa facultad de aislar cualidades, de componer séres, de idear mundos, que llamamos imaginacion. La sensibilidad es el primer grado de la existencia individual, la imaginacion el segundo, y lo mismo sucede en los pueblos. El niño siente, el jóven imagina. Los pueblos en su primera edad viven apegados á la naturaleza, y confunden y personifican todos sus poderes en una gran personalidad, en el sacerdote, que es rey, pontífice y legislador á un mismo tiempo. Por eso sus religiones suelen ser símbolos más que ideas, sus leyes fórmulas poéticas, y los cantos sagrados su única ciencia.

Pero el hombre con la sensibilidad solo tendria impresiones aisladas: necesita una facultad que generalice sus impresiones y les dé una ley uniforme, y esta facultad se llama entendimiento, y esa ley se llama nocion. El entendimiento es la facultad en que se forjan las nociones. Esta es la tercera edad del hombre, la tercera edad del pueblo, en que ya la idea de derecho se aclara en la mente y se empieza á desasir del símbolo como la fruta de la flor. Pero el hombre con la sensibilidad y el entendimiento solo tendria impresiones aisla-

das, fugaces; nociones ligeras qne no podrian formar nunca la cúspide verdadera de la inteligencia, la idea. El alma, pues, tendiendo por su propia virtud á lo incondicional, á la unidad, á la ley fundamental de su sér, necesita de una facultad que realice esta su aspiracion suprema, y esa facultad se llama razon. Los sentimientos é impresiones rotas en la sensibilidad, la nocion borrada como un ligero boceto de idea en la inteligencia, solo se alza á tener el sello de unidad, el carácter de verdadera ley en la razon. Y la edad de la razon es la edad madura de los pueblos, edad en que el derecho se define ya clara y distintamente, y en que todos los ciudadanos, sujetos no á la voluntad de una clase, ni de un déspota, sino á la ley, realizan la libertad.

Dos son las leyes del hombre: conocer y obrar. Con las facultades que he mencionado solo alcanza á conocer. Para obrar necesita de la voluntad, que es la actividad en su último grado, pues por ella el espíritu determina su sér á producirse, á realizarse en el tiempo, y por ella el hombre es, despues de Dios, el autor de su propia vida. Así como la naturaleza que encierra tantos séres, tan varios y múltiples, compone un sistema, todas estas facultades forman un todo orgánico, de suerte que sin una no podemos comprender la otra, y todas tienen por base idéntica la actividad del espíritu.

La naturaleza es un organismo, el espíritu es tambien un sistema, y por tanto la historia, que es la realizacion del espíritu en el tiempo y en el espacio, es una série de organismos y un sistema.

Las facultades que acabo de estudiar, solo me dan los medios de que se vale el hombre para llegar á sus fines. Poseemos el conocimiento de los medios, vamos á ver si alcanzamos el de los fines. Dos leyes tiene el hombre como he indicado, la de conocer y la de obrar. El hombre debe tender á obrar bajo las leyes de su naturaleza con libertad entera, como dueño de sus acciones y artífice de su vida, contrayendo siempre mérito ó demérito, segun se acerque ó se aparte del ideal de virtud impreso en su conciencia y realizando así su propio destino. Este es su fin moral, el cual se conoce en los pueblos en las costumbres. El hombre tiende á conocer á Dios, á amarle con amor purísimo, á tributarle el culto de su oracion y de sus buenas obras, á unirse en cuanto lo consienta su humilde naturaleza con ese Sér Supremo, fuente misteriosa de la vida, centro luminoso del espíritu, y á perfumar todas sus ideas, todas sus obras con el puro aroma religioso, nube de incienso que lleva á Dios la parte más pura y más esencial de nuestra alma. Y este es el fin religioso que se ve en la historia de todos los pueblos, pues sin un culto no viven. Pero conocida la ley moral y conocida la ley religiosa, el hombre debe tender á buscar las con-

diciones internas y externas de su desarrollo social, para unirse en un sentimiento de justicia con sus semejantes, y realizar el fin individual de su propio destino en armonía con el fin general del Estado y de la humanidad. Y este es su fin social, que se realiza por la política y por el derecho.

Como cuerpo, como organizacion sujeta á lo contingente, el hombre necesita de lo útil, de la industria, del comercio; como sér sensible, el hombre se une á la naturaleza, y viendo en ella una de las fuentes de su existencia, la ama, y comprende y abraza su ley; como artista despliega las brillantes alas de su fantasía á la luz del eterno sol, asciende en raudo vuelo á lo infinito, y produce armonías más bellas que el eterno concierto de los mundos; como sér moral, conoce su espíritu, lo cultiva para toda su vida con libertad, y lo presenta al Eterno Juez; como sér social, busca un punto de apoyo de su existencia, un centro de gravedad de su alma, una ley que le una en recíproca justicia con sus semejantes, y realiza el derecho; como ser religioso, su conciencia se abre á la idea de Dios, á manera que la flor al rocío, sus pensamientos, sus acciones son un contínuo himno, su vida es como una ánfora que guarda los aromas del cielo, y su deseo, sacudiendo la triste larva de la materia, tosco capullo, sube de esfera en esfera hasta el cielo; y en todas estas manifestaciones que recorren las varias esferas de la vida

desde aquella que le confunde con los últimos seres hasta la que le une á Dios, en todas estas manifestaciones realiza toda la plenitud de la esencia de su sér. Pues bien, el conjunto de estas manifestaciones útiles, artísticas, morales, sociales, científicas y religiosas en el pueblo y en la humanidad, es lo que nosotros entenderemos por civilizacion.

El gran protagonista de la historia es el espíritu humano, y el instrumento del espíritu es la libertad. El hombre, este ángel caido, punto de union entre la naturaleza y el espíritu, ministro de Dios en sus obras, que levanta con su pensamiento lo creado á su Creador; puesto entre lo finito y lo infinito como entre dos polos; habitante del mundo sobrenatural por sus ideas, por su fantasía, y de esta estrecha tierra por su cuerpo; antitético, inarmónico, y destinado á comprender y realizar todas las armonías; este ángel caido se distingue de los séres arrojados como un pedestal á sus plantas, y de los orbes, diamantes que coronan su cabeza; se distingue de estos séres por su libertad, santa idea, sin la cual la religion seria engañosa mentira, la ciencia vano fantasma, la justicia cruel burla, la sociedad un sepulcro, la conciencia un desierto; sí, por la libertad, soplo creador que nadie puede robar á nuestro espíritu, y que entre las tinieblas de todos los tiempos, y á las plantas de todos los tiranos, y en el seno de todas

las tempestades, relucirá siempre inmortal, como la esencia de nuestro sér, como la obra más grande y más hermosa del Eterno. (Estrepitosos aplausos). La historia del mundo, ha dicho un escritor profundísimo, es la historia de la libertad. La solidaridad humana es evidente, el hombre es uno en la historia. El hombre en la India estaba encerrado en la corteza de la creacion; inmóvil al pié de sus altares, su conciencia se perdia en la luz de aquellos astros como la luciérnaga en los rayos del sol, su vida en la sávia exuberante de la naturaleza como la gota de lluvia en el mar. Pero un dia se sintió el hombre triste; dos pasiones luchaban en su corazon, dos ideas en su mente, dos dioses en sus altares, y fué osado á forjar una espada en el fuego del sacrificio, y se hizo guerrero, y se sintió más fuerte, y se llamó persa, y montado en el caballo del desierto fué disciplinando las razas asiáticas en su eterna carrera hácia Occidente. Y otro dia el genio de la civilizacion asomó por las montañas del Líbano; el hombre se asentó bajo sus cedros, y vió á lo lejos el mar que le convidaba, como si fuera un cielo en la tierra, con sus argentadas espumas, con los cánticos de sus ondas, y se dió el hombre á la navegacion, y se llamó fenicio, y se sintió más libre; y aprisionó los vientos, y holló con sus plantas los mares, y se trasformó su destino. Al ver pasar al navegante entre las floridas riberas del Mediterráneo, del

fondo de las celestes aguas se levantaron como nereidas coronadas de perlas Grecia, Italia, Iberia; y Grecia recibió el genio fenicio, lo metamorfoseó en sus valles, y uniéndolo á su propio espíritu, animó con su soplo vivificador al hombre, creó el ciudadano; y Roma, recogiendo el genio de Oriente y el de Grecia, las almas de dos mundos en su jigante seno, forjó la idea de humanidad, y la humanidad por sus grandes trabajos, por su continuado martirio, por sus maravillosas obras, fué ya digna de recibir en su seno el espíritu de Dios; y Dios y la humanidad se unieron por medio del Verbo en el Calvario, y nació de esta union el mundo moderno; y en su nacimiento lo cercaron mil inundaciones, mil dolores, mil enemigos, y parecia que toda la gran obra de la libertad iba á desaparecer; y Dios levantó dos grandes rocas incontrastables contra aquellas tormentas, el Castillo feudal, para rechazar la fuerza con la fuerza; la Iglesia, para recibir como en eterna arca santa los espíritus; y la Iglesia llamó á los Cruzados cuando el feudalismo ya no era necesario, cuando habia rematado su obra, y bajo su manto nacieron las Universidades destinadas á educar al pueblo, para que acabara con los señores feudales; el derecho romano, destinado á quebrantar con su misteriosa unidad el caos del feudalismo; el municipio, pequeña bellota, de que habia de nacer la encina de la libertad; (Aplausos)

el arte antiguo, destinado á dar sentimientos de libertad á los ciudadanos; la autoridad de los reyes, destinada á formar las nacionalidades é imprimir en su frente la idea de igualdad; y cuando esta obra se habia concluido, el espíritu humano, exhuberante de libertad y de vida, no cabia en el Viejo Mundo, y Dios, del fondo del Océano hizo salir otra creacion más expléndida, otro mundo más hermoso, y al calor de las ciencias, de las artes, el espíritu humano cobró nueva vida, pasó incólume por medio de las revoluciones modernas, sacó del seno de esas grandes tempestades nuevos derechos, nuevas ideas; y nosotros, hijos de tantos dolores, de tantas grandes obras, nacidos en esta tierra empapada de lágrimas y de sangre, cubierta con el polvo de los huesos de infinitos mártires de la libertad, debemos conservar y agrandar esta nuestra personalidad que ha sido toda la obra de la civilizacion, todo el gran trabajo de la historia. (Generales y repetidos aplausos).

Pero en la historia no existe solo la libertad humana y el hombre. El hombre solo con su libertad seria como un fantasma perdido en lo vacío. La existencia del sér finito supone la existencia del sér infinito, y la libertad supone la ley de la Providencia. Sobre la cúspide de los mundos, sobre el humano espíritu, en el inmenso santuario de la eternidad existe Dios, de cuyos labios des-

ciende el aliento que anima la creacion; de cuya frente baja el rayo de suave luz, en que se baña el sol y los mundos. Existiendo como persona absoluta en sí y por sí; razon fundamental de todo sér, causa de toda existencia; presente siempre en la naturaleza por sus leyes, en el espíritu por su revelacion; pensamiento absoluto, idea madre de todas las ideas; produciendo de su seno la vida, y conservándola con su bendito amor; inmutable eje de diamante sobre que gira la creacion infinita y absolutamente libre; verdad, justicia y hermosura perfectas, Dios, rodea toda la historia con la atmósfera de su Providencia.

La libertad humana, caminando siempre bajo la ley de la Providencia, realiza el progreso. La ley de progreso está encarnada en nuestra naturaleza y en nuestra conciencia. Es una condicion precisa de nuestro crecimiento intelectual y moral. El progreso atestigua á un tiempo nuestra grandeza y nuestra limitacion. Atestigua nuestra grandeza porque abre espacios inmensos á la actividad humana; atestigua nuestra limitacion porque si no fuéramos imperfectos, no tendríamos necesidad de progreso. El progreso es el camino que recorre el hombre para ir de un estado imperfecto á otro más perfecto; y por eso alcanza á todas las manifestaciones del espíritu humano; á las ciencias, á las artes, á la política. Dios que es absoluto y perfecto, no conoce progreso. Pero el

hombre por su imperfeccion y por su contingencia, necesita inevitablemente de esta ley para crecer y perfeccionarse. La idea de progreso en la historia es como la série en filosofía, como la progresion en matemáticas. Cuanto más estudiamos al hombre, más nos convencemos de esta idea. Débil por su cuerpo, combatido por mil resistencias á veces insuperables, y activo con una actividad extrema, con una actividad que nunca desfallece, va acumulando fuerzas, ideas, elementos para seguir incansable su camino, como el árbol que brota de la semilla, rompe la tierra para respirar el aire y recoger la luz. Es cierto que el progreso indica el movimiento de la humanidad hácia adelante, hácia un ideal cuya realizacion está por venir; pero no es menos cierto que el progreso, esta idea fecundísima, enseña tambien cuán profundos y verdaderos son los instintos de conservacion en el hombre, y cómo no adelantaría un paso en su camino si no aprovechara los tesoros de las edades pasadas. Si miramos desde hoy los siglos pasados, veremos que no se puede concebir el progreso como una idea que salta caprichosamente de un punto á otro, no; cada edad encierra la edad que le precede y la edad que le ha de seguir; cada institucion y estado social reune la institucion y el estado social de que nace y la institucion y el estado social que engendra; como el tiempo tiene tres términos, pasado, pre-

sente y porvenir; como la idea tiene tres formas, tésis, antitésis y sintésis; querer que el hobre retroceda, que viva fuera de la ley del progreso, es lo mismo que intentar que el pez viva fuera del agua, ó que vuele el ave dentro de la máquina neumática. No es dado á ningun hombre cambiar las leyes reales de la sociedad, como no le es dado cambiar las leyes de la conciencia, como no le es dado cambiar las leyes de la naturaleza.

Pero se suele decir: el progreso es una idea falsa, porque hay épocas mucho más tristes y mucho más angustiosas que las épocas precedentes. Esta objecion parte en mi sentir de un conocimiento superficial de la historia. Es cierto que hay épocas tristísimas, pero debe considerarse que toda idea al encarnarse en el tiempo y en el espacio vive dentro de un organismo; que estos organismos se quiebran, se deshacen á la accion del tiempo, y que entonces muere la parte orgánica de la idea, y muere con grandes ó inevitables dolores. Pero siempre del seno de aquella organizacion rota por el dolor, por la muerte, surge otra idea más progresiva, más grande. El progreso es pues orgánico, y así se contesta á una parte de la objecion precedente. Pero hay otra contestacion todavia más persuasiva y concluyente. No debemos mirar las épocas en sí, debemos mirar las épocas por su objeto. Si miráramos la época en sí, resultaria más progresiva la República romana

que el Imperio, más progresivo el Imperio que los bárbaros, y á su vez más progresivo el municipio de la Edad media que las grandes monarquías de los siglos décimo-sesto y décimo-sétimo. Pero si miramos las épocas por su objeto, veremos que el Imperio que trae la unidad material de la especie humana es más progresivo que la República; y los bárbaros que traen la nocion clara del indivíduo, y caen de hinojos ante el Cristianismo, representan un estado social más progresivo que el imperio; como las monarquías del renacimiento formando las grandes nacionalidades, son más progresivas que los feudos de la Edad media.

Se ha querido tambien atacar el dogma del progreso, diciendo que todos los que profesamos esta verdad sostenemos que el hombre puede alcanzar la infinita, la absoluta perfeccion en la tierra. Esta es una acusacion gratuita. Si por progreso indefinido se entiende que no es dable fijar los límites concretos donde la humanidad concluirá su camino, ¿quién será tan arrogante que quiera conocer sus límites? Pero nunca el hombre, nunca, por mucho que progrese, por mucho que adelante, podrá salvar el límite que lo separa de lo absoluto, nunca podrá cambiar su naturaleza, nunca podrá lograr lo infinito, lo eterno en la tierra.

El progreso no fué en ningun tiempo un dogma de los antiguos; el progreso es un dogma

cristiano. Los indios creian el mundo un oscuro calabozo, un lugar de expiacion donde el alma humana purgaba delitos anteriores á su vida terrestre. Pitágoras, al pretender una revolucion política no ménos que una revolucion filosófica, buscaba el ideal de su doctrina en las entrañas de las sociedades asiáticas. Platon, queriendo modelar la sociedad con arreglo á su idea absoluta, y reflejar en el estado su propia conciencia, petrifica los pueblos como creyendo que la inmovilidad es la suma perfeccion, y encuentra en las castas de las antiguas sociedades ya rotas por el progreso, la ley de su sociedad y de su tiempo. Virgilio, el alma sin duda más llena de esperanza que la historia antigua nos presenta, el cantor de una nueva edad de oro, dice en sus libros que el mundo vuelve á lo pasado como barca empujada hácia atrás y combatida por el huracan y las hondas. Lucrecio, uno de los poetas más sublimes que guarda en sus anales la literatura, al ver que Júpiter no desata sus iras sobre Roma, que no la reduce á cenizas por sus crímenes, reniega de los dioses y de los hombres. El republicano Horacio, no comprendiendo que el Imperio venia á cimentar tambien la obra de la libertad, despreciaba ¡él! que habia huido en la batalla de Philippos, despreciaba las generaciones que le rodeaban y creia que su seno estaba destinado á engendrar el mal y la servidumbre. Caton, el

gran Caton, el espíritu más justo y más severo de los antiguos tiempos, cuando oye el ruido que la antigua República produce al desplomarse, y el canto de las vencedoras legiones de César, se parte con su espada el corazon donde ya no quedaba un resto de consuelo. Y Bruto, el último romano, la última encarnacion republicana de la idea estóica; Bruto, que habia llevado su amor á la libertad hasta el crímen, su ódio á la tiranía hasta el desprecio de todo sentimiento humano; cuando se vió vencido, cuando las huestes de los triunviros rodeaban su tienda, en las sombras de la noche, de rodillas á los piés de un soldado, le pide como bien supremo la muerte, y al recibirla y espirar, dejando errar su mirada por los astros que iluminaban tranquilos aquella desoladora escena, pronunció estas angustiosas palabras: «virtud, nombre vano, engañosa sombra, esclavo del destino ¡ay! ¡he creido en tí!»: horrible muerte que concluye con un grito de maldicion, grito nacido más que del dolor de un hombre, de las entrañas de la sociedad antigua, desposeida del mayor tesoro del mundo, de la santa y consoladora esperanza. (Aplausos.)

Señores, la idea de progreso es eminentemente cristiana. El progreso no es en el Cristianismo solo una ley reconocida por la conciencia; es tambien un deber impuesto á la voluntad. «Sed perfectos, nos dice Jesús, como mi padre que está

en el cielo.» El Cristianismo ha levantado, pues, á los ojos del hombre un ideal de progreso, que aunque el hombre no puede alcanzar nunca en la tierra, moverá siempre su voluntad á ir en pos de la perfeccion. «Sed perfectos, como mi padre, que está en el cielo.» Es decir, acercaos á Dios, en cuanto vuestra naturaleza lo consienta. Y como Dios es verdad, bondad y hermosura perfectas, el hombre debe perfeccionar cuanto le sea dable su verdad, la ciencia; su bondad, la moral, la política, la sociedad; su hermosura, el arte. Por eso puede con razon decirse que el reinado del Cristianismo en la historia es el reinado del espíritu. Y como el espíritu es inmensamente activo, el reinado del Cristianismo es tambien el reinado del progreso. Ved, señores, con cuánta razon me lamento de que se intente hacer á esta divina religion cristiana cómplice del absolutismo por esos hombres que gustan de respirar el fétido aire de los sepulcros, y que toman el fuego fosfórico, el fuego fátuo que produce la descomposicion de los cadáveres por la eterna luz de la verdad y de la ciencia. (Aplausos.)

¡Y aún se duda de que el Cristianismo haya derramado la idea del progreso en la historia! Jesús divinizó esa virtud progresiva que se llama esperanza: Jesús prometió que los hombres hijos de un mismo padre, hermanos, llegarian á tener un solo altar y un solo Dios. Este sentido de pro-

greso debió seguir influyendo en las obras de los Padres de la Iglesia. San Pablo enseña esta misma idea cuando dice que el hombre tenia nociones oscuras de Dios, porque era niño, y como niño su razon era débil, pero que cumplidos ya los tiempos proféticos debia Dios mandarnos su Verbo para adoptarnos por sus hijos. Los Padres de la Iglesia recogieron esas ideas, y las enseñaron al mundo maravillado. Y si no explicad ¿qué significa la celeste esperanza que centellea en la *Ciudad de Dios* de San Agustin?

Destronada Roma; vendida por el senado la estátua del valor; arrojados por los sacerdotes paganos los dioses á la voracidad de los bárbaros; triunfante el godo Alarico en el Capitolio, teniendo en sus manos el manto de los Césares empapado en sangre romana, pronto á arrojarlo tal vez en los hombros del último de los soldados; inundada de ostrogodos Grecia, de visigodos Italia, de francos y burgundos las Galias, de suevos y vándalos España, de alanos el Africa; convertida toda la tierra en una hoguera, todo el cielo en espantosa tormenta; mientras los paganos, sin fé en la mente, sin esperanza en el corazon, ciegos por haberse apagado el antiguo ideal romano, maldecian la edad de dolor en que habian venido al mundo, y renegaban de los dioses y de los hombres; San Agustin escribe su *Ciudad de Dios* á la luz de la hoguera, tomando su acento á la

tempestad; la *Ciudad de Dios*, rayo de luz en aquella espesa noche, iris de paz en aquella tremenda tempestad, santa y consoladora esperanza que enseña al mundo á convertir los ojos al norte de la Providencia, y á creer que del horno de aquellas guerras va á salir la humanidad más grande, más hermosa, más fuerte como poseedora de la única fuente de la verdadera vida, que es el espíritu de Dios.

Y no se crea que esta idea se borró completamente de la conciencia humana. Las crónicas escritas en la Edad media por los monjes, principiando siempre con el principio del mundo, nos dieron la unidad de la historia como el Cristianismo habia enseñado la unidad de toda la especie humana. Todas estas ideas muestran que la nocion de progreso, aunque oscurecida, no se extinguió por completo. Un escritor, no seguramente católico ni aun espiritualista; un escritor dado al materialismo, á esa doctrina qué repugna á mi corazon y á mi conciencia, Augusto Comte ha dicho: «Es evidente tambien que la gran nocion filosófica del progreso humano ha comenzado á surgir universalmente, por más imperfecta é incierta que en aquella sazon fuera, de los esfuerzos empleados por la Iglesia para mostrar su fundamental superioridad sobre todos los sistemas anteriores.» Y esto lo digo saliendo al encuentro á los que con un sentido filosófico más

ó ménos claro niegan que el Cristianismo trajera la nocion del progreso al mundo.

Otro escritor, y este es católico, y católico que ha muerto por su virtud y por su fé en olor de santidad, y cuyas obras han sido publicadas por el clero francés, Mr. Ozanam, exclama: «Con el Evangelio comienza verdaderamente la doctrina del progreso.» Y esto lo digo para ocurrir á las observaciones de aquellos, que con un sentido religioso más ó ménos claro, niegan que nazca del Evangelio el dogma del progreso.

Esta idea naturalmente se exclareció en la filosofía; porque la religion, que nos ha dado las verdades divinas y las verdades morales, influye en la verdad científica. Esta idea se ha exclarecido en la filosofía moderna, Bacon, Bossuet, Boullanger, Turgot, Kant, Fitchte, Hegel, Saint-Simon; todos estos ilustres filósofos, pensadores ilustres, cada uno segun su escuela, segun su doctrina, por este ó por otro camino, todos han convenido en el dogma fundamental del progreso.

Todos conoceis su principios. Pero lo que sin duda no recordais en este momento es el nombre de un mártir ilustre en los anales de la libertad y de la ciencia, que oprimido de dolores, cercado de inmensos males trazó con mano segura y corazon entero el dogma del progreso á la pálida luz de las mismas teas que iban á consumir su vida. Ha-

blo de Condorcet y de su libro *Sobre la perfectibilidad humana*. ¡En qué tiempo se escribió este libro! Recordadlo, señores; la revolucion francesa está en su período de delirio; Francia embriagada por sus ideas, se halla poseida de una gran demencia como la Pitonisa en su trípode; la sociedad padece acerbos dolores al dar á luz una nueva idea política; el terror domina como absoluto dueño en la Convencion; el verdugo reina en la plaza pública; las calles de París resuenan con el estridente ruido de las carretas que arrastran á millares los desgraciados al cadalso; las instituciones antiguas reciben como si fuera la celebracion de sus funerales una sangrienta hecatombe en la Vendée; el nuevo mundo político se desgarra sus propias entrañas en la Gironda; los reyes de Europa rodean con sus huestes la Francia para ahogar aquel gran hervidero de ideas y de pasiones que iba á fundir en sus frentes la corona del antiguo absolutismo; el pueblo va devorando uno á uno sus hijos; Barbaroux es pasto de las fieras; la inteligencia de Buzot se apaga en un lago de sangre; la cabeza de Vergniaud, señores, de Vergniaud que habia infundido su espíritu á la revolucion, que le habia dado la poesía de su genio y de su palabra, cae en el cesto de la guillotina en medio de los aplausos de aquella misma muchedumbre que dias antes recogia entusiasmada el eco de su voz al pié de la tribuna;

y en medio de aquellos horrores, Condorcet perseguido, oculto, con la cuchilla del verdugo pendiente sobre su cabeza y el abismo de la muerte abierto á sus plantas; desgarrado el corazon, sabiendo que la desgracia se ceba en su familia, en sus amigos; entre estos horrores, decia, escribe con mano segura el dogma del progreso, como pudiera hacerlo un tranquilo solitario en su tranquila celda; y cuando por fin la muerte hiere su cabeza, cuando cae como todos los ilustres varones de Francia al pié del ara de la revolucion, lejos de prorrumpir en maldiciones como Bruto, muere abrasado de fé; radiante de esperanza: alma hermosa, que como el águila, supera las tempestades y alza el vuelo sobre las negras nubes, y mira con mirar tranquilo y sereno, sin curarse del rayo que hierve bajo sus alas, el sol de la libertad y del progreso que inunda de luz su corazon y su conciencia. (Estrepitosos aplausos.)

Sin este dogma del progreso no se explica, no se puede explicar la historia. Así es, señores, que mal trataríamos de comprender los cinco siglos que vamos á historiar, si no convirtiésemos los ojos á la edad precedente. Los siglos, las edades se eslabonan como la série en la conciencia, como la progresion en matemáticas, como los organismos en zoologia; se eslabonan mediante una gran idea, que los une, y que es la razon comun de su existencia.

El politeismo habia llegado á pensar en muchos de los problemas que debia resolver el Cristianismo, y que ni la religion ni la filosofía antigua pudieron resolver; la idea del hombre, la idea de la humanidad, la idea de la libertad, la idea de Dios, la idea de la Providencia, existian oscuramente en el paganismo.

Sócrates predica la idea del hombre, le hace sujeto y objeto de la ciencia, dice que la razon domina en la naturaleza, y que una concertada armonía debe dirigir nuestra vida; une la moral con un sentido religioso, mas no puede hacer penetrar esta idea en la conciencia de aquel pueblo, que por una gran contradicion tiene al hombre por tipo de todas sus ideas. El hombre se encorva bajo el peso del destino.

La idea de la humanidad, complemento de la idea del hombre, parece que va á posesionarse de la mente de los dos más grandes hombres de la historia antigua, César y Alejandro. Alejandro hereda el genio de todas las repúblicas griegas, es rudo como un espartano, elocuente y poeta como un ateniense; César, el genio de las dos grandes razas que dividen su patria, es elevado, grandioso como un patricio, expansivo, liberal como un plebeyo: Alejandro recoge en su alma todos los cánticos, todas las ideas, todas las glorias de la Grecia; César recoge todos los recuerdos y todas las aspiraciones de Roma: desea Ale-

jandro someter el mundo á su idea, y el mismo deseo se aposenta en el alma de César: corre el griego al Oriente seguido de sus huestes, derrama en los aires la idea griega que le posee, rompe con sus plantas las fronteras, congrega á los pueblos; corre César á Occidente, entra en las Galias, en la Bretaña, en la Iberia, en la Germania, y llâma alrededor de su carro á todas las gentes, á todos los pueblos: quiere Alejandro en el fondo de los umbrosos bosques del Asia realizar la union del espíritu griego con el espíritu oriental, une sus capitanes con sus esclavas persas y asirias, se desposa él mismo con las reinas caidas en sus manos y en su lecho nupcial quiere que de su beso de amor salga un nuevo hombre, un nuevo pueblo que lleve los tesoros de las dos grandes almas que vagan por los aires; comprendiendo César que Roma vá á ser eterna, llama á sus festines á todos los pueblos, á su soberanía á todas las razas, rompe el estrecho recinto de los privilegios patricios, y hace sentar en el senado, en el templo de la ciudad aristocrática los senadores bárbaros; y las ideas de estos grandes hombres les sobreviven y dominan en la historia, porque Alejandría levantada por el conquistador griego, es despues de su muerte el centro de todas las ideas, la escuela de todos los filósofos del mundo, y Roma, cuya alma habia arrojado César sobre la tierra, es el trono de todas

las razas y el templo de todos los dioses. (Aplausos.)

Pero el hombre y la humanidad son nada sin la idea de libertad. La libertad es en la antigüedad una nocion oscurísima. La filosofía en los tiempos ante-socráticos, está encerrada en la naturaleza, y apenas sabe nada del hombre. Buscaba el principio de la vida en el agua; en el aire, en el fuego, en lo infinito, en lo contradictorio, en el número, y nunca descendia á la conciencia del hombre, aunque cada pensamiento nuevo que amanecia derramaba un nuevo aroma de espiritualismo en la ciencia. El alma para Pitágoras no era más que una hermosa nota de la eterna música de los mundos. Los eleáticos quieren adivinar algo de la libertad, levantar el alma á su personalidad; pero no pueden sostener esta alta concepcion y la dejan caer y anegarse de nuevo en el océano de la naturaleza. Sócrates comprendió más la conciencia que la voluntad. La escuela de Antístenes comenzaba á sentir la libertad, pero era una libertad negativa que consistia en aislar al hombre de los grandes objetos de sus ideas y de sus sentimientos, y confundirlo en sí mismo; libertad parecida á la que buscaban en el fondo de ocuras cavernas los erèmitas de todas las regiones orientales. Platon, el genio sin duda más hermoso de los antiguos tiempos, cree que el alma se ve solicitada por movimientos dis-

tintos y discordes como los astros, como la materia; y en esto consiste toda su concepcion de la libertad. Aristóteles cree que la virtud es hija de la educacion, de suerte que apenas deja nada para la actividad del espiritu. Los estóicos fueron los que más cultivaron esta nocion de la libertad, de la voluntad. Pero fuera más ó ménos clara, lo cierto es, que en la antigüedad se comprendió la libertad de las clases sociales, pero nunca la libertad del indivíduo.

La idea de Dios, la idea de la Providencia, fueron estudiadas por Platon, por Ciceron; pero lo cierto es, que Dios, como padre de la humanidad, como persona distinta del hombre y del mundo, como sér absoluto, comprovidencia del hombre y de la historia, no aparece en toda su realidad hasta la aparicion del Cristianismo. He hecho, señores, estas indicaciones, para que se comprenda cuán grande, cuán dilatado, cuán inmenso es el horizonte abierto á nuestros ojos. Preciso será que disimuleis mi atrevimiento.

Creo haber delineado el cuadro. Roma, disciplinando con su espada vencedora las gentes, fundiéndolas al pié del Capitolio, dándoles una ley, un hogar, una lengua, levantando á su alto asiento á todas las razas para ungirlas con el óleo de la soberanía; el Cristianismo, humilde en su orígen, desterrado de Jerusalen su cuna, conducido por unos pobres pescadores sin ciencia por

el mundo, encerrado en el fondo de las catacumbas como la semilla en la tierra, y desde allí trastornando y demoliendo toda la sociedad antigua que se une para contrastar tan formidable guerra; los dioses, aglomerados como trofeos de una gran batalla, espirando sin culto en el Panteon; las ideas, que habian cruzado por la mente de la humanidad, todas las ideas, que habian atormentado á los hombres, congregadas en Alejandría como una gran hecatombe que la ciencia antigua ofrece á la nueva religion; la Iglesia, la Jerusalen divina, levantándose entre la tempestad y encerrando en aquel grande y pavoroso naufragio el espíritu de la civilizacion; los bárbaros, desgajándose sobre aquel mundo, con sus teas encendidas, con sus martillos prontos á pulverizar los cuerpos de los dioses paganos faltos ya del antiguo espíritu; todos estos elementos congregados, reunidos en una edad grandiosa, forman tan maravilloso y admirable cuadro, que no se puede á él convertir los ojos sin que se quede suspenso el corazon, atónita la inteligencia.

¡Época grande! ¡Época admirable! El espíritu humano en medio de la gran tempestad, muestra todas sus brillantes facetas y descompone todos los rayos de luz que se cruzan en aquellos horizontes. La conciencia de la humanidad que habia consumido ya el politeismo, árida y seca, espera la lluvia del cielo y la devora agradecida. El

hombre, que parecia gastado, podrido entre aquellas grandes miserias del Imperio, se regenera en el bautismo cristiano. Mientras los estóicos mueren, ó bien de desesperacion, ó bien á los golpes de la cuchilla de los Césares, el cristiano baja al circo y muestra la inmortalidad en su muerte. La impotencia de la horrible restauracion que intentan los paganos se muestra en toda su triste desnudez. En vano grandes y célebres escritores intentan resucitar la fé en los dioses, en vano se consultan los mudos oráculos y se ofrecen víctimas con abundancia en los altares; en vano los retóricos pronuncian pomposas arengas, recordando la hermosura de Venus, los trabajos de Hércules, los grandes beneficios hechos al mundo por el paganismo; en vano la aristocracia y la religion se aunan para salvarse en la gran personalidad de Sinmaco; en vano el genio de Juliano el Apóstata corona con todo el explendor de la ciencia, con todas las perlas del arte el gran cadáver del panteismo materialista; todo en vano: los dioses huyen de la tierra, la abandonan; los templos se caen; hasta las estátuas clásicas se pulverizan, y todo el paganismo invocado por unos, bendecido por otros, recalentado en los palacios de los Césares, en el pecho de los senadores, el paganismo se muere, se descompone, y deja solo cenizas en esta época de la historia. Las gentes que no han abrazado el Cristianismo, patentizarán que en su

pecho han muerto los restos de la antigua fé, y el dia en que se presente en el circo romano un orador llamado Plotino, que hable griego correctamente y envuelva sus ideas en símbolos deslumbradores, todas aquellas gentes, ansiosas de una nueva creencia, le llamarán dios y le alzarán un templo.

La tempestad extenderá sus negras alas encapotando los horizontes. Aquellas inquietas tribus que habian devorado tantos ejércitos, parece que van á concluir con el mundo; y al entrar en Roma y esparcir por las calles y las plazas las piedras de aquellos inmensos muros, de aquellos grandes monumentos, una música divina suspende su corazon, es el canto de los sacerdotes cristianos; y su ira se desarmará, y se bajarán sus armas, hartas de matar, melladas de golpear en los huesos de las víctimas, é irán á escoltar al nuevo Dios, significando así que los bárbaros van á ser soldados del Cristianismo por la pureza hermosa de sus almas y por su amor á la libertad. La libertad bajará del cielo y se quebrará para siempre la terrible coyunda del destino. El siervo y el señor se llamarán hermanos, se unirán al pié del altar en un mismo destino. El extranjero sabrá que toda la tierra es su patria, y do quier vuelva los ojos encontrará su Padre que está en los cielos. Concluirá para siempre el valladar insuperable que apartaba unos hombres de otros hombres.

unos pueblos de otros pueblos, y todos caminarán con los ojos puestos en la columna de fuego de su ideal religioso, á la patria celeste, á la Jerusalen divina.

¡Época grande! El espíritu de Dios desciende sobre el mundo; anima al hombre, anima toda la historia. La ciencia descansa en la ancha base de la inmortalidad del alma, de la unidad de Dios; el arte se siente más fecundo al inspirarse en el amor divino; la libertad, como un soplo de nueva vida, se esparce por todo nuestro sér; la igualdad de los hombres ante Dios, presenta el ideal de justicia de una sociedad perfecta, y todas las generaciones y toda la civilizacion vivirá ya animada por este soplo que baja del Calvario, en una misma fé, en una misma consoladora esperanza.

Señores: de nada servirian nuestras lecciones si con ellas solo nos propusiéramos un fin científico; es necesario que procuremos tambien un fin moral. La inteligencia que solo dá de sí un corazon corrompido, es como la flor que dá un fruto gusaniento. Ysi en todos tiempos se necesita levantar el sentido moral, en ninguno se necesita en verdad tanto como en estos, en que el sensualismo y el principio de utilidad han corrompido á tantas conciencias. Somos jóvenes y debemos volver por la honra de la juventud. ¿Qué podemos prometernos de esta generacion, si cuando todavía tiene en sus labios la humedad de la leche y el

perfume del beso maternal, se muestra ya viciada, corrompida y vieja? Ya sabeis lo que de la juventud hoy se dice. Su inteligencia, dicen, se ha apagado en las cenizas de la tierra; las hermosas alas que Dios prendió á su corazon, han caido en el lodo; la flor de su vida, destinada á ornar el cielo, está ya tronchada y roida por el vil interés; no lucha por hacer el bien, sino por buscar el podrido alimento de sus pasiones; y así pasa sus dias en el tédio, sus noches en el placer, y consume inútilmente el fuego de su existencia. ¡Ah! La juventud, sí, la juventud desmentirá estas calumnias. ¡Oh! Vosotros, que oís en el fondo de vuestro corazon las armonías de los grandes sentimientos; vosotros, que vais á formar con los hilos de vuestra vida toda la trama de la historia contemporánea; vosotros, que adivinando las maravillas encerradas en la conciencia, no quereis, no, profanarlas; vosotros, que guardais la idea cristiana en el espíritu como la nacarada concha guarda la perla; vosotros, educados en la libertad y destinados á hacerla grande y fecunda; vosotros, penetraos profundamente, primero de la idea del derecho, para que nadie mutile vuestra personalidad, despues de la idea del deber, é imprimid esta idea en la conciencia, como la ley de atraccion está impresa en los astros; y seguid sus imperiosos mandatos, que nos obligan á adorar á Dios, como padre, salud y providencia del mun-

do, á hermosear en nosotros su imágen, realizando la verdad, la bondad y la hermosura en la tierra; á amar al hombre con aquel amor que inspiraba Jesus, cuando decia: «Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os odian, orad por los que os persiguen y calumnian; á fin de que seais dignos hijos de vuestro Padre que está en el cielo, el cual levanta el sol sobre la cabeza de los buenos y de los malos, y llueve sobre los justos y los perversos, porque no es meritorio amar á los que os aman, lo cual hacen tambien los paganos, y vosotros debeis ser perfectos como vuestro Padre es perfecto:» santos principios, ideas santísimas, que pueden hacer de la tierra un templo, del alma un espejo donde se refleje el cielo; y así, vosotros, realizando con fé en el espacio el ideal de vuestro siglo, y vertiendo por do quier paseis el bien y el amor que rebosan vuestras almas, dejareis una estela inextinguible en la historia, morireis entre la bendicion de vuestros hijos, y despues, desceñidos de los lazos de la materia que os atan al mundo, volareis, como la paloma á su nido, á descansar de este penoso combate en el seno del Eterno.—He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos).

LA CIVILIZACION ROMANA.

LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Lo primero que á nuestros ojos aparece al estudiar los primitivos tiempos del Cristianismo, es Roma, y por consiguiente, lo primero que va á ocupar nuestro pensamiento, es la civilizacion romana. Yo no puedo mirar esa gran ciudad, último esfuerzo del espíritu de la civilizacion antigua, remate de sus edades, sin quedarme maravillado y atónito ante esa pobre guarida de gente dispersa sin patria y sin hogar, que de tan humilde cuna se levanta á ser debeladora de Italia, reina del mundo; ciudad que en el fuego sagrado, cuya centelleante llama arde siempre al pié de sus altares, va arrojando todas las razas para que se limpien de las manchas de las antiguas civilizaciones; ciudad que, iluminada por intuicion clarísima, subyuga á todos aquellos pueblos que

no tienen una idea más alta y progresiva que la suya; y así vence en Zama á la raza semítica que anhelaba arrancarle el dominio del mundo y torcer el majestuoso curso de los tiempos; vence en Corinto á Grecia, que poseyendo una idea hermosísima, se habia quedado contemplándola en su santuario, ó habia querido llevarla hácia el Asia, cuando el Eterno queria que la idea civilizadora bajara como el sol hácia Occidente; vence en mil batallas á los reyes orientales, que no comprendian que el espíritu del mundo habia huido de sus selvas, que el fuego de la vida se habia apagado en sus altares, que el genio de la historia se habia hecho hombre y no necesitaba dormir ya en el seno de la naturaleza; y en todas estas victorias, lejos de exterminar á los pueblos caidos de rodillas ante su carro triunfal, los levanta, recoge su espíritu y lo enciende como un faro en el Capitolio; cautiva sus dioses y les erige en el Panteon un templo; reune sus leyes y se las va dando al Pretor para que en sus interpretaciones las una al antiguo derecho romano; y se empapa en la vida de los vencidos, y la recibe por todos su poros, y la trasforma y engrandece en su vasta mente, en su profundo pensamiento, y viene á ser así la encarnacion de la humanidad, la síntesis maravillosa de toda la historia. (Aplausos.)

Esta historia romana, señores, tiene indecibles encantos. Dos grandes ideas se habian dividido

el mundo: el Oriente y Grecia. El Oriente habia hecho del hombre un átomo de la naturaleza. El sér infinito como el aire, como la luz, lo llenaba todo, la creacion y la historia, no dejando espacio alguno á la libertad del indivíduo. El Estado era como inmensa y profunda cárcel, la ley como pesada cadena. El sacerdocio oprimia las conciencias con su dios panteista, abrumador, que pesaba como una losa sobre la frente del hombre y oprimia las voluntades con la inmensa pesadúmbre de aquellas castas, que unas caian sobre otras á manera de férreas argollas. Confundidas las instituciones políticas y la religion, unidos el sacerdote y el guerrero, la ley divina y la ley humana, el despotismo era eterno, inquebrantable; se apoderaba del hombre en la cuna, lo conducia por la tierra, lo llevaba como de la mano en toda la vida, y si acaso ponia el infeliz esclavo alguna esperanza en la muerte, allí como una sombra se le aparecia tambien su impío dueño, que llevaba en su mente los secretos de la otra vida y en sus manos las llaves de los sepulcros.

Pero como la vida no se pierde, antes deja huellas indelebles en el espacio, la sociedad ásiática plantea en la historia la idea de sér y sustancia, la idea de naturaleza, la idea del Estado, la idea aristocrática, la idea de autoridad y de consiguiente su encarnacion más poderosa, la monarquía; deja, en una palabra, escritas en el espacio

todas las grandes instituciones y todas las ideas sociales que absorben, pero educan la personalidad humana. Mas un dia aquella sociedad inmóvil se corrompió, porque el océano de la vida necesita de grandes vientos que lo agiten y lo purifiquen, y el mundo concibió entonces la idea del indivíduo, la idea de libertad, y nació Grecia.

Acariciada por grata naturaleza; ornada de bosques perfumados que convidan á la meditacion, al pensamiento; ceñida de hermosos y rientes mares que, lejos de encresparse como el Océano, se rizan cual si quisieran mecer tranquilamente al hombre con su blando arrullo; circundada de islas hermosísimas, parecidas á flotantes cunas de flores que aguardan un recien-nacido, Grecia es el templo del hombre, y por eso, lejos de encerrarse en la corteza de la creacion, la anima con su espíritu; lejos de caer abismada en Dios, lo crea á su imágen; lejos de levantar el despotismo, levanta la ciudad, hogar doméstico de las libertades; y su templo no es gigante mole como en Oriente, sino un edificio aéreo, ligero, abierto á todos vientos, exhalando de cada una de sus piedras el ritmo de las ideas humanas; y el poeta no es el sacerdote que va á buscar la inspiracion en el altar ó en los libros sagrados, sino el pobre hijo del pueblo que anda de cabaña en cabaña, de region en region, cantando, no el total aniquilamiento del hombre en Dios, sino las

guerras de los hombrés con los dioses; y el tipo del arte no es ya ese eterno sér, profundo, inmenso, que vive devorando y rumiando séres, sino la organizacion del hombre, ideal de belleza; y la escultura, prohibida entre los orientales, viene á ser la primera y más grande y más hermosa de las creaciones del alma de Grecia; y el legislador es un tribuno levantado por la voz del pueblo en la plaza pública; y más batallas ganan allí los poetas que los guerreros; tierra de bendicion, en cuyos horizontes alborea la primera luz de la libertad, en cuyo seno risueño y hermoso renace el hombre trasformado, exhalando de sus labios un cántico de amor, y ciñendo á sus sienes una corona de artista. (Ruidosos aplausos.)

Grecia debia engendrar primero la idea del arte, y despues en religion, el culto del hombre; en política, la república democrática; en filosofía, la nocion del alma y del pensamiento; en derecho, el individuo colectivo, la ciudad: es decir, señores, todos los grandes elementos expansivos, liberales, todos los que tienden á encerrar al hombre en su personalidad. Así el hombre allí es todo, resplandece en el sol, ve su imágen mecerse en los mares, cruzar los vientos, centellear en los astros; su voz murmura en los bosques, su aliento se exhala del cáliz de las flores, su idea forma las armonías de las esferas, sus diosas mismas son hermosas mujeres que el hombre ha estrechado contra

su corazon, que han compartido su lecho, y que á través del espacio le envian un beso de amor, como Diana enamorada acariciaba con sus lágrimas y con sus dulces suspiros en la callada noche desde el cielo, la blanca frente de Endymion dormido bajo un mirto, á orillas de un arroyo, aletargado por aquel amor divino, que no es tanto el culto del hombre á una diosa como el culto del hombre á sí mismo, á su pensamiento, á su propio espíritu, que es todo el secreto y toda la vida de la bellísima religion pagana.

Ved, señores, las diferencias de estas dos grandes épocas de la humanidad: el Oriente adora la naturaleza, Grecia al hombre; el Oriente es despótico, Grecia republicana; el Oriente inicia la idea de autoridad, Grecia la idea de libertad; el Oriente crea las sociedades, Grecia la ciudad, el indivíduo; el Oriente forma pueblos inmensos, extendidos por inmensas regiones bajo el látigo de un señor, Grecia, de rodillas á los piés del hombre, recoge su alma y la arroja en sus poesías, en sus tablas, en sus monumentos, estudia su organizacion, su cuerpo, y lo reproduce en sus estátuas: el Oriente es el gran sacerdote de la historia, Crecia su gran poeta. ¿Pero van á perderse estos dos grandes elementos? No; que está ahí para recogerlos y condensarlos en su seno el alma de la Ciudad Eterna. Roma es el templo y el sepulcro de toda la civilizacion antigua; Roma recoge en su

seno el Oriente y Grecia, sus dos grandes ideas; sus elementos; Roma es la síntesis de toda la historia.

Señores, dos grandes leyes pueden asignarse á la civilizacion romana: una interior que consiste en la perpétua lucha de los dos elementos del Oriente y Grecia que compone su vida; otra exterior, que consiste en la asimilacion que hizo de todo el mundo; Roma recibió el espíritu del universo y dió al universo su espíritu. Veremos la primera ley en la República; veremos la segunda en el Imperio. Roma solo es Roma en tiempo de la República; despues en el Imperio Roma es la humanidad. Veamos cómo lucharon el espíritu oriental y el espíritu occidental en las grandes y portentosas elaboraciones de la vida romana.

El elemento oriental absorbente, se halla representado por los patricios, y el elemento griego, expansivo, se halla representado por los plebeyos. Toda la historia de Roma, hasta sus más ligeros accidentes, se engarza en esta ley suprema. En su configuracion hay dos colinas, que son como dos tronos de las ideas que van á dividir la historia; el monte Palatino que es el templo de los patricios, y el monte Aventino, que es la tribuna de los plebeyos. En sus orígenes hay dos pueblos. Existe el etrusco, triste, sombrío, sacerdotal, dado á sacrificios cruentos, amigo de fiestas fúnebres,

consagrando la propiedad con un sello del cielo, para que sea sagrada, inviolable y eterna como la vida de sus dioses, buscando siempre en las entrañas palpitantes de las víctimas, en el vuelo de las aves, en los puntos cardinales del horizonte, los augurios, que son los verdaderos timbres del poder de las aristocracias y el verdadero amuleto para amedrentar á las muchedumbres; el etrusco, que calentaba en sus hogares y en sus templos el huevo de que habia de salir el águila de la aristocracia romana. Y á su lado vivian los latinos, hijos de Circe y de Ulises, que engendrados en una isla, entre el ruido de una gran fiesta, en el lecho mismo de un festin; adoradores de la riente naturaleza, dàdos á risueñas ceremonias religiosas en que gustaban de emancipar por algunos dias sus esclavos; pastores como lo fueron sus padres de la Arcadia; poetas que al sembrar el trigo lo saludaban con hermosos cánticos; fuertes y valerosísimos, que debian introducir en Italia el culto de Hércules; liberales y expansivos, como destinados á derramar sobre el mundo el espíritu de la Ciudad Eterna, y á ser, por su orígen la raiz de la gente plebeya. En su primer rey se reunen tambien los dós grandes elementos: el Marte griego forzando á la Vesta oriental, que hasta entonces se habia conservado vírgen, sin admitir en su seno el espíritu ni el génio de ningun pueblo; el Marte griego, uniéndose á la Vesta oriental, en-

gendró á Rómulo, hijo, pues, de patricios y plebeyos, del Oriente y Grecia.

La ciudad se levanta sobre esta misma ley; en su cima está el templo donde reside el sacerdote, el noble que ha de conservar el espíritu de Roma; á sus piés duerme el guerrero, el pueblo que ha de extender y glorificar ese espíritu en el mundo. Lo mismo sucede con los reyes. Numa, sacerdote y guerrero, como los jóvenes de las tribus orientales, que se inspira de un genio superior á la humanidad, que encarna sus leyes en símbolos indescifrables para el pueblo, que va á pedir inspiracion á los bosques, á las fuentes y á los arroyos, y deja caer su cabeza sagrada en el seno de la creacion, como si pretendiera, dolido de la libertad que Grecia habia dado al hombre, volver á encerrar el espíritu que ya emancipado vuela por los espacios en el capullo de la naturaleza; Numa es el ideal patricio. Y Servio, que lleva con orgullo el nombre de siervo, que luce en su frente la marca de la esclavitud, que rescata á los deudores, que distribuye tierras entre el pueblo, que levanta un templo en el Aventino, la montaña de las tempestades, como la llamaban los patricios, que convoca á los latinos á gozar del aire de la ciudad, y á que pongan miedo en el ánimo de los que se sientan en el monte Palatino; Servio es, en una palabra, la personificacion de la libertad, el puro ideal de los plebeyos.

Y lo mismo sucede en sus hermosos símbolos. La aristocracia tiene su Lucrecia, casta mujer, que guarda los dioses lares, que atiza el fuego del hogar, que pasa la noche hilando con sus esclavas, lejos de los placeres del mundo, como la sacerdotisa asiática, entregada á guardar la familia, y que allí ve sorprendida su castidad y empañada su pureza por la tiranía, y rasga sus entrañas, en las cuales se calientan las raices de la libertad de los nobles; y la democracia tiene su Virginia, hermosa, pura doncella, ideal como las vírgenes de Grecia, que no ya en el hogar, porque no lo tiene, sino en la plaza pública, va á perder su pureza, y que víctima y martir de su raza, riega con su pura sangre la flor de las libertades populares. Y este mismo ritmo se vé en su lengua compuesta de vocablos orientales y griegos; en su literatura, que tiene poetas aristocráticos, como el liberto Terencio, el amigo de Scipion y Lelio, y poetas demócratas, como Planto, que gana la vida dando vueltas á la rueda de un molino; en su religion, que recibe el Júpiter Olímpico y el Mithra asiático; en sus instituciones, que tienen toda la fuerza expansiva de una república griega y todo el poder y toda la concentracion de un gran imperio del Asia.

Pero ¿cómo fué desarrollándose esta gran lucha? La raza pelasgo-etrusca era la señora; la raza pelasgo-latina era la esclava. La constitucion

de la familia es la constitucion de la ciudad. Para comprender, pues, la organizacion de Roma, no mireis, señores, la ciudad; mirad la familia. Los indivíduos desaparecen en el *pater-familias*, encarnacion de todos los derechos, alma de la sociedad, el cual, haciendo vibrar su lanza en las curias, es legislador, sentado en el trono del hogar, rey, tirano; poniendo la piedra de su sepulcro en el sagrado campo, eterno propietario; presentando libaciones y holocaustos á sus dioses lares, pontífice; genio misterioso y solitario, que con solo fruncir las cejas como Júpiter en su trono de nubes, puede perder á infinitos séres; que tiene derecho de vida y muerte sobre los que le rodean, que habla por medio de sagrados símbolos, que dá fuerza de leyes públicas á sus mandatos privados cuya palabra es irrevocable; y cuando trata de formar la familia, sin amor en el corazon busca una doncella, y desde el punto en que parte su cabellera con la punta de su lanza y la compra dando por ella á su padre el precio anteriormente convenido, la hace pasar en brazos el dintel de la puerta, sin que pueda tocarlo con sus plantas, la encierra en lo más hondo y apartado de la casa, la constituye en perpétua tutela, y la destina á que le dé hijos, sí, hijos que vienen al mundo sin personalidad jurídica, que viven sin representacion legal, atados siempre con inquebrantable cadena á lasplantas de su padre; séres desgraciados, como

los clientes que todas las mañanas al nacer el sol, van con la *esportula* á sentarse á la puerta del patricio para llevarle algúnos frutos y recoger en cambio un pedazo de pan; aunque no tan desgraciados como el esclavo, que no tiene religion, porque la filosofía antigua no se cura gran cosa de si el esclavo tiene alma; que vive sin padres, sin amigos, sin esposa, sin hijos, porque la compra y la venta se los arrebata á cada instante de su lado; que no puede abrir su corazon á ningun sentimiento generoso, su inteligencia á ninguna idea; abofeteado, escupido, oyendo siempre los chasquidos del látigo, contado en todos los inventarios antiguos entre el perro y el caballo de la casa; bebiendo aquel brevaje compuesto de agua del mar y vinagre, y algunas gotas de miel que el severo Caton, el Censor, propinaba como muy á propósito para dar fuerza al esclavo, piedra negra de aquel sombrío hogar; y todos estos séres, la mujer, los hijos, los clientes, los esclavos, son como un pedestal de carne y hueso, sobre que se levanta el patricio, no misericordioso como los antiguos patriarcas bíblicos, sino sombrío y ceñudo, verdadera reminiscencia del déspota de Oriente. (Aplausos.)

Como se vé, el patricio es señor, encarnacion de todos los derechos, y el plebeyo es cliente, encarnacion de todos los deberes. La primera época del patriciado es la época de los reyes. Aunque en

esta apartada edad se encuentran dos grandes poemas, dos grandes historias, el poema y la historia de los patricios, y el poema y la historia de los plebeyos, la verdad es que domina el patriciado, el sacerdocio. Los símbolos sagrados, la frecuencia de los augurios, la consagracion de toda la vida á los dioses, el derecho encerrado al pié de los altares, todo enseña que el patricio es etrusco, que el etrusco es sacerdote, que el sacerdote es rey. Y no puede, señores, suceder de otra suerte. Los pueblos niños, al dar los primeros pasos en la vida se ponen siempre bajo la tutela de un sacerdote; porque no alcanzan á respetar el poder si el poder no tiene un sello divino y no les habla en nombre del cielo.

Así en torno de los reyes aparece el fuego del cielo, que los rodea sin quemarlos, serpientes simbólicas que se arrastran á sus plantas, libros sibilinos que iluminan sus pensamientos, ninfas misteriosas que les dictan leyes, dioses que los protegen con su poderosa égida, oráculos que hablan en su favor; todos los signos de una aristocracia fundada en el sacerdocio, y de un sacerdocio inspirado en el Oriente. Es verdad, que al lado de los reyes sacerdotales, existen los reyes guerreros, y al lado de los reyes guerreros los reyes plebeyos; pero lo cierto es que los guerreros existen solo con carácter de oposicion, y los plebeyos como símbolos de aspiraciones no bien de-

finidas, al paso que los sacerdotes que suelen ser tambien guerreros, llenan con su palabra y con su poder y con su poesía todas las páginas de esta historia desde Numa hasta Tarquino.

Y esta es la primer faz de la aristocracia, el primer momento de su poder. El carácter divino de toda la historia primitiva es muy propio para hablar á los sentidos y á la imaginacion de pueblos primitivos tambien. El sacerdote habla en nombre de Dios, cuya voz retumba en el trueno, cuyo cetro es el rayo, y en nombre de Dios anonada la voluntad y la inteligencia del pueblo, que no es osado á sacudir la inmensa pesadumbre de sus inmensos deberes. La ley es revelada, y por lo mismo inviolable. Su espíritu está contenido en símbolos que nadie puede penetrar. Solo el sacerdote, en comunicacion perpétua con Dios, descifra esos símbolos. Y ved aquí, señores, cómo se recorre en la historia romana tambien toda la série de la evolucion histórica; el sentimiento, la imaginacion, reinan en esta primer edad poética y divina. De ella data el carácter simbólico y religioso del primitivo derecho romano.

Pero los mismos instantes que recorrió la aristocracia oriental debia recorrer la aristocracia romana. La aristocracia oriental fué el sacerdocio de la India en los primitivos tiempos, y fué cuando la idea humana despuntó en sus horizontes el guerrero de la Persia. La tiranía subsiste en el

fondo, pero se aparta de la conciencia. Y esta gran trasformacion de la aristocracia sacerdotal en aristocracia guerrera, que hemos visto en Oriente, se halla representada en Roma por la sombría figura del primer Bruto, silencioso bajo la tiranía de los sacerdotes, cruel despues para fundar el régimen de los guerreros.

La aristocracia del sacerdocio, sin duda porque el pueblo se somete fácilmente al yugo religioso, es blanda con el pueblo; la aristocracia guerrera, sin duda porque el pueblo tasca difícilmente el freno de la fuerza, es dura con el pueblo. Sin embargo, una aristocracia sacerdotal, por su misma lenidad es durable; y una aristocracia guerrera por su misma fuerza es transitoria. La esclavitud del pueblo será más cruel, pero el anhelo del derecho, que acaso nunca hubiera penetrado en su corazon bajo los sacerdotes, penetra bajo los fuertes. Hay un instante en la historia romana, en que parece que va á renacer la casta del Oriente. Esta idea cruza por los libros filosóficos, ó mejor dicho, religiosos de aquella edad; esta idea cruza tambien por la mente de los patricios sabinos, que han heredado el poder de los patricios etruscos. Toda la constitucion de la ciudad está basada en la idea de casta. El patricio tiene el derecho civil en su poder, allí donde todavía el derecho natural no existe; su patria potestad se extiende á la mujer, á los hijos, á

los clientes y á los colonos; la vibrante lanza es su cetro, su palabra y su deseo son leyes de la República. Los plebeyos no tienen derecho, dependen siempre del patricio; no tienen trabajo, porque la industria no existe; no tienen propiedad, porque solo es verdadera propiedad lo que está bajo el poder de los dioses. Mas la casta no renacerá, no, en Occidente, en la tierra patria de la libertad. Para que la casta exista, es necesario que ciegamente el inferior, el mártir de ese régimen se someta á la casta; y el plebeyo latino tiene demasiado vivo su orígen griego en la memoria para que no arda en sus venas la heróica sangre de sus padres. La casta oriental, ese retroceso de la revolucion maravillosa de la historia, será imposible. Veámoslo.

El pueblo habia contribuido á arrojar al patriciado sacerdotal personificado en los reyes, y ¡oh triste condicion! Habia caido en manos del patriciado guerrero. El pueblo, pues, no habia conseguido nada con la caida de los reyes. Ni la creacion de dos reyes perpétuos llamados consulares, ni el establecimiento de las Asambleas por centurias, ni las leyes de Valerio Publícola, que obligaban á los cónsules á bajar sus haces ante aquellas augustas Asambleas, y que castigaban con pena de muerte al que intentase llamarse rey, podian satisfacer al pueblo, que solo vivia del botin arrancado al enemigo en la guerra; que si

tenia algun pequeño campo, no sagrado, sino movible, lo abandonaba para cargar con las armas; ponia sus hijos y sus mujeres bajo la salvaguardia del patricio, y al volver á la ciudad se encontraba ¡él! que habia visto huir los reyes y los pueblos en su presencia, que habia agrandado los horizontes de la ciudad antes encerrada en sus colinas, se encontraba sin su propiedad, porque el patricio se habia alzado con ella á cuenta de la manutencion de la familia; y al ver á sus hijos hambrientos, que le rodeaban pidiendo pan, iba á casa del señor, le pedia algunos asses con la condicion de pagarlos en la próxima campaña, y llegaba la campaña, y entonces no tenia de qué pagar; y el acreedor le arrancaba el lecho, aunque estuviera herido con heridas ganadas en una victoria, lo ponia á caballo, lo llevaba ante el tribunal, le ataba con correas las manos, le oprimia con cedenas los piés, le daba una libra de harina para que se alimentase, lo encerraba por sesenta dias en un calabozo, desde cuyo oscuro fondo, sin ver la luz, sin poder apenas respirar, oia el infeliz los gritos de su mujer y de sus hijos que agonizaban de hambre en la puerta, y cuando se abria la pesada puerta no era para darle libertad, no, era para llevarlo al mercado romano, ó allende el Tiber, donde se celebraba el mercado extranjero, y allí lo vendian tal vez á los mismos enemigos que dias antes habia vencido en los

campos de batalla, los cuales se gozaban en martirizar al ciudadano que tantas veces los habia rendido y humillado; de suerte, señores, que el pueblo habia auxiliado á una gran revolucion, habia vertido tambien su sangre para arrojar á los reyes, y ¡triste suerte! habia caido en manos de los poderosos, de los usureros que se vestian con su piel, devoraban su carne y se bebian su sangre y la sangre de sus hijos. (Aplausos.)

El pueblo que no podia sufrir este martirio, comprendiendo que sin su presencia la sociedad es imposible, y que él en aquella sociedad era solo la concentracion de todos los deberes, se retiró al Aventino, la montaña de las tempestades. En vano corrieron los patricios á pedirles de rodillas que volvieran; en vano Menenmio Agripa les pronunció un discurso, último fragmento del lenguaje simbólico, que se iba á extinguir en los labios de los patricios; allí, toda una clase social, movida por una sola idea, estaba de pié, apoyada en sus armas, sin curarse de sus señores, enseñándoles con una mano su aislamiento, no tan triste como su egoismo, y con la otra los enemigos, que como nubes de polvo levantadas por el huracan iban á caer sobre sus hogares; y pidiéndoles, no promesas sino pactos, no limosnas sino leyes; y entonces nació el Tribuno, que se asentó á la puerta del Senado, y prestó atento oido á sus deliberaciones para interponer su veto; principio

de una libertad negativa, que podrá parecer pequeña conquista, pero que era ya una voz, y la libertad y la justicia en el mundo no quieren ejércitos ni poder, ni oro, sino que sus enemigos les dejen la palabra, seguras como están siempre de alcanzar un triunfo; y así el tribuno humilde, levantándose en frente de los patricios, debia abolir los privilegios, las magistraturas; tapiar con una losa el senado, abrir la Ciudad Eterna al mundo, y hacer del Capitolio el hogar de todas las rázas de la tierra. (Generales aplausos).

Desde este instante crece el ardor del pueblo, y á la manera de una inmensa llama que se aviva al soplo de lós vientos, va rodeando al senado, el cual no puede apagar aquel incendio. Yo no conozco, señores, historia más grande. Es grande la aristocracia, es grande el pueblo. Sin la aristocracia Roma no hubiera sido la ciudad; sin el pueblo Roma no hubiera sido el mundo. La aristocracia le dió el carácter, la primitiva idea; el pueblo le dió el derecho, la hizo cosmopolita. De la aristocracia recibió el alma, pero de la democrácia recibió el amor, que es el alma del alma. Y de esta lucha biológica entre la aristocracia y la democracia sale como de un molde forjada la gran ciudad, que con la quiritaria lanza en una mano y el fuego de la libertad popular en la otra, hace suyo todo el mundo.

Siento que me falte tiempo en esta noche para

describir esta gran lucha. Los plebeyos en el Aventino habian pedido á los patricios un pacto. Esta demanda elocuentísima enseña que el derecho amanecia en su conciencia, que la libertad hablaba en su corazon, que allí, al pié del Aventino, el alma del siervo, del cliente, habia dejado su triste larva, y comenzaba á volar por más explén-didos y dilatados horizontes. ¡Un pacto! Es la primer carta de naturaleza que el plebeyo toma en la ciudad. Pero toda libertad que no se funda en la ley es como una palabra escrita en el viento. Lo primero que habian hecho los plebeyos habia sido negar la tiranía; despues necesitaban afirmar, extender una base donde alzar su personalidad reciennacida en la montaña de las tempestades.

El pueblo solo habia sido *objeto* de derecho, queria ser tambien *sujeto* de derecho. Para esto necesitaba levantar un senado plebeyo frente á frente del senado patricio, las asambleas del pueblo frente á frente de las asambleas de la nobleza. A la idea de libertad tan natural en nuestro espíritu, va siempre unida la idea de causa. El hombre y el pueblo que se sienten libres, no se contentan con recibir el derecho, necesitan causar el derecho. Y merced á esta idea, á que llega el hombre siempre y el pueblo como el hombre por las leyes lógicas de su razon, que son leyes reales como las leyes de la naturaleza, nacieron los comi-

cios por tribus, reducto levantado por los pobres frente á frente de la gran fortaleza de las curias, donde se refugiaba el patricio.

Pero la libertad no puede generalizarse sino con la igualdad, y la igualdad no puede existir sino por medio de la ley escrita. Cuando el código escrito no existe en nombre de fórmulas sagradas ó en nombre de tradiciones religiosas, el poderoso amordaza y aherroja al débil. El derecho escrito, grabado en todas las conciencias, superior á la voluntad cambiante de los hombres, el derecho escrito que es una generalizacion de la libertad, el derecho escrito señala ya el período de la razon en los pueblos. El tribuno debia con sus protestas, con sus vetos aspirar á una ley que obligara lo mismo al patriciado que á la democracia, y fuera augusto sello de la libertad.

Entonces nacieron las leyes de las XII Tablas. La crítica ha mostrado que este código nada tiene de griego; pero la tradicion poética lo ha derivado de Grecia. Este sentido poético muestra que los romanos reconocian que eran venidas de Grecia las ideas de la democrácia, y que bajo la proteccion de Grecia pusieron esta su grande y decisiva victoria. En las leyes de las XII Tablas reina tambien el perpétuo antagonismo de Roma. Los plebeyos invaden, los patricios resisten. La invasion es señal de fuerza, la resistencia señal de vencimiento. Ya no lucha el patricio por la victo-

ria, lucha por la vida. Tres caractéres tienen las leyes de las XII Tablas; el primero es de garantía de los plebeyos contra los patricios; el segundo señala el pensamiento de un nuevo derecho al lado del antiguo derecho sagrado; el tercero muestra los esfuerzos de los patricios para resistir á los plebeyos. Así se nota que la ley es inmutable, que obliga al patricio á considerar á su cliente y no hacerle daño, que manda al usurero bajo severas penas restituir el cuádruplo, que se pone entre el sacerdote y el ciudadano, para que en nombre de los dioses no sea violada la propiedad, en una palabra, se nota que la victoria del desvalido sobre el fuerte va en rápido crecimiento, al paso que las leyes, prohibiendo el matrimonio entre patricios y plebeyos, dejando subsistente la primitiva pena ciclópea del Talion, impidiendo las canciones satíricas contra las personas revestidas de altas dignidades, prueban que la rota de los patricios es cierta y desesperada su última resistencia.

El pueblo no se puede contentar con tener esta ley escrita, con ser causa de derechos, necesita un escudo en los tribunales. El plebeyo, rey en la plaza, es mísero esclavo en el Foro. El patriciado conserva en su mente las fórmulas sagradas del derecho, los medios de proceder en juicio. Estas fórmulas sagradas, misteriosas, poéticas, descendidas del cielo y descubiertas solo al privilegio de clases superiores, eseñan que la imaginacion y el

sentimiento dominan en los pueblos primitivos. La razon madura de un pueblo que ha entrado en vias de libertad, no podrá satisfacerse con fórmulas oscuras y secretas, con palabras misteriosas é ininteligibles. Querrá saber por qué el padre de familia dá un bofeton á su hijo para emanciparlo, por qué la herencia es aceptada sonando los dedos, por qué se concluyen los contratos dándose los contratantes las manos, por qué se denuncia una obra nueva al edil arrojando una piedra al muro, por qué los augures con sus ceremonias y sus símbolos intervienen en la aplicacion de las leyes; por qué, en fin, se necesitan todas estas y otras muchas misteriosas fórmulas para hacer valer el derecho. El patriciado resistirá tremendamente á esta demanda del pueblo. Mientras él guarde las fórmulas religiosas, el plebeyo estará á sus plantas y en el polvo. No podrá litigar, no podrá ir á los tribunales, no podrá reclamar sus derechos sin llamar antes á la puerta del patricio á pedirle humildemente su proteccion y su venia. Pero un dia, un hombre audaz recogerá estas fórmulas y las escribirá en su conciencia, y despues las revelará en toda su desnudez á los ojos atónitos del pueblo. ¡Revolucion inmensa, señores, revolucion prodigiosa! La nube en que se envolvia el patriciado se deshará como niebla, el rayo divino se apagará en sus manos, el exclarecimiento del misterio será la muerte del privilegio, la letra

no oscurecerá el espíritu, ni la fórmula se sobrepondrá á la razon; las interpretaciones de la equidad del pretor agrandarán inmensamente el círculo del derecho, la tradicion sagrada é inviolable se descompondrá en la conciencia del pueblo libre y progresiva; el geroglífico egipcio traido á Roma por los etruscos dejará de ser sello de la tiranía, y el sentimiento religioso propiedad de los privilegiados: el humilde, el desvalido podrá luchar á la luz del dia y no en las sombras; revolucion inmensa, portentosa, sin cuyo auxilio el derecho romano hubiera sido siempre oscuro, siempre inmóvil, siempre religioso, cuando Dios lo habia destinado en el plan de su providencia á ser claro, progresivo y humano.

Pero aun antes del descubrimiento de estas mismas fórmulas iba creciendo el pueblo en libertad y en derechos. La montaña de las tempestades eclipsa el sagrado monte Palatino. El plebeyo tiene asiento en la ciudad civil, asiento en la ciudad política, pero no tiene hogar doméstico. Su casa no es un santuario sellado por el derecho. Entonces se recoge en sí mismo y aspira á tener una casa, á tener un lecho protegido por la espada de la ley. Pide el *jus connubium*. La aristocracia lucha, pero cede. El plebeyo, el cliente podrá estrechar contra su pecho á las hijas de los patricios, podrá llevarlas á su tálamo nupcial, podrá tener una familia sagrada, quebrantando

así el último de los grandes privilegios sociales.

Y como ha quebrantado los privilegios sociales quebrantará los privilegios políticos. El plebeyo sera cónsul, edil, pretor, y lo que es más aun que todo eso, el plebeyo será censor. Y como ha quebrantado los privilegios sociales y los privilegios políticos, quebrantará tambien los privilegios religiosos. El plebeyo entrará en el templo, pondrá sus manos en el ara, encenderá el fuego del sacrificio, formará parte del gran colegio de los sacerdotes sibilinos. El espíritu de libertad triunfa del espíritu aristocrático, el espíritu expansivo de la humanidad triunfa del espíritu exclusivo del patriciado; el mundo todo debe ser de esta gran ciudad.

Entonces Roma ya no cabia en su recinto, y salió de sus siete colinas como de su madriguera la leona, y blandiendo su lanza, embrazando su escudo, pidiendo inspiracion al genio de sus victorias, dirigió sus ojos inyectados en sangre á los cuatro puntos del horizonte; y como si la abrumara inmensamente el peso de su alma, quiso repartirla entre los pueblos: cogió el polvo de las ciudades italianas y lo fué arrojando en el Foro para formar la Ciudad Eterna; dejó por todas partes, como reflejos de su alma, como encarnaciones de su sér, colonias y municipios: convirtió sus armas al Oriente, y huyeron las legiones de Antioco, y se destrozaron unos contra otros los

carros de oro y marfil en que dormian su voluptuoso sueño los déspotas; volvióse despues á Grecia, rompió la columna macedónica, que Plutarco llamaba invencible mónstruo escamado de espadas, y entonó un cántico de triunfo en las montañas de la libertad, en el desfiladero de las Termópilas; corrió al desierto, el caballo númida, ligero como el soplo del huracan, huyó tambien; Annibal, aquel portentoso y heróico soldado, que atravesando los Alpes y cayendo de victoria en victoria sobre Italia, contempló cierta noche á Roma á la luz de la luna, medio envuelta en el polvo, trémula, llorando sus mejores hijos muertos, próxima á desaparecer bajo las espadas cartaginesas de la haz de la tierra. Annibal, en los últimos dias de su vida apenas pudo encontrar para dormir el sueño de la muerte un pequeño campo que no fuera, ó romano, ó tributario de Roma; y así por las puertas de la gran ciudad entraban elefantes con tronos de marfil en el lomo, camellos cargados de plata acuñada, bueyes arrastrando las piedras de grandiosos edificios, los dioses de todas las teogonías; poetas, retóricos, oradores de Grecia, hermosas cautivas orientales con mantos de púrpura en los hombros y cadenas de oro en las manos; y así Roma solo descubria á su alrededor pueblos y reyes postrados de hinojos y rendidos, como el altivo Prussias, que rapada la cabeza y plegadas las manos en

señal de homenaje, ofrecia holocaustos á las legiones romanas, como el hijo de Masinissa que depositaba su corona á las plantas del senado, como los ciudadanos rodios, que se tenian por muy contentos con ser esclavos de Roma, como el griego Polibio, que exaltaba los Leónidas que habian peleado contra las persas y queria borrar de la historia pátria los Leónidas que habian peleado contra los romanos, como todo el mundo, que hacia de la tierra una peana y del cielo un dosel, para albegar á la última diosa del paganismo, á la diosa Roma. (Aplausos.)

Pero volvamos al objeto principal de nuestras lecciones; á la gran lucha interior de la ciudad, que formaba la civilizacion romana. Roma despues de estas guerras comenzaba á sentir grandes y profundísimos dolores sociales, de cuyo seno iba á surgir el Imperio. El estado de Roma era el siguiente: la revolucion política se habia concluido, comenzaba la revolucion social. La antimonia que hemos advertido en política, vamos tambien á advertir en este nuevo y formidable aspecto que toma la revolucion romana. Veamos el estado de la República.

Las antiguas curias habian muerto; solo quedaban los augures de que Ciceron se reia, los símbolos que el pueblo llamaba inepcias, los treinta lictores como estátuas puestas sobre un sepulcro; los nobles se habian encerrado en las

fortalezas de la ciudad romana, en el senado, y contentos con las grandes riquezas que provenian de los regalos de los reyes, de la depredacion de las provincias, apenas se curaban de la nueva libertad, esa esclava emancipada, á la que no pudiendo vencer con la fuerza castigaban con el desprecio; el oleaje revolucionario habia producido una clase, llamada de caballeros, hija del pueblo, al cual, ya encumbrada, despreciaba, aspirante al patriciado, al que hacia una guerra interesada y egoista; clase que, enriquecida con la usura, se habia ido poco á poco apoderando de la propiedad, y que, favorecida y en alto grado por la revolucion, casi su única legataria, queria contener su oleaje, valiéndose de medios horribles nunca imaginados por los antiguos patricios cuando ese oleaje amenazaba sus privilegios; clase sin las pasiones generosas de los pueblos, sin la grandeza augusta de los nobles, idólatra de su bienestar, y de su interés, mezquino engendro de aquella portentosa revolucion; el pueblo se habia mermado de una manera horrible, los huesos de sus hijos blanqueaban en toda la tierra, y sus restos, encerrados en los comicios por tribus, gozaban de una soberanía nominal, invocada siempre por los partidos y siempre desconocida, soberanía irrisoria, que era una afrenta más en su triste suerte; y oprimido por las deudas y teniendo por acreedores á los caballeros, les ven-

dia su voto, de suerte que los plebeyos eran pobres perros de caza arrojados contra los nobles, y que deponian fieles á los piés de los caballeros la codiciada presa; el campo romano ya no se destinaba á la agricultura, sino á tierra de pastos, y bastando un esclavo á cada propietario para guardar el ganado, no necesitaban recurrir al pueblo, que falto de trabajo, esa fuente de vida, se moria de hambre; los esclavos traidos de las guerras extranjeras, convertidos en libertos poblaban á Roma; los pueblos italianos oprimidos por los tributos, pedian, llamando á la puerta del senado, el derecho de ciudadanía, y no pudiendo vencer á Roma con las armas la ahogaban con su contínuo clamoreo; y hallá en el fondo de la sociedad, como esos huracanes que hierven escondidos en los abismos de los mares, el eterno mártir de la historia, el pária transformado por el progreso en esclavo, sentia asomar en su mente la idea de su libertad, que iba á descender del cielo, y rugia, y amenazaba levantarse, y de tiempo en tiempo producia algunas sublevaciones semejantes á las sacudidas de una tierra que guarda un gran volcan en sus entrañas. (Aplausos.)

Esto debia producir una revolucion, y esta revolucion debia engendrar á los Gracos. En su tiempo la constitucion romana solo se basaba en el oro; los antiguos símbolos se habian trocado en dinero, el derecho y el gobierno habian caido del al-

tar del sacerdote al escudo del soldado, y del escudo del soldado á las plantas del propietario; (Bien, bien), los votos en los comicios por centurias, no se contaban por personas, ni por familias, sino por riquezas; los comicios por tribus eran inútiles, porque no se les consultaba sino en apelacion y por fórmula, y como el pueblo no era rico, no tenia derecho á ser pueblo; los caballeros iban á ser gobernadores de las provincias, las oprimian, las saqueaban, y despues volvian á acumular tierra sobre tierra, y á devorar las entrañas del pobre, y como ellos eran los censores, sus tierras no pagaban tributos, al paso que el censo caia con inmensa pesadumbre sobre el pedazo de tierra que de aquel naufragio habia podido salvar el infeliz plebeyo, pedazo de tierra que bien pronto se comia la usura del rico, único título para ganar todos los derechos; y cuando una sociedad desprecia la virtud, el talento, por el poder y la fortuna, cuando funda el derecho, cuyo asiento es el alma, cuando funda el derecho, decia, en el oro, y solo al oro concede honores, distinciones, privilegios, y por luciente oro lo vende todo, esa socieda l está perdida, la desmoralizacion roe sus entrañas, el vicio seca su mente, la gangrena se extiende por todo el cuerpo social, y Dios misericordioso sí, pero siempre justiciero, manda á esas sociedades malditas la guerra, el hambre, la destruccion, la muerte, como mandó al pueblo de Israel aquellas serpien-

tes, cuyas mordeduras crueles envenenaban su sangre y se comian á pedazos su corazon y sus entrañas, por haberse olvidado del espíritu y de la ley, y haberse rendido ante el becerro de oro; castigo triste, pero merecido, que en iguales circunstancias se repite siempre en todas las páginas de la historia, y que es el cauterio que Dios aplica á los pueblos devorados por el vicio y la podredumbre.

Para curar estos males que parecian incurables, Dios mandó á los Gracos. Tiberio, valeroso, el primero que subió á la brecha en Cartago, elocuente, educado en la filosofía y en las artes griegas, de natural tranquilo y pacífico y dulce, arrojado á la revolucion por el contínuo clamoreo del pueblo, teniendo en su corazon una caridad desconocida de los antiguos, educado por una madre que anhelando la libertad de la mujer antigua, era más bien cortesana del pueblo que diosa del hogár doméstico. Tiberio, dejándose llevar de su ardor, propuso una ley, cuyo objeto era justo, porque tendia á recabar las tierras públicas acaparadas por los nobles; y viendo rechazada esta ley, propuso otra injustísima que trastornaba toda la propiedad; y entonces, abandonado por los caballeros, no bien querido del pueblo, un dia, el dia destinado á renovar la magistratura de tribuno, le anegan todas las iras que se habian condesando sobre su frente, y delante del templo de Júpiter Capito-

lino, á cuyos sacerdotes en vano pidió socorro, cae herido y muerto con trescientos de los suyos; sacrificio cruento, pero sacrificio inútil para la aristocracia, porque de las cenizas del tribuno brotarán los Marios y los Césares. (Aplausos.)

Tiberio no habia vencido, pero habia dejado planteada la grande, la pavorosa, la inmensa cuestion social. Allí mismo recogió Cayo la herencia de su hermano; Cayo era más vehemente, más apasionado, más hermoso; su actitud era majestuosa, su voz poderosísima llenaba el Foro, su elocuencia, más griega aun que la elocuencia de Tiberio, arrebataba los corazones tan fáciles de mover por la magia de la palabra; su caridad era como un fuego purísimo en que ardia su alma, su valor no conocia límites, ni su generosidad medida; educado en la fisolofía griega que los patricios tenian por indigna de la severidad romana, grandes presentimientos agitaban su corazon, grandes ideas su mente; y la injusticia social de que era víctima el pueblo le movia á ira; pues nunca ha ofrecido la historia un tribuno más decidido por el pueblo, ni más desinteresado en su decision, y así llama á los pobres, y comprendiendo que el trabajo ennoblece, emprende grandes vias, reparte entre los desheredados la herencia de Atalo, abre las puertas de la ciudad á los italianos, y en su corazon no cabe solo el pueblo romano, sino todas las gentes; espíritu feliz, que era el primer albor de la

gran alma de César que se dibujaba en los horizontes de la Ciudad Eterna.

El senado sabrá la manera de vencer á tan formidable enemigo; Cayo era tribuno, el senado se hará demagogo. El pueblo, fácil en amar como en aborrecer, pues el pueblo tiene sus faltas, sí, faltas que el historiador no debe ocultar nunca, porque son acaso las más graves y de más grave trascendencia, creyó las sugestiones de los enemigos de su gran defensor, de su gran tribuno. ¡Extraordinario jóven era Cayo Graco! En medio del menosprecio universal que de el trabajo hace la antigüedad, deifica al trabajo; en medio del esclusivismo intransigente del patriciado, su alma se abre al sentimiento de la humanidad; en medio del odio que la antigua Roma profesa á todos los pueblos, su corazon ama á los vencidos, pues vende el trigo de España en pró de los españoles, é intenta levantar de sus cenizas á Cápua, á Tarento y á Cartago. Pero los que le rodean no le comprenden, el pueblo no alcanza á leer en su alma, y solo el instinto del odio de sus enemigos adivina toda la magnitud de su pensamiento. Se celebra la votacion para las magistraturas, y el pueblo elige á los enemigos de Graco. La hora de la contienda suena, hora suprema, en que va á ser sacrificado el jóven más noble de Roma. La aristocracia se reune, armada, amenazadora, insultante en su trono, en el monte Palatino. Graco se dirige con los su-

yos al trono de los plebeyos, al monte Aventino, desafiando sin armas el furor de sus enemigos, volviendo los ojos á la estátua de su padre que se levanta á lo lejos, devorando tranquilo y resignado los insultos de los que él queria salvar y que lo van á perder; y cuando los nobles le ven, tiemblan, temen el poder de su genio y de su palabra, prometen una amnistía á sus parciales, y la mayor parte le abandonan, y los pocos que á su lado quedan, van cayendo heridos á sus piés por las flechas que desde el contrario campo asestan los arqueros cretenses, y entonces, sin esperanza, sin auxilio, solo con su gran idea, quiere partirse con su agudo puñal el corazon, pero dos de sus amigos le detienen, pelean á la entrada del puente Sublicio, y mueren allí para darle tiempo de huir; y huye, y en el seno del bosque de las Furias, á la sombra, descansando un instante de su larga carrera, oyendo el estrépito de las armas de sus enemigos que le buscan, se rasga la túnica y muestra el desnudo pecho á un esclavo para que hunda allí su espada; y en efecto, el esclavo le obedece; corre su pura sangre, dirigen sus ojos la ultima mirada al cielo de Roma, y muere á los treinta años, cuando la vida rebosaba en su seno; héroe, mártir del pueblo, perseguido anonadado y ¡oh dolor! por el mismo pueblo. Su cabeza, que un artista griego hubiera querido para que le sirviera de tipo de hermosura, es comprada por el

senado á peso de oro, y comprada muy cara, pues el infame que la vendió le habia quitado los sesos y habia llenado aquel cerebro, que llevara sin romperse una gran idea, de plomo.

La revolucion social seguia en su camino; murieron sus mantenedores, pero la revolucion quedó en pié, horrible y pavorosa. De estas luchas, como siempre, salian ganando los caballeros. Los comicios por centurias crecian en importancia, y el derecho de juzgar, verdadero atributo de la soberanía, pasaba á ser exclusivamente suyo. En este agitado tiempo dos eran las grandes luchas que habia en Roma, luchas que se levantaban, como toda la vida romana, en la grande y poderosa antítesis de Oriente y Occidente, de Asia y Grecia. La primera lucha es política, y consiste en las repetidas instancias de los italianos para entrar en el derecho de ciudadanos, y en los repetidos ardides empleados por la exclusiva aristocracia para burlar estas instancias; lucha en que resplandece el genio de la idea expansiva, de la idea plebeya, y el génio de la idea exclusiva, de la idea patricia. Y al mismo tiempo hay otra lucha social, la lucha antigua del pueblo para conseguir la ley agraria, para ser propietario como habia sido tribuno, edil, pretor, cónsul y pontífice. Y del seno de estas grandes luchas nace un hombre que se llama Mario.

Educado en la escuela de Escipion Africano,

habiendo asistido al sitio de Cartago y al sitio de Numancia, venció en los dos encuentros más terribles que registra la historia á los bárbaros del Mediodía y á los bárbaros del Norte, á los númidas, cola separada de la serviente cartaginesa que se movia amenazante, hombres horribles, de pasiones tan ardientes como las arenas de sus desiertos, de empuje tan violento como los huracanes; y vence á los teutones y cimbrios venidos del Norte, enemigos como nunca los habia visto Roma, de colosal estatura, pues superaban con su cabeza los trofeos romanos, que de un salto pasaban cinco caballos en fila, que más podian con sus gritos feroces y por los golpes dados con las lanzas en los escudos que por sus armas guerreras, que entraban en batalla formando un cuadrado inmenso, como si fueran una ciudad animada, donde encerraban multitud innumerable de carros donde iban sus hijos y sus mujeres, las cuales eran tan espantosamente fieras pero tan altamente heróicas, que en aquel dia tremendo de los campos pútridos, cuando vieron caer uno tras otro á sus padres, á sus hermanos, á sus hijos, arrollados por las legiones enemigas, víctimas de su barbarie y de su inexperiencia, lejos de rendirse á la servil coyunda mataron á los ancianos, ahogaron entre sus brazos y sus lágrimas á los pequeñuelos para que no fueran esclavos ni atestiguaran la victoria de sus enemigos, y destrenzando sus largas cabe-

lleras se ataron fuertemente á los cuernos de los bueyes que tiraban de sus carros, y alanceándolos con rabia, murieron dispersas por los campos, desgarradas en las breñas y en los árboles, aplastadas en el suelo, poniendo espanto y terror en el ánimo de sus enemigos, que se asustaron de tan bárbara pero de tan heróica grandeza.

Este Mario, vencedor de los númidas, de los teutones, de los cimbrios, gran general, era jefe del pueblo. Pero á decir verdad, no tenia ninguna de las cualidades que el pueblo necesitaba en sus jefes. Era necesario un hombre de vida pura y de alta moralidad, y Mario habia sido publicano; una inteligencia elevada, sublime, capaz de dirigir al bien aquella deshecha tempestad, y Mario era un latino semi-bárbaro; un orador vehementísimo, elocuente, que confundiera en el Foro á los enemigos del pueblo, y Mario solo sabia rugir como los númidas, ahullar como los ambrones; un corazon abierto á todas las pasiones, franco y entero, y Mario era solapado, pues á los nobles prometia una cosa y otra á los plebeyos, y concluia siempre por hacer lo que más cuadraba á sus intereses; un alma que abrazase en su amor á todo el pueblo, y Mario, cuando se trataba de ir á la guerra extranjera se crecia y esperezaba como el leon, pero en tratándose de la guerra social se encerraba, en su casa, diciendo que sus delicados nervios no le permitian presenciar la desunion de

Roma; necesitaba el pueblo un hombre generoso, y Mario era avaro; un grán jefe, y Mario sabia vengarse pero no sabia mandar; demasiado latino para ser romano, demasiado romano para ser latino, demasiado caballero para ser plebeyo y demasiado plebeyo para ser caballero, siendo la democracia en él más bien instinto que reflexion, sus amigos, enemigos de su gloria, le sacaron de las ruinas de Cartago, que era hermoso fondo para el cuadro de su muerte, y le llevaron vencedor á Roma donde solo supo verificar terribles matanzas que oscurecieron su nombre, y morir ignominiosamente despues de un festin, de un hartazgo de ánades y de una borrachera de vino de Falerno. (Risas.)

¿Qué se habia logrado en tiempo de Mario? Este hizo proponer al tribuno Saturnino una reparticion de tierras á los aliados italianos, y cuando vió que la proposicion naufragó, dejó que los nobles mataran á pedradas al tribuno. Apoyó á Druso para que pidiera el derecho de ciudadanía para los italianos, y despues por mala fe ó por ignorancia dejó que aquel derecho fuera ilusorio. Mario era más bien la pasion del pueblo que su idea. Pasó por el horizonte como un cometa, sólo dejó ruinas cuando el pueblo necesitaba grandes cimientos donde apoyar su derecho.

Frente á frente de Mario se levantó Sila. Educado en las altas esferas sociales, nacido para opo-

ner su fuerza á la revolucion, amamantado en odio al pueblo, soñando con una dictadura para sí que le llevara á resucitar á Roma con sus ediles y sus curias; de inteligencia más que profunda sagaz y astuta, conociendo los hombres con una mirada y calificándolos con una palabra; enemigo irreconciliable por instinto y por conviccion de todas las democracias, y así ahogó en sangre la cuna de esas ideas, la riente Atenas; simulado y traidor, teniendo algo de tigre si se atiende á su aficion á respirar vapor de sangre; rodeado siempre de magos, hechiceros, sacerdotes orientales, como muy devoto, no de los dioses, sino de adivinanzas y maleficios; hijo de la fortuna y del amor, como él se llamaba, pero hijo emponzoñado, canceroso; viciosísimo, corroido de males infames y horribles que yo no puedo mencionar aquí, viviendo siempre en brazos de prostitutas esclavas y de torpes mancebos; muy amigo de los cómicos y cómico él tambien, porque su abdicacion de la dictadura no fué más que una comedia ridícula en que abandonó el trabajo del poder para conservar toda su fuerza y toda su realidad; menospreciador de la propiedad, arrojándola como cebo y presa á sus sicarios; vengador de los nobles, pues agitando una tea encendida en la mano persiguió y anonadó á los plebeyos, y vengador tambien de los plebeyos, porque expulsó de la ciudad por deseo de lucrarse con sus tierras y

riquezas los más potentados de los caballeros; cruel en su reaccion contra los partidos y los hombres, y tímido en su reaccion contra los del rechos y principios populares, pues no fué osado á resucitar las curias y dejó vivas las centurias; de suerte, señores, que ¡oh impotencia de los omnipotentes! aquel hombre habia exterminado una generacion, habia cubierto de luto la Italia, habia arrojado sobre Roma la nube de sus hambrientos sicarios, habia roto los fundamentos de la propiedad para alimentar á sus cortesanos, se habia retorcido y revolcado en sangre y lodo, y en la hora de espirar, lleno de remordimientos, como sucede siempre á los impíos y á los tiranos, vió caer á pedazos su obra lo mismo que su cuerpo, pues murió gangrenado, de muerte vergonzosa, y tan podrido por sus vicios, que su cadáver exhalaba en sus funerales asquerosísimo hedor, como si, personificacion aquel hombre de todas las ideas de su clase en vida, fuera su cadáver tambien el cadáver de la aristocracia romana. (Aplausos.)

La aristocracia personificada en Sila y la democracia personificada en Mario, lucharon, pero ambas á dos cayeron en el polvo, sin fuerza, como dos gladiadores que mútuamente se han herido en una larga y porfiada contienda. Entonces llegó verdaderamente al poder la clase media, la clase de caballeros personificada en el gene-

ral Pompeyo, que á no dudarlo tenia la altura correspondiente á su idea. Mirad la historia y os quedareis maravillados, señores, de que cada hombre es un símbolo que oculta una idea, como la misteriosa lámpara oculta el fuego, como el árbol oculta la sávia. El representante de la clase de caballeros era Pompeyo, llamado grande en sus tiempos; juicio, que en verdad, no ha confirmado la historia. Pompeyo queria á toda costa conservar la antigua República, es decir, queria conservar un cadáver. Creia sin duda que las ideas de los caballeros, el término medio en que se encerraban, eran bastante á impedir la putrefaccion de aquel gran cuerpo. Pretensiones tenia Pompeyo de grande, pero era demasiado pequeña su causa. Dios no concede grandeza sino á los hombres que mantienen grandes pensamientos. Tres fueron sus guerras: la de Sertorio, que concluyó por una traicion, por un asesinato; la de los Piratas, que concluyó por una concordia, y la de Oriente que Plutarco llama un paseo militar, y Caton, amigo de Pompeyo, una guerra digna de mujeres. (Risas.) Como político, la indecision fué su carácter, el amor de sí su principal sentimiento, la popularidad injustificada y estéril su objeto, el abandonarse á los acontecimientos su norma, y la confianza en su fortuna toda su fuerza. No merecia en verdad concluir la gran República en tan pequeña punta.

El alma y el pensamiento de Pompeyo era Cicerón; dotado de alta inteligencia, de maravillosa flexibilidad y abundancia de palabra; hacedor de pomposos y ruidosísimos discursos, sus obras son al revés del gran Demóstenes, más que de la naturaleza, del arte, más poeta que filósofo, más amante de la retórica que de las grandes convicciones; eleático en política y eleático en filosofía tambien; indeciso en carácter como en ideas incierto, pues admirando á Mario, en cuyo loor escribió en sus mocedades un poema, alabó á Sila, y amigo de Pompeyo hasta la muerte, quemó incieso en aras de César; acusador elocuente de la aristocracia y de sus exacciones y de sus sacrilegios personificados en Verres, y violento defensor de los crímenes y atrocidades de los caballeros, personificados en Rabirio; instrumento la mayor parte de su vida por su palabra y por su genio, de las alteradas pasiones de los partidos, y por lo mismo poniéndose á servicio de muy malas causas; cruel, muy cruel como suelen serlo siempre todas las almas débiles; vanidosísimo, y como todos los vanidosos pagándose de lo que ménos poseía, del valor, hasta el punto de pretender eclipsar los timbres del mismo Pompeyo como lo muestran aquellos versos, por cierto muy malos, «*de cedant arma togæ;*» pésimo hombre de gobierno, como hoy galicistamente se dice; lo cual suele ser achaque de todos esos oradores de gran imagina-

cion, de abundosa y fácil palabra, de largos y rotundos períodos, de amenas flores retóricas; idóneo, muy idóneo para cautivar los ánimos, para encender los corazones, para derramar en la conciencia del pueblo las grandes ideas; pero muy poco idóneo para disciplinar las voluntades, para dirigirlas á un fin, para contener las fuerzas, para refrenar los malos instintos, para luchar con todos los grandes obstáculos que surgen siempre en el espacio y en la política práctica; y así Dios, que ha querido la division del trabajo, ha dado á unos genio, poesía, para difundir las ideas, y á otros constancia, valor, para realizarlas; y los grandes oradores que olvidan esto, se pierden, como le sucedió á Demóstenes, gigante en la plaza pública, pequeño en el campo, y á Mirabeau, coloso en la asamblea y miserable juguete de la intriga en la córte, y á Lamartine, cuya lira ha encendido en amor á la libertad los corazones y cuyo gobierno perdió la libertad; como le sucedió á Ciceron, que al arrancar el derecho de juzgar al senado y al aniquilar á Catalina creia ahogar entre sus brazos á sus enemigos, y lo que en realidad ahogaba en sus brazos era lo que pretendia enaltecer, á su propia madre, la República romana. (Estrepitosos y generales aplausos.)

En vano Ciceron arrancó su jurisdiccion al senado; en vano Pompeyo levantó del polvo los comicios por tribus; esta restauracion popular fué

tan impotente como la restauracion aristocrática de Sila. Lo que en realidad creció en las entrañas de la República, era la idea que parecia ahogada con los Gracos, la idea social, que indudablemente perseguida y anonadada de la esfera de la ley, habia tomado un aspecto formidable y espantoso, el aspecto de una tremenda revolucion.

Esta idea social estaba representada por Catilina. Calumniado ha sido este hombre, y muy calumniada su idea: examinemos el hombre y la idea sin embargo, á la clara luz de una crítica más alta. Revolucion sin más objeto que trastornar la sociedad, se ha dicho por los vencedores. No es cierto; Catilina queria volver sus propiedades á los aristócratas despojados por Mario, á los demócratas despojados por Sila, á los mismos veteranos de Sila despojados por Pompeyo, y esta era su idea social; queria conceder verdaderamente, sin ambajes ni distinciones, el derecho de ciudadanía á los pueblos italianos, derecho que se les habia concedido en tiempo de Druso, pero que, merced á la política del senado, habia sido irrisorio é inútil, y esta era su idea política. Perseguido y despojado en tiempo de Sila por su amor al pueblo, no torció como Crasso la balanza de su juicio, y por eso no fué repuesto en sus bienes en tiempo de Pompeyo. Es verdad que su pobreza le llevó á contraer deudas, y es verdad tambien que las deudas lo precipitaron en la infamia.

Pero ¿tiene derecho á echarle esto en cara su historiador Salustio, que tomó un gobierno y partióse á una provincia, la saqueó de una manera vergonzosa é inaudita, y luego se volvió á Roma á plantar orientales jardines y á construir magníficos palacios? Catilina, aunque de orígen etrusco y senador, no varió nunca de opiniones, en lo cual aventajaba mucho á su incierto y tornadizo enemigo Ciceron. Pero como despues de aquellas cruendas guerras pedia un poco de pan para los pobres ciudadanos ambrientos, aglomerados en aquellas casas de siete pisos, donde se respiraba aire mefítico y se vivia vida triste y enojosa, los aristócratas, los caballeros, los usureros le pintaban en conciliábulos secretos, dispuesto á quemar por sus cuatro costados á Roma, bebiendo sangre todas las noches, matando algunos hombres para no perder la crueldad; negros colores que el mismo Ciceron dice en una carta á su amigo Tito Pomponio Atico, que él usaba para hacer más tristes, más sombríos, pero al mismo tiempo más vistosos sus cuadros. Tenia Catilina extraña audacia, gran valor, constancia á toda prueba; una facundia inagotable, un amor á sus amigos extremado; y su muerte, en medio de la pelea y sin gentes, habiendo roto las haces de sus enemigos y caido en el suelo de espaldas, con una profunda herida en el pecho y otra en la frente, empuñando fuertemente su espada, y dejando aún

entrever en sus ojos el último fuego de su rabia, prueba que habia abrazado con fé aquella su causa, y que supo sostenerla con invencible heroismo.

La República se creia sana y salva despues de la muerte de Catilina. Nunca se habia encontrado más enferma. Todas las clases sociales que habian subido al poder, habian mostrado su incurable impotencia. Ni los sacerdotes, ni los guerreros, ni los nobles, ni los tribunos, ni los patricios, ni los caballeros podian salvar á Roma. Parecia que iba á morir la gran ciudad en el instante mismo en que la Providencia la necesitaba para su más grande y su más augusta obra. Entonces el espíritu de Roma se hizo hombre y se llamó César.

César, como hombre, es el resúmen de la antigüedad; como guerrero, su espada disciplina, para prepararlas á la unidad humana, todas las razas; como político, es el defensor del plebeyo contra el patricio; como ideal histórico, es el representante de la humanidad contra el exclusivismo de la ciudad romana. Mirad al hombre. Yo no he visto pasar ante mis ojos en la historia ninguna figura más portentosamente grande. Consideremosle como hombre, como guerrero, como repúblico. Descendiente de los dioses y de los reyes, y descendiente al par de los plebeyos, reune en su carácter todos los elementos de la ciudad

romana; la ambicion le posee, pero esa ambicion de lo infinito, de lo maravilloso, que es el hambre y la sed divina del alma del héroe, la cual no cabe en la tierra y estalla encerrada en el espacio; un amor inmenso por todos los hombres, aun los más bárbaros, por todos los pueblos, aun los más enemigos de Roma, anima su corazon y lo engrandece; una idea superior, que como todas las grandes ideas, debia vencer, dominar y ser fecunda, le posee, y es la estrella norte de su vida y de su genio; su voluntad inquebrantable busca todos los caminos que puedan conducir á su fin, que es refrenar la gran tempestad de las luchas romanas y ponerlas á servicio del mundo; y unido á todo esto, tiene muy varias cualidades como hombre; es delicado al punto de ceder su lecho á un amigo inferior en categoría pero enfermo, y de castigar á un esclavo que le habia dado en un convite pan más blanco que á sus demás compañeros; magnánimo y compasivo hasta gozarse en arrancar á las garras de las fieras los gladiadores heridos; cruel, cuando la crueldad le convenia, pues no dudó un punto en cortar las manos y los piés de treinta mil prisioneros en una de sus guerras; tan sóbrio, que mereció los elogios de Caton, el cual decia que César era el único enemigo de la libertad que habia conocido sóbrio; y tan disipado y tan vicioso, que habia contraido la enorme é increible deuda de mil trescientos talen-

tos antes de obtener ningun cargo: orador, que si no por la poesía y la elegancia, aventajaba á Ciceron por el sentimiento; escritor originalísimo, y despues de Tácito, el más distinguido en literatura romana; matemático y astrónomo, que por las noches, á la puerta de su tienda, pasaba largas horas estudiando el concierto de los mundos: hombre de una actividad extraordinaria, que dictaba al mismo tiempo que iba marchando y dirigiendo sus ejércitos, cinco ó seis cartas á sus secretarios; de una fuerza de fascinacion tan poderosa, que se atraia al abismo de su corazon hasta sus mayores enemigos; de una aficion tan grande á los espectáculos y de una esplendidez tan maravillosa, que reunió en Roma todos los climas, como habia reunido en el senado todos los hombres, y plantó jardines orientales, donde se paseaba con su tardo paso el elefante y se comia la girafa el cogollo de las palmeras; que inundó el campo de Marte y dió en él una fiesta naval; que cubrió con un toldo de seda el teatro; alma inmensa, que descompone en sus mil facetas todos los matices de la luz de su siglo que abarca todo el mundo; pues desde cualquier punto que le miremos, César será siempre en el trascurso de las edades uno de esos gigantescos y pasmosísimos colosos que tuercen con sus hercúleos brazos á nuevas regiones más limpias y serenas la impetuosa corriente del revuelto rio

de los tiempos. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Ese es el hombre: ¿y el guerrero? Aquel jóven calvo, blando, blanco, desceñido y flojo, de aire femenil, luciendo unos ojos que Suetonio llamó de cuervo; epiléptico, tocado de los nervios como la más alta señora romana, va á las Galias, anda á pié quince millas por dia, pasa en el rigor del invierno los rios á nado, llevando en una mano su escudo y en la otra su caballo, y en los dientes la espada; entra en un país ignorado, virgen, lleno de pantanos que él ciega, de bosques umbrosos que él tala con sus hachas, de altares cuyas aras destilan sangre, que él destroza; haciendo huir los dioses bárbaros, las nueve vírgenes que en la isla de Sem despertaban y adormecian con su canto las tempestades, las furias que en los escollos del mar de la Bretaña celebraban, almas sin cuerpo, horribles orgías, espantando á los navegantes con su contínuo clamoreo, y con los fúnebres sonidos de sus bárbaros cimbales; pasa á la Bélgica, á las islas británicas, aplasta en sus paseos militares dos millones de hombres como si fueran un hormiguero, se bate cuerpo á cuerpo con sus enemigos dentro de las mismas olas del gran mar británico, ahuyenta á los suevos, á los germanos, como si presintiera los destinos del mundo; come en Dirraquium pan de yerbas; manda desde una barca á una escuadra que se rinda, y la escuadra le obedece; rompe

con su inteligencia más que con su fuerza las huestes de Afranio en el Segre, las huestes pompeyanas en Pharsalia; va al Asia, y de aquellos encuentros que le valieron á Pompeyo el título de grande, dice: «*Veni, vidi, vici*», matando así la gloria de su rival; combate en Munda abandonado, á pié, lleno de cólera, rehaciendo con su voz y con su ejemplo su ejército que veia próximo á desbandarse; y al morir, lucha cuerpo á cuerpo con los traidores, y cuando se ve ya vencido, presenta el vientre y el pecho á sus enemigos, desarmado, no por su fuerza, sino por la ingratitud del fiero Bruto, que él creia su hijo; como si reuniendo todo el valor de los héroes antiguos, aquel hombre quisiera en tan supremo instante coronar su gloriosa vida con gloriosísima muerte. (Aplausos.)

¿Como repúblico? Le he llamado el representante del pueblo. Se suele decir que yo tengo empeño en poetizar esta gran figura histórica y en atribuirle designios que no pudo de ninguna suerte concebir. Hablarán por mí los hechos sencillamente con toda la persuasion de su muda elocuencia. A los diez y siete años resiste á Sila, ante cuya autoridad habia bajado su frente el gran Pompeyo. El crímen de que se acusaba á Catilina lo cometió César, levantó el águila de Mario. Llega al consulado, y su primer idea es el pueblo, y nuevo Graco, su primer ley es la ley agra-

ria. Parte las tierras públicas entre los padres que tenian más de tres hijos, y realiza así el pensamiento de toda la gran revolucion social que atormentaba á Roma. Dá la feliz comarca de la Campania á los pobres, que gracias á la caridad de César no sufrirán ni el despotismo de los patricios ni la usura de los caballeros. Humilla á los grandes enemigos de la plebe, á los caballeros, á quienes obliga á que se presenten públicamente en el teatro, y á los patricios que hace sentar junto á los senadores galos. Castiga con sus propias manos á los soldados y sicarios que habian martirizado al pueblo en tiempo de Sila. Y en los tribunales acusa á Roscio, infame caballero, protegido por Ciceron, que con sus dilapidaciones habia chupado la sangre del pueblo. Bien comprendia la plebe romana, bien sabia que César era su hechura y su genio, el resultado de sus luchas, el hijo de su propia vida, pues abandonando á Pompeyo, le envió á su campo sus dos tribunos para que dieran á la obra del César lo único que le faltaba, el sello de la legalidad, la augusta proteccion del derecho romano. Así, en Farsalia, mientras Pompeyo tenia á su lado la aristocracia personificada en Bruto y Casio, los caballeros personificados en Ciceron, y el genio de la antigua República personificado en Caton; César tenia á su alrededor los pueblos esclavos que habia hecho libres, los gladiadores que habia salvado de las garras de la

muerte, los italianos, á quienes habia puesto en el trono de Roma, en el derecho de ciudadanía, los plebeyos, que habia redimido del hambre y de la usura; genio de la humanidad que batia sus anchas alas sobre la augusta frente de sus soldados; y mientras los pompeyanos celebran un festin y se reparten ya los grandes destinos desde el de edil hasta el de pontífice, no sin discusiones y contiendas, César, que como el pueblo lo era todo, se arroja sobre ellos, manda á sus guerreros que hieran en el rostro á aquellos aristócratas elegantes, que prefieren huir torpemente antes que afear sus rostros, y los degrada para siempre á los ojos del mundo y de la historia, y justifica la eterna dictadura del Imperio.

¿Y dudais aún que César es el genio del pueblo? Pues yo pretendo que es el genio de la humanidad. Los italianos habian pedido inútilmente el derecho de ciudadanía desde los primeros tiempos; César les abre de par en par las puertas de Roma para que entren á sentarse en su trono, entonando un cántico de triunfo en loor de la victoria, que consigue el genio expansivo de la humanidad contra el genio egoista del antiguo patriciado de la ciudad antigua. Allá en su mente arde la idea de lavar las grandes injusticias de Roma, y extiende una mano al Africa, y levanta de sus ruinas á Cartago, y extiende otra mano á Grecia, y levanta de sus cenizas á Corinto; es decir, vuel-

ve á levantar los hogares de la idea oriental y de la idea griega, que como los rios que unen sus aguas se habian perdido en el gran Océano de la política de Roma. Los senadores se habian resistido á dar el derecho de ciudadanía á los italianos, y César lo concede á los galos y á muchos españoles, y nombra senadores á sus mismos vencidos, y así rompe la corteza del árbol de Roma y esparce su savia por todo el mundo. En toda su vida manifestó este mismo pensamiento; fué qüestor para favorecer las colonias latinas; fué abogado, no para defender en el Foro con Ciceron los intereses de una clase social, sino para abogar por todas las ciudades de la tierra. ¡Qué proyectos zumbaban en sus oidos y se aglomeraban en su mente, cuando los infames puñales de los Brutos y de los Casios cortaron el hilo de su vida!

Queria la unidad del mundo abriendo las puertas del Capitolio á todas las gentes; queria la unidad del derecho reuniendo en un solo código todas las leyes romanas; queria la unidad religiosa levantando un templo en medio del campo de Marte, donde cupieran los dioses de todas las teogonías; queria al pié de la roca Tarpeya construir un anfiteatro para divertir á los embajadores que todo el mundo debia mandar á Roma, hogar de la humanidad; queria romper el istmo de Corinto, para que dos grandes continentes se unieran y se confundieran más y mezclaran como las ondas

de sus mares el soplo de sus almas; queria, pareciéndole estrecho el Occidente, donde le faltaba tierra para plantar sus ideas y sangre para regarlas, ir al Asia, recorrer sus inmensos desiertos, llamar á la vida á las generaciones dormidas al pié de sus muertos dioses, renovar la gran conquista de Alejandro, traer en pos de sí el primer espíritu de la creacion, y despues de descender por el Cáucaso á buscar ese gran rio de razas bárbaras que incesantemente desembocaba en Europa y atajarlo con su espada, pues sin duda, por ese presentimiento sublime que en las almas grandes aclara lo porvenir, veia ir cayendo como una gran catarata esas razas sobre Roma; y así el Imperio, limitado de todas partes por los mares, encerrando en su anchuroso seno el Asia y el mundo bárbaro, solo se hubiera destruido el dia en que Dios hubiera estrellado en los espacios la tierra. (Aplausos).

Así se concibe, señores, que Caton, el representante de la exclusiva ciudad antigua, se desgarre las entrañas ante César, como el espíritu de Roma se evaporaba al rayo de su mirada. Así es que aquella aristocracia romana que veia que le arrebataban el dominio del mundo, que veia á las razas bárbaras subir las gradas del Capitolio á coronarse reinas, afiló sus puñales y dió muerte á César. Pero, señores, ¿quién lloró á Caton? Su familia y sus partidarios. ¿Quién lloró á César?

Todo el pueblo romano y todas las naciones de la tierra.

Sobre el cadáver de César se levantó un vengador, Antonio, y un heredero, Augusto. Es Antonio un soldado bárbaro; el representante de los veteranos de César. Su espada no se sacia nunca de sangre, ni se harta de sangre. Se cree descendiente de Hércules y su igual en fuerza. Anda por la ciudad medio desnudo, y dó quier ve un juego de soldados, allí se para, y va con ellos, y se divierte, y juega, porque para él no hay más vida que la vida del campamento. Dios puso en su corazon un instinto poderoso, el ódio á la aristocracia. Así Antonio cree que el mundo es suyo, porque él es uno de los legatarios de César que poseia por derecho propio el mundo. Compró cierta vez una casa, y cuando el vendedor fué á pedirle el precio le quiso matar. Contraia deudas y no se curaba de pagarlas. Allá en su orgullo se creia igual á su gran *imperator*; porque tenia fuerte brazo cuando le faltaba su fuerte cabeza. Era cruel, como si reconociera que más que un hombre habia de ser en la historia una pasion, y entre las pasiones la más cruel, la venganza. Así á nadie perdonó, ni á sus amigos, ni á sus parientes, ni á su hermano Lépido.

Junto á Antonio se levanta Augusto, que habia de organizar el Imperio, sobrino de César, su heredero. Niño de diez y ocho años, pequeño, en-

fermo, sin voz, pues tenia que confiarse á un heraldo para hablar al pueblo; cobarde, que se asustaba de las tempestades y hasta de la voz de su mujer; que enfermaba la víspera de todas las batallas; que huyó en cierta ocasion á todo correr de los mismos soldados que se le habian sometido y despues los mandó matar porque habian sido testigos de su timidez; ingrato, que abandonó á Ciceron cuando Ciceron habia sido su palabra; adivinando y comprendiendo que debia anonadar la aristocracia, pues al entrar en la juventud y ceñir la toga viril, como se le cayese de los hombros cuentan que exclamó: «Así he de hollar bajo mis plantas las togas de los senadores.»

Augusto y Antonio unidos arrancaron á la República su cabeza, que era la antigua aristocracia, su lengua que era Ciceron, sus entrañas, que eran Bruto y Casio.

Pero, señores, el génio de Oriente, que habia sacudido sus alas sobre la cuna del Imperio, debia coronar como una estátua su sepulcro. El eterno ritmo de su historia debia repetirse en el postrer canto de tan sublime poema. Y el genio maravilloso de Oriente debia personificarse en una hermosa mujer, último símbolo de las ideas orientales; y esa mujer debia seducir al general Marco Antonio. Los Amores de Cleopatra y Antonio son el último eco del perpétuo antagonismo de la vida romana.

Una tarde, al caer el sol, las orillas del Cidno en Tarsis resonaban con alegres fiestas; una galera oriental, cuya popa de oro reflejaba la última luz del dia, cuyas velas de seda murmuraban henchidas por las áuras, deslizábase majestuosamente cortando las aguas con sus plateados remos, al compás de la cadenciosa música de liras y flautas y cantares de alegres coros de vírgenes; y en aquella galera, bajo un pabellen egipcio de los colores del íris esmaltado, aparecia una mujer, morena, de ojos grandes y negros, de labios purpurinos y encantadora sonrisa, mujer llamada Cleopatra, reina de Egipto, que sabia todas las lenguas de los pueblos bárbaros; hechicera, sibila, profunda matemática, conocedora del pensamiento y de la naturaleza, amaestrada en filosofía, en medicina, en artes, en astronomía; amazona fuerte como un guerrero, que manejaba la espada y la lanza, que montaba á caballo como un árabe del desierto, que dirigia innumerables huestes, que pasaba los rios á nado; serpiente del Nilo, que se enroscaba alrededor del cuello de Antonio, el soldado romano, y lo acariciaba y lo enloquecia con sus miradas y con su aliento; pero de tal suerte, que en aquellos expléndidos festines celebrados en Alejandría, en la ciudad donde el Oriente iba á depositar todas sus ideas y todos sus delirios, aquella mujer, que era sin duda la última y más hermosa encarnacion del genio misterioso de Asia,

obligó á Antonio á que amenazara destruir el Capitolio, á que coronara reina del mundo á Alejandría, á que hiciese adoptar desde el fondo del sepulcro de César á sus hijos y los revistiera con el nombre de reyes de mil reyes, á que tomase él mismo para sí los atributos de Osiris al par que ella tomaba los atributos de Isis; delirio insensato de una civilizacion decrépita, que rejuvenecida un instante por el beso de Grecia se creia ya eterna, pero delirio que asusta á Roma, que la despierta, que la lleva á pelear y á romper aquel último esfuerzo del genio de Oriente en su lecho de agonía; y en efecto, una tarde los soldados romanos, triunfantes en Egipto, iban en pos de esta mujer para llevarla como trofeo de su victoria á Roma, y la encontraron en una tumba egipcia, recostada en un lecho, vestida de púrpura, coronada de perlas, teniendo en su brazo enroscado un áspid, primero y último símbolo de los mithos orientales; mujer, que al exhalar el último aliento habia exhalado tambien el último suspiro de la mágica y misteriosa alma de la antigua Asia.

Mirad, señores, despues de la muerte del genio oriental. Roma se reune en una sola tésis para luchar con otra civilizacion antitética. Saludemos, sí, saludemos el Imperio. El Imperio mata la ciudad para formar el hogar, mata al ciudadano para formar el hijo y el padre de familia. El Imperio acaba con el antiguo y exclusivo derecho públi-

co para convertirlo en derecho civil, protector del indivíduo, en derecho de gentes, protector de la humanidad. El Imperio quita su aspereza al padre de familia, dá peculio al hijo y al esclavo, enlaza la mujer, la reviste de una inviolabilidad sacratísima, la hace madre dándole la educacion de sus hijos. El Imperio ya no mira en el extranjero el bárbaro, no, toda la tierra es ciudàd, todo hombre nacido en el Imperio es romano. Saludad, saludad al Imperio.

Aquellos emperadores eran la espada de Dios, eran la maza de la Providencia, que trituraban con sus golpes continuados la antigua egoista aristocracia, para que no volviera á oponerse al progreso de la humanidad. Por eso mientras la aristocracia no quiere dar el dereho de ciudadanía ni aun á los latinos, el Imperio abre su trono á todas las gentes, á todas las razas, al español Trajano, al godo Máximo, á los galos y los orientales. El tribuno ha matado todas las magistraturas, se ha hecho perpétuo, se llama emperador. La tésis oriental, la antitesis griega se han resuelto en una síntesis suprema, que es el Imperio; síntesis que va á ser la tésis de una nueva edad, á la que se opondrán el Cristianismo y los bárbaros. La idea de unidad del Imperio rinde grandes bienes; así como el monoteismo de la raza semítica mató en Oriente la casta india, el monopolitismo de la raza latina va á matar la antigua exclusiva

ciudad griega. Para las edades que van á venir se necesita una gran idea de autoridad que discipline, que concentre esas razas, que les dé un ideal fácil de comprender, para que puedan formar nacionalidades, y esa autoridad es el Imperio. Por eso lo adoran todos, desde Alarico hasta Ataulfo; desde Ataulfo hasta Atila; desde Atila hasta Carlo-Magno; desde Carlo-Magno hasta Cárlos V; y es la unidad material que unida al Catolicismo, unidad espiritual, concluye con el caos de la Edad media.

Al ver superficialmente al Imperio, institucion despótica que oprime las voluntades y la conciencia de los hombres, que viola todos los derechos, que es una sucesion de emperadores bárbaros, tiranos, criminales que reinan un dia para morir al dia siguiente, levantados en los escudos de las guardias pretorianas y hundidos por sus lanzas; al ver el Imperio parece que el mundo se va á perder, que la civilizacion va á morir, y sin embargo, si quitais la corteza á estos hechos, si buscais su esencia, cuando encontreis que el feroz Tiberio, aquella alma sombría y despiadada establece el crédito territorial sin interés coronando la revolucion de los Gracos; que Neron, asesino de su madre, de su maestro, establece la administracion de justicia gratuita, derecho no soñado por las grandes generaciones de tribunos plebeyos; que el imbécil Claudio, el marido de

Messalina, prohibe la tortura y hace inviolable la vida del esclavo, sentimiento de humanidad nunca conocido ni por los Tulios ni por los Catones; que Domiciano iguala los caballeros y los plebeyos; que Commodo, el feroz Commodo guarece en la ley á la esclava contra las injurias de sus señores; que Caracalla, el insensato, el ladron, el torpe, el asesino dá á todos los hombres el derecho de ciudadanía; que aquellos emperadores, deshonra del linaje humano, eterna afrenta de la tierra, levantan la obra más grande del pueblo rey, el derecho romano, obra más duradera que sus conquistas; cuando veais todo esto, reconocereis que la Providencia saca del mal el bien, que la libertad triunfa de todos sus enemigos, que el progreso camina siempre majestuosamente, y que delante de este maravilloso espectáculo debemos postrarnos ante Dios y alabarle por su misericordia y su justicia que resplandece maravillosamente en todas las páginas de la historia.—He dicho. (Prolongados aplausos).

APARICION DEL CRISTIANISMO.

LECCION TERCERA.

SEÑORES:

Esta noche vamos á tratar de la aparicion del Cristianismo en la historia. No recuerdo en qué libro he leido que un gran pintor italiano trazaba siempre de rodillas en sus cuadros la cabeza de Jesús y de María. Contemplemos á Jesucristo en la historia, esa hermosísima figura, que con los brazos levantados al cielo y los ojos llenos de lágrimas, y los labios entreabiertos para derramar bendiciones sobre los hombres, separa las corrientes de dos grandes edades: contemplemos la revolucion que trajo consigo el Cristianismo, la más augusta, la más grandiosa, la más radical que guarda en sus anales la historia; pero antes de contemplarla, comencemos por adorar á su Autor, que es el mismo que extendió los azules inmensos es-

pacios sobre nuestras frentes, tachonándolos de estrellas; el mismo que al despertarnos del polvo, nos infundió con su soplo vivificador este espíritu, con el cual ascendemos á los cielos, abrazamos la naturalaza, y tenemos misteriosas y sublimes aspiraciones á lo infinito. Pero antes de controvertir las mil cuestiones que van á surgir á nuestra vista, conviene mucho á mi propósito hacer una declaracion solemne, solemnísima; declaracion que importa, no á mi persona de suyo insignificante, sino á la verdad que enseño y defiendo; declaracion que yo no necesitaria hacer en otros tiempos, pero que hago con entera madurez y oyendo la voz de mi conciencia en estos tristes y calamitosísimos tiempos en que vivimos, que han visto nacer una escuela, verdadera calamidad de nuestra historia contemporánea, que profanando la religion, haciéndola descender á la candente arena donde pelean como gladiadores los partidarios militantes, agitándola como una bandera de contínuo en los colegios electorales, en las redacciones de los periódicos, queriendo encubrir con el manto de Jesús, que como el cielo cobija todas las frentes, el cadáver del absolutismo, cuya causa ha sido condenada ya por la lógica de la Providencia y enterrada en las páginas de la historia, haciendo cómplice al Cristianismo de su política, ha subvertido de tal manera los entendimientos, viciado tan honda y pro-

fundamente el sentido moral, que al oir hablar de Jesucristo, de su divinidad, de la religion, de su benéfica influencia en el hombre y en el mundo, cree la mayoría de las gentes que todo el que de esa suerte habla, ya á dar en el abismo de tan nefanda escuela; y como yo, si cristiano por educacion y por convencimiento amo con verdadero amor la libertad, creo que solo la libertad puede resolver todos los problemas políticos y sociales, me aparto por instinto de los partidos que niegan la libertad ó que la burlan, y profeso el principio de que la libertad es hija del Cristianismo como la flor de la semilla; no quiero, no, que se me confunda con esa escuela, cuyos pontífices andan á campana herida predicando su propia religiosidad y sus virtudes, olvidados de que la verdadera virtud debe ser modesta, de que nuestros padres hicieron oscuros los templos para que en el seno del recogimiento adorásemos á Dios; y como no quiero que se me confunda con esa escuela, desde ahora declaro para siempre que español, y como español fiel, leal y constante, no me postro ante los ídolos de la fortuna; no cambio de ideas políticas segun cambian los vientos de la suerte; y las que un dia para mí memorable, profesé por vez primera públicamente, ideas hijas entonces de mi sensibilidad y de mi intuïcion, hijas hoy de la reflexion y del raciocinio; porque en cuatro años se vive mucho, muchísimo, en esta época,

las conservo hoy y las conservaré siempre como estrellas fijas en los horizontes de mi conciencia y de mi vida. (Generales aplausos.)

Dicho esto, pasemos á considerar lo que yo creo que es la religion. El sentido estrecho que presidió á la filosofía del pasado siglo vició esta divina palabra, porque ó bien se intentó borrarla de las necesidades de nuestro espíritu, ó bien aislarla en el cielo. Yo no soy de tan liviano sentir. Creo que la religion encierra en su seno el espíritu de las artes, de las ciencias, de las instituciones; creo que preside á todo el movimiento civilizador de la época; creo, como otras veces he dicho, que así como el aire envuelve todo nuestro cuerpo, esa atmósfera moral rodea toda nuestra alma; creo que resuelve por su virtud en suaves armonías el antagonismo de nuestro sér, las perpétuas contradiciones de nuestra vida; creo que el pensamiento no puede vivir sin el aroma religioso, que el corazon por el sentimiento religioso purifica su sangre; creo que la religion nos dá paz y alegría, derrama los resplandores de la virtud en el hogar doméstico, hace del hombre más apegado á la tierra un artista divino; creo que el amor á nuestros semejantes, tan necesario á la vida, no puede ser verdadero si no es eterno, y no puede ter eterno si no es divino, y no puede ser divino si no es religioso; creo que la voluntad por sí sola no puede llegar al bien, y necesita apoyar-

se en Dios, y realizar su ley en la conciencia y en el espacio; creo que conversando á nuestras acciones, á nuestras ideas, por el culto perpétuamente con Dios, podemos prometernos contribuir con todas nuestras fuerzas á cumplir el plan divino de la Providencia en la tierra y esperar que despues de muertos no hemos de convertirnos en polvo y nada, sino que á manera del insecto que en Abril rompe su larva y toma pintadas alas, hemos de ascender en raudo vuelo al seno de Dios, que nos ofrecerá el amor infinito que saciará la sed del corazon y la verdad absoluta que llenará el inmenso abismo de nuestra pavorosa inteligencia (Generales aplausos.)

Y como creo todo esto, creo tambien que el paganismo, religion muy grande, aunque no verdadera, habia dado de sí ya su estado, su organizacion política, su derecho, sus costumbres, su arte y su filosofía, y creo que gastados estos elementos en la época que historiamos, iban descomponiéndose todos para abrir paso á la nueva idea que rayaba en el cielo. Todo tendia á la unidad; todo en aquella época tendia á lo incondicional, como si Dios hubiera querido que uniéndose todas las artes, todas las ciencias, todas las teogonías, todos los poderes del paganismo, mostraran más su debilidad y su impotencia para continuar dirigiendo al hombre en su camino. Roma se unia en el Imperio, las artes se

unian en todos los grandes edificios romanos, las escuelas se unian en los libros de Ciceron y en Alejandría, la literatura en el parnaso romano, las leyes en las colecciones de códigos uniformes, los dioses en el Panteon. Y sin embargo, todo se descomponia como por un gran corrosibo, como si anidara en sus entrañas la muerte.

El Imperio, estado político y social que habian hecho necesario de un lado el egoismo de las clases privilegiadas, de otro la impotencia de la República, era como una gran maza, que con sus repetidos golpes, martirizando á los patricios, persiguiéndolos hasta en sus generaciones, despojándolos de sus tierras y midiendo con un rasero á todas las clases sociales, habia destruido, pulverizado, hecho imposible el antiguo estado pagano; y los emperadores que mandaban los cristianos á la hoguera, lo que en realidad quemaban en sus hogueras, en sus orgías, en sus sangrientas bacanales, era el espíritu del mundo clásico, los huesos de la antigua Roma. La ciudad habia llegado á la unidad para salvarse, y habia caido en la unidad para descomponerse. Y hé aquí otro título que tiene á nuestros ojos el Imperio; él tritura, él pulveriza, él anonada el antiguo estado pagano.

Pues lo que sucedia con el estado, sucedia con el derecho. Lo mismo que la República antes de morir se habia personificado en Caton, alma enér-

gica, severa, dovoto de las antiguas leyes, que amaba á Roma y tenia á todo el mundo por enemigo y por esclavo de la ciudad, y odiaba irreconciliablemente á César, el demagogo, el compañero de Catilina, el sucesor de Mario; á César que anhelaba hacer de las naciones bárbaras, no enemigas, no esclavas, sino hermanas de Roma, lo cual equivalia á destruir la ciudad; lo mismo que la República se personificaba en Caton, y el Imperio y la humanidad en César, el respeto á la tradicion, á la ley antigua, al símbolo, en la esfera de la jurisprudencia, el Caton, digámoslo así, del derecho, que velaba por conservar el fuego sagrado del antiguo espíritu, que habia vivido tanto tiempo, y alimentado el poder de Roma, era Labeon; al paso que el espíritu de progreso, la protesta de la razon contra el derecho tradicional, el genio de la humanidad que iba á crear una nueva familia y una sociedad, ó más bien que á crear á destruir el antiguo derecho, era Capiton, el César de la jurisprudencia; escuelas, que por un trabajo de descomposicion semejante al del Imperio, iban matando los antiguos códigos, iban rompiendo una á una las XII Tablas, iban pulverizando el paganismo en el derecho.

Y como idea es una série de ideas; lo que sucedia en el estado, lo que sucedia en el derecho, sucedia en la moral. El espíritu del paganismo en moral era que toda moralidad se encontra-

ba en las leyes del Estado, que todo lo que las leyes permitian era justo, é injusto tambien lo que las leyes condenaban, y que la conciencia del indivíduo era el código de su pueblo. Este estrecho sentido moral fué roto por Sócrates. Por eso, el cómico Aristófanes le escupió en el teatro hiel á la cara, y los sacerdotes le declararon enemigo de la religion, y los oráculos prorrumpieron en maldiciones contra su nombre, y los repúblicos le anatematizaron, y el pueblo, apegado á sus tradiciones, le insultó y pidió á grandes gritos su muerte, y los jueces se reunieron y le condenaron; y él, sereno como la justicia que personificaba, severo como la razon cuya imágen era, conversó con sus amigos, apuró el veneno, ofreció un gallo á Esculapio en señal de que se iba á concluir la enfermedad de su vida terrestre, y murió tranquilo, seguro de que su alma, como una gran catarata, iba á caer de generacion en generacion, descomponiendo todos los matices del pensamiento, y de que al pié de su sepulcro brotarian discípulos encargados de conservar su doctrina, que inmortal como su espíritu, no podia ser envenenada por la cicuta de los tiranos. (Aplausos.)

La moral pagana, apartándose de su ideal, se descomponia tambien. Y lo que sucedia con la política, con el derecho, con la moral, sucedia con las costumbres, hijas sin duda de todos estos ele-

mentos. Las costumbres no pueden personificarse en ningun indivíduo, en ninguna escuela; están derramadas por todo el pueblo. Las costumbres descomponian la familia y el estado pagano. La antigua severidad romana habia muerto, el padre de familia que habia tomado este cargo más por incentivo de las leyes que por los afectos de su corazon, viviendo en brazos de sus esclavas apenas se curaba del tálamo nupcial; la matrona, medio emancipada, corriendo en su carroza por la vía Apia, con las riendas de púrpura en la mano, vestida ligeramente para lucir mejor sus formas, lejos de atender al fuego del hogar apagado, á los dioses lares llenos de polvo, atendia sólo á ir con sus hijas, ora al teatro donde se representaban en toda su desnudez las gracias de Ariadna y en toda su brutal realidad los amores de Pasifae, ora á los misterios de Eleusis, donde se entregaba en la oscuridad al vino y al placer, y ofrecia á los dioses en holocausto los impuros besos recibidos en sus impuros labios; el matrimonio en realidad no existia, la facilidad del divorcio era tanta, que segun Marcial, habia hombre que mudaba de mujer todas las estaciones, y niña de trece años que contaba diez maridos; los hijos así no podian querer á sus padres, y en aquellos tristes dias de las delaciones, cuando el déspota sombrío y ceñudo se gozaba en oir los quejidos de los moribundos y en ver las entrañas palpitantes á sus piés y en

respirar vapor de sangre, los mismos hijos iban muchas veces á denunciar al tirano que su padre habia entre dientes en sueño proferido una maldicion contra el señor de la tierra; el hastío de la vida, enfermedad de todas las sociedades moribundas y desesperadas, se habia de tal suerte extendido, que no habia romano que no tuviera siempre un filtro dispuesto para acelerar su última hora, ni casa donde no reinara una Locusta; los emperadores, que hubieran podido remediar este mal, lo recrudecian con sus ejemplos; porque los asesinos ¿qué eran sino discípulos de Tiberio? ¿qué eran las adúlteras sino imitadoras de la emperatriz Messalina? ¿qué aquellos parricidas arrojados al Tíber en un saco, encerrados con una serpiente y un mono, sino discípulos de Neron? Triste sociedad, que se moria de hastío, de desesperacion, de vicios, y como sus poetas, deshojaba algunas rosas en la copa de oro donde apuraba el veneno, y sin dioses ni creencias, arrojando lejos de sí el tirso y la corona de flores, espiraba en la gran orgía del Imperio.

Y lo que sucedia con el estado, con el derecho, con la moral, con las costumbres, eso mismo sucedia con la ciencia, y especialmente con la filosofía. La razon meditando sobre sí misma, leyendo la verdad en el santuario de su propia conciencia, habia ido poco á poco matando el politeismo. Tres grandes tendencias habia en el seno de la

ciencia antigua, de la antigua filosofía; la tendencia de los que imaginaban, como los estóicos, que debian conservarse las formas de la religion popular y animarlas con un nuevo espíritu; la tendencia de los que resueltamente combatian todas las prácticas, todos los dogmas, todos los principios de la religion popular, como le sucedia á Ciceron en su libro de *Adivinatione*; y por último, la tendencia de los que menospreciando por completo el antiguo dogma, sin curarse de sus soluciones, á las cuales tenian en bien poca estima, buscaban en su conciencia ó en la historia un nuevo dios, una nueva religion, como le sucedia á los platónicos. Pero la verdad es que la razon humana habia matado poco á poco á Júpiter, y que despues toda la filosofía pagana se habia descompuesto en un eclecticismo caótico, que mostraba cuán inevitable era despues de la ruina de aquella religion la ruina tambien de aquella filosofía.

El arte, que refleja toda la vida del pueblo, que es el espíritu en su variedad más pasmosa y en su unidad más completa, que repite todos los dolores de una época, todas sus esperanzas, todas sus aspiraciones, habiendo pasado del simbolismo oriental á la hermosura griega, verdadera ecuacion de la forma y del fondo, en que el espíritu se comprimia hasta encerrarse en la naturaleza y la naturaleza se agrandaba hasta confundirse

en magnitud con el espíritu, el arte iba tambien agonizando; la profundidad del espíritu romano, triste y sombrío, desconcertaba la antigua armonía clásica; Lucrecio se reia de aquel Parnaso, compuesto de fantasmas errantes, en cuyas frentes se habia apagado la luz, de cuyas manos habian caido los rayos; Horacio buscaba en el epicureismo algun beleño para adormecer el dolor de su corazon: Virgilio, alma riente, última sonrisa de la musa pagana, último eco de aquellas liras, iba á buscar la inspiracion, no en el Olimpo griego, sino en una suerte de maravillosa esperanza que él habia recogido en la falda del Vesubio, respirando las auras de Sicilia, embalsamadas con las húmedas emanaciones del mar Tirreno y de las azucenas de aquellos campos, y haciendo resonar allí cánticos maravillosos que parecian notas escapadas del arpa de Isaías, recogidas por algun alejandrino y escuchadas despues y repetidas por el genio maravilloso de aquel Parnaso romano, á cuyas plantas se dibujaba una figura triste y burlona, sombría y alegre, que tenia algo del Sileno antiguo y del diablo de la Edad media, la sátira, verdadero signo de la irremediable disolucion del arte clásico.

Y lo que sucedia con el estado, con el derecho, con las costumbres, con la familia, con la filosofía, con el arte, eso mismo sucedia con la religion, que era la causa y el objeto de todas estas descom-

posiciones. Pues bien, los dioses todos se morian en el Panteon.

Señores, en el panteon se muestra la inevitable descomposicion del paganismo. Allí agonizan verdaderamente el panteismo materialista, el dios-naturaleza adorado por toda la antigüedad. Roma parecia buscar como por presentimiento la unidad de Dios; pero queria encontrarla arrojando todos los cultos ya cadavéricos en el panteon. Yo muchas veces me he imaginado allá en sueños el Panteon. Al lado de los dioses sabinos, ligeros como la espuma del Tíber, móviles como las ondas de los lagos itálicos; al lado del Mavors pelasgo representado por una larga y vibrante lanza; de los genios latinos, genios hermafroditas, amando siempre, pero siempre infecundos y estériles, últimos vástagos de aquella larga dinastía de divinidades paganas; al lado de la severa aristocrática Rhea etrusca, de los lares del sacerdocio y el patriciadio, del dios-espanto inventado por los señores para poner miedo en el ánimo de los plebeyos, dios con los ojos centellantes de rabia y la boca entreabierta, mostrando la garganta oscura como insondable abismo y los cabellos esparcidos y entrelazados con las serpientes y bastones augurales; al lado de todas estas divinidades severas y sombrías como el genio de la antigua Roma, se levanta el Olimpo griego, traido en los carros triunfales por los grandes conquistadores, Olimpo

hermoso y riente impregnado en los divinos cánticos de los poetas, Olimpo que encierra á Júpiter reclinado en su trono de nubes; apoyado en su águila, con el rayo hirviendo en las manos y la eterna luz de una eterna aurora en la frente; á Juno con el iris á sus plantas y el pavo real tan hermoso como el iris á su lado; á Venus naciendo en la marina concha, con los labios humedecidos por las ondas del mar de Chipre, con sus ojos centelléando, como los rayos de la primer estrella que nace en la tarde, una eterna alegría; á Apolo pulsando su lira áurea como el sol; y al lado de todo aquel Olimpo que simboliza la religion del arte y de la hermosura se levanta el Indra oriental, pastor de blancos piés como las nubes que rozan las montañas, armado de flechas, con el arco azul en una mano y en la otra la copa llena de rocío recogido al nacer la mañana en los bosques; Indra, que preside todo el cortejo de las divinidades asiáticas; el toro persa con las diademas de brillantes; los serafines medas con sus cuerpos de leopardos y sus caras de ninfas; la alada serpiente frigia, que exhala el huracan de sus fauces; Mitrha el pastor de los ojos de oro, dios de los hechiceros; el cocodrilo, dios del rio; la leona, diosa del desierto; el águila, diosa de los vientos; los génios fenicios, barqueros de las estrellas; Thola, diosa siria sentada en un leon espeluznado con la cabeza coronada de torres y la garganta ceñida de un collar

de estrellas; y allá en un rincon del gran templo, los dioses venidos al nacer el Imperio; dioses que habian nacido en las orillas del Nilo, donde se celebraban los misterios de la magia, los últimos delirios que agitaban la agonía del dios-naturaleza; el Júpiter Amnon aterido de frio, sentado junto á su mujer Asthor, cuyos pechos secos no pueden ya amamantar á la naturaleza, y que está tegiendo incansable un velo de tinieblas antes que le falte la luz de los ojos; triste velo, que va á ser el negro sudario de todo el paganismo. (Aplausos.)

No habia remedio, el mundo antiguo se moria, y era necesaria una nueva idea. ¿Qué necesidad habia mostrado el Imperio? La unidad de la especie humana. ¿Qué necesidad habia mostrado el derecho? La idea del indivíduo, pero del indivíduo interior, del hombre espíritu. ¿Qué necesitaba aquella moral pagana? La nocion más clara de la conciencia, la ley de la responsabilidad. ¿Qué necesidad mostraba la familia y las costumbres? La familia necesitaba un lazo espiritual que no fuera el férreo lazo del derecho antiguo; las costumbres, necesitaban dar dignidad al hombre con el sentimiento de su libertad y la conciencia de una vida inmortal. ¿Qué aspiracion mostraba la filosofía? La filosofía mostraba desde Platon hasta Marco Tulio, la aspiracion de un nuevo espíritu. ¿Qué aspiracion mostraba el arte? La musa pagana moribun-

da, seca su corona de rosas, necesitaba una fuente más espiritual, donde rejuvenecerse, un amor divino que fecundára sus entrañas, esterilizadas por el amor torpe y material del sentido. La religion ¿qué buscaba en las entrañas de todos los cultos, en el seno de todas las teogonías, en el Panteon? La unidad de Dios. Y por fin, ¿ante qué Dios único se habia rendido? Ante el emperador.

Convirtamos los ojos al Oriente, que de allí va á venir la luz. Señores, el Verbo debia venir al mundo en su dia, ni una hora ántes, ni una hora despues. Dios, que desde la eternidad le tenia en sí, en el plan de su providencia que es la ley de la historia, habia señalado el instante supremo de su encarnacion. Comprended, señores, convirtiendo vuestros ojos á la historia, que toda ella está levantada sobre la ley de contradicion, como los astros están sostenidos por la repulsion y la atraccion, que vienen á ser el secreto de sus divinas armonías. Al fin, ¿qué es la historia? El desarrollo del espíritu humano en el tiempo y en el espacio, en todas sus fases, con todas sus facultades, bajo la ley divina de la Providencia. Pues bien, siendo el desarrollo del espíritu humano, ¿cuál es la manifestacion del espíritu? La idea, el pensamiento. ¿Y la ley del pensamiento? La contradicion. La historia está de tal suerte levantada, viene tan en su tiempo cada acontecimiento, que aun desarrollándose por oposiciones, por luchas, no se pue-

de borrar ninguna página, no hay idea ni afirmativa, ni negativa venida al mundo, que no conduzca á un fin, pues en último resultado el espíritu convierte todas esas oposiciones en suaves armonías, pudiendo asegurarse que las sociedades se salvan siempre de todas las oposiciones, ó se trasforman bajo su suave influjo, convirtiéndolas en ley de su existencia; porque así como Dios puso en el animal el instinto, en el hombre la razon, puso en las sociedades una especie de criterio superior, seguro é indudable. La ley de la naturaleza es la contradicion; la ley del espíritu es la contradicion, y esa misma es la ley de la historia. Si el hombre no fuera antitético, no seria libre, ni capaz de desarrollo; perfectamente bueno ó absolutamente malo, eterna noche cubriria su conciencia ó eterna luz alumbraria su pensamiento, y encerrado en su inmóvil naturaleza seria, ó eterno siervo de su destino, como la piedra, ú omnipotente y absoluto, como Dios. Pues lo mismo sucede en la naturaleza. La contradicion es su ley. La vida es una lucha, el desarrollo de nuestro cuerpo un combate. Lucha en los cuerpos la esencia con la existencia. Lucha en las esferas la atraccion con la repulsion. Luchan en la tierra las estaciones. Lucha en el campo el tallo de la planta con su semilla. Como toda idea lucha con su opuesta, lucha con su límite todo cuerpo. Como el plan inmenso de la ciencia se levanta sobre con-

tradiciones, el plan inmenso de la naturaleza se levanta sobre contradiciones tambien.

Eternamente coexisten, señores, en la historia de la filosofía el sensualismo y el idealismo, eternamente coexisten en la historia de la naturaleza la atraccion y la repulsion. El alma sube como el águila al cielo, ó se esconde como el pólipo en la fria roca; la estrella se aparta del sol como piedra arrojada por una onda, y gira sin embargo al rededor del sol, como la mariposa en torno de la llama. La contradicion es la ley del mundo, la ley de la naturaleza.

¿El hombre, segun eso, está condenado á un dualismo estéril, á arrastrar siempre por la tierra las cadenas de las contradiciones? No, mil veces no. ¿Esas antinómias son insolubles? No; se resuelven siempre en suaves armonías. Rompe el tallo el dorado grano de trigo, se levanta á los aires lleno de vida y de luz, y cuando parece que el grano de trigo se habia aniquilado, brota en la punta de la hermosa planta la ópima espiga. Todo árbol, por un proceso infalible, nace de un pequeño fruto, y vuelve á concluir en el fruto de que ha nacido, como formando en la naturaleza un raciocinio de que no tiene conciencia, un eterno silogismo, una armonía. Dos fuerzas contrarias arrastran á los cuerpos en los espacios, y de estas dos fuerzas nace sin embargo su equilibrio, y nace el que esos astros tan combatidos parezcan

como clavos de oro fijos siempre en la bóveda celeste. No son insolubles las antinómias en la naturaleza; no lo son tampoco en la conciencia. Un gran filósofo, Kant, hizo un inmenso servicio á la ciencia, manifestando en su crítica de la razon pura el carácter antinómico de nuestra conciencia, que ya habian descubierto cada uno por su camino Platon y Aristóteles que habian admitido ya la misma filosofía escolástica. Pero Kant creyó, señores, que las antinómias eran insolubles. Habia descubierto una parte de verdad, pero no habia podido alcanzar toda la verdad. El espíritu humano ha mostrado, meditando sobre sí mismo, que la contradicion es la forma de la idea; pero que así como el cuerpo y el alma, contradictorios, se reunen infaliblemente en una armonía superior que se llama humanidad, hombre, que es á un mismo tiempo alma y cuerpo y algo superior á esos dos elementos, así toda idea se resuelve en una síntesis suprema. No son, pues, tampoco insolubles las antinómias en el espíritu.

¿Y existe esta contradicion en la historia? Nunca se ve tan clara, tan manifiesta esa ley. Abrid las páginas de la historia, y cuando oigais el ruido de los combates, el estrépito de los imperios que se arruinan, si bajo esos combates y esos imperios no veis latir una idea, cerrad el libro, porque nunca llegareis á comprender la historia. Así como la descomposicion de los cuerpos en un

crisol dá siempre al químico algun substratum, la descomposicion de los hechos en la conciencia dá siempre al historiador alguna idea. La idea es la matriz donde se funden y se forman todos los hechos. Pero así como la forma dialéctica de la idea en la conciencia es la contradicion, la forma de la idea en la historia es la lucha. ¿No os asombra el ruido que produce una eterna guerra en el mundo antiguo? Dos razas, que son dos grandes ideas, luchan eternamente en el espacio; los persas y los caldeos combaten sin darse punto de reposo en la primitiva historia de Asia; los primeros con su heróica espada rompen, destrozan las torres titánicas, los jardines aéreos, los mágicos palacios que han levantado los caldeos, que son comerciantes; y esta guerra mortal se reproduce en todas las costas del Mediterráneo entre los fenicios y los griegos; en aquella inmensa carrera de Alejandro, cuando el conquistador griego vá destruyendo bajo las ruedas de su carro los grandes imperios, y se goza sobre todo en aventar las cenizas de Tiro, y la sepulta para siempre en el desierto, cubriéndola con un sudario de arena que aun no ha levantado el soplo de los siglos, y arrancándole con la fundacion de la Alejandría el comercio del mundo; guerra titánica, que ensangrienta por última vez la historia antigua, cuando Roma y Cartago, como dos guerreros, luchan sin descanso hasta que una de ellas desaparece

para siempre de la haz de la tierra, no dejando de su civilizacion sino apagadas pavesas. ¿Y qué hay aquí en todas estas luchas? Hay la antítesis, la antinómia de dos razas.

Esas dos razas son la semítica y la indo-europea; cada una de estas razas tiene su idea. La idea de la raza semítica es la idea de Dios, creador y conservador del mundo; idea que solo el pueblo hebreo, el sacerdote de esa raza, conservó en toda su pureza. La idea de la raza indo-europea es la idea del hombre; idea que Grecia, la artista de esa raza, llevó á su más hermoso explendor. Esta es la grande, la portentosa antinómia de la historia antigua. A la raza semítica pertenece toda la historia de la idea religiosa; á la raza indo-europea todas las evoluciones de la idea científica y política. La raza semítica, raza apóstol, raza mártir, encerrada en el seno del desierto como un cenobita, viviendo siempre vida nómada como sus grandes ganados, apurando y absorbiendo en su ardorosa alma todas las revelaciones divinas; las encendidas arenas que huellan sus piés absorben y devoran todas las lluvias del cielo, separándose de aquella árida naturaleza que la rechaza, y volviendo los ojos á los horizontes inundados siempre en noche y dia de luz, escribiendo sus impresiones en las hojas de las palmeras y en las piedras que encuentra en su camino, y cantando esas impresiones en cadenciosas notas, al compás

de sus címbalos y de sus salterios, que remedan el monótono sonido del viento al estrellarse en la llanura; siempre agradecida, siempre religiosa, que ve brotar de un poder superior, de un poder supremo el árbol que la regala con sus frutos, la ligera nubecilla que le vela el sol, la fuente de agua clara que mana en el oasis, el rocío que al nacer la mañana halla prendido á sus sienes como una corona de perlas el viajero que pasa la noche al lado de su caravana; y así, arrancando uno á uno todos los espesos velos con que las razas idólatras habian cubierto la religion, merece que Dios se le revele; y le conoce en su unidad, en su personalidad; ve su santuario en el cual están engarzados como piedras preciosas el sol, la luna y las estrellas; arroja á sus plantas como una alfombra de flores todas las maravillas de la creacion, y entona un eterno salmo; y se ciñe la túnica de sacerdote, y pone sus manos en el ara, y enciende el fuego del holocausto, y anonada la naturaleza en presencia de su Creador, como la víctima que muere en el sacrificio, y así guarda al mundo la santa, la verdadera, la infalible idea que ha recibido del cielo, la idea de un solo Dios.

La raza indo-europea durmió el sueño de la inocencia en cuna de flores al pié del Himalaya, prendida á la naturaleza como el niño al pecho de su madre. Creciendo más tarde y anidando en su corazon el ardor juvenil, blandió su lanza y fué

guerrera. Así como el niño se encierra en su hogar y en el seno de su madre, el jóven gusta del combate. Conducida por un instinto viajero que puso Dios en el hombre como en el ave, llegó al pié del Cáucaso. Allí un gran brazo de aquella corriente de hombres debia formar los pueblos germanos; otro brazo los pueblos clásicos. Los indo-europeos tocaron por fin en su tierra de promision, en Grecia. Allí acabó de comprender la raza indo-europea el secreto de toda su vida, el destino que le habia encomendado el Eterno. Allí no sólo adoró la naturaleza como habia hecho en Oriente, adoró tambien la sucesion de sus propias sensaciones; su primera idea religiosa fué un eco del mundo físico; su segunda idea religiosa una emanacion del alma del hombre. El hombre, sí, el hombre fué toda su vida, fué todo su culto, todo su genio. En los hermosos y poéticos bosques de Grecia le fabricó un templo, cogió las flores de sus campos para ceñirle una corona, puso en su frente el fuego del cielo, en su sonrisa una eterna alegría, en sus labios un himno, en su pecho la inspiracion poética, en sus manos la lira, y le llamó artista, es decir, creador; y le creyó Dios; é hizo del aroma de los bosques, del murmullo de las auras, de los varios ecos de la naturaleza, el incienso de sus altares, la música de su templo. La raza semítica, sin dejar de ser artista, habia sido principalmente religiosa; la raza indo-euro-

pea, sin dejar de ser religiosa, habia sido principalmente artista; la raza semítica fué como un sacerdote, la raza indo-europea como un poeta, como un guerrero; la primera tenia el instinto de la conservacion, la segunda el instinto del progreso; los semitas se quedaron de rodillas al pié de sus altares y conservaron su Dios á la humanidad; los indo-europeos fueron por todo el mundo inquietos siempre, cincelando con sus artes al hombre para hermosearlo y hacerle digno de recibir en su amoroso seno el Dios velado por los semitas; los primeros han sido la base incontrastable, el fundamento de la religion; los segundos han sido los generadores de todas las grandes ideas políticas y artísticas de la humanidad, porque la raza semítica fué el sacerdote de Dios y la raza indo-europea el artista del hombre; y Dios y el hombre estaban separados en toda la historia antigua, y no se confundieron en ósculo de amor hasta que venidos los tiempos que habia profetizado Daniel, Jesús, descendido del cielo, reunió á los semitas y á los indo-europeos en la idea sacrosanta de la humanidad, y reconcilió Dios y el hombre en el dogma divino, eterno del Verbo. Hé aquí, señores, por qué, aun prescindiendo de su verdad religiosa, aun prescindiendo de considerar el Cristianismo como yo lo considero siempre, como una religion venida del cielo y revelada por Dios, el Cristianismo es la armonía de todas las

grandes oposiciones históricas y el eterno fundamento, la eterna tésis de toda civilizacion moderna.

¿No es verdad? ¿No lo sentís todos vosotros conmigo? ¡Ah! señores, el encono de los partidos, el empeño de cierta escuela en presentar á Cristo con la tea de la Inquisicion en una mano y la mordaza en la otra; á Cristo, que sólo abrió sus labios para bendecir, que sólo tuvo corazon para amar, que murió para vencer la muerte, que fué esclavo para hacernos libres; los gérmenes arrojados en algunas conciencias por esa filosofía mezquina que dominó en Francia en el siglo XVIII, filosofía de que nosotros, hijos del siglo XIX, siglo de armonía, nos hallamos; pero sobre todo, los grandes crímenes cometidos en nombre de la religion para aherrojar y envilecer á los pueblos, han borrado en muchas almas desdichadas, nacidas no para ser piedras de los abismos, sino astros de los cielos; han borrado, decia, la nocion cristiana, la fé en esa divina creencia; pero meditad un instante en esta sagrada religion y vereis cómo es el sol del pensamiento y de la historia; y si sois poetas, pedidle ideas, pedidle amor y os dará una lira como la del Dante, un amor tan puro, tan casto, tan divino como el que simboliza Beatrice cuando sentada en una estrella á la puerta del Paraiso, abre al poeta la mansion del cielo; y si sois filósofos, abismaos en sus profundos dogmas, que han

abierto al pensamiento humano los horizontes de lo infinito; y si sois, como yo, amantes de la libertad y del progreso, si deseais que todas las contradiciones sociales se resuelvan en divinas armonías, que el derecho se encarne en todos los hombres, que el último eslabon de la cadena arrastrada por tantos siglos por la humanidad se rompa, que cese la guerra del hombre contra el hombre, y se acaben todas las injusticias, y empiece el reinado santo de la ley divina en el mundo, abrazaos tambien á Cristo, que su divina palabra derramó en las conciencias la idea de libertad, y en los corazones el sentimiento de la fraternidad humana, y sus divinas manos, traspasadas impiamente por el clavo de la servidumbre, han roto la coyunda que pesaba sobre nuestros padres; pues si nosotros, los plebeyos de ayer, los ciudadanos de hoy, nosotros que tenemos por progenitores á los antiguos parias, á los esclavos y siervos de la gleba, vivimos socialmente y respiramos en libertad y somos hombres, lo debemos, señores, á la doble redencion religiosa y social del Cristianismo. (Prolongados y generales aplausos.)

Perdonad, señores, á mi natural entusiasmo que me haya estraviado. Volvamos los ojos á la aparicion del Cristianismo en la historia. No se puede comprender esta maravillosa aparicion sin estudiar antes la gran premisa, la raíz de esa

idea, la religion bíblica. Todos los caracteres del pueblo hebreo son los caracteres de un pueblo lleno de la idea de Dios. El Sér Supremo interviene como una persona poderosa y activa en toda su historia. El Sér Supremo es la nota de todos sus cánticos. El Sér Supremo es el pensamiento central de su civilizacion.

La naturaleza, ante ese gran Sér, pasa como una sombra, el pensamiento como ligera nube. El arte hebreo es un cántico divino, el verbo de su habla no tiene presente, porque el hombre vive en lo pasado y en lo futuro, y sólo Dios vive siempre en lo presente. El nombre de Dios Yhowah significa el sér, y es un nombre inefable, porque si alguna lengua osara pronunciarlo, seria abrasada por el fuego del cielo y reducida á cenizas. Ningun pueblo ha guardado con más fé, con más tenacidad una idea. Por eso, además de su carácter divino, el libro que ese pueblo escribió está hoy en manos de todos los hombres civilizados, y los cánticos que salieron del pecho de ese pueblo resuenan en las bóvedas de nuestras iglesias. En los albores de su historia es un pueblo pastor; el patriarcado es su forma de gobierno; la vida del aduar árabe, vida nómada y errante, es su vida; el oasis del desierto es su templo. Esta época está representada por Abraham. La segunda evolucion de su pensamiento y de su historia es Moisés; el pueblo que no tenia leyes las recibe; del

patriarcado pasa á la forma republicana; las tribus, profundísima modificacion de las antiguas castas, empiezan á dibujarse en el espacio. La tercera evolucion de su vida es Samuel. En tiempo de este héroe el pueblo va á pasar de tribu nómada á nacion, de pequeña república á monarquía. Era imposible que cuando grandes imperios se formaban al rededor de Israel, este pueblo permaneciera disperso en sus tribus. Entonces nace el rey, á cuyo lado, á cuyo nivel se levanta el levita, el sacerdote. Pero al lado del levita y del rey, por un milagro de este pueblo, hay una institucion única en los fastos de la historia, especie de tribunado religioso que protesta contra todas las tiranías, que sostiene el ardor del pueblo, que le inspira la fé, que le abre los tesoros de la esperanza, el profeta. Difícil es, señores, abrir una página de la historia hebrea sin encontrar la lucha del profeta con el rey. El verdadero ideal de la historia de la monarquía es David. El pastor se ha hecho guerrero; su onda alcanza á la cabeza de los vecinos pueblos; el guerrero se ha hecho rey y el rey profeta. De suerte que en David se reunen las principales dignidades de Israel. La vida purísima de Israel, vida especialmente religiosa, recibe una desviacion idólatra bajo el cetro de Salomon. Salomon empeña alianzas con los reyes orientales, cuando la salvacion de Judea estaba en su aislamiento; reviste de un lujo fabuloso

aquel pueblo, cuando aquel pueblo, el gran cenobita de la historia, debia morir á la vida del sentido para estar siempre en la vida del espíritu; se dá á grandes placeres y á desmedidos amores que turban la serenidad de la idea, que como el alma del mundo y de la historia guardaba en su templo aquella escogida raza. La intolerancia con los otros pueblos, su creencia firme y segura de que sólo en su seno residia la verdad de la religion y la salud del mundo, eran los grandes timbres del pueblo escogido. A ese gran celo debió su gran obra. A esa su intolerancia debió su salvacion y el cumplimiento de su inmortal destino. El pensamiento de unir á Israel con los otros pueblos de Oriente, de arrojarlo en el torbellino de la vida universal, hubiera empañado su vida, hubiera destruido su idea; y su vida y su idea eran necesarias para la gran obra de la Providencia.

Pero donde principalmente debemos fijar nuestra vista para conocer este fin es en el profeta. Su espíritu inspirado, su palabra divina, su genio superior, su carácter severo é indomable, su amor á conservar al pueblo á los piés de Dios, su celo por la ley, hace del profeta el ángel que guarda con su espada de fuego el espíritu de Israel, y que derrama en su alma el divino rocío de las dulces y celestiales esperanzas. ¡Qué grandes son los profetas! Todos ellos fulminan maldiciones, que se cumplen, y arrojan á la conciencia

humana esperanzas, que se realizan. Cada uno de ellos deja planteado un problema que solo Cristo puede resolver, porque la ley antigua es el símbolo y la nueva ley el espíritu. En toda la historia de Israel hay una grande y poderosa antinómia; el rey que quiere confundir la vida del pueblo escogido con toda la vida del Oriente, el profeta que conserva en su aislamiento á Israel y lo guarda así para que contribuya á la salvacion del género humano. El Moisés de los profetas es Elías; no escribe, pero obra, protesta contra todas las tiranías, vive como un anacoreta, se esconde en el seno de las montañas; aparece un instante para arrojar sus maldiciones sobre los protervos y vuelve á desaparecer como arrebatado por una nube: y es así el eterno ideal de los profetas, que recorre los cielos en un carro de fuego. La conservacion de la idea matriz de Israel y la esperanza en el Verbo son las dos leyes de los profetas. Pero bien pronto sienten en su seno un espíritu, que les mueve á escribir, á derramar en las páginas de los libros toda la vida de su alma. Ellos producen con sus elocuentes palabras una gran exaltacion religiosa. La esperanza de que están poseidos no cabe en su seno, y se exaltan en hermosísimos cánticos. Sus palabras caen como una lluvia de fuego sobre los enemigos de Israel. Todas las ciudades que marcan con su maldicion, todas

caen una tras otras en el polvo, todas se pierden como si fueran abrasadas por su cólera celeste.

Así los profetas reforman las costumbres, sostienen la ley en su pureza, conservan la tradicion, separan la vida de Israel de todas las abyecciones que pudieran mancharla, lloran las desgracias del pueblo, guardan el maná de la revelacion, para que el hombre, en su camino por el desierto de la vida, pueda saborear con anticipacion ese alimento del cielo. Notad, señores, que conforme van pintando los tiempos de la venida del Mesías, los profetas se exaltan, una caridad inmensa enciende sus espíritus. El amor hácia esa nueva desconocida edad, la confianza en el reinado de un justo, la fé en la exaltacion de Israel, todos esos presentimientos dicen que sobre aquel pueblo va á descender el prometido á las naciones.

Jeremías llora sobre las ruinas de Jerusalen, sobre las piedras de su santuario dispersas, las calles vacías, sus hijos muriendo en los estercoleros, sus pequeñuelos comidos por sus madres: Israel, Daniel y otros profetas abren el corazon á la esperanza; mostrando las huellas que deja en los montes el que viene á anunciar la salud al pueblo; Jerusalen alzándose de su lecho de ceniza, resplandeciente de hermosura; los camellos de Madian saltando al rededor de sus muros cargados de mirra, de aloe, de incienso; los becer-

rillos de los nabateos, ofreciéndose ellos mismos de grado á el sacrificio; nubes de blancas palomas aleteando en torno de sus torres; los hijos de los mismos que habian humillado á Jerusalen, llamándola de rodillas la ciudad santa, la ciudad bendita; los reyes del mundo queriendo beber la leche que manan los pechos de la señora de las gentes; el sol y la luna fijándose para siempre en sus horizontes; todos los guerreros y todos los poderosos de la tierra buscando un asilo como niños sin madre, como huérfanos, en los anchos pliegues de su manto.

La constancia en su idea religiosa, en su idea salvadora mereció ser premiada por el Verbo. Nace ese pueblo cuando la tierra acaba de salir de las manos del Creador, cuando la primera aurora resplandece en los horizontes y el primer canto de la creacion resuena en los espacios infinitos, y posee ya la idea de Dios: viene el diluvio, las aguas cubren la tierra, desaparecen las naciones, y los progenitores de ese pueblo conservan pura la idea de Dios: vive despues vida nómada, su casa es una tienda apoyada en una palmera, su patrimonio el ganado que pasta en los valles y en los oasis, el desierto le rodea, solo de vez en cuando pasa algun caminante, al cual ofrece un becerrillo, agua que refresca sus manos y sus piés, cogida por la doncella en la vecina fuente, y tortas hechas con tres medidas de hari-

na en la piedra del hogar, y en medio de esta pobreza conserva la idea de Dios: vive esclavo en Egipto, con una cadena atada al pié, cociendo los ladrillos para levantar los palacios de sus señores, y las cárceles en que se descolora la vida; y á pesar de tanta degradacion, conserva pura la idea de Dios: atraviesa el desierto, se reune en torno del Sinaí, oye la tempestad, el huracan, y en medio de aquel inmenso mar de arena conserva siempre la idea de la unidad de Dios: pelea ¡él! que no ha nacido para, los combates, pulveriza con sus plantas los cráneos de sus enemigos como la piedra del molino pulveriza el trigo, hace de sus cuerpos un escabel para sus plantas, apaga su sed de venganza en los arroyos de sangre que brotan de la entreabierta herida, y en medio del polvo del combate invoca la idea de Dios; ya con las manos atadas á la espalda, los piés desnudos, el pecho amoratado, los ojos llenos de lágrimas á Babilonia, dejándose sus hijuelos muertos de sed en el desierto, sus esposas aplastadas entre las piedras del camino, y allí en Babilonia, al mismo tiempo que ya labrando con sus martillos la piedra, conserva el nombre de su Dios: vuelve triunfante á Jerusalen con palmas en la mano, y ramos de oliva en la frente, y dividiéndose todo el pueblo en dos grandes porciones, entonan los salmos divinos, separados en dos inmensos coros, teniendo por medio las aguas del Jordan, y el

ritmo de aquel cántico es siempre la unidad de Dios: pasan en su presencia todos los grandes conquistadores con su séquito de ideas invasoras, con sus huestes; Alejandro, que darrama su alma en el Asia, los seléucidas, que van á imprimir en el Oriente el ósculo de la idea griega, y mientras muchas colonias judías abandonaban el Yhowah de sus padres por Júpiter griego, Jerusalen, que habia resistido al cautiverio, á la guerra, obró un milagro más grande, resistiendo á las seducciones de Grecia, conservando pura la unidad de Dios; constancia inaudita, que fué premiada por el Eterno, haciendo de ese pueblo la base de todos los templos, de su libro el proemio de toda la religion, y de sus reyes los progenitores de Jesucristo. (Aplausos prolongados.)

Véase, señores, cómo la historia, la religion, los dogmas, las esperanzas del pueblo hebreo, traen consigo á Jesucristo. Señores, antes de concluir miremos á Jesus: el Eterno, el que habia en su mano cogido la candente materia y habia formado los astros, para arrojarlos como notas de un gran concierto en los espacios, no encuentra asilo en el universo; el que con su soplo infundió vida al espíritu humano, no es entendido ni escuchado de los hombres; el que encendió el sol, tuvo frio; el que derramó las aguas, tuvo sed; el que habia dado vida á todos los séres que bajo el cielo se mueven, tuvo hambre; el que habia forjado todos

los poderes de la tierra, fué esclavo de los jueces del mundo; el que se apareció en el Sinaí en gloriosa nube, teniendo por mensajero el trueno, el huracan y el relámpago, por cetro el rayo, inundado con los resplandores de la luz increada, hablando por la voz de la tempestad y de los espumosos torrentes, causa de toda existencia, creador de toda vida, muere en afrentoso suplicio, en el Calvario, entre dos ladrones, y al morir derrama en el mundo la verdadera vida, el eterno espíritu que va á ser el alma de toda la civilizacion. He dicho. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

BIBLIOTECA PUBLICA PROVINCIAL
* JAEN *

EL IMPERIO ROMANO.

LECCION CUARTA.

SEÑORES:

En nuestra leccion anterior tratamos de los precedentes históricos y religiosos del Cristianismo. Mal podríamos analizar las consecuencias civilizadoras de esta divina religion si no convirtiéramos los ojos al Imperio romano y no lo contempláramos bajo todas sus fases y en todas sus manifestaciones. En una de mis pasadas conferencias manifesté que yo consideraba el Imperio como un estado social más progresivo que el estado político y social que le habia precedido. Cuanto más contemplo este gran cambio social, cuanto más estudio sus consecuencias, más fuertemente me afirmo en mi primitivo sentido histórico. Nadie ama la libertad como yo, nadie odia tanto y maldice el despotismo. Un hombre levantado sobre la cúspide de la sociedad, sin freno ni ley que

le contenga, sin responsabilidad moral ni material que le amedrente; dueño de las vidas, de las haciendas, de las personas de sus vasallos; dejándose llevar de su voluntad como de un torrente; siguiendo los varios giros del caprichoso vuelo de su deseo; encerrado allá en su omnipotencia como en implacable cielo de acero; escondido entre las vagas nubes de incienso que en sus aras queman sus cortesanos, creyéndose en su orgullo encarnacion ¡oh blasfemia! de la voluntad y del poder de Dios en la tierra; un hombre de esta naturaleza, que se goza en oir el ruido de las cadenas, en ver frentes hundidas en el polvo, en quebrantar altivas voluntades y pulverizar derechos á fuerza de ponerse sobre todo lo creado y endiosarse y tener en poco la humanidad que rendida le obedece, llega á corromperse á sí mismo, á corromper la sociedad; porque nada hay tan contrario á las leyes de la naturaleza como el poder omnímodo de un solo hombre; y cuando ese poder ciego, absoluto, se compara con la libertad tan hermosa, tan expansiva, tan grande; con la libertad que anima nuestro espíritu, que fortifica nuestra conciencia, que dá aliento al corazon, que constituye al hombre en verdadero rey de la naturaleza, que hace de los pueblos héroes, mientras la esclavitud los hace máquinas, que inspira el pensamiento mientras la esclavitud le impone oprobioso silencio; cuando el despotismo, ese sistema que

hace miserables á las generaciones y deja siempre regueros de sangre en el espacio, y páginas de vergüenza en la historia, se compara con la libertad, preciso es reconocer que nuestra conviccion de la eficacia de la libertad se torna en exaltada fé, y nuestro amor hácia esa idea en exaltada pasion; pues si despues de tantos siglos de luchas, de grande elaboracion del espíritu moderno, dé pasmosas conquistas en la inteligencia y en la creacion, no hemos de ser libres, vale más volver á hundirnos en los abismos del tiempo de que hemos venido; porque es preferible no ser, á ser viviendo torpe vida de esclavos. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Pero si esto es cierto, si el ideal de mi mente es la libertad, ¿tengo yo por eso derecho á querer que el ideal de mi mente se realice en toda la historia? ¿No hemos dicho desde el principio de nuestras lecciones que la naturaleza humana se sujeta á un desarrollo del cual no puede salir sin turbar las leyes de la creacion y del pensamiento?

Señores, muchas veces el pensador abstraido en su conciencia, soñando con un nuevo estado social, ó con volver el mundo á las sociedades antiguas, se engaña; y la sociedad, escogiendo su propio camino, acierta, como lo confirma la historia. Grecia acertó contra Pitágoras, que deseaba resucitar el Oriente; acertó contra Platon, que deseaba resucitar la casta: como Roma acertó con-

tra todos los génios superiores, que morian de dolor al ver muerta la República. La historia, puede decirse, que es la segunda creacion del espíritu. El hombre por su propio esfuerzo va levantándose de la naturaleza, rompiendo los velos que oscurecen su pensamiento, desasiéndose de la esclavitud de los sentidos como el niño que se desprende de las entrañas de su madre, como la semilla que rompe la película que la envuelve; y el hombre histórico lo mismo que el hombre natural, nace, se desarrolla y crece con arreglo á los principios de su organizacion y de su naturaleza. Si fuéramos espíritus puros no tendríamos necesidad de pasar por estos varios grados de la vida; abrazariamos en nuestra conciencia toda la verdad, en nuestro corazon todo el bien. La vida no seria un combate, ni la historia un campo de batalla, ni la ciencia como una noche donde se vé vagar la luz de los astros en medio de las tinieblas. Pedir que el hombre se desarrolle en un siglo apartado, con toda la fuerza, con toda la expontaneidad, con todo el poder de este siglo de grandeza y de espiritualismo, hijo de tantas y tan portentosas edades, seria lo mismo que pedir al niño las pasiones de la juventud ó al jóven los pensamientos de la edad madura. El cesarismo es hoy absurdo; pero el cesarismo ha sido necesario para la educacion del hombre en la historia romana. Este es mi sentir.

Nosotros, señores, que no podemos lograr que el fruto sea fruto sin ser antes flor, ni la flor sin ser capullo, ni el capullo sin ser rama, ni la rama sin ser tronco, ni el tronco sin ser raiz, ni la raiz sin ser semilla; nosotros, que no podemos lograr que la idea sea idea sin ser antes nocion, ni la nocion sin ser sentimiento; nosotros que no podemos lograr que el hombre sea hombre maduro sin ser antes jóven, ni jóven sin ser niño, ni aun niño sin haber dormido antes largo espacio el sueño de la materia en el seno de su madre; nosotros no podemos tampoco lograr que los pueblos lleguen á la edad feliz de la libertad y del derecho, sin haber pasado antes forzosamente por la poderosa iniciacion de una gran idea de autoridad.

Este es el camino de la ciencia, este es tambien el camino de la historia. Nada hay más cerca del hombre que su propia conciencia, que su propia personalidad. Pues, bien; para basar la filosofía griega en el pensamiento humano, fué necesario que pasaran las escuelas jónicas, pitagóricas, eclécticas, que basaban la ciencia en la naturaleza, ó en abstracciones metafísicas. Sí, muchos siglos pasaron antes de que el hombre se reconciliara con su propio pensamiento con Sócrates; como pasaron tambien muchos siglos de nominalismo, de realismo, de tradicion, de escuela, antes de que la filosofía moderna se asentara en la firme é incontrastable base del pensamiento con Descartes. Se-

ñores, si el pensamiento que es puro, espiritual, encuentra estos grandes tropiezos y recorre estos grandes círculos en la conciencia, ¿por qué no los ha de recorrer aún mayores el hombre en el espacio? El hombre, pues, necesitó unirse y encarnarse en una sola ciudad, para recibir á Dios que le enviaba su espíritu vivificador desde el Calvario. Esta unidad del mundo no podia lograrse con el antiguo estado social que divertia las fuerzas de la República, que enconaba el espíritu exclusivo de la ciudad, que detenia á Roma dentro de sus siete colinas, cuando Roma necesitaba salir de su recinto, ser del mundo y de la humanidad, derramar á todos los vientos y en todos los terrenos y en la conciencia de todos los pueblos su gran idea, infundir á las generaciones su alma.

Y esta gran necesidad de Roma no podia ser satisfecha bajo la República. En la República dominaba la aristocracia, y la aristocracia era exclusiva y amiga de sus privilegios. Para derramar el espíritu de la ciudad en el mundo, la aristocracia necesitaba romper sus privilegios, y ninguna clase social se suicida. Roma no podia hacer suyo el mundo sin modificar su antiguo derecho, y Roma no podia modificar su derecho sin destruir su antiquísimo patriciado. Por eso el progreso del mundo y de la historia debian quebrar, como el huracan quiebra la caña, el cetro de los patricios.

Y mientras sucedió esto con los patricios, su-

cedia lo contrario con los plebeyos. Desde el punto en que su alma raya como una nueva luz en la historia, raya el amor á todas las gentes, á todos los pueblos. En los símbolos y en los cánticos de la historia primitiva de los reyes, en aquel gran poema que es el ideal de la vida romana, los plebeyos guardan una corona de gloria para los reyes que simbolizan la extension del derecho de ciudad á los extranjeros. Dios, que premia á los individuos como á los pueblos por sus buenas ideas, por sus buenas acciones, premió este sentimiento expansivo y amoroso de la democracia romana, del pueblo rey, haciéndolo marchar á la unidad del mundo y de la historia sobre los cadáveres de sus enemigos, caidos á sus plantas bajo el peso de los inflexibles decretos de la Providencia.

Mucho se habla de las aristocracias, mucho más de las democracias; pero se habla con escasa imparcialidad, con poco criterio histórico; por eso se acusa á la democracia moderna sin oirla, y se ensalzan las aristocracias antiguas sin contemplarlas. Señores, yo creo firmemente, lo creo, y lo digo como lo creo, que la Roma republicana no podia llevar á su término la civilizacion del mundo, la idea que á Roma habia confiado la Providencia; y la razon, repito, es sencilla: la Roma republicana era muy aristocrática, y las aristocracias celosas de sus tradiciones, de sus castas, de sus

privilegios, no son idóneas para extender una idea por el mundo, pues son de suyo duras y egoistas. Y no se crea que yo traigo aquí el propósito deliberado de combatir la aristocracia como parece que traen otros el propósito de combatir la democracia. Nada me admira tanto como esos esfuerzos ingeniosísimos, que repúblicos de mí muy respetados, hacen para desteger hábilmente la tela de oro y perlas que han estado tegiendo durante medio siglo; repúblicos, que ahora confiesan con ingenuidad candorosa propia de niños que desean resucitar las antiguas aristocracias para contener el torrente de las ideas modernas; empeño vano, cándido y pueril, como si un viajere arrojara un árbol seco á contener la impetuosa corriente de la gran catarata del Niágara. (Aplausos).

Y no se crea que yo quiero denostar á las aristocracias. De ninguna suerte quiero esto. Yo creo las aristocracias buenas en su tiempo, creo que la aristocracia es necesaria, muy necesaria, indispensable, verdaderamente indispensable en las épocas de fuerza, en las grandes minoridades sociales, para velar sobre la cuna de las instituciones nacientes, para educar el corazon y la inteligencia de los pueblos jóvenes; y por eso es respetable la aristocracia oriental, ora se ciña la alba túnica del sacerdote, ora empuñe la vibrante lanza del guerrero; y por eso es respetable la primitiva aristocracia romana, que á manera de

vestal misteriosa y sagrada guarda el fuego de la vida de aquella gran ciudad; y por eso es respetable la aristocracia de la Edad media, que ora montada en su caballo, ligero como el viento, ora en la cima de los castillos feudales, derramando á torrentes su propia sangre, contiene las nuevas irrupciones de nuevos bárbaros, y esparce los primeros gérmenes del gobierno y del derecho; porque á las aristocracias se ha debido la iniciacion de las antiguas instituciones sociales; pero la libertad, alma del derecho; la igualdad, condicion precisa de toda verdadera libertad; el municipio, arca santa del espíritu de los pueblos; los códigos uniformes, la unidad del poder; la robustez misma de la monarquía en los siglos del Renacimiento; esos grandes poemas escritos en la Edad media por todo un pueblo que es poeta como Homero; los tribunales que matan el privilegio y fundan la augusta igualdad ante la ley; la seguridad individual, serafin que con su espada de fuego guarda el paraiso del hombre, su santo hogar doméstico; la extincion de la servidumbre y del tormento; la libertad de la tribuna y de la imprenta, corona de nuestra libre personalidad; todos esos elementos que dan más grandeza, más expansion al indivíduo, todos se deben al espíritu de libertad y de justicia que anida en el honrado seno del pueblo, de la democracia, espíritu que es mucho más que un partido políti-

co, mucho más que un nuevo elemento social, que es el oxígeno de la atmósfera que nos rodea; porque sin ese espíritu no podríamos vivir; y así todo pasa y él solo queda: se arruinaron los castillos feudales para no volver á levantarse; huyeron los grandes astros de la historia; las monarquías de derecho divino pasaron como sombras; las dictaduras militares levantadas en la fuerza maravillosa del genio y de la gloria, tiemblan, y retiembla y se cuartea la misma grandiosa aristocracia inglesa; y ese espíriritu, tan maldecido por los mismos que en nuestra sociedad lo han derramado, salido del soplo del esclavo, del seno del humilde y del desgraciado, del fondo de la generosa alma del pueblo, nos rodea, nos envuelve, llena desde las alturas más eminentes hasta las profundidades mayores de la sociedad; y lucirá siempre, aun en las épocas más tenebrosas, como el sol extiende sus mares de luz sobre la tempestad y las nubes; y sobrevivirá á todas las grandes trasformaciones sociales como el Sér Supremo preside á todos los cambios de la naturaleza; porque ese espíritu es la sangre de nuestro corazon, el aliento de nuestro pecho, el alma de toda la civilizacion moderna. (Generales y repetidos aplausos).

La democracia romana, con su tendencia á la igualdad, con su espíritu expansivo, con su amor á extender el alma de Roma por el mundo, con

sus simpatías hácia los pueblos vencidos, con su nocion del derecho universal, con sus presentimientos de esa idea de la humanidad desconocida antes por los mismos griegos, debia hacer suyo el Imperio, y de consiguiente el mundo.

El cesarismo, pues, dígase lo que se quiera, fué la democracia romana coronada. El cesarismo fué indispensable en la historia. El mundo clásico habia pasado por las tres grandes edades de la historia; habia desarrollado maduramente las facultades intelectuales de su espíritu. La edad de la sensibilidad y de la imaginacion, que es la edad de los grandes poetas, que comienza por Homero y concluye en Eurípides; la edad de la inteligencia, de la razon pura, la edad de los filósofos, que comienza en Sócrates y concluye, despues de haber pasado por Aristóteles y Platon, en Zenon el Estóico; y la edad de la razon práctica, la edad en que las ideas filosóficas se convierten por una fuerza ciega en grandes leyes políticas y sociales, que es Roma, y de Roma el Imperio. Ne creais, señores, que el Imperio, la unidad material del mundo vino de improviso; no creais que esa institucion social fué preparada solo por las pasiones y las desgracias de la República, no; toda institucion tiene un alma, una idea que organizar, porque de otra suerte no nace en el mundo, y las vías del Imperio habian sido abiertas por la filosofía estóica, la cual pre-

dicaba que la humanidad tenia como el mundo una sola alma.

Es preciso admitir que el espíritu filosófico de aquellas edades daba de sí el Imperio. Entre la razon y la sociedad hay misteriosísima armonía. La razon señala un principio en la conciencia, y la sociedad realiza ese principio en el tiempo y en el espacio. Si fuéramos á ver el orígen de todas las grandes instituciones históricas, lo encontraríamos indudablemente en grandes sistemas filosóficos. El pensamiento se adelanta á los tiempos, y es el gran profeta de la historia. El legislador, el político suele ser el esclavo ó el instrumento del filósofo á quien desprecia. Toda idea justa y racional derramada en los aires, tarde ó temprano toma una organizacion, un cuerpo. Don Alfonso X preparaba en el siglo XIII, en medio del caos social, la unidad salvadora del poder, como Descartes y Rousseau y otros filósofos fueron más tarde el espíritu en que habian de beber su vida, su esencia, las revoluciones modernas. En todos tiempos sucede lo mismo; porque el espíritu humano es siempre idéntico á sí mismo, y se somete siempre á las leyes inquebrantables que le señaló la poderosa mano del Eterno.

La filosofía griega habia tomado un carácter de universalidad antes desconocido. Desde filosofía de escuela se habia levantado á ser filosofía nacional, y desde filosofía nacional se habia le-

vantado á ser filosofía humana. Sus principios metafísicos y muy especialmente los principios metafísicos de la escuela estóica, predicaban la unidad del mundo, la unidad de Dios; la union de Dios y el mundo de la misma suerte que están unidos en nosotros alma y cuerpo.

Esta predicacion constante de la unidad metafísica debia dar de sí la unidad política. Lo mismo que el pensamiento descubria un principio único entre las ondas de los hechos y de los séres que pasan, el mundo, la sociedad debia descubrir entre la variedad de los pueblos, de las instituciones y de los códigos, un principio social superior, que abrazara en su seno á todos los hombres y á todos los pueblos, y este principio social, que en la esfera del hecho corresponde al principio filosófico, es, señores, el Imperio.

Por consiguiente, el Imperio respondia á una gran necesidad filosófica y científica del espíritu de su tiempo; traducia en hecho una idea que estaba derramada en los aires. Y esta es la razon filosófica del Imperio. El Imperio tiene, pues, su razon de ser en la filosofía, como en la política, en la sociedad, en la humanidad, en el derecho de su tiempo. Tenia, pues, tambien una razon política. La aristocracia merecia indudablemente el castigo del Imperio, los caballeros lo merecian tambien; unos y otros habian por largo tiempo dominado á Roma; y unos y otros habian traido

la guerra, el hambre, la muerte sobre la Ciudad Eterna. Además, siempre que se trataba de sus contrarios intereses, luchaban; pero cuando se trataba de explotar los intereses del pueblo, se unian. Dieron, es cierto, no de buen grado, derechos políticos á la muchedumbre; pero al mismo tiempo tornaron ilusorios esos derechos. El pueblo, que bajo los patricios y los caballeros gozaba de una soberanía nominal, y padecia de una verdadera servidumbre, abandonó á los patricios y á los caballeros: el pueblo, que bajo los emperadores llevaba nombre de esclavo y tenia una verdadera soberanía, se unió á los emperadores. Y esta es la razon política del nacimiento del Imperio. Mas hay tambien una razon social.

Señores, notad qué profunda revolucion social habia traido el Imperio. Los plebeyos habian pedido parte en los campos sagrados, y la aristocracia les respondia poniendo la piedra del sepulcro sobre los campos, y declarándolos eternos é inviolables como la vida de sus dioses; los plebeyos pedian al menos el producto de las tierras conquistadas, y la aristocracia, si bien alzaba colonias bajo el hermoso ideal de la ciudad, queria obligar á los plebeyos á que salieran de Roma, sabiendo que, á fuer de romanos, preferian mil veces morir antes de hambre en las calles de la Ciudad Eterna, que vivir en tierra extraña hartos y contentos; los plebeyos presentaban sus aspira-

ciones por la palabra elocuentísima de los Gracos, y los patricios ahogaban esa palabra; recurrian á los comicios, y en los comicios era su poder infame burla; llamaban con redoblados golpes á las puertas del senado, y el senado se reia á sus llamamientos; acudian al republicano Mario, y Mario por indolencia y torpeza los entregaba al poder del dictador Sila; volvian los ojos á los caballeros, á Pompeyo, á Ciceron, á la clase media, y los caballeros invocaban su nombre el dia del combate y le olvidaban el dia de la victoria; de suerte, que la República fué siempre en todas sus manifestaciones impotente para el bien; y cuando vieron los plebeyos levantarse un hombre que rompia y cortaba la antigua libertad sí, pero aquella libertad privilegiada que habia sido su cadena; cuando vieron un gran Imperio que por sistema, por inclinacion, por tendencia perseguia y anonadaba á sus enemigos, á los que habian azotado con espinosas varas sus espaldas y habian herido sus derechos, á los que habian matado á sus padres de hambre sobre sus trillos, sobre sus instrumentos de labranza, cegándoles hasta las fuentes de la vida, hasta el trabajo; cuando vieron un Imperio, que para alimentar sus cuerpos traia ricos ganados del Egipto y del interior de Africa, y para divertir sus almas llovia sextercios sobre sus cabezas, y mandaba por elefantes y por rinocerontes á Persia, por leones

y tigres á la Abysinia, por boas y otros monstruos al no domado mar britano, por cómicos y retóricos á Atenas, por magos y hechiceros á Alejandría, por gladiadores nervudos y hermosos á la Thracia, por aromas, por esencias á la Arabia; un Imperio que abria un inmenso anfiteatro en el Apenino coronado de marmóreas nieves, y allí vertia un rio y formaba un lago, y en el lago echaba doradas barcas, y en aquellas barcas hacia que pelearan y murieran diez y nueve mil hombres, enrojeciendo con su sangre las claras aguas; un imperio que mandaba descender á los caballeros y patricios á la arena á pelear como viles gladiadores; cuando vieron un Imperio de esta naturaleza, atormentados por una libertad que llevaba en sus entrañas la tiranía, corroidos por la sed de goces materiales que en ellos habian despertado los malhadados ejemplos de los patricios y caballeros, ¡los goces materiales! que no podrán nunca satisfacer la sed de lo infinito que aqueja á nuestro espíritu; los goces materiales, que cuando no se fundan verdaderamente en la libertad y en la justicia son como lepra cancerosa; atormentados y corroidos, decia, por todos estos males, por todas estas tristísimas enseñanzas, cuando vieron surgir el Imperio, se abrazaron á él fuertemente los plebeyos, creyendo encontrar en el Imperio su única salvacion y su tremenda venganza. (Aplausos.)

El Imperio obedecia á su orígen. En él habia un movimiento ascendente de las familias esclavizadas hácia la libertad; un movimiento de las familias libres y poderosas hácia la servidumbre. El patricio habia perdido todo su valor, toda su fuerza; no manejaba ni la espada porque no podia combatir, ni el estilo, porque no podia pensar; en su baño ensayaba medios de morir, agonías prontas y dulces, aguardando siempre la sentencia del César. Las delaciones, las grandes matanzas, las guerras civiles, habian mermado aquellas familias; con su sangre, con sus huesos, con los filamentos de sus carnes habian los déspotas fabricado el pedestal de su incontrastable poder. Empobrecidos tambien por las contínuas confiscaciones, no teniendo la renta necesaria para ser senadores, los hijos, los descendientes de las grandes familias se morian de hambre en los rincones, en los barrios apartados y tristes de la Ciudad Eterna. Solo les quedaban los sacrificios de los dioses; pero los dioses agonizaban, y no tenian ni fuego en el altar, ni ofrendas en el ara. Y mientras esto sucedia á la alta clase, los ciudadanos de clases inferiores sentian necesidad, anhelo de trabajo, y comenzaban á manejar el martillo, los instrumentos de la industria, con los cuales á un tiempo forjaban los artefactos para su vida, y acaso, acaso la libertad para sus almas. Notad, señores, que al mismo tiempo que habian sido aquellos ciudada-

nos arrancados á la tierra, al campo, á sus labo-respor el durísimo egoismo patricio, al mismo tiempoforjaban con la industria, si no para aquel momento, para más adelante el incontrastable cetro de su poder. ¡Bendita sea la ley del trabajo! Y ved, señores, cuán imposible es matar la libertad á la industria, cuando la industria ha sido siempre el cetro de la libertad. Las leyes aumentaban esta inclinacion dando el derecho de ciudadanía á todo el que habia ideado algun buen artefacto.

Pero habia más, este movimiento emancipador llegaba hasta el sér más humilde y más degradado de aquella sociedad, hasta el esclavo. El gran rey de la tierra, el ciudadano por excelencia, el hijo de la diosa Roma, por llevar el alma de su nacion al mundo, por repartirla entre todas las gentes, moria en los campos de batalla, en las lejanas riberas, pronunciando á la hora de morir el dulce nombre de patria. Y sin embargo, aquella patria ¡oh sabiduría de la Providencia! aquella patria no era para él, no; era para sus hijos. Aquella ciudad, aquel gran poder, era para el íbero, para el galo de larga cabellera, para el atroz germano que habia matado á Varo, para el sirio ó el persa, que entraba en Roma, con su gran mitra, haciendo pantomimas y hablando una lengua en que se reian hasta las divinidades del Lacio. El ciudadano de Roma no existia, señores, en estos tiem-

pos; él y sus hijos maldecidos, por su ambicion y su soberbia, del mundo y de la historia, se habian sacrificado en todas las regiones de la tierra por conseguir la unidad del mundo y la unidad de la historia. Los libertos, los hijos de los esclavos, los engendrados en la servidumbre y en el dolor, tal vez en el mismo campo de batalla enemigo de Roma; aquellos libertos, cuyo paso al Capitolio en vano habia querido atajar Augusto, se extendian por el foro, gritaban en la plaza pública, y lo que es más, eran sacerdotes de aquellos dioses y los senadores de aquel senado, que jamás sus padres hubieran podido ni aun nombrar sin horror en el corazon y lágrimas en los ojos.

Leed á Tácito y vereis cómo su orgullo patricio se indigna de que la carne de la antigua Roma y los huesos de los antiguos ciudadanos sean pasto de los buitres de los desiertos; y la carne y los huesos de la altiva Roma sean carne y huesos de oprobiosos siervos. Leed las constituciones del senado y vereis cómo prohiben, que la gente de orígen servil lleve trage distinto que la gente de orígen ingénuo; porque Roma parecia una inmensa ciudad de esclavos. El patricio Tácito podria en buen hora dolerse de esto. Pero nosotros, hijos de los oprimidos, descendientes de los esclavos, nosotros debemos regocijarnos ante estas grandes trasformaciones sociales, porque así Dios va preparando en el mundo la igualdad, la liber-

tad civil, la emancipacion del trabajo y de la industria y el anonadamiento de la servidumbre.

Pues así como el Imperio tenia una gran razon filosófica, una gran razon social, una gran razon política; tenia tambien, y aun más si cabe, una gran razon en la esfera del derecho para nacer y desarrollarse en la historia. La filosofía estóica habia penetrado en la política; la filosofía estóica debia penetrar en el derecho. La necesidad de la política para preparar el nuevo cambio social era la unidad del poder, la unidad del mundo; la necesidad del derecho para preparar al hombre al bautismo cristiano era la unidad interior del indivíduo. La unidad del mundo no se podia llevar á cima bajo la República desgarrada por sus bandos. La unidad del indivíduo no podia conseguirse con el antiguo derecho romano. La ley estaba encerrada en el símbolo, el símbolo en el altar del sacerdote; el derecho estaba personificado en el padre de familias, el padre de familias no era más que la encarnacion del despotismo. Era necesario dar un nuevo derecho al mundo, un nuevo derecho á la familia. Entonces el *pretor pelegrinus*, el pretor de los extranjeros, fué el centro donde convergieron las ideas de todos los pueblos; el *jus gentium*, el derecho de todas las gentes, nace explendoroso; el filósofo estóico, severo, humanitario, práctico, ese filósofo que Grecia ha formado para Roma y Roma recibe para la humanidad, el

filósofo estóico se sienta al lado del emperador, reina con él ó mejor dicho, reina sobre él. Todo emperador tiene en sí dos hombres; el hombre material, el hombre individual, que se arroja en el lodo; y el hombre ideal, el hombre-humanidad, que da al mundo los principios sacrosantos del derecho. Los nombres de Caracalla, Cómmodo y Heliogábalo. Las huellas de sangre que el emperador-hombre ha dejado en el mundo ya están borradas; pero las huellas de luz que el emperador-idea ha dejado en el derecho, todavía relucen brillantes é inextinguibles en el agradecimiento de los pueblos. El antiguo y tradicional paganismo de los patricios ha muerto. Júpiter Capitolino no existe ya, diez y nueve siglos los han enterrado; y el estoicismo de los emperadores vive todavía en el derecho, brilla en los códigos de los pueblos, es hoy el númen de nuestra justicia. Los emperadores sin conciencia, sin razon, sin ley, han revindicado los fueros de la razon, de la conciencia, de la ley. Merced á su iniciativa, el parentesco espiritual se levanta al lado del parentesco natural; el padre que deshereda á su hijo es tenido por loco, y las tablas de su testamento, que eran leyes de la antigua República, son arrojadas al fuego. La moneda de plata caida en la balanza de cobre, no extingue la comunion espiritual del hijo con la familia. El derecho civil, escribe Gayo, no puede matar al derecho natural, y en estas palabras se halla re-

sumida toda una revolucion humanitaria. El peculio es el signo sagrado de la libertad del hijo, de la emancipacion misma del esclavo; la dote, el signo de la personalidad de la mujer. Claudio, el marido de Messalina, establece que la madre herede á sus hijos; la madre, nombre no pronunciado nunca en el antiguo derecho patricio. El padre, severo y austerísimo, pierde el cetro de hierro, que era la atroz coyunda de su infeliz familia. El hijo, igual en derecho al esclavo, el hijo, arrancado hasta la silla curul por la omnipotencia del padre, el hijo, que tenia siempre la espada de la patria potestad sobre su cabeza, respira y vive. La mujer, hija, antes de su esposo, hermana de sus hijos, siempre bajo el poder de ignominiosa tutela, eternamente esclava, comprada á su familia, recluida en lo más hondo de la casa, la mujer siente palpitar sus entrañas con el amor de madre, puede llamar legalmente hijo á su hijo, arroja los signos de su esclavitud, y embellece con su presencia los espectáculos, y vive á la luz del sol, y aplica á sus labios la copa de la vida, y enciende su alma en la luz del pensamiento, y preside las sociedades de los artistas, y derrama en la familia los resplandores de su alma. El esclavo, aquel sér unido á las grandes familias merced á quinientas dracmas pagadas en el foro, sellado con una gran cadena á los muros de la casa, guardando la puerta frente á frente del perro,

azotado para que su señor tenga el placer de mirar cómo corre la sangre, puesto muchas veces en el tormento, arrojado, despues de haberle hecho mil pedazos, á las murenas del estanque, el esclavo, comiendo solo su brevaje de harina de cebada allegado con sus ahorros, abandonado cuando enferma en una infecta isla del Tíber á la providencia de Esculapio; el esclavo, ese eterno mártir de la historia, encuentra entrañas en el nuevo derecho, y con su propio peculio adquiere el tesoro de la esperanza; de suerte, señores, que ese poder absoluto que suele ensoberbecer tanto á los hombres, malo en sí, en sí perverso, cuando quiere derramar algun bien sobre la tierra, ese poder absoluto, tan decantado, viene á ser el esclavo de sus esclavos, viene á servir de instrumento á la emancipacion del hombre y de pedestal á la libertad del mundo. (Aplausos).

Resumiendo, señores; el carácter del primitivo derecho, es religioso. Las clases privilegiadas envuelven la ley en el fuego del sacrificio. El plebeyo no puede tocar la ley sin abrasarse las manos. La familia es el padre, el sacerdote es el padre, el juez es el padre, el rey es el padre. Y este derecho inflexible y sagrado, este derecho que arranca del templo de los dioses, no tiene verdadero fundamento en la naturaleza humana; es un derecho convencional, es un derecho hijo de las ideas estrechísimas en que se encerraba la antigua aristocracia. El de-

recho para ser justo, debe fundarse en la ley de nuestra naturaleza. Y la ley de nuestra naturaleza no admite, no consiente que unos sean opresores y otros oprimidos, sino que en todos los hombres encuentra una misma alma, y en todas las almas encuentra un mismo derecho. La simbólica del antiguo derecho patricio, sus augurios, sus fórmulas, sus palabras sagradas, sus prolijas ceremonias, sus sacrificios, tendian á levantar una clase privilegiada sobre la servidumbre y opresion de las demás clases sociales. Los plebeyos lucharon contra este derecho en el Aventino, en el Foro, en los campos. Lucharon por sustituir al privilegio la igualdad, á las tradiciones la razon. Lucharon por ser ellos clientes, tambien ciudadanos, tambien personas. ¡Lucha grandiosa, que es una de las páginas más brillantes de la historia del espíritu humano!

Mas si esto importaba mucho á Roma, en realidad importaba poco al mundo. En Roma triunfaba el plebeyo del patricio; pero los demás pueblos de la tierra no conocian el derecho. Dentro de Roma, durante la República, se levantaban los inferiores á respirar el aire de la vida, que es la libertad; mas fuera de Roma la servidumbre pesaba sobre las gentes. La República habia comprendido la idea del ciudadano, pero no habia llegado á otra idea más alta, á la idea del hombre. El derecho, como un árbol, agaraba sus raices en el

campo romano, y allí crecia, y solo allí derramaba sus frutos. Era durante la República el derecho, como la primer expansion del sentimiento del pueblo, una carta de ciudadanía; precisaba, pues, para que la ley del progreso se cumpliera, que el derecho romano fuese la carta de la humanidad. Lo primero no podia suceder bajo la aristocrática República; por eso; señores, vino el Imperio á humanizar el derecho. El pueblo romano pasó de la edad del sentimiento, en que domina el tiempo y el espacio, á la edad de la razon, en que el espíritu lo domina todo, edad representada por el Imperio. Entonces ¡qué revolucion tan portentosa! así como el extranjero pasa á ser ciudadano, la ley, el derecho de las provincias pasan á ser la ley, el derecho de Roma. El pretor, distinguiendo, separando las leyes, y estudiándolas, dictando sentencias con arreglo á los principios del derecho de las diferentes ciudades en que domina Roma, va haciendo de aquella ley de una familia, de una clase, la ley de la humanidad. A su vez el jurisconsulto se inspira en la escuela estóica é inspira su razon al derecho.

El hombre va subiendo las gradas del Capitolio, y dejando en cada una de ellas un eslabon de su pesada, de su atroz cadena. El derecho va progresando, va ascendiendo tambien á ser humano, y va dejando enterrado en cada uno de sus progresos un fragmento del antiguo derecho cicló-

peo, del antiguo derecho sagrado. La filosofía estóica, las respuestas de los jurisconsultos, las sentencias del pretor, la equidad natural sobrepuesta á la antigua ley, el espíritu á la letra, la razon al privilegio, la igualdad á la aristocracia; todo esto hace del derecho, de ese derecho romano antes egoista, antes duro y severo y exclusivo, la obra de la humanidad, la obra de la razon; y por eso, no por ninguna otra causa, todo lo que habia de grande en la filosofía griega se reflejó en el derecho romano, y todo lo que en el derecho romano habia de nacional y humanitario, vive y vivirá en la conciencia del mundo, desafiando al tiempo y á las revoluciones; porque los privilegios son, señores, transitorios, y la razon y la libertad y la justicia son eternas. Así, pues, el Imperio y solo el Imperio hizo universal el derecho.

El Imperio no debe solo ser mirado en su organizacion, en los elementos que lo componen, debe ser mirado tambien como irradiacion del espíritu clásico en el mundo. Y en efecto, Grecia habia forjado la idea, Roma habia extendido y derramado esa idea por el mundo: Grecia levantada cerca del Asia, en frente del Egipto, avalanzándose con los brazos abiertos á Europa, cortada en pequeñas islas, debia ser la mansion de los filósofos; Roma levantada en medio de Europa, á igual distancia del Oriente y del Occidente, con los Alpes como un pedestal á sus plantas, descansando en las

orillas del Mediterráneo la frente coronada de fortalezas, debia ser la patria de los guerreros: Grecia resume toda la evolucion del pensamiento filosófico; Roma toda la evolucion del pensamiento político: la primera encierra en su seno el sensualismo, el idealismo, el naturalismo, el suprenaturalismo, todas las escuelas; Roma, todas las fases de la política, la democracia, la aristocracia, la monarquía absoluta, la clase media, la república militar, la república mesocrática, el Imperio: Grecia es la razon especulativa, Roma la razon práctica: Grecia deja sus filósofos en sus escuelas; Roma los aloja en el Foro, y les dá el buril para que escriban leyes: Grecia ha reunido los tesoros de todas las ideas abstractas de la humanidad, siendo aun su filosofía el pensamiento central de la ciencia; y Roma reune todos los códigos, siendo su política y su derecho la cúspide y el pensamiento fundamental de toda la civilizacion antigua.

Y esta obra humana la cumple Roma mucho más en el Imperio que en la República. En tiempo de la República su apostolado se limita á fundar colonias, municipios, levantados en el ritmo ideal de la ciudad, en la armonía de sus elementos; porque Roma con su fuerte espada abre los surcos de la tierra, arroja su idea, y despues la riega con su sangre. Por todas partes entonces nacen pequeñas Romas, pequeñas colonias; pero estas

fraccionadas colonias hubieran sido como cuerpos sin armonía, sin ley, si Roma no las hubiera reunido en tiempo del Imperio. Pocas naciones han sido más maldecidas que la nacion romana; ninguna ha tenido sin embargo un amor más grande por la humanidad. Mientras Grecia se aisla del mundo, Grecia la artista, Roma derrama su amor, sus simpatías en todo el mundo. El régimen militar de Roma, es un régimen de armonía; en el corte de su espada lleva las centellas de una idea, que brilla al herir con la espada las piedras; en su sangre lleva tambien la lluvia vivificante de su vida. El gobierno militar del Oriente está fundado en la antipatía; los pueblos conquistados son esclavos: el gobierno militar del Imperio está fundado en la simpatía; los pueblos conquistados son hermanos. Así el derecho de ciudad es la gran comunion del alma de Roma con el mundo. La Ciudad Eterna desde el Capitolio va recibiendo en su recinto, primero á los italianos, despues á los galos, despues á los españoles, y cuando ya es suyo el Occidente, por amor se vuelve á Oriente, y llama á todos aquellos pueblos, y uno tras otro van subiendo las gradas del trono inmenso del mundo, y uno tras otro van coronándose reyes en el Capitolio.

Admirad, señores, conmigo; admirad como yo admiro el régimen militar de Roma, que mereció los elogios de los pueblos vencidos y entre los ven-

cidos del más tenaz, del pueblo hebreo. El régimen militar es la base de toda la antigüedad. Pero este régimen militar, fundado en la bárbara casta, en la teocracia, se torna humano al penetrar en Roma. Roma es por este concepto la última evolucion posible de la idea del antiguo mundo.

Esta ciudad reune el poder civil y el poder militar en una sola persona. Las decisiones de sus guerras tienen el carácter de una sentencia judicial, y sus sentencias judiciales tienen toda la fuerza del mandato de un guerrero. Las águilas llevan en sus garras el rayo de la guerra y el rayo del derecho. Esta union de la fuerza con la justicia, de la idea con el hecho, es el carácter principal y aun no bien estudiado de la Ciudad Eterna.

Aquellos grandes y soberbios soldados se acercaban á las ciudades, á los pueblos, y lejos de exterminarlos, recogian sus leyes y las consagraban con la eternidad, doblaban la cerviz ante su gobierno, se detenian con respeto y religiosidad en el pórtico de sus templos y desarmaban de esta suerte á sus vencidos, obligándoles á la resignacion, que es para el vencedor el complemento de su victoria.

Por eso Roma, tan grande, tan poderosa, y tan fuerte, vibrando siempre su lanza, Roma, que derramó tanta sangre en el mundo, es en la série de los tiempos la descomposicion, la muerte de todo el régimen militar de la antigüedad y el prin-

cipio de otra edad más feliz, de la santa edad del derecho.

Este régimen militar en el Imperio tomó un carácter aún más humano. Un dia César dormia en un barco, surcando los domados mares. Un fantasma se le apareció en sueños y le rogó que levantara de su abatimiento á los pueblos vencidos, que reedificara los muros de Corinto y Cartago. Esta reedificacion del mundo por la unidad es la obra maravillosa del Imperio.

Los pueblos siervos, los pueblos aliados, los municipios libres, las colonias mismas, toda esa gran gerarquía de estados tienden sus brazos á Roma y le piden algo más que su patrocinio, algo más que su poder, le piden el derecho sacratísimo de ciudadanía. Este derecho equivale á la libertad, á la dignidad, á la conquista entera de la personalidad humana en el mundo antiguo.

Por eso los pueblos suspiran y anhelan por esa ciudadanía, que es al mismo tiempo la educacion de la humanidad. Merced á ese codiciado derecho, el sacerdote de los bárbaros cultos, que en las espesas y oscurísimas sombras de los antiguos bosques druídicos abre las entrañas de los hombres y las arroja aun palpitantes al fuego sagrado, se lava las manchas de sangre que tiene en sus manos en el agua del Tíber y ofrece á dioses más humanos, á los dioses de Roma, sus oraciones.

Merced á ese derecho de ciudadanía, el bárba-

ro que habla una lengua confusa é ininteligible entra en Roma, aprende su pulida lengua, se inspira en su genio, y si se llama Séneca, Lucano, Marcial, Petronio, inocula en la literatura latina el espíritu y la idea y el género de todos los pueblos de la tierra.

Merced á ese derecho las naciones no se quedan aisladas dentro de su órbita; no son como cuerpos sin movimiento y sin vida; antes bien, todas, como los astros en el cielo, giran en torno de Roma, reciben su fuego, su luz, su vida, y se transforman á sí, y pierden la corteza de sus antiguas tradiciones, y de enemigas irreconciliables se tornan hermanas, como unidas por un mismo lazo, por una misma ley, á un mismo poder, y llamadas todas á un mismo destino.

La ciudad que obedeciendo á su orígen llamó al extranjero indistintamente *hostis* y *hospes* huésped ó enemigo, en el Imperio levanta al trono al español Trajano, al godo Máximo, al oriental Heliogábalo, á los hombres de todas las naciones, como si tuviera en sus manos para ungir la frente de los pueblos el óleo sagrado de la soberanía.

Las instituciones históricas deben mirarse no solamente desde el punto de vista de lo pasado, sino tambien como una preparacion á los mismos tiempos y á las mismas sociedades que vienen siempre en pos de esas instituciones. Cuando Dios

levanta en la historia un gran faro, quiere que su luz, penetrando la densidad de los tiempos, aclare tambien los negros limbos de lo porvenir.

Levántase una institucion y parece á primera vista, mirándola superficialmente, que aquella institucion no era necesaria; y cuando vienen nuevos tiempos, cuando las ráfagas de grandes tempestades cruzan por los horizontes desgajándolo todo, el hombre dolorido, la libertad fugitiva encuentra en esa institucion algun lenitivo en sus grandes y amargas tribulaciones.

Porque al fin la razon humana seria ménos que el instinto si en sus elaboraciones sociales no supiese entrever el mal y presentir la desgracia y apercibirse contra su funesto influjo. Cuentan los navegantes que en dias serenos, cuando el mar está en plácida calma y el cielo en todo su explendor, cruzan por los aires bandadas de aves marinas en pos de una isla huyendo de la tempestad que vá á levantarse y empieza á hervir en los abismos del Océano ó en los abismos del cielo; alcance maravilloso del instinto que no puede faltar á la razon humana.

Cuando nació el Imperio, Roma presentia como una sibila que un pueblo bárbaro iba á desplomarse sobre su frente; César habia querido encerrar estas tribus inquietas en un círculo de hierro. La legiones de Varo se habian sacrificado noblemente al pensamiento de César. Germánico

llevaba á las tribus bárbaras el alma de Roma. Lucano veia la libertad perseguida en Pharsalia huir como ave herida á los helados bosques. Tácito; como presintiendo que los hijos de Arminio habian de heredar el cetro y la corona de Roma, escribe con trémula mano sus leyes y costumbres. Augusto en su última hora se incorpora en su lecho como si hubiera visto una terrible aparicion; y en efecto, ha visto pasar ante sus hundidos ojos la gran liga germánica, rompiendo las lanzas de Roma y arrancando la cabeza y la gloria á sus grandes generales. El último acto de la comedia de su vida se ennegreció con este tristísimo presentimiento trágico. Druso se habia arrojado con los brazos abiertos en aquellas grandes corrientes de hombres y las habia dividido, y las habia separado para que no cayeran como el golpe inmenso de una gran catarata sobre la Ciudad Eterna y no ahogara á los reyes de la tierra.

Para preparar esta nueva edad, la divina Providencia, que es en la historia todo el órden lógico, hizo surgir el Imperio. Ya lo he dicho, señores, toda institucion, por una fuerza dialéctica incontrastable, como la fuerza misma de las grandes leyes de la naturaleza, viene á enlazar unos tiempos con otros tiempos, unas sociedades con otras sociedades, unas ideas con otras ideas, como puntos intermedios y necesarios de la lógica série que la humanidad recorre en su camino.

Así, cuando vienen los bárbaros Alarico, Genserico, el mismo Atila, aquel gran ideal del Imperio, aquella autoridad que está en el centro del mundo, los maravilla, los suspende, y caen de hinojos ante lo mismo que quieren quemar, y levantan lo mismo que quieren destruir. Y como segun nuestra ley histórica, los hechos, los códigos, las instituciones no vienen de improviso al mundo, sino que encierran en sí restos de las edades que los precedieron y gérmenes de la edad que los siguen, suprimid con el pensamiento por un instante el recuerdo de ese ideal del Imperio, que acariciaban los Papas y los Reyes de la Edad media, y en aquellas grandes inundaciones de bárbaros, en aquel fraccionamiento de la vida, en aquel feudalismo, que aislaba una de otra á las familias, en aquel profundo cáos, se hubiera acaso perdido la civilizacion y la unidad del mundo y de nuestra especie. Hemos apuntado las razones políticas, filosóficas, sociales y humanas que trajeron el Imperio; vamos á ver su historia.

Señores: hemos visto que el Imperio nace con César, veámoslo ahora afirmarse con Augusto. El genio podia crear el Imperio; solo la astucia y la política podian conservarlo y afirmarlo. Despues del alma inmensa de César, de aquella alma, que como el Océano, se tragó la República, debia venir el alma pequeña de Augusto. Y esto es lógico. El hombre, nacido para crear ó destruir necesita

la unidad maravillosa del genio, mientras el hombre nacido para conservar necesita solo la minuciosa y perspícua vista del talento. El estado de Roma en tiempo de Augusto era triste, muy triste.

Señores: la aristocracia está destruida, anonadada; los ciudadanos desbandados y huidos; los libertos llenan el Foro y las calles; los esclavos son tantos como los dioses; los veteranos de César piden poder y pan y devoran el trigo guardado para el pueblo; los legionarios de Sexto Pompeyo reclutados en lo más bajo de la más baja servidumbre, pasean con sus togas de seis varas de largas, caballeros por la via Appia en briosos caballos, reclinan aquellas espaldas heridas por los látigos señoriales en los templos patricios, pisan con aquellos piés, que todavía guardan la señal de las ligaduras del mercado, el palacio de los senadores, y se apoderan con sus manos aparejadas solo para el trabajo servil, de las mejores tierras de Falerno; los feroces bandidos de los Abruzzos, de largos brazos, medio desnudos, descienden á robar á las mismas calles de Roma; el senado compuesto de mil hombres, *deformis et incondita turba*, muchos de ellos, que apenas saben hablar latin, senado bárbaro, hijo del pensamiento de César, destruye la antigua Roma, y forja allí el nuevo hombre y el nuevo siglo; los caballeros, los ricos, los potentados, no se atreven

á ir á sentarse á los bancos de preferencia en el teatro por temor á sus acreedores; la propiedad pasada y traspasada de unas manos á otras manos, de Sila á Pompeyo; de Pompeyo á César, de César á Antonio, de Antonio á Octavio, sin dios Término, sin augurios, sin las antiguas ceremonias religiosas que la resguardaban, se deshace á los golpes de la lluvia de sangre que inunda el mundo; el pobre labrador, ese artista de la naturaleza que próvido reparte la copa de la vida entre los hombres, es arrancado del campo, donde radicaba, como el árbol su existencia, y se aparta llorando con su familia desnuda y hambrienta, de sus bueyes que le miran tranquilos, del ganado, que parece mostrar en su balidò pena por tan triste partida, de las palomas, que alimentaba y que aletean sobre su frente, de las doradas mieses que se tronchan bajo las plantas de los feroces soldados, y en tan tremendo trance, no tiene á quien convertir los ojos, porque para ser oido de César necesita expresar sus quejas en son tan doliente y armonioso como el Cisne de Mántua, el gran Virgilio; los dioses, que podian con su influencia religiosa ocurrir á estos males, agonizan sin fuego en el altar, sin ofrendas en el ara; la caverna de Delfos, donde iban los repúblicos á interrogar los secretos de los Estados y el númen de lo porvenir, está vacía y muda, la Pitonisa, helada de espanto y terror, deja caer su frente sobre el már-

mol del altar, apagado ya su inextinguible númen; hasta el Mediterráneo, alegre como los antiguos dioses, hermoso como la teogonía clásica, se queja; y cierto dia que hermosa nave, como un festin flotante, cruzaba por sus aguas, se oyó á lo lejos triste y doliente voz parecida al quejido de un moribundo, que decia al piloto: «ve á decir, Thamús, á Grecia, que el dios Pan ha muerto» y se quejaban las ondas, y se quejaban los árboles de la orilla, y la brisa que henchia la blanca lona se quejaba tambien, y las rientes costas repetian el quejido que se iba extendiendo en varios ecos desde las islas de Pazos hasta las riberas de Epiro; quejido que expresaba el gran dolor de la naturaleza, próxima á caer de los altares y á perder sus atributos de diosa; de suerte, señores, que esta época que historiamos, época grande, tremenda, es una de esas épocas de transicion, como la que venimos tras tanto tiempo nosotros atravesando; épocas muy beneficiosas para el mundo, que recibe nuevo rumbo en su camino y nuevos impulsos de la Providencia; pero muy tristes para los nacidos en ellas, porque suspensos entre dos abismos, entre lo pasado que conocen y desaman y lo porvenir que ignoran y desean, suelen ser víctimas de grandes y pavorosas explosiones en que estalla el mundo en estas edades tremendas, de renovacion de todo el espíritu, de cambio de todas las direcciones de la historia. (Aplausos prolongados.)

El Imperio era una revolucion política unida á una revolucion social. O mejor dicho, el Imperio era una revolucion social, en cuyas aras habia sido sacrificada la política. Si la República hubiera sido más humana, seguramente no hubiéramos visto aparecer el Imperio en la historia; mas toda revolucion necesita un genio, que le dé su pensamiento, un repúblico organizador, que la regule y fundamente, un brazo fortísimo, que la saque á salvo de las asechanzas y de los grandes combates de sus enemigos. El pensamiento de la revolucion era César, la organizacion era Augusto, y la venganza, la terrible venganza, era Tiberio.

En medio de aquellas grandes tempestades, levantándose á la idea de la unidad humana, idea tal, que nunca la habian concebido hasta entonces los hombres, César señala el norte, el pensamiento de aquella grande y portentosa revolucion, que aparecia vencedora sobre los dispersos restos de la antigua República. Mas todo pensamiento, si no se encierra en una poderosa y robusta organizacion, es como un espíritu perdido en los aires. César dió la idea, Augusto dió la forma al Imperio. Pero esta forma y esta idea quebrantaba grandes intereses, grandes privilegios; el Imperio necesitaba contrarestar con la fuerza encarnizada guerra que debian moverle estos intereses y estos privilegios. Entonces nació el ter-

ror con Tiberio. Como el vapor de sangre embriaga y enloquece, aquella revolucion que habia aspirado tanta sangre, llega á su demencia, á su delirio con el atroz Calígula. Si acaso dudais, señores, de estos mis pensamientos, meditad un instante sobre la enseñanza que nos dan las páginas de la historia.

En la edad triste de la historia, que antes hemos descrito, Augusto recogió el gobierno del Imperio. El lo fundamentó sobre sus bases; él dió una organizacion á su idea. Hipócrita, cobarde, temblando como un niño delante de una tempestad y aun delante de su mujer; sin voz, sin elocuencia, como para significar que por él iba á enmudecer para siempre el antiguo genio de la tribuna; desgraciado en su familia, porque su hija Julia era la piedra de escándalo de Roma, accidente que le hacia muy infeliz y que le obligaba á quedarse en el senado por su mala fortuna; armado de todas las magistraturas y haciendo como quien desprecia todos los poderes de la tierra; vestido de lana, yendo como el último plebeyo á votar á los comicios; asistiendo á los tribunales á dar caucion por un amigo; alojado en una humildísima casa en el monte Palatino, donde no tenia ningun lujo; comiendo un poco de pan, un pedazo de pescado y unos higos cogidos por su propia mano; muy cruel en la guerra, muy magnánimo en la paz; encantado siempre con los ver-

sos que le recitaban los grandes poetas; avaro hasta el punto de fundir una magnífica vagilla que le regalara Ptolomeo, y pródigo, hasta seducir al pueblo con espectáculos que sobrepujaban á los dados por César: oyendo siempre las opiniones contrarias y siguiendo la suya propia; rodeado de innovadores imperialistas y de republicanos como Horacio; asesorándose de Agripa, el feroz soldado que le incitaba á resucitar la gran república militar, y de Mecenas, el culto y almibarado cortesano que le ponia delante de los ojos la gloria de constituir un gran Imperio, gloria, que no necesitaba encarecer mucho á su deseo bien inclinado á ese fin; Augusto, con todas estas cualidades, con todos estos vicios, con todas estas prendas, con todos estos elementos, por la impotencia de todos los partidos que unos se habian devorado á otros, logró fundar el Imperio. (Aplausos.)

El pensamiento de Augusto parece ser el restaurar la antigua República. Así ahogala revolucion que perturba á Roma, se ciñe la túnica de sus tribunos, el manto de sus sacerdotes, y va precedido por las haces de los antiguos magistrados. Augusto quiere purgar el senado de bárbaros, y no sabe que los senadores van á ser pasto de la hambrienta voracidad de los herederos de sus glorias y de su fortuna. Augusto quiere levantar los antiguos altares de los dioses, y no encuentra ni

un flamen, ni una vestal en Roma. Augusto quiere contener la emancipacion gradual de los esclavos, el movimiento creciente de la poblacion servil, y cuando el enemigo amenaza, cuando derrotado Varo ve aparecer la imágen fiera del bárbaro germano en la nevada cima de los Alpes, tiene que entregar por necesidad la defensa de la ciudad aristocrática, patricia, á los esclavos. Augusto quiere dar seguridad, fuerza, derechos á los caballeros, designarles su asiento en el teatro, hacerles pasar en su presencia al lado de sus caballos en larga revista; y al mismo tiempo tiene que cerrarles el circo, la sangrienta arena; porque en el corazon de esta clase condenada á muerte por la Providencia, solo resta el instinto del suicidio. Todos los caballeros quieren ser gladiadores. Augusto tiende á reformar la economía de Roma, tiende á impedir las grandes distribuciones de trigo que aumentan la pereza del pueblo; y sin embargo en su tiempo crece desmedidamente el número de los frumentarios. Augusto intenta restaurar la antigua familia y no encuentra un romano que sea hijo del antiguo matrimonio religioso, de la confarreacion. Augusto pretende matar el celibato, excita por la ley Papia Popea los matrimonios, y ve alabadas estas determinaciones por el libertino Ovidio, por el célibe Horacio, y admirablemente obedecidas por la gran prostituta, por su hija Julia. Augusto va

dejando caer las magistraturas á ver si algun romano las recoge, y no hay romano en Roma que quiera ya el poder. Así conoce que la única organizacion posible en aquel Imperio, la única que permite la Providencia, es que el emperador sea pontífice, cónsul, tribuno, censor y hasta edil; que el emperador sea el senado, y los comicios del campo, y el ejército y la ley; que el emperador sea toda, absolutamente toda la República. La revolucion se habia consumado, habia nacido el Imperio.

Pero el Imperio necesitaba desasirse de los grandes enemigos que le atajaban el paso; necesitaba como todas las instituciones sociales nacientes, superar por la fuerza los obstáculos alzados en su camino, y entonces aparece Tiberio.

Señores: Tiberio, genio misterioso y sombrío, que nunca se habia sonreido ni habia llorado, como si fuera superior á las debilidades y á las grandezas humanas; mente vastísima y profunda que abrazaba una idea, la poesía, la implantaba despues con mano fuerte en el espacio, sin curarse de amigos ni de enemigos, haciendo lo que nadie, que yo sepa, ha imitado despues, desterrar á sus aduladores; envuelto en profundísimo silencio, achaque de todos los déspotas, pues á manera de las aves nocturnas no pueden sufrir en su pupila de ninguna suerte la hermosa luz del claro dia; menospreciador del pueblo; á quien solo dió

un espectáculo en veinte años, y del mundo, del que decia que era un oso que él habia agarrado por las orejas; misántropo, que habia pasado la mayor parte de su juventud encerrado en la isla de Rhodas contemplando el mar y el cielo en compañía de algunos gramáticos, porque la gramática era su estudio favorito, y de algunos astrólogos que le profetizaban el Imperio, dulces profecías que él pagaba arrojándolos al mar; y aun se cuenta que á uno de ellos le dijo: «si tan perito en adivinar lo futuro eres ¿por qué no has adivinado que yo te iba á matar?» celoso y receloso, pues por celos mató á Agripa sobrino querido de Augusto, y por recelos á Germánico, dulce esperanza del pueblo y del ejército; muy político, cual lo prueba el haber escogido un privado para hacerlo responsable de sus crímenes y blanco de los ódios del pueblo, y haber despues arrojado ese favorito á la fiera muchedumbre, como él decia, para entretener su hambre, con su familia y sus pequeñas hijas, que segun la expresion tiernísima de Tácito, iban llorando á la muerte como si fueran solo á recibir algunos azotes; lleno, sin embargo, de remordimientos, viviendo apartado de todo el mundo en la isla Caprea, viejo antes de sazon, devorado por sus infames vicios, con los ojos medio apagados, la voz extinta, la cara comida y devorada por un cáncer, el aliento fétido, los miembros todos temblones, sediento de san-

gre, de venganza; cimentado el Imperio sobre millares de cabezas caidas á una señal suya, y mandando al senado por senadores para abrirles las entrañas y calentarse en ellas las plantas, que eran la raiz del Imperio; muriendo él tambien de muerte violenta, ahogado entre unas almohadas; y al espirar, rugiendo, sin duda porque aun le quedaban víctimas qué devorar, Tiberio, es la personificacion tremenda y horrible, pero grande é inmensa del terror que acompaña el nacimiento de todas las revoluciones, que acompañó la cuna del Imperio. (Vivos aplausos.)

¡Época terrible era esta época de Tiberio! Todos morian, todos, bajo el puñal del verdugo. Los senadores se reunian y entraba el emisario del César y cogia uno de ellos por la toga y lo llevaba al matadero, y los demás callaban, sellados por el temor los labios, oprimidos por negros presentimientos los corazones. Vivia retirado en su casa el patricio en las delicias del baño y allí mismo le mandaban que se matase, que enrojeciese con su sangre las aguas, y el infeliz moria. Sobre su cadáver no caia ni una lágrima por miedo á que las lágrimas se pagasen con sangre. Muchas veces el emperador llamaba á sus víctimas, les disponia una gran comida, les mostraba la gruta azul, sus baños, sus jardines perfumados de azahar, sus estanques llenos de murenas, la isla Caprea, el cielo, el Vesubio á lo lejos levantándose sobre el mar

y los campos, y despues de haberles con estos hermosos espectáculos escitado el deseo de vivir, les mandaba impiamente á la muerte. Todos los dias recordaba algun hombre célebre, y pagaba aquel recuerdo mandándole asesinar. Un enano, un bufon, le decia en cierta ocasion: «Señor, te has olvidado de Posidonio.» «No me he olvidado, contestaba el César,» y escribia la sentencia de muerte de Posidonio. Léntulo hizo testamento en salud y dejó su pingüe patrimonio al César. Tiberio le obligó á que se suicidase para heredarle más pronto, pues para no parecer ingrato no quiso matar él por su mano á su generoso y desprendido amigo. Nerva, amigo tambien de Tiberio, se murió de pena, de tristeza; se suicidó moralmente al ver el espectáculo que ofrecia Roma. Hay en Tácito una palabra terrible que pinta mucho mejor que toda su historia esta horrorosa época. Pison, varon ilustre, murió en su cama. ¡Qué horror, señores! No habia remedio, no se podia huir de aquel hombre. El perseguido ¿á dónde huia que no fuera Roma? ¿Qué pueblo le prestaria asilo donde el emperador no estuviera? La tierra, toda la tierra, era del feroz Tiberio. Un rey de los parthos le decia al tirano: «La más hermosa accion que podias hacer, la que más te agradeceria el mundo, ¡oh César! la más hermosa de tus obras, seria que libertaras de tu presencia la tierra.» El tirano murió, pero no murió el terror.

Señores, César es el alma y el pensamiento del Imperio, Augusto su organizacion, Tiberio la venganza y el exterminio de todos sus enemigos; despues viene el delirio, la fiébre de esta revolucion social, y ese delirio, esa fiebre es Calígula.

Saludado con alegría por el pueblo, que le llamaba su polluelo, su hijo; saludado con júbilo por el senado, que sacudia uña larga y pesada esclavitud, pues habia enviado la mayor parte de los suyos á la muerte por mandato de Tiberio; de condicion blanda y humilde, despreciando la corona y el poder, parecia que con el jóven Calígula iban á sonreir dias de bienandanza á la ciudad sumida en sangre y lodo; pero como el poder absoluto, ese poder que los falsos moralistas de nuestros dias nos presentan por ideal de todas las virtudes y de todos los bienes, como el poder absolúto es una enfermedad terrible para los que lo sufren y más terrible aún para los que lo ejercen, Calígula, al verse en la cúspide más alta del mundo, pierde la cabeza, se vuelve loco; el sueño huye de sus párpados, pasa los dias bebiendo vino cocido con enebro y las noches paseándose al través de grandes pórticos, mirando el mar y rogándole que calle, como ha callado el pueblo, porque le incomoda hasta la elocuencia de la naturaleza; se acuesta en lecho de púrpura y está inquieto porque se ha enamorado de la luna, y la llama para que baje á reclinar su blanca faz en sus al-

mohadas como la reclina en el azulado lago ó en el mar Tirreno; arroja los gladiadores enfermos á las fieras, porque la carne humana le salia más barata que la carne de buey ó de carnero; mata á los hijos delante de sus padres para ver la verdadera expresion del dolor, que no sabian imitar en el teatro los trágicos; hiere en un sacrificio al sacerdote y perdona la víctima; retira en un dia de calor el gran velarium, el gran toldo del teatro, para que se achicharre el pueblo; llama cónsul á su caballo, y convida á los nobles senadores y patricios á que coman en su compañía en su pesebre; llena de polvo de oro y minio el circo y empobrece á Roma; pasea á caballo por el golfo de Bayas, poniendo unas tras otras las naves del mundo; vence desde su palacio á los germanos y á los de Bretaña, y se hace decretar el triunfo; y despues se cree superior á los hombres, como lo son al ganado los pastores; y se declara dios, toma los atributos de Castor, se viste como Hórcules con una piel de leon y una fuerte maza de oro en la mano, ó bien se pone alas en los piés como Mercurio, ó bien va en carro de marfil rodeado de jóvenes desnudas, que llama las musas, pulsando, como Apolo, una cítara, ciñendo una corona de oro á su cabeza, y como la historia deja siempre escritos grandes argumentos contra los grandes errores con letras indelebles en el espacio, aquel hombre loco, borracho,

asesino, infame, es alojado en el templo del Dios de la verdad, en el templo del Dios de los hebreos, del creador del cielo y de la tierra, como para significar eternamente á las generaciones que el poder absoluto de un solo hombre, es además de una degradacion de la humanidad, una blasfemia, un insulto arrojado á la frente del Eterno. (Ruidosos aplausos.)

Pero observad, señores, que el instinto poderoso de estos locos, de estos infames que subian al trono imperial y manchaban la púrpura arrastrándola por sangre y lodo, el instinto de estos emperadores les llevaba á igualar todas las frentes, igualdad que se cumplia triturando las frentes altivas de los nobles bajo las ruedas de un desolador despotismo; tanto más cruel cuanto que en estos tiempos, perdida la esperanza, parecia inquebrantable y eterno.

En Roma, despues de esta larga contienda, despues de este aniquilamiento de las clases superiores, despues que las matanzas de Calígula, unidas á las matanzas de Tiberio, habian completamente acabado aquella antigua aristocracia que pagó bien caramente su egoismo, despues de toda esta revolucion tan tremenda como pavorosa, cuyo recuerdo nos aflige aún, solo quedó en pié el pueblo, ese elemento social que sobrevive á todas las revoluciones, á todas las catástrofes; y sobre el pueblo, representándole, el emperador.

Sin embargo, la crueldad de estos hombres feroces, de estos dueños del mundo, llegaba á las clases inferiores y se cebaba tambien muchas veces en los mismos á quienes queria representar y salvar. Semejábase el mundo en esta época á un inmenso panteon de grandes ideas, de grandes tradiciones, donde dormian el sueño de la muerte las antiguas magistraturas, las antiguas glorias, la aristocracia, los tribunos, los censores, los ídolos del paganismo y sus sacerdotes; á un inmenso panteon, guardado por un chacal, que se gozaba en desenterrar los cadáveres y devorar sus podridas entrañas; como si sobre el mundo antiguo quisiera escribir el destino estas desoladoras palabras: Tambien perecieron sus ruinas.

Creo á mis oyentes cansados de oir como yo de decir crueldades. Acabemos, que ya es hora, esta larga, larguísima leccion. El mundo y la humanidad han pasado siempre por estos grandes y amarguísimos trances. Muerto Calígula, hubo un instante en que se creyó que iba á renacer la libertad. No era posible, la libertad habia muerto, porque era un privilegio infecundo.

¡Oh! señores, cómo se oprimiria el corazon al mirar esta época, si en el seno de las catacumbas, en el circo, siendo pasto de las fieras, no aparecieran los cristianos con sus almas puras como el alba; los cristianos que no matan en aquella gran carnicería, sino que mueren; que por no postrarse

en aquella universal servidumbre ante el César, van á las hogueras; que no adoran á un hombre, sino á Dios; que tienen libertad cuando todo el mundo calla; que se llaman hermanos, cuando el hombre devora al hombre; que traen la esperanza á una sociedad caida en la desesperacion.

Resumamos, señores, nuestras ideas. Hemos condenado el poder absoluto de los emperadores. Hemos, sin embargo, pintado las grandes consecuencias provechosas para el mundo que trajo el Imperio. Lo mismo hacemos en toda la historia. Condenamos el feudalismo hoy, pero convenimos en que el feudalismo salvó al mundo de la irrupcion de nuevos bárbaros; condenamos hoy las monarquías absolutas, pero convenimos en que las monarquías absolutas nos salvaron del feudalismo. No hay, pues, ninguna contradicion en nuestras palabras.

Señores: la historia sería como vano eco perdido en el tiempo si de ella no sacáramos provechosa enseñanza para nuestros tiempos, y si delante de estos acontecimientos el historiador no dijera la verdad á los poderosos y á los humildes; porque la verdad pensada con independencia y dicha con desinterés y profunda conviccion, es el gran tributo que el hombre debe al hombre; y como todos los hombres son nuestros hermanos, debemos decir á los poderosos: «no penseis nunca, aunque lo tengais en la mano, en ejercer un poder

absoluto, arma que hiere al mismo que la maneja, coyunda que envilece al mismo que la forja» (bien, bien); y á las clases aristócratas: «no penseis en privilegios y en fueros que no son, que no pueden ser de estos tiempos; ¡ah! por haberse empeñado la aristocracia romana en sostener sus privilegios, sufrió cinco siglos de horrible despotismo, que borró sus nombres del libro de la vida y sus propiedades del seno del espacio;» y á la clase media hoy tan descarriada, á la clase media que sigue un camino en cuyo término hay un abismo: «no olvides que has nacido del pueblo; no olvides que llevas aún la marca de tu antigua servidumbre en la frente, no olvides que esa libertad que abandonas te ha levantado del polvo y te ha ceñido la corona del derecho, y que en esos tiempos pasados, por que suspiras, tu cabeza era el escabel de los reyes absolutos, tus espaldas el fundamento de los castillos feudales» (bien, bien); y al pueblo, al desvalido, al humilde: «no creas que vienes á ser opresor porque hayas estado oprimido, no creas que vienes á ser tirano porque hayas sido tiranizado, no, (Aplausos) tú no vienes á levantar cadalsos, sino á destruirlos; no vienes á derramar la guerra, sino á llamar hermanos á los que te han llamado siervo; no vienes á anonadar la propiedad, sino á fecundarla con el trabajo; no vienes á abrogarte privilegios, sino á ejercer tu derecho; graba estos consejos en la mente, para

que no seas responsable nunca en la historia de nuevos cesarismos;» y á los desesperados, á esos que viendo nuestros males creen que el remedio es imposible; «contemplad, les diremos, los tiempos que hemos presentado á vuestros ojos; en el seno de aquella sociedad existian los mártires del Cristianismo que iban á regenerar el mundo, á renovar el espíritu; no caigais, pues, en abatimiento; si la tierra oscila bajo vuestras plantas como combatida por los huracanes, buscad sin duda nuevos derroteros en su carrera triunfal por el espacio; si la noche os rodea, acordaos que el sol no tardará en renacer á vuestros ojos, y sobre todo, no olvideis nunca que Dios preside á todo el movimiento de la naturaleza, á toda la rotacion de la historia, y Dios manda siempre la lluvia de una nueva vida al mundo, y á la conciencia las salvadoras ideas que han de ser la brillante aureola de nuestro dichoso porvenir».—He dicho. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

EL CRISTIANISMO Y EL ORIENTE.

LECCION QUINTA.

SEÑORES:

En mis anteriores lecciones, gracias á la benevolencia del público, cuya amistad nunca agradeceré bastante, bosquejé el cuadro del Imperio. Para conservar las eternas armonías de la historia, la cadencia de los siglos, necesito convertir los ojos á la nueva idea que en aquella sazon descendia del cielo. Esta nueva idea es el Cristianismo. Pero habiendo tratado ya con la extension compatible en el estrecho círculo donde puedo encerrarme, de los precedentes históricos y religiosos del Cristianismo, voy á tratar en esta noche de la religion del espirítu y de Dios, frente á frente de la religion del sentido y de la naturaleza. Y digo esto, porque voy á presentar, contra la general costumbre de los historiadores, el Cristanismo

frente á frente de las religiones orientales; pues así resaltan con luz más vivida y más nueva á nuestros humanos ojos sus divinos dogmas. Yo no puedo acercarme al Oriente, á ese templo de las revelaciones y de los misterios, sin sentirme pasmado y confuso; el eco de sus cánticos, el olor suave del sacrificio, en que arden las esencias de todos los séres, la vista de sus dioses cubiertos de piedras preciosas arrancadas á las entrañas de la tierra y de perlas nacidas entre las algas de los mares, ofuscan mi vista y embargan mi pensamiento. Pero yo, entre los templos gigantescos de Oriente, entre sus apiñados altares, entre sus mil ídolos de oro, de plata, de bronce; en sus umbrosos bosques, donde crece en el celeste lago el hermoso Lotho, y se arrastra entre flores la simbólica tornasolada serpiente; entre sus generaciones de sacerdotes arrobados en la meditacion y en el éxtasis, no busco ese dios inmenso, multiforme, que vive produciendo y devorando y rumiando séres, que se goza en respirar el vapor de sangre exhalado por el ara del sacrificío, que toma todas las formas desde la de tigre hasta la de hombre, que se viste con todos los colores, desde el opaco tinte de las negras nubes hasta el desvanecido azul del claro cielo, que consume todas las sustancias, desde la ardiente lava, que hierve en las entrañas de los volcanes, hasta la petrificada nieve que corona la cima de las montañas; no

busco de ninguna suerte ese dios, cuyo aliento lleno de vida me emponzoña como si fuera el hálito de la muerte; busco la Cruz, ese afrentoso suplicio, del cual pende un moribundo, cuyo último suspiro me refrigera y renueva mi sangre, como si fuese el aliento de la vida; la Cruz, fuente inagotable de esperanza, sol siempre fijo en los horizontes de nuestra existencia; que todos hemos visto al abrir los ojos á la luz de la vida en la cabecera de nuestra cuna al par de la dulce sonrisa de nuestras madres; que todos invocamos en las grandes tribulaciones y dolores, pues á medida que crece nuestro espíritu y vemos esta Cruz divina extenderse, crecer, cobijar todas las frentes; á medida que estudiamos los siglos, y vemos todos los poderes huir como sombras, y todas las civilizaciones anegarse, y esa Cruz divina flotar en todos los naufragios, exclareciendo á los filósofos, inspirando á los poetas, ejerciendo santa maternidad en nuestro espíritu; á medida que crece nuestra razon y vemos crecer tambien esa Cruz divina á nuestros ojos, se afirma incontrastablemente en el ánimo la creencia nunca oscurecida ni eclipsada en el mio, de que esa Cruz es el árbol de la eterna vida, que con sus flores perfuma de virtudes nuestro sér, y con sus frutos alimenta nuestro pensamiento, fortifica nuestras facultades, y sobre todas nuestras facultades, señores, la grandiosa libertad de nuestro

espíritu. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Yo no puedo comprender, señores, cómo una escuela ha querido borrar la religion de entre las grandes necesidades de nuestro espíritu. Hay dos verdades, que son como los dos polos del mundo moral, Dios y el hombre. Dios no existe en nuestro espíritu sino mediante la religion; el hombre no existe en la naturaleza sino mediante la libertad. La supresion de la idea religiosa lleva consigo la supresion de Dios; la supresion de la libertad lleva consigo la supresion del hombre. De la negacion de la criatura, nada más fácil que subir á la negacion del Criador; de la negacion del Criador, nada más fácil que caer en la negacion de la criatura. Cuando se niega la libertad, el hombre desaparece. Incapaz de ser dueño de sus acciones, ni el crímen puede ser en él castigado ni la virtud premiada. Cuando se niega la religion, Dios desaparece. Encerrado en el desierto cielo, dentro de su naturaleza, sin revelarse á la humanidad, Dios se asemeja á un tirano orgulloso, que solo se goza en completar su poder. Por eso las escuelas que parecen más contrarias se unen por el lazo del error, se confunden necesariamente en las negras tinieblas. De suerte, señores, que la escuela fatalista que niega la libertad y la escuela materialista que niega la religion, se unen y se confunden, dando un mismo resultado, sobre la negra boca de pavorosos abismos.

Por eso, yo reconozco la necesidad de la religion. Siempre el hombre aspira á lo infinito; la tierra que le rodea le parece estrecha cárcel y el tiempo una cadena que arrastra á sus plantas, y que le sujeta y que no le deja caminar á su patria; el abismo que hay en el fondo del corazon, ese abismo que no llena ni todo el poder, ni todo el amor, ni toda la gloria concedida á su ambicion; esta sed infinita de verdad, que no sacia toda la ciencia humana; este ideal de bondad, que nunca vemos realizado en el espacio; este amor á la hermosura que no han satisfecho nunca la lira de todos los poetas, el genio de todas las artes, las páginas de la literatura universal; este deseo de otro mundo mejor que nos asalta cuando presenciamos los más hermosos espectáculos de la naturaleza, delante del mar en calma inundado por la luz de la luna, en presencia del cielo cargado de estrellas; la certeza en que descansamos de que la muerte, esa negra muerte, es una trasformacion gloriosa de la vida en que nuestra alma sacude el sueño y vuela en pos de lo infinito; el deseo de la inmortalidad que anida en todos los hombres, que lleva al labrador á plantar el árbol á cuya sombra descansará, no él ni sus hijos, sino las venideras generaciones, y al filósofo á derramar las nuevas ideas que han de ser su martirio y su desgracia, y la felicidad de edades aún porvenir; esa tristeza que hay siempre en el fondo de la copa de todos

los placeres, aún los más grandes, aún los más puros: esta tendencia ciega de nuestro espíritu, de nuestra razon, á poner todas las ideas en lo absoluto y lo absoluto en Dios; esta tendencia de nuestra imaginacion á levantar templos donde refugiarse de la tempestad como el ave en su nido; todo esto que sentimos todos, que todos pensamos, porque todos nos reconocemos desterrados, porque todos guardamos el recuerdo y la esperanza de una patria que se oculta en el cielo; todo esto, si fuera mentira, si fuera nada más que un tormento inútil, si ese cielo estuviera vacío, si este nuestro amor á lo infinito fuera un engaño, un engendro fantástico de nuestra calenturienta imaginacion, seria Dios el más injusto de los séres, y el hombre el más desgraciado, más que el pólipo, más que la piedra inerte y fria, que si no goza, no padece; seria el hombre como esos viajeros que caminan por el desierto, abrasados de sed, sin tener ni un árbol, ni una fuente, y á cuyos ojos los rayos del sol, enardeciendo el aire, fingen lagos y rios frescos, lagos y rios que al tocarlos se desvanecen y se alejan y se burlan de su deseo, y aguijonean su sed, hasta que mueren abrasados, renegando de su infeliz destino; sí, señores, seria el hombre el más desgraciado de todos los séres, y el arte y la ciencia dones funestos, y moriria renegando de su grandeza, y maldiciendo de Dios, lo que no sucederá nunca, pues cuando

sacudimos los velos que nos envuelven, hallamos en la celeste eternidad el espacio de nuestra alma, el centro donde se perderá como el arroyo en el rio, y el rio en la mar, la impetuosa corriente de nuestra breve vida. (Estrepitosos aplausos.)

La religion es una de las necesidades del espíritu. Y si la religion es necesidad de nuestro espíritu, ninguna religion puede presentar tantos títulos al culto de los hombres, por sus dogmas sociales y por su divino orígen, como la religion que nosotros profesamos.

Algunos han creido, señores, y en mi sentir con mal consejo, que una religion se limita sólo á regular las relaciones entre el hombre y Dios. Yo no tengo esta idea de la religion. Creo que toda idea religiosa ejerce una influencia mental ó científica, una influencia moral, una influencia social. Creo, señores, que dentro del espíritu de los dogmas de una religion se encuentra una gran ciencia, que dentro de sus códigos hay una gran ley de vida práctica, y que ó esa verdad religiosa ó esa verdad moral han de ser una abstraccion, un principio sin sentido, ó han de resolverse en grandes leyes prácticas, consecuencia lógica de su docrina. Un detenido estudio de toda filosofía habia de darnos una fórmula política, una gran fórmula social. La filosofía, que parece tan abstracta y superior á la realidad, se encarna siempre en grandes hechos. ¿Y no ha de suceder lo

mismo con la religion? La religion tiene dos lados, uno que mira al cielo, otro que mira á la tierra. Sus verdades divinas están enlazadas con sus verdades morales; y sus verdades morales enlazadas tambien con sus verdades sociales. Y hé aquí, señores, por que siendo como es el objeto de mis lecciones no la religion sino la civilizacion, yo no puedo prescindir de estudiar el ideal religioso para comprender las consecuencias que de esta verdad abstracta van á conducirse en el mundo práctico, en la esfera de los hechos. Suponed por un instante un hombre con una razon superior, ideal, con la razon de Newton unida á la de Hegel, á la de Platon, á la de San Agustin; suponed un hombre de toda esta alta inteligencia, pero al mismo tiempo arrancadle la voluntad, ¿qué sería ese hombre? Pues cabalmente eso mismo es una verdad religiosa, que al par es una verdad social. El panteismo materialista de la India engendró las castas, el dualismo persa la aristocracia guerrera; el Hércules de los fenicios fué comerciante; magos eran los dioses de la maga Babilonia; el individualismo de las divinidades griegas engendró aquellas repúblicas individuales tambien; los plebeyos tenian en Roma unos dioses y otros dioses los patricios; la filosofía estóica, ciencia abstracta, engendró el derecho romano, ciencia práctica; y el Cristianismo, la última, la más perfecta, la religion divina, el Cristianismo, que

es inagotable, ¿no ha de tener tambien su verdad social, su gran verdad política? A esto contestará toda nuestra leccion de hoy.

Vamos, pues, á examinar el Cristianismo frente á frente de las religiones orientales. Empecemos por examinar la vida de Jesús, en la cual se ve que así como todas las religiones habian sido hechas para los poderosos y los fuertes, el Cristianismo fué para todos los hombres y principalmente para los humildes y los débiles. Hijo de Dios invisible y de madre visible; reconciliando en su persona la humanidad y el Eterno; nacido en un establo como para santificar al humilde; criado en casa de un artesano y sujeto á la ley del trabajo, sin duda para divinizar esa fuente misteriosa de la vida; reuniendo alrededor de su cuna al poderoso rey y al pobre pastor, como para simbolizar que á sus plantas van á morir las bárbaras castas y van á unirse en la igualdad religiosa y moral todos los hombres; perseguido en su niñez por el tirano de su pueblo, que comprende con el instinto que Dios ha puesto en todas las fieras, que aquel niño va á traer la libertad y á desarmar la tiranía; condenando á los fariseos, á los falsos sacerdotes de la antigua ley, pegados á la tierra, que vivian solo para dominar; llenos de sensualismo y de vicios, postrados ante el César; que manchaban con sus manos cubiertas de asquerosa lepra moral el santuario; sepulcros blan-

queados que solo encierran en sus entrañas podredumbre y muerte: llamando á su alrededor al esclavo, al desvalido, al ignorante para abrirles todos los tesoros de su doctrina, y entregar el mundo á su fé; todo misericordioso, todo amorosísimo, alimentando al pueblo con sus ideas y con el pan multiplicado por su poder; descendiendo á la cabaña del pobre, do quier se oia un gemido, ó corria una lágrima, ó habitaba un desgraciado; enseñando desde lo alto de los montes estas divinas palabras: «Bienaventurados los que sufren, los que padecen por la santa causa de la justicia.» Jesús es Dios, que deja en su testamento la verdad, no á una clase social, sino á todos los hombres; que se revela, no á un pueblo, sino á todo el mundo; que no distingue ni enalteçe sino al que sufre; que perdona á los arrepentidos y les enseña el camino del cielo; que sufre tambien y derrama lágrimas como bautismo del infortunio, y apura la copa de todos los dolores, y exhala con su último soplo en la Cruz ardoroso suspiro de su alma encendida en amor por los hombres, y funde las cadenas del esclavo, y abre á todos los que padecen y aman las fuentes inagotables de eterna vida en el cielo.

Veamos las ideas fundamentales cristianas. La primer idea, es la idea de Dios, de la cual emanan todas las ideas, como el cielo y el mundo y las estrellas son divinas creaciones; pero la idea

de Dios se revela en la historia moderna por el Verbo, y por el culto, y por la creacion; mas la creacion seria una palabra muerta sin el hombre, y el hombre un sér aislado sin la humanidad, y la humanidad ménos que la creacion sin la libertad, y la libertad un instrumento inútil sin la moral, ley superior, y sin la sociedad; espacio donde se encarna su sér y donde se realiza su vida práctica; y por tanto, veamos la diferencia que hay entre el Oriente y el Cristianismo en considerar á Dios, la Providencia, el Verbo, el culto, la creacion, el hombre, la humanidad, la libertad y la sociedad.

La primer afirmacion de Dios en el Oriente fué: Dios es el sér, y el sér es lo visible, lo tangible; Dios es la naturaleza, Dios no existe en nuestro pensamiento, ni en el cielo; al contrario, Dios es el pensamiento y el cielo. Lo particular, lo contingente, lo individual, todo es Dios. Este es el dios del sentimiento de la humanidad, el dios irreflexivo, el dios ciego. Este dios que es todo el sér, y que parece tan real, concluye siempre en una generalidad abstracta, sin poder y sin vida. Este dios que parece tan general, concluye fraccionándose en infinitos dioses. Mirad cualquiera de las representaciones de esta idea, y vereis como en el fondo no es otra cosa que la apoteósis de la sensacion, la prueba evidente de que el hombre está pegado al pezon de la naturaleza,

y no tiene aún las divinas alas del espíritu. La adoracion se convierte á los objetos.

Examinad todas las manifestaciones de estos dioses. El primer dios, que se encuentra á la cabeza de todas las religiones orientales, Brahama, nace del fondo de los abismos del sér absoluto, y es conducido por el soplo de las ráfagas del viento sobre las aguas envueltas en espesísimas nieblas. Duerme la flor del Lotho, cuyos aromas ayudan á la generacion. Se despierta de su eterno sueño, y vé en el seno de otro sér los gérmenes de todos los objetos, de todos los séres, y los arroja en los desiertos espacios. Pronuncia cuatro palabras, y esas cuatro palabras son los Vedas. Se ensoberbece con su obra, y el Eterno, sér supra-esencial, mayor que Brahama, castiga su orgullo, y le condena á transformarse y pasar por varias organizaciones. Primero es un cuervo que grazna en el ramaje de los árboles y se cierne sobre las grandes guerras para cebarse en las horribles matanzas; despues, para mayor castigo, es un páría hambriento, escondido en una gruta, de la cual sale para caer sobre el caminante que pasa descuidado, y devorarlo; despues ya es un profeta escondido en un bosque, meditando sobre la naturaleza y Dios, y escribiendo sus meditaciones; y por último, es un poeta divino, que en las hojas de los grandes árboles traza las alabanzas del Eterno, hasta que apartado de esta vida mor-

tal y triunfante de estos atroces combates, se levanta sobre los aires, sobre los mundos, y vuelve á ser la imágen del Eterno en el cielo.

Este Dios no puede curarse de todo el universo, de los innumerables séres que se agitan en la vida; extiende sus manos sobre otras muchas divinidades que le rodean. Indra, conducido en las nubes con el rayo en la mano, abre en la rama la flor y madura los frutos. Yama se inclina sobre los abismos y reina en la tempestad, y guia como un ganado los negros espíritus de las tinieblas y de la noche. Agni es el dios del fuego; tiene dos caras, una que representa el fuego creador y otra el fuego destructor, y monta un becerrillo azul con cuernos rojos, que son los dos hermosos matices de las llamas. Varunu es el dios de las aguas, seguido de serpientes, montado en un cocodrilo y ceñida la cabeza por las hojas del Lotho se desliza rápido y sereno sobre las ondas. Careva, el dios de los tesoros, ora recorre la tierra en un caballo blanco, ora se encierra desnudo en su gruta guardada por el agua y por el fuego. Vagú es el espíritu universal, es el aire de la vida que respira todas las cosas. En fin, todas estas divinidades son como troncos desgajados del gran árbol, de Brahama; como fases distintas del gran sér, que lo llena todo, que lo inunda todo, que vive en todo. Así cuando queremos subir con el pensamiento á la esencia de este sér misterioso que

rige el Oriente, nos encontramos una idea que se escapa á la mente, un éther que no puede alcanzar la vista; y cuando descendemos á ver sus manifestaciones, su revelacion, nos encontramos que este sér inmenso se desgaja en múltiples, variadas é infinitas encarnaciones, imágenes de su eterna esencia, de su inmutable sustancia. Mirad si no á Shiva.

En el monte Merú, punto central de la tierra, templo sagrado que reune el cielo y el mundo, en donde se acuesta de noche el sol y de dia la luna y las estrellas, está Shiva, que ha nacido del sér absoluto, de la luz, del aire; Shiva y su mujer Jhoni, que engendran todos los séres y tienen el círculo de la vida y la muerte en sus manos; Shiva, que diviniza todos los objetos, que tiene dos fases, una de dios creador con el toro á sus plantas y el Lotho en sus manos, arrojando de su frente el agua del cielo, embriagado en un mar de infinitas delicias, signos de la vida, y al par de esta figura tiene la sombría de destructor, que bebe lágrimas y sangre; de cuya boca sale fuego, que lleva un collar de cráneos en la garganta, una serpiente en la cintura, víboras por brazaletes, un monton de cenizas entre sus piés, y á su lado el tigre sangriento, representacion verdadera de la muerte.

Comparad ese dios material con el Dios personal cristiano, eterno, necesario, y necesariamente

libre; perfecto, espiritual; verdad en que beben su sol todas las verdades; hermosura por la cual se modelan todas las formas de la naturaleza; bondad suma, en que encuentra su ideal la ley de nuestra vida; sér que penetra con su providencia todo el mundo, con su revelacion todo el espíritu; inmoble en medio del camino de todo lo contingente; eterno principio en que están como engarzadas las leyes de la naturaleza; norte fijo de todas nuestras acciones; modelo que debemos contemplar siempre, para realizar la perfeccion dentro de las condiciones limitadas de nuestro sér; padre que vela por nosotros en vida y que despues de muertos recoge, para juzgarla segun sus acciones, nuestra alma.

Contemplad conmigo, señores, como el Dios cristiano mueve el espíritu á la perfeccion religiosa y moral. Desde el punto en que sabemos que nuestras buenas ideas, la justicia, la verdad, la bondad, la hermosura han de tener una realidad absoluta, y que esa realidad absoluta está en Dios, nuestra conciencia descansa en la esperanza de que, por grandes que sean nuestros dolores, y por triste nuestra vida, no hemos de estar condenados, si somos virtuosos, á una eterna ceguera; antes en el momento en que las tinieblas de la muerte caigan sobre nuestros ojos carnales, hemos de levantarnos á la verdadera vida, y hemos de ver la inmaculada luz del cielo.

Y si esto consuela en cuanto á nuestro destino allende el sepulcro, no influye menos en nuestro destino aquí en la tierra. El Dios cristiano es un modelo de eterna perfeccion. Es la bondad, la hermosura, la verdad perfecta. Y el hombre aunque en grado limitadísimo, posee tambien la verdad y la bondad y la hermosura, y tiende á realizarlas en la vida por una ley de su naturaleza. Mas ese Dios espiritual, que reune todas las grandes ideas en su plenitud, en su absoluta incondicionalidad, será siempre á los ojos del alma un modelo de perfeccion indefinida. El sabio no se contentará con la verdad que allegue en un dia; sabiendo que puede acercarse con su razon y su ciencia á Dios, trabajará incansablemente para ver, aunque de lejos, el eterno modelo de verdad, que ha escrito sus glorias con astros luminosos en el espacio, y con luminosas ideas en la conciencia. El artista no se contentará con la pálida hermosura real que le ofrece el mundo. El sol, el cielo, el mar, los campos le parecerán como sombras delante de aquella hermosura ideal que hay en la esencia misteriosa de Dios. El alma del poeta desceñida de la materia, cerniéndose sobre la creacion, se gozará en contemplar arrobada la esencia divina, que le inundará de una inspiracion tal, que el color, la nota escapada de la lira, la palabra, no podrán expresar sino como un reflejo, como un perdido y vano eco. El hombre virtuoso

no se contentará con la virtud estéril y egoista que pasa en un dia sin dejar tras sí ni aun huellas. Enardecido en amor á sus hermanos, viendo una perfeccion ideal siempre ante sus ojos, ansioso de acercarse á ese divino modelo, toda su vida la consagrará á engrandecer, á hermosear por el bien, por la virtud, su alma y el alma de sus semejantes. Y la humanidad toda trabajará progresivamente por ser la imágen de Dios en verdad, bondad y hermosura.

Y como nosotros debemos mirar todos estos dogmas, no solo bajo su aspecto religioso, sino tambien por el prisma de su influencia social, diremos que el dios oriental esclaviza al hombre y el Dios cristiano lo levanta del polvo; el dios oriental lo absorbe, el Dios cristiano consagra su personalidad, la vivifica; la ley de vida del dios oriental es como un freno que detiene al hombre en su imperfeccion primera, la ley de vida del Dios cristiano es un modelo de perfeccion que mueve la actividad á desear siempre nuevas virtudes que abruman el espíritn; por eso el dios oriental ha reinado sobre la sociedad de las castas, de la servidumbre, y el Dios cristiano reina y reinará eternamente sobre las sociedades de la libertad y del progreso. Examinada la idea de Dios examinemos la Providencia.

No busqueis en Oriente la idea de la Providencia, que es una de las revelaciones del Dios cris-

tiano. Sumergidos los hombres en Dios, son esclavos. El déspota divino que subyuga sus voluntades, ofusca sus conciencias, no conoce ley. La Providencia supone la existencia de Dios distinta de la existencia del mundo, y la existencia del mundo distinta de la existencia del hombre. ¿Cómo era posible que esta idea amaneciese allí donde el hombre y Dios y el mundo estaban mezclados, confundidos como la semilla en la película que la envuelve, como las cosas y sus principios en el primitivo caos? La Providencia supone que el hombre no es miserable y vil esclavo; supone que entre Dios y el hombre existe una ley.

Ese dios oriental informe envuelve toda la conciencia, envuelve todo el espacio. El hombre do quier vuelve los ojos vé á su Dios. Le vé en el relámpago que pasa, en el trueno que retumba atronador desde las nubes, en la tierra, en el insecto mismo que habita en el polvo. Y como Dios es todo, como Dios es un conjunto de impresiones rotas y fraccionadas en el sentído, ese dios oriental no tiene ley, ese dios oriental no puede tener providencia. No así el Dios verdadero de los cristianos. Al crear el mundo, le dió una ley para que se rigiese dentro de esa ley durante el tiempo de su existencia. Al crear al hombre, le dió tambien una ley natural y una ley revelada, para que ajustase á esas leyes su vida y sus acciones. Y así como el dios de Oriente pesa con inmensa

pesadumbre en la vida humana, el Dios del Cristianismo, Dios verdadero y perfecto, se manifiesta amorosamente á sus hijos en la divina ley de su Providencia.

Pero Dios invisible, se hizo visible por medio del Verbo, de su eterno Hijo. Se ha dicho que esta idea de la Encarnacion del Verbo existia en las primitivas religiones orientales. La religion oriental es, ya lo hemos dicho, la religion del sentimiento, la que diviniza las sensaciones. Por consiguiente todas las encarnaciones de esos dioses nacen de dos fuentes: primera de la particularidad, de la individualidad de la sensacion; segunda, de la falta de una ley general que enlace todas esas fraccionadas y rotas impresiones. La necesidad, pues, de representar las impresiones rotas en la sensibilidad, ha dado ocasion en aquellas teogonías á las diferentes formas que toman sus dioses. Vichnú, ora toma la forma de un blanco niño asentado en la hoja de una higuera que flota sobre las aguas, ora sea un pez de mil colores, ora una ancha tortuga que sale de un monte, ora un elefante blanco, armado de tres grandes trompas, ora un Brahaman con el hacha de la destruccion en la mano, ora en la última de sus encarnaciones posibles, un hermoso guerrero, montado en un caballo blanco como la leche, llevando por espada un reluciente cometa; Vichnú representa la divinizacion de las fuerzas de la na-

turaleza, de este gran principio de atraccion, de amor que hay en el seno del mundo, de esta general trasmutacion y cambio de todos los séres, que flotan, segun los orientales, en el Océano de la vida universal. Es, pues, Vichnú la apoteosis de las sensaciones.

Mirad, señores, todas las demás encarnaciones de aquellos dioses, y encontrareis en el fondo la misma idea. La divinidad esposa de Shiva, sentada en lo alto del Himalaya, con la copa llena del néctar de la vida en una mano, con ramos de flores en la otra, ápoyada en una vaca que la mira sumisa; dejando errar sus miradas por las trasparentes ondas del gran rio que nace á sus plantas; acariciando á la media luna que se mece dulcemente á su lado; iluminada por el fuego creador que refleja las rojas llamas en su altiva frente; radiante de felicidad y hermosura, es la gran nodriza á cuyos pechos, que rebosan dulce leche, se crian todos los séres. Y todos los hijos de Shiva son grandes manifestaciones de la naturaleza, de los fenómenos del mundo exterior personificados, segun la tendencia al antropomorfismo, que hemos visto siempre en la gran raza indo-europea. Poleyas, rodeado de la luz, del fuego, de la luna y de las estrellas, con cabeza de elefante, representa el principio del año, la reproduccion de las estaciones. Scanda, mecido en el cielo, criado por las grandes constelaciones, mon-

tado en un pavo real de mil colores, con el gallo á sus piés, representa la luz fecundante y creadora del sol. En el Olimpo indio, bajo los grandes árboles, de cuyas hojas pende trémula y pura la gota de rocío; en aquellas grutas cubiertas de musgo, llenas siempre de luciérnagas, que parecen estrellas descendidas del cielo á reposar en el follaje; en sus lagos inmensos y serenos, rizados tan solo por la brisa, que desciende fresca y amorosa de los nevados picos; en aquel gran mar de vida, que parece el depósito de la exhuberante sávia de la naturaleza, nace radiante de luz y de alegría el politeismo griego, que es hijo natural del politeismo de la India. Los dioses indios se manifiestan, pues, por encarnaciones. Y advertid, señores, que en todas estas divinidades del Oriente, en todas las encarnaciones de sus dioses, lo que en realidad se vé es la apoteosis, la divinizacion de las grandes impresiones que dejan en el ánimo del hombre los fenómenos, los séres, los objetos múltiples y variados de la naturaleza material.

La encarnacion del Hijo de Dios vivo, no es, no puede sér esa concepcion grosera y primitiva del sentido. El Verbo cristiano es la manifestacion real, humana, del Dios eterno en el tiempo; es la revelacion amorosa del espíritu divino á la humanidad; es la eterna palabra, la eterna idea de Dios encarnada en nuestra forma; dogma consolador,

dogma divino, que levantando al hombre del seno de la naturaleza donde esclavo dormia con el pesado sueño de los sentidos, derrama por todo su sér un divino soplo, lo crea de nuevo, le dá la conciencia de su dignidad superior á la de todos los séres creados, y le abre el mundo de las eternas armonías haciéndole el punto de union entre las criaturas y el Creador, entre la naturaleza y Dios. Examínense las consecuencias de este dogma. Dios no ha escogido para manifestarse ninguna de las infinitas y varias formas de la naturaleza, porque todas eran indignas de ser su templo; ha escogido el hombre, y al escoger esta forma ha destruido los antiguos privilegios religiosos, ha llamado á su gloria á todos y ha impreso en la frente de la humanidad, dividida, atormentada por la casta, la idea de la igualdad moral, conquista sublime del espíritu divino de justicia, sobre las grandes injusticias sociales y religiosas; principio que debemos invocar cuando se pretenda aherrojarnos en nombre de Dios, y con el nombre de Dios ungir la horrible tiranía, recordando que la libertad es hija del Cristianismo, y la igualdad religiosa, verdadero ideal de una sociedad perfecta, ha sido regada con la sangre del Divino Mártir, en el altar sublime del Calvario.

El Dios que creó los cielos y la tierra, se reviste de la forma humana, y al vestir esta forma dá su verdadera dignidad moral á nuestra especie.

Su vida es la vida del artesano, su casa es la casa del pobre, su palabra es la exaltacion del desgraciado y del humilde. El dolor, que en las religiones antiguas habia sido como una marca de afrenta, en la religion cristiana es como fuego, en que se purifica el espíritu, en que se limpia de sus manchas el hombre, para pisar despües los cielos y los mundos. Para que no pueda dudarse que Jesús fué hombre, y que exaltó á todos los hombres, y que no distinguió en esta redencion sublime, porque todos fueron igualmente por su sangre purísima rescatados de la primera culpa; descendió á las últimas clases sociales, conversó con los publicanos y con las adúlteras, tomó por soldados pescadores, lloró lágrimas de sangre, pasó angustias infinitas, sufrió todos los acerbos dolores de nuestra humanidad, y murió por fin, como el último de los hombres, en afrentoso suplicio. La humanidad así regenerada por el Verbo Jesucristo, su forma misma enaltecida á ser la forma del Verbo, su sangre purificada por el aliento del Creador, su culpa redimida y rescatada con el sacrificio sublime del Calvario, sus acciones sujetas á una ley religiosa y divina, su libertad sellada con la palabra de Dios, su espíritu purificado en la inmaculada sangre, su inmortalidad asegurada con la muerte de Jesucristo, del hijo del hombre; todos estos dogmas sublimes, coronando sus sienes con una diadema luminosa más durarera que los astros, todos estos dog-

mas nos dicen, considerados desde nuestro punto de vista que no escluye el puro sentido religioso, nos dicen que la humanidad ha entrado triunfante en la época más grande y más hermosa de la historia, en la época de la igualdad ante Dios de todo el linaje humano.

Esta sublime idea resplandece en todo el culto cristiano, esta idea divina de igualdad religiosa que es la base de todo el Cristianismo. El sacerdocio oriental es puramente aristocrático, es hereditario; el sacerdocio cristiano, nunca ha preguntado al hombre por su orígen, siempre por su amor á Dios y á la humanidad. El orígen, pues, del sacerdocio cristiano, es puramente democrático. El culto oriental era el anonadamiento del hombre y de la naturaleza en Dios, y de aquí los sacrificios cruentos de hombres y animales: el culto cristiano es la exaltacion de la humanidad; y de aquí el sacramento divino de la comunion del hombre con Dios. Comparad aquel sacerdocio oriental, hereditario, que apoya su autoridad en una larga genealogía, y despues la delega á sus hijos; no revelando, sino oscureciendo y ocultando á Dios; recitando en voz baja los libros divinos, para que sus secretos no trasciendan al pueblo; ejerciendo un despotismo sangriento; dueños de las vidas y de las propiedades de los hombres sujetos á su dominio; gozándose en degradar á las clases inferiores para que los sirvan de rodillas; sosteniendo con sus

manos las castas; aquellos sacerdotes, que encienden el fuego del sacrificio, y arrojan en el fuego las entrañas de las víctimas, para que todo lo creado se pierda como vaporosa nube de humo en Dios, y se acercan al ara, y con su cuchilla sagrada abren el pecho del hombre y exprimen la sangre de su corazon sobre el altar en señal de que el hombre es ante ellos sombra, como nada; comparad ese sacerdocio oriental, despótico, tirano; ese sacerdocio que tiene en tutela vergonzosa á los pueblos y los quiere hacer un rebaño, comparadlo con aquel apostolado cristiano, pobres, nacidos en las clases más bajas de la sociedad, pescadores infelices, que solo han tenido comunicacion con Dios por medio de la naturaleza; libres, sin propiedad ninguna, sin más arma que su palabra, sin más auxilio que su bendito amor, apoyados en su báculo, sin saber donde van; llenos de una idea, sedientos de propagarla por el mundo y de consumir los antiguos ídolos; sacerdotes que predican en una lengua desconocida la libertad del hombre, la igualdad de todas las razas, la santa fraternidad de todos los pueblos, comunicando la criatura con el Creador por medio de la oracion, que levanta al redimido hasta su Redentor; soldados de un mundo moral, sin espada, sin escudo, que cuando llega la hora de morir, cuando el viejo espíritu, el espíritu tradicional, por sus instintos de conservacion los arroja á la hoguera, mue-

ren contentos, y mientras sus cuerpos son pasto de las llamas y se deshacen martirizados en cenizas, un cántico de triunfo se desprende sublime de sus labios, que como sus almas desceñidas de los lazos de la materia, se pierde en el azul firmamento.

Examinados ya en parte algunos de estos dogmas referentes á Dios, veamos los que se refieren al hombre en oposicion á los dogmas orientales. No busqueis al hombre en Oriente. La naturaleza se irradia en diversas manifestaciones, en agua, en fuego, en aire, en organismos que forman un gran todo, y entre estas varias manifestaciones de la naturaleza se encuentra el hombre, que antes ser hombre, ha revestido todas las formas, ha pasado por todas las grandes trasustanciaciones, ha sido piedra, árbol, flor, mariposa, serpiente, y otros muchos séres, formas de que se despoja como la culebra de su plateada piel en los campos, y despues subiendo de astro en astro, de esfera en esfera como un ángel, ciñéndose vestiduras todavía más hermosas, etherizando su cuerpo á manera de suave luz, al fin de este camino, como el aroma de una flor, como una esencia suavísima, se pierde en ese gran foco de vida, en ese gran laboratorio de sustancia, en ese eterno sér, inmenso, inexplicable, que es el jugo, la sangre de la naturaleza, el principio, el fin y el medio de to-

das las cosas, en Dios. Este es el dogma oriental.

El hombre en el Cristianismo es persona con todas las grandes categorías personales, que remata por la hermosura de su organizacion la naturaleza, y reina por la superioridad de su inteligencia sobre todos los séres; semejante á Dios, y teniendo en sí la razon, la bondad, la verdad, la justicia, la ciencia, la hermosura, todos los atributos del sér, aunque limitados por su naturaleza contradictoria; personalidad augusta, que no se oscurece ni por un instante; sacerdote que en el altar de la tierra ya levantando todos los séres á su Creador, y leyendo la idea oculta que encierra toda la naturaleza, y que al mismo tiempo, con entera libertad, dentro de la ley de la Providencia y bajo el patrocinio de la revelacion y de la gracia, forma su propia vida, la hermosea ú oscurece con sus acciones; y cuando llega la hora de la muerte, lejos de evaporarse como la gota de rocío en los aires, ó de perderse como los átomos de ceniza en el viento, entra con su agusta personalidad en la otra vida, y acompañado de sus pensamientos y de sus acciones, recibe de Dios el premio ó el castigo.

Bien es verdad, señores, que la idea del hombre es una idea imperfecta si no va acompañada de la idea de libertad. ¿Y qué libertad podia existir en el seno del panteismo materialista? El Oriente creiá que el alma solo era perfecta cuando es-

taba en la inaccion, en el silencio, en el sueño. La actividad del espíritu era una rebelion, la libertad del pensamiento un sacrilegio. El hombre que se habia identificado con la naturaleza, que habia desaparecido en el gran todo, que se habia despojado de su voluntad, de su pensamiento, que habia perdido todo su sér; solitario, orando bajo un árbol, viviendo como el vegetal, sin movimiento; ese hombre esclavo, ese hombre máquina, era el ideal de la perfeccion religiosa. En todas las oraciones, en toda su vida, el creyente, por una fuerza ciega, tendia á dejar de ser hombre, á perderse en las aras de un gran sacrificio. ¡Cuántas veces, señores, el creyente ponia su cabeza bajo la rueda del carro de sus dioses para morir á sus plantas, y hacer así la obra más meritoria que hacer podia á los ojos de Dios! Ese pecado original del mundo asiático, pasó al mundo clásico. El destino que pasaba sobre los hombres de Grecia y Roma, no era sino la reminiscencia de su cuna, el lazo que unia á la civilizacion hija con la civilizacion madre. El Prometeo encadenado en un monte, sufriendo el martirio de que un cuervo le devorara las entrañas por haber robado la luz á los cielos; el Edipo, ciego, enfermo, pobre, esposo de su madre, verdugo de su padre, generador de infelices hijos que se matan delante de los muros de una gran ciudad por un trono; maldecido de los dio-

ses y de los hombres, que no tiene un asilo donde refugiarse, vagando por los valles y los montes, apoyado en su hija Antígona, pidiendo en vano con voz doliente á su dolor, á sus heridas, á los elementos la muerte; el Edipo, ciego, juguete del destino, azotado por la adversa suerte, verdugo, inocente víctima expiatoria de toda una raza de reyes, que sufre todos esos castigos por haber interpretado el enigma de la vida y de la ciencia; el Prometeo y el Edipo encadenados, es decir, el hombre esclavo de la naturaleza y del destino, se levanta de su abatimiento cuando la hora de la revelacion cristiana suena en el mundo, y se despierta á una nueva vida; la coyunda del destino está rota á sus plantas; la libertad, el fuego de la vida, el fuego del cielo reluce en su frente, reanima su sér, y esa libertad penetra en el derecho, penetra en la sociedad, regenera todo el hombre, se entraña en lo más profundo de su naturaleza, y así en la historia moderna vereis caer una tras otra en el abismo del tiempo todas las tiranías, quebrarse y fundirse en los hierros de todos los esclavos, y esa libertad, hija del cielo, perfumada con el último aliento de Jesús moribundo, inundar con su luz todas las conciencias y extenderse por todas las sociedades cristianas.

Hay otro principio que merece nuestra atenta consideracion, el principio del orígen del hombre. Esta cuestion pavorosa fué planteada y re-

suelta de distinta suerte en la religion oriental y en la religion cristiana. El orígen de las castas en todo Oriente desde la India hasta Egipto, es distinto, diferente. El Cristianismo, la religion divina, ha enseñado á los hombres que todos, absolutamente todos, el rey y el vasallo, el esclavo y el señor, todos son hijos de un mismo padre, de Dios.

¿Y no habeis comprendido toda la trascendencia que tiene el dogma oriental y toda la inmensa trascendencia que tiene el dogma cristiano? En el dogma oriental el hombre es una degeneracion de Dios. Conforme sale el hombre ó de la cabeza, ó de los brazos, ó de los muslos, ó de los piés del dios, pertenece á una de las clases sociales. La materia de que aquellos indivíduos inferiores, los párias, están formados, no es tan hermosa como la materia de que está formado el sacerdote y el guerrero; y el espíritu que circula por su cuerpo no es tan puro, trasparente y hermoso como el soplo divino que circula por el cuerpo de la aristocracia. Examinad el dogma oriental de la creacion del hombre. De los labios de Brahama perfumados por las esencias de todos los séres, salieron los sacerdotes, la clase más privilegiada de la sociedad, cuyo único destino es proferir eternamente la divina palabra, y guardarla en su conciencia y en sus templos. De los brazos del dios nacieron clases más inferiores, los guerreros, cu-

yo era el destino de velar por la vida y por el poder de los sacerdotes. Entre estas dos clases media ya un orígen distinto. De su muslo nació otra clase inferior, destinada á sustentar á los sacerdotes y guerreros, el menestral y el agricultor. Este sér es de orígen más bajo, más indigno que las otras castas. Y por fin, del polvo que levantaban las plantas de Brahama nacieron las últimas castas, las más infelices; las destinadas á perpétua servidumbre. Estos son los esclavos. Y aún más allá, en lo más hondo y oscuro de la sociedad, hay un sér, cuya sombra envenena como la sombra de ciertos árboles de los trópicos, cuyo aliento es letal, y cuya vida es maldita, el pária, de cuyo orígen nada dicen los libros sagrados, ni nada los dioses; porque esa clase solo ha podido ser hija del eterno genio del mal, y por eso lleva la marca de eterna reprobacion en su frente. Las castas se hallan separadas por insalvables abismos. El sacerdote no se unirá nunca al guerrero, ni el guerrero al menestral, ni el menestral se unirá al siervo, ni el siervo al pária. El nacimiento separa estas clases como el distinto orígen divino. La cadena que el siervo arrastra, la trasmite á sus hijos; sus pesadas argollas van cayendo de generacion en generacion como una larga série de maldiciones. Por eso salió de las plantas del dios. Los instrumentos de labranza los arrastra el labrador toda su vida, y no puede

nunca levantar la frente del polvo de la tierra. Como el bruto sujeto siempre á un predominante instinto, como el árbol agarrado á la tierra, el agricultor, el menestral, vive en su obra y para su obra, en su trabajo y para su trabajo, y engendra solo menestrales y labradores que repiten su misma obra y sufren sus mismos trabajos. Por eso han nacido de los muslos del dios. Los guerreros ya saben que las generaciones que le preceden y las generaciones que le habian de seguir, no pueden darse punto de reposo, y han de pasar su vida en acerar sus armas, en acechar á sus enemigos, en recorrer como las aves carniceras los campos de batalla. Por eso nacieron de los brazos del dios. El sacerdote, postrado ante los dioses, su verdadera y única imágen, el depositario de sus secretos, el intérprete de su palabra, el mensajero de sus órdenes, el guardian de sus leyes, su eterno legatario, siempre guardando el fuego del sacrificio, prestando siempre sagradas libaciones, siempre ofreciendo víctimas al pié sacratísimo del ara, con sus sienes ceñidas de una aureola refulgente, con sus labios perfumados y humedecidos por el rocío bendito de la vida divina, dominando sobre los espíritus y sobre los cuerpos; los sacerdotes son verdaderos dueños del poder en aquella sociedad.

Así la aristocracia oriental, necesaria en los primitivos tiempos de la historia, tiene un pedes-

tal tan grande como la tierra, un dosel tan hermoso como el cielo, una espada tan cortante como la dèstruccion que maneja su dios Shiva, una alma tan inextinguible y sagrada como el fuego que arde en las entrañas de la naturaleza, puesto que sus títulos nobiliarios están escritos con letras de diamantes en el cielo por la misma mano de sus dioses. El pária, sér infeliz, sin esposa que le consuele, sin hijos que perpetúen su nombre, sin familia á do convertir en la afliccion sus ojos: puesto en los linderos de la sociedad, en un desierto, fuera de la verdadera vida; azotado siempre, hecho pasto de todas las guerras, fundamento de todos los poderes; amasando con su sangre los pedestales de sus déspotas, cubriendo y alimentando con sus cenizas el campo donde es sacrificado, tegiendo desnudos los filamentos de las plantas para vestir á sus señores, recolectando hambriento las frutas de la tierra, erigiendo, ¡él! que duerme á la intemperie, grandes palacios; el pária, que acompaña con los piés desnudos y las espaldas heridas por el látigo á todos los tiranos, y sirve de instrumento para aherrojar y esclavizar á otros pueblos, á otros séres infelices; puesto fuera de la ley en las Indias, cargado con el peso de las armas en Persia, llevando y trayendo siempre los fardos del comercio en Fenicia, cubriendo con sus restos palpitantes los altares de Babilonia donde le destinan al sacrificio; esclavo infeliz en

Grecia y Roma; despues de tan largo, de tan inmenso martirio, él, que ha impregnado el aire con los vapores de sus lágrimas, que ha cubierto con sus huesos y cenizas toda la tierra amasada con sus lágrimas y con su sudor y con su sangre; sin Dios de quien esperar justicia ó misericordia, porque hasta el cielo está para él vacío; el páría, ese eterno mártir de la historia, cuando el Hijo del hombre espira en la Cruz sabe con maravilla y con asombro que él, tan menospreciado, es tambien hijo de Dios, que su vida maldita es una emanacion del cielo, que su alma es de orígen tan divino como el alma del rey, como el alma del sacerdote, que sus sienes, heridas por el clavo de la servidumbre, pueden tambien llevar una corona de estrellas en el cielo. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Este dogma de la creacion del hombre, unido al de la inmortalidad del alma, son la verdadera diadema de nuestra personalidad. Y en efecto, señores, no conozco un dogma que haya contribuido más á levantar al hombre de su abatimiento que el dogma de la inmortalidad del alma predicado por Jesucristo. Parece que esa idea existe en Oriente, y así se deduce á primera vista al considerar sus dogmas religiosos. Pero considerad detenidamente que allí la inmortalidad del alma no puede levantar la frente del hombre, antes la humilla y la abate en el polvo. Esta nocion parece

más clara en Persia y en Egipto aún que en la India. En Persia las almas son presa de un constante combate de los dioses fundamentales de la teogonía. Mientras el mundo existe, aunque desceñidas de sus cuerpos, las almas existen apegadas al mundo; pero llega un dia en que el principio del mal es herido y precipitado en el lago hirviendo que le aguarda en la eternidad; y entonces, cuando el principio del bien ya es vencendor, se secan los mares, se caen como polvo las estrellas, se funden las montañas, se derriten todos los metales que las montañas entrañan en su seno, y por este ardiente mar pasan las almas para lavarse y purificarse de todas sus manchas, de todos los pecados terrenos; hasta que subiendo por su misma fuerza á las alturas, vienen á ser átomos de luz del único sér que despues de tanta destruccion queda, del principio del bien, sol que brilla refulgente en los desiertos cielos, en los abandonados espacios. En Egipto ese dogma de la inmortalidad del alma es más perceptible, y sin embargo, es tambien imperfecto. Así como toda el Asia oriental adora la naturaleza como un gran todo, el Asia occidental, que se va acercando á la tierra del politeismo, la adora en sus determinaciones, y Egipto, término medio entre Asia y Grecia, entre la tierra que adora la naturaleza y la tierra que adora al hombre, el Egipto se rinde ante la naturaleza orgánica y adora á los animales. Mas su

idea capital respecto al dogma de la inmortalidad del alma, es, que este elemento superior sólo puede existir mientras existe la organizacion de que forma parte, y así conserva largo tiempo los cadáveres, los embalsama, los petrifica para que se conserven sus almas. Y no busqueis nociones más claras en los demás pueblos de Oriente. Los mismos hebreos, que eran los escogidos del Señor, no tuvieron ideas claras de este dogma tan grande y tan trascendental, y Bossuet dice terminantemente en su *Historia Universal*, que admitian en sus templos á ejercer el sacerdocio á los Saduceos que negaban la inmortalidad del alma. Véase, pues, la diferencia inmensa que en esto separa al Cristianismo de las demás religiones. El Cristianismo ha enseñado al hombre que se apagará el sol y las estrellas, pasarán como sombras los montes, como lluvia que se evapora los mares, como flor arrebatada de su tallo por el viento la tierra, y todos los mundo, y todos los planetas, y el alma y el hombre mismo, como sér de armonía, sobrevivirá á la total ruina del Universo con su propia personalidad, porque el hombre es de la eternidad, es de Dios.

Este principio daba una base incontrastable á la moral. ¡Ah! señores, yo no conozco moral más pura, ni es posible que exista moral más pura, más grande, más hermosa que la moral cristiana, verdadera ley práctica de nuestra vida, verdade-

ro Thabor donde se trasfigura la personalidad humana. En todos estos pueblos antiguos, el código de la moral está en la ley del Estado; el bueno y el mal principio están fuera del hombre. Son dos fuerzas superiores de que el hombre depende como el astro, como el último sér de la creacion. Advertid, señores, el dualismo de las religiones orientales y estudiadlo detenidamente. Es una guerra, un combate, cuyo precio es el hombre. Desde el principio de la vida, uno de esos elementos se apodera de la personalidad humana y la arrastra consigo, á la manera que el viento arrastra los menudos granos de arena. Los dos genios dominan más ó menos manifiestamente en todo el movimiento religioso del Oriente. En Persia, donde este principio de lucha, de contradicion se determina más claramente, es donde mejor puede ser comprendido y estudiado. La luz y las tinieblas no solo combaten eternamente en la naturaleza, tambien combaten con la misma fuerza en la conciencia. El principio luminoso, el principio del bien es hijo del amor divino. El agua que flotaba sobre el mundo naciente y el primer fuego en que se enrojecieron los astros, son los dos elementos de que está formado ese principio de bondad y de hermosura. Él es primogénito del sér de los séres, vaso sagrado que guarda lo infinito, lo esencialmente bueno, la vida. Se llama el cuerpo de los cuerpos, que vivifica y alimenta con su vida to-

das las cosas. Y frente á frente de este principio de salvacion, de bondad, de hermosura, se encuentra el negro principio del mal, que por su propia voluntad despeñándose en los abismos exhaló de sus negras fauces las pavorosas tinieblas. No podia existir la moral, no, porque la moral no se ha escrito para los hombres que se consagran á la esclavitud. No hay nada más inmoral, nada más contrario á las leyes de Dios y de la naturaleza que romper en el hombre la imágen del Eterno, rompiendo el principal atributo, la primera ley, sí, la ley fundamental de toda moralidad, la libertad del hombre, y de consiguiente su absoluta responsabilidad. El dogma de la responsabilidad humana, que el Cristianismo ha traido consigo, es la piedra fundamental de toda moralidad. El hombre que sabe que es dueño de su vida y de sus acciones, que es responsable por lo mismo de esas acciones y de esa vida, que contrae mérito ó demérito, segun se acerque ó se aparte de la ley moral, el hombre que esto sabe no cae en el lodo, no rinde á los ídolos de las bajas pasiones su personalidad, no mancha el blanco armiño de su conciencia, ni corrompe y envenena su corazon, vaso olorísimo que guarda el aroma del amor.

El amor es la primera ley del hombre; ese amor que nos lleva á respetar en cada uno de nuestros hermanos un indivíduo de la humanidod; ese amor, que hace de cada una de nuestras accio-

nes principios eternos de moral; ese amor, que es como las alas prendidas á nuestra alma para volar sin mancharse sobre la faz de la tierra; ese amor, dulce armonía de todas las ciencias y de todas las voluntades; amor vivo ya en el hombre, pero que necesita encarnarse en la ley social, para que el hombre abrace al hombre y todos unidos reconozcamos por único Dios y señor á nuestro Padre que está en el cielo. Y esta ley moral, delante de la que no hay ni romano, ni bárbaro, ni esclavo, ni señor, ni rey, ni vasallo; esta ley moral que dió un alma á la humanidad como el derecho romano le habia dado un cuerpo, esta ley moral tiene un carácter superior, aún no bien estudiado, aún no bien comprendido, carácter que han querido borrar los hombres que tienen interés en detener á la humanidad en su camino, pero que no puede ya oscurecerse y eclipsarse, porque resalta con vívida luz á los ojos de todo el mundo; y consiste en que la ley cristiana, la ley de la moral cristiana, no solamente obliga á los indivíduos, obliga tambien á las sociedades, obliga tambien á los gobiernos, y en tan alto y sublime grado, que no es lícito á un gobierno cristiano, á un gobierno que ha nacido del seno del Evangelio, reunir en sí la autocracia, tiranizar las ciencias; no le es lícito cometer injusticias en nombre de la sociedad, no le es lícito mutilar la personalidad humana, no le es lícito fundar un

gobierno en provecho solo de una clase; porque ese gobierno materialista y ateo caerá en el lodo; y no le es lícito cometer iniquidades, porque la ley moral cristiana que obliga á los indivíduos como á las naciones, quiere que así como Dios levanta el sol sobre el poderoso y el humilde, y llueve sobre todos, así la libertad se extienda sobre todas las frentes, y el derecho se funde en la igualdad y se encarne en todos los espíritus. Aun los más empedernidos, aun los más ciegos partidarios del sistema, que útil un dia para la humanidad, ha caido ya en ruina para no volver á levantarse, confiesan que la division del poder temporal y del poder espiritual ha sido una de las obras más grandes y más pasmosas de la libertad y progreso que guarda en sus anales la historia. Los emperadores romanos, antes del Cristianismo cometian todo linaje de crímenes, y como en último término ellos tenian en sus manos las llaves de los cielos, se declaraban dioses y se creian irresponsables. Pero el Cristianismo, dividiendo el poder temporal y el espiritual, mató la teocracia de los poderes antiguos, mostrando á los hombres que sobre todos los poderes de la tierra se encuentra el poder de Dios y su justicia.

Un dia, proclamado ya el Cristianismo, y exaltado en el trono del mundo, Teodosio mandó pasar á cuchillo los habitantes de una gran ciudad. La Iglesia, recordando que la ley moral está sobre

los reyes como sobre los pueblos, le obligó á hacer penitencia, á vestirse de saco, á ceñir el cilicio, á estar de rodillas, hundido en ceniza ante el templo de Milán, para que no volviese á desconocer las eternas leyes de la naturaleza y de los preceptos de Dios. Dentro del espíritu cristiano no cabe la aütocracia, el poder absoluto y despótico de un solo hombre.

He concluido, llegando en esta larga y pesada enumeracion de los dogmas cristianos hasta la política. No creais, señores, que yo desprecio el Oriente, no, lo he creido, lo creo necesario para la educacion de la humanidad en la historia. Y no creais tampoco que me ha llevado á hacer estas consideraciones el espíritu de partido, no, la historia está sobre todos los partidos. Pero cuando un dia y otro dia oimos decir que la sociedad se ha salido de su base, cuando oimos suspirar por la servidumbre á los repúblicos que nada hubieran sido sin la libertad, cuando una escuela nos predica todos los dias y á todas horas que desde que el pensamiento es libre, el pensamiento es rebelde, y que desde que las nobles aspiraciones á la justicia han entrado en el espíritu de los pueblos, todo se ha vuelto confusion y ruina; cuando se pretende arrancarnos esa idea de libertad, que hemos aprendido, no solo en nuestra razon, sino tambien en nuestras grandes tradiciones históricas y en los sublimes pensamientos cristianos, es

un derecho en los que amamos la libertad—¿qué digo derecho?—es un deber, mostrar con la historia en la mano á esos hombres, que tienen ojos y no ven, oidos y no oyen, alma y no entienden, que si la autocracia ha muerto para siempre, si las aristocracias teocráticas son imposibles, si la casta bárbara y cruel se ha pulverizado y se ha roto, si el siervo ha levantado su cabeza de la gleba y ha pedido el pan del alma, el derecho á sus señores, si la libertad ha penetrado en nuestros códigos políticos y la igualdad en nuestros códigos civiles, y el sentimiento de humanidad en el corazon de todos los pueblos, para unirlos é identificarlos en un mismo destino, y para que todos caminen con los ojos puestos en la columna de fuego del ideal religioso á la tierra prometida; si se han realizado todas estas maravillas, se debe, sépanlo todos los que odian la libertad, se debe al divino espíritu religioso y social del Cristianismo, He dicho. (Estrepitosos y repetidos aplausos.)

LA FILOSOFÍA GRIEGA.

LECCION SEXTA.

SEÑORES:

Mal podríamos comprender cómo se van á encontrar, cómo van á luchar el principio cristiano y el principio de la civilizacion antigua, si no estudiásemos aquella region misteriosa, donde se forjan todas las grandes ideas, donde amanece la luz de los siglos, la filosofía. Mas para estudiar la filosofía es necesario convertir los ojos á esa nacion feliz, que meditando sobre el pensamiento y la naturaleza, encierra en su alma toda la ciencia abstracta y todo el ideal del mundo clásico, á Grecia. ¡Ah! señores, nuestro estudio en esta noche ha de ser por precision árido. Yo bien sé que voy á defraúdar las esperanzas de los que más que á oir las ideas, vienen á escuchar la música más ó ménos armoniosa de la palabra del orador, músi-

ca que en mí es siempre desacorde é ingrata, pero seria profanacion grande é imperdonable dejar el fuego del pensamiento por correr tras las vanas y fugaces galas de las formas. Tiemblo, señores, al acercarme á la filosofía griega; tiemblo, como si una gran corriente eléctrica sacudiera todo mi cuerpo; tiemblo, porque así como en las lecciones pasadas, al hablar del Cristianismo, he hablado de Dios, y de Dios toda grandeza puede y debe esperarse, al hablar de la filosofía griega, voy á hablar del hombre, y del hombre abandonado á sus fuerzas, y parece que no es de esperar del hombre, sér tan débil, ese esfuerzo gigantesco para levantarse á la última y más luminosa region del pensamiento y de la ciencia. Pero, señores, si alguna vez hubiera dudado (que no he dudado nunca) de la verdad del progreso, todas mis dudas se hubieran desvanecido delante de la mágica filosofía de Grecia. Como pintan los geólogos la formacion de la tierra, inmensa masa de fluido que ardiendo rodaba por lo vacío, como las llamas de un gran volcan, llevando una corona de volatizados gases, masa grande, enorme, que un dia se enfrió y recibió en su seno, como hermoso celeste manto, las aguas, y produjo, por sucesivas convulsiones, los minerales, las montañas, los primeros bocetos de los vegetales, especie de inmensas raices, que levantándose al aire y á la luz en séries progresivas, llegaron á producir la

palmera, el cedro, corona de los montes, á cuyos piés se estrellan los huracanes y los siglos, y la flor, esa suerte de remate de la vida de los vegetales, esa imágen del pensamiento, que tiene todos los colores del íris, todas las esencias de los más suaves aromas, y encierra los gérmenes y el amor del mundo vegetal, que por una progresion armónica, tambien de su vida, debia desarrollarse y ser completado por ese otro mundo más herso, más perfecto, que se llama el mundo animal, en el que recorre la organizacion todos los grados, desde la silenciosa esponja y los dormidos corales que habitan en el seno del Océano, como la animacion de la vida vegetal submarina, hasta la mariposa que sale del cáliz de las flores, y tiene todos sus matices y parece como una hoja de las flores que vuela; y desde la mariposa hasta el ruiseñor, que en la callada noche, á la luz de la luna, suspendido en la rama de un árbol florido, meciéndose dulcemente, regala con sus arpegios de amor los gérmenes de su vida encerrados en su nido; sér, que parece el profeta del mundo de la inteligencia y del arte; hasta que por una série de organizaciones sucesivas, que todas se enlazan, aparece el hombre, en cuya frente Dios, con su aliento vivificador, derramó el soplo inmortal, la vida, que pertenece al cielo, el espíritu; así, pues, como recorren los séres orgánicos estas gradaciones, así el pensamiento del hombre

se encierra primero en el caos confuso del Oriente, donde no se distinguia de la naturaleza, y progresa en la escuela jónica, que buscó ya un principio para explicar el mundo; se espiritualiza en Pitágoras, que ya encontró un principio abstracto, el número; se desarrolla en la escuela eleática, que encontró lo infinito; llega á su más alta concepcion en Sócrates, que fundamentó la ciencia en el hombre; crece en grandeza con Aristóteles, que halló las relaciones del hombre con la naturaleza, y con Platon, que halló las relaciones del hombre con Dios; hasta que por fin este pensamiento, hijo de tantos genios, desarrollado al calor de tantas almas, llega á recibir el espíritu divino con la sublime y revelada doctrina del Cristianismo. (Aplausos prolongados.)

No hay, señores, no hay en verdad gran aficion en nuestra patria á los estudios filosóficos. Han sido mirados siempre con desden, con menosprecio. Unos han creido que todo pensamiento libre es una rebelion contra Dios, como si Dios nos hubiera dado el pensamiento para que durmiese largo sueño, y otros han creido que nuestro clima ardiente no es idóneo para la filosofía, como si en el clima ardiente de la Ática no hubiese nacido Platon, como si en las encendidas arenas de Alejandría no hubiera meditado libremente Plotino, como si en las regiones abrasadas del África no hubiera nacido San Agustin, como si el alma, que

es del cielo, estuviera enterrada en las cenizas de la tierra.

Pero yo, que estoy resuelto á decir la verdad, toda la verdad, debo declarar que el orígen de este grave, gravísimo mal, se encuentra en las entrañas de nuestra misma historia. Nadie como yo adora nuestras glorias, que todos los dias repito á una juventud más inteligente que yo, pero tan entusiasta como yo; nadie respeta como yo á nuestros padres, aquellos héroes que con los ojos puestos en el cielo, el pensamiento en Dios, el corazon en la patria y el deseo en la victoria, descendian, guiados por el divino lábaro de la Cruz, desde las altas montañas de Covadonga, desde las crestas del Pirineo, á destruir las razas del desierto, que encendidas en grandes pasiones por el soplo de fuego del profeta, ardiendo en anhelo de glorias y conquistas, se habian derramado por nuestros campos y montes, amenazando encerrar como esclavizadas sultanas todas las naciones de Europa en su serrallo; horrible amenaza, que se hubiera cumplido con eterna mengua de nuestra civilizacion, á no ser por el ardimiento de nuestros padres, los cuales, si se llaman aragoneses y catalanes recorren de victoria en victoria el Pirineo, dominan hermosas ciudades, rompen y desbandan numerosísimos ejércitos, entran victoriosos en el Mediterráneo, reinan en sus ondas, redimen á Valencia y á Mallorca, conquistan á

Sicilia, á Nápoles, ponen miedo en los reyes de Francia, terror en los esclavos señores de Avignon; y faltándoles tierra para sus hazañas y sus glorias, corren á Oriente, á Grecia, detienen como gigantes en sus hombros el vacilante imperio bizantino, y llenan con la luz de su gloria y de su fama los ámbitos de Europa; y si se llaman castellanos, reconquistan regiones inmensas, pasan al África, lavan en sangre mora la afrenta del Guadalete, ahuyentan de los mares los turcos, y merecen que Dios, cual si creyera poco espacio al poder de las armas y de las glorias castellanas los viejos continentes, levante un nuevo mundo en el desierto Océano, donde pueda ejercer esta maravillosa raza su indomable actividad; hazañas inmortales, tanto más grandes, cuanto que están escritas con la sangre y la afrenta de los más poderosos guerreros; de Carlo-Magno, vencido en Roncesvalles; de Cárlos de Anjou, vencido en Mesina, en Nicotenia y en Catania; de Francisco I, vencido en Pavía; de los grandes conquistadores de Constantinopla, vencidos en las hirvientes aguas de Lepanto, eterno sepulcro de la media luna, próxima entonces á convertir el Mediterráneo, el mar de la civilizacion, en ponzoñoso lago turco; hazañas inmortales, que están escritas en nuestro corazon, que hemos oido á nuestros padres, que referiremos tambien con orgullo á nuestros hijos; hazañas que invocaban los

héroes de la patria independencia, cuando, sin más armas que sus brazos, ni más escudos que sus pechos, rompian las legiones del gran guerrero del siglo en Bailen, Talavera, Gerona, Zaragoza; hazañas inmortales, con que hemos contribuido maravillosamente á la civilizacion universal; hazañas que todo buen español guarda en la memoria, que serán ahora y siempre los timbres de la patria y el ejemplo de sus heróicas generaciones. (Ruidosos y repetidos aplausos.)

Pero llega una edad terrible, pavorosa, el absolutismo de nuestros reyes; edad de luto y de vergüenza, cuyo recuerdo causa aún horror y espanto; cae Padilla en aquel triste y lluvioso dia de Villalar, en que hasta el cielo lloraba la muerte de nuestras venerandas libertades; cae Lanuza, herido y destrozado como los fueros aragoneses por la huesosa pálida mano de Felipe II; caen nuestros municipios, que habian dado valientes soldados á nuestros ejércitos, grandes poetas á nuestro parnaso; se cierran, no se cierran, se prostituyen las Córtes, aquellas Córtes, que desde el sitio de Cuenca hasta los muros de Granada habian asistido al rey con el oro de los pecheros para recobrar el patrio suelo; se rompen las lanzas de nuestras milicias municipales, aquellas gloriosísimas milicias que habian vertido su sangre desde las Navas, acompañando á D. Alonso VIII hasta Orán, acompañando al gran Cisneros; el

génio de nuestras victorias se eclipsa; nuestro poderío se hunde; tórnase cabalística y gongorina nuestra sencilla literatura, rebuscada y aguda nuestra elocuencia; arden las hogueras de la Inquisicion, que en nombre de Dios queman á sus criaturas; la Inquisicion, que devora los manuscritos de Santa Teresa y persigue á Fray Luis de Leon, al paso que permite las indecentes gracias de Tirso; la Inquisicion, que corta el vuelo del pensamiento hácia la eternidad; este pueblo se torna enfermo, hechizado, é impotente como el último vástago de aquella raza de reyes, hasta el punto de que todos los que antes miraban á España de rodillas, temblando, pidiéndole su amistad, quieren repartírsela como los despojos de un combate; y entonces el pensamiento y la ciencia que solo viven á la luz del dia, huyen de nosotros, porque el pensamiento y la ciencia huyen siempre de los pueblos que se entregan á la coyunda vil del despotismo. (Estrepitosos aplausos.)

Es necesario, pues, no olvidar la causa de la decadencia de nuestro espíritu filosófico, para que en lo sucesivo evitemos esta desgracia. Veamos ahora, señores, el desarrollo del pensamiento de la filosofía griega; empeño en que debo pedir anticipadamente perdon á mis oyentes por lo difícil del asunto. Todas las ideas que hemos explicado en nuestras lecciones anteriores se aplican á esta leccion. En Oriente predomina el sentido re-

ligioso; sus sistemas filosóficos están envueltos en sus sistemas teológicos. En Grecia predomina el sentido filosófico; los libros de sus filósofos son la negacion radical de los libros de sus sacerdotes. Para que la verdad filosófica nazca, es necesario que los pueblos entren con fé en la edad de la razon, y comprendan que hay una vida en el espíritu superior á la vida de la naturaleza. Cuando un pueblo tiene sed de progreso, cuando no le satisface ni las instituciones sociales, ni las instituciones políticas que le rodean, cuando la realidad le atormenta, y sin embargo espera, se refugia en la region pura del pensamiento, donde encuentra luz su esperanza. La inmovilidad del Oriente con su espíritu apegado á sus tradiciones, no podia ser idónea para la filosofía; al paso que la movilidad de la Grecia, ese ardor, ese afan, ese anhelo por una nueva vida, por un nuevo pensamiento que habia en aquella sociedad, fué uno de los incentivos más grandes que pudieron llevar al pueblo á explayarse en el seno inmenso de la ciencia. Además, es necesario para el desarrollo filosófico un gran espíritu individualista; porque así como las religiones pertenecen á clases, á pueblos, la filosofía pertenece á indivíduos, ó cuando más, á escuelas. Todas las primeras ideas de la filosofía empiezan por ser una protesta de un indivíduo contra el sentido comun, y concluyen por ser el sentido comun de los indivíduos, de los pueblos y

de las generaciones. Señores, en Oriente el hombre está apegado al sentido comun del pueblo, á la religion de sus padres, y le es difícil, si no imposible, descender de la concepcion del sér absoluto á la concepcion del indivíduo; y en Grecia, al contrario, el estado es una ciudad individual, los dioses indivíduos, los dogmas pura poesía, y le es fácil al hombre levantarse desde la concepcion de lo particular, de lo contingente, á la concepcion de lo general, del sér, de la sustancia. Pero Grecia comprende la misma sustancia que el Oriente, bien que la individualiza y descompone, y por eso es como un término medio en el desarrollo dialéctico de la humanidad.

Más ¿cómo se divide esta filosofía? Esta filosofía es una série de pensamientos de tal suerte encadenados, que si quitais un solo filósofo, no es posible, no es dable concebir la ciencia. Parece la filosofía griega un libro escrito por un sabio *á priori*, y no una sucesion de escuelas, que han aparecido en el tiempo y en el espacio. Cada uno de los filósofos que aparecen es un instante supremo, un eslabon indispensable en una larga cadena de pensamientos. Todos ellos componen la ciencia griega, la filosofía griega, que es en aquel tiempo la ciencia y la filosofía de la humanidad. Examinadla y encontrareis que el pensamiento griego se desarrolla como un gran indivíduo, y toma las mismas fases que nuestra vida, y

pasa por las mismas edades que el hombre. Nace el niño, y al despertarse al conocimiento, la inocencia llena con sus perfumes toda su alma; el mundo que le rodea le encanta, su madre que le enseña á balbucear las primeras palabras es su única maestra, su oráculo; el ángel de la fé se cierne sobre su frente; ilusiones purísimas brotan en su espíritu, á manera que las primeras flores en los arbustos; su ánimo presta asenso á todo cuanto ve sin examinarlo, y cree que el mundo acaba donde acaban los últimos límites de su tranquilo horizonte; pero á esa edad de creencias, de fé ciega, sucede una edad de oposicion, en que el niño, tocando en la juventud, duda de todo, se aisla en su personalidad, desprecia la naturaleza, cree que se basta á sí mismo y que dentro de sí tiene toda la ciencia y toda la vida, y mide por su personalidad todo el mundo, por sus ideas todos los espíritus, por sus pasiones toda moral; edad en que brota y se fortifica la idea del indivíduo, pero edad no muy duradera; porque bien pronto conoce el hombre que la duda y la negacion siempre han de ser infecundas, que su indivíduo no es bastante á llenar todos los fines de la vida, que su pensamiento no puede tocar todas las esferas de la ciencia, que necesita pensar, creer y amar, y entonces une sus ideas de jóven con su fé de niño en amoroso beso, y para completar su existencia, busca una nueva familia

y entra en la edad, que pudiéramos llamar de armonía, en que reāliza las relaciones de su espíritu con los demás espíritus y esferas de la vida, con Dios por medio de la religion, con el espíritu humano por medio de la ciencia, con la sociedad por medio de la familia, con el estado por el ejercicio del derecho; edad madura en que toda la vida se equilibra; hasta que sus ideas toman una tendencia práctica, positiva, se deshacen de aquel espíritu poético de la inocencia, de aquel carácter caballeresco de la juventud, viven, descontentas de lo imaginario, en lo real, en lo cierto; y traspuestas ya las edades principales de la vida, el espíritu, próximo á la eternidad, quiere atravesar la densa oscuridad del sepulcro, convierte los ojos al cielo, pone su confianza principalmente en Dios, y al mismo tiempo, volviendo sobre toda la vida, recoge sus ideas, sus acciones, sus ejemplos, la muy larga enseñanza que se desprende fatalmente del tiempo, y la reparte próvido entre sus hijos, para dejar en los que han de sucederle, como una estela pura y luminosa, la verdadera esencia de su vida y de su alma. (Aplausos.)

Este mismo carácter de la vida humana tiene la ciencia griega; por estas mismas edades pasa el pensamiento. El niño cree en todo lo que le rodea; cree que el monte de donde sale el sol es su cuna, que más allá de su horizonte no hay nada, que la reina de la noche se posa en los árboles y

se baña en los lagos; y la filosofía jónica, inocente como el niño, no ve el espíritu, no vé la idea, solo vé la naturaleza; y de la naturaleza el agua, que es lo que hay más cercano á su pensamiento y á sus ojos. Pero así como el niño pasa por grados de la inocencia á las pasiones, de la infancia á la juventud, el pensamiento va siempre por grados de la naturaleza al espíritu; grados admirablemente seguidos, con lógica inflexible, por todos los filósofos jónicos, desde Thales de Mileto hasta Anaxágoras, que constituyen una série lógica, de tal suerte encadenada, que parece más bien el raciocinio lento y trabajoso de un solo indivíduo que la sucesion de varios indivíduos en una misma escuela; con tanto rigor se enlazan todos sus pensamientos. Entre la niñez y adolescencia hay un término medio, un tránsito suave y necesario; término medio que está representado en la esfera del pensamiento por la escuela pitagórica, la cual busca por base una nocion, que tiene á un tiempo realidad en el mundo y realidad en la conciencia, en el espíritu; una nocion, que señala admirablemente el paso del pensamiento de un estado á otro estado más perfecto, el número.

La juventud que se aisla, inclinada á encerrarse en sí, á mirar solo su espíritu, está representada por la escuela eleática, que niega el mundo externo, que se aparta de la naturaleza, que se

encierra dentro de principios abstractos; escuela, que dará de sí á los sofistas, destinados á demoler todas las ideas, á descomponer todo la ciencia, y á mostrar que el espíritu no puede vivir contemplando solo su propia esencia, sino que necesita de misteriosas relaciones, de enlazarse con todas las esferas de la vida.

La edad que inmediatamente sigue á la apasionada juventud, la edad de equilibrio en la vida, de armonía en las ideas, de concierto entre la razon y la naturaleza del hombre, entre la ley del entendimiento y la ley de las acciones, edad feliz, está representada por el gran movimiento socrático puro, que comienza en el mártir de la filosofía, en Sócrates, cuyo pensamiento capital consiste en fundar la ciencia en el hombre, y sigue en Platon, que establece las relaciones del hombre con Dios, y termina en Aristóteles, que establece las relaciones del hombre con la naturaleza.

Mas luego, la edad en que las ideas toman esa tendencia práctica, positiva, verdadero signo de la aproximacion de la decrepitud, esta edad está representada por las escuelas estóica y epicúrea, que lejos de mirar al cielo miran á la tierra, que no buscan las ideas abstractas, ni el conocimiento de lo incondicional y absoluto, sino que buscan las leyes prácticas y el conocimiento de la vida terrena; escuelas más bien de conducta que de

ciencia, más bien de moral que de metafísica, más positivas que sistemáticas; escuelas que indican ya, al par de otros mil signos compañeros de su aparicion en el tiempo, la cercana muerte del hombre antiguo.

La última edad del hombre y de la ciencia antigua, es la escuela de Alejandría. El pensamiento griego examina toda su vida, vuelve sobre todas sus ideas, las recoge, y funda el eclecticismo sincrético, que es el signo evidente ya de su descomposicion y de su muerte. Despues mira al cielo, como el anciano próximo á la tumba, se va apartando de la vida práctica, del mundo real, de todo cuanto le rodea, y pone sus pensamientos, sus ideas, toda su vida en la eternidad, que vé cercana, en Dios, objeto único ya de su deseo; sér en que va á dilatarse su alma al pasar de la vida á la eternidad. Y así la filosofía griega recorre todas las fases de la vida humana, todas sus edades, y pasa por todas sus trasformaciones. Examinemos en sí todas estas épocas.

El carácter del primer período es la unidad de principio y la unidad de fin. Busca la inteligencia el gran elemento generador de todas las cosas, y lo busca para explicar el mundo. El carácter de la filosofía es dogmático, el criterio tiene más de fé que de raciocinio; la escuela parece una religion, y hasta sus palabras son símbolos. Thales de Mileto, habitando las islas Jónicas, viendo

por do quier el agua que le rodea, que le arrulla, que produce tantos séres, como el niño atribuye los efectos de causas lejanas á lo mismo que hiere su sentido, cree con la inocencia propia de la niñez del pensamiento, que el agua es orígen de todas las cosas, la poderosísima y exuberante sávia del mundo.

Los filósofos que le suceden van espiritualizando el principio, van haciendo más progresivos los términos dialécticos. Anaximenes de Mileto cree que el aire es el primer principio de la vida y del mundo, principio ya más espiritual, y encuentra oposicion entre el gran elemento creador y las cosas creadas. ¡Gran instante del espíritu! La serenidad de la infancia se va á concluir; el espíritu siente ya ardor guerrero, necesidad de lucha; suyo será el mundo de la inteligencia, que es el gran premio del combate. En este instante el pensamiento dél hombre presiente su destino; un relámpago ha iluminado los abismos que hay sobre su cabeza, y ha entrevisto lo infinito, y levantándose de la tierra, tiende los brazos al cielo y se siente lleno de una inspiracion, que no puede comprender, y una tristeza infinita, la tristeza del desterrado, le posee; tristeza representada admirablemente por el gran Heráclito, cuyas lágrimàs han pasado á ser proverbiales en la lengua vulgar de los pueblos, como si todo el espíritu humano se acordára de este instante supremo de su vi-

da. El fuego que arroja en ardientes flechas el sol; el fuego que alimenta en sus entrañas la tierra; el fuego en que se bañan los mundos; el fuego que hace fecunda la tierra; el fuego que es el espíritu y el amor de la naturaleza, para Heráclito es el principio de la vida; pero la vida no está en lo abstracto, ni en lo general; la vida está en lo que sucede, en lo que pasa á nuestros ojos, en el movimiento que arrastra consigo á todos los séres; movimiento que se desenvuelve por grandes oposiciones, por grándes luchas, de las cuales resulta la armonía, como de las fuerzas que tiran en sentido contrario de la cuerda de la lira nacen esas vibraciones que inundan de placer este elemento interior, esta mónada sublime que Heráclito no puede comprender, encerrada en nuestra frente, y que reproduce y refleja todo el universo. ¡Ah! este pensamiento sublime de Heráclito va á quedar largo tiempo dormido para reproducirse más tarde como todos los grandes pensamientos. Con razon, un sublime filósofo moderno, al llegar en su historia de la filosofía á este punto, grita: «tierra, tierra,» como Colon delante del nuevo mundo. En efecto, Heráclito ha dicho que el verdadero sér es el sér concreto; que la lógica es real, y procede por oposiciones; que en el interior del hombre hay un fuego sublime, una sublime mónada, preludiando así el advenimiento de Sócrates. El pensamiento de Heráclito quedará es-

condido en la conciencia como la semilla se oculta en la tierra, para dar luego de sí esos hermosos y corpulentos árboles á cuyos piés se estrellan los huracanes y los siglos.

La filosofía jónica que hemos estudiado, admitia el principio dinámico; mas por medio de graduaciones sucesivas debia engendrar el principio mecánico, que separa la filosofía jónica de la pitagórica. Anaximandro admite la unidad infinita de que todo emana y á que todo vuelve, haciendo provenir los séres de esa unidad infinita, como los átomos de luz provienen del sol, como las gotas de agua que componen una catarata provienen del impulso del propio movimiento, y volver todas las cosas á esa misma unidad infinita, como los átomos de luz se replegan en el sol cuando toca en el ocaso, y las gotas de agua vuelven á entrar con la catarata, en su cauce, misteriosísimo círculo de la vida, que los antiguos representaban por medio de aquella simbólica tornasolada serpiente que se mordia la cola.

Pero esta aplicacion no podia de ninguna suerte satisfacer á la ciencia. Entonces apareció Anaxágoras. El movimiento no está en las mismas cosas, que lo llenan todo, las cosas esparcidas y desparramadas por los infinitos espacios. El movimiento sigue una progresion perpétua, indefinida. Pero ni el mundo, ni sus partes, ni las cosas, ni sus determinaciones, ni el movimiento, ni la

misma progresion del movimiento, ni la ley, ni el fenómeno pueden explicarse á los ojos de Anaxágoras, sino apelando á una fuerza motriz; y esta fuerza motriz no puede ser otra que el espíritu, soplo de vida, el espíritu, qué ordena y concierta las cosas, el espíritu, que es opuesto, sí, pero superior, indefinidamente superior á las mismas cosas, al mundo material. Este espíritu, no bien definido, este espíritu indeterminado, indeciso, que todavía no se conoce bien á sí mismo, antes idealizacion de la materia que sér en sí y por sí; este espíritu superior, contrario y opuesto á las cosas creadas, levantándose del seno de la naturaleza, debia descomponer la escuela jónica, debia matarla; no de otra suerte que el fruto, aunque lleva en su seno la semilla, necesita secarse y morir, para que la semilla caiga en la tierra y produzca nuevos árboles, y extienda y propague la vida. ¡Qué relaciones tan misteriosas hay entre el espíritu y la naturaleza!

Al llegar aquí la escuela jónica, estaba descompuesta y muerta, porque admitia un principio distinto de la naturaleza. Ahora, señores, todo el trabajo de la filosofía va á consistir en concretar y buscar dónde reside ese espíritu. Ya lo veis, señores, del agua, la filosofía ha subido al aire, del aire al fuego, del fuego al sér infinito, del sér infinito al espíritu; admirable escala por donde el hombre asciende á la verdad y al cielo.

La filosofía tomará una tendencia espiritualista, y esta tendencia espiritualista estará representada por una nueva escuela. Un dia del seno de la Jonia se levantó un hombre extraordinario: una aureola de santidad rodeaba sus sienes; palabras simbólicas, versos armoniosos caian de sus labios; la inspiracion divina centelleaba con ardor en sus ojos; los egipcios le habian instruido en la geometría, los fenicios en las matemáticas, los caldeos en la astronomía, los magos en la theurgia, en los misterios de los mundos de las almas y de los séres; Mercurio le habia dado su memoria; Apolo su imaginacion; y en el monte Ida, internándose en misteriosas grutas cubiertas de mirto y lentisco, habia bebido el néctar de la bienaventurada vida en la copa de Júpiter, donde bebian su esencia los séres; y despues, descendiendo inspirado, herido, macerado, como un cenobita, se habia dirigido á Occidente, habia puesto sus plantas en las ondas del Egeo, y arrebatado por los vientos á las colonias itálicas, aquel hombre, que se llamaba Pitágoras, enseñó á manera de un profeta que Dios es la esencia de todo, que la esencia de Dios es el número, que la esencia del número es la unidad, que la unidad suprema está en el centro del universo y á su alrededor ruedan los astros y las almas; que todo proviene del número y vuelve al número, porque todo es primeramente uno, ó Dios; despues dos, oposicion, como el límí-

te y el no límite, como la derecha y la izquierda, como el macho y la hembra, como la luz y las tinieblas; y todo se resuelve en tres, ó suma del uno y el dos, de lo finito y lo infinito, del hombre y Dios; y que todos esos mundos que vemos girar en la silenciosa noche, esos inmensos globos, que como arenas luminosas aparecen á nuestros ojos en el cielo, son notas de un eterno cántico, cadencias de una divina armonía, ecos de un concierto, cuyo tono dá la unidad suprema, el gran músico, el gran artista de los orbes, el Eterno. (Estrepitosos aplausos.)

Ya comprendereis, señores, el progreso del espíritu. La filosofía que estaba como encerrada dentro del mundo material, aspira por un movimiento propio á salir de esta cárcel, á quebrar sus cadenas. El pensamiento conoce que la naturaleza no es toda la vida, ni todo el sér, y quiere penetrar en otro mundo más alto y más hermoso, y adivinar el sér que se oculta en el manto de los cielos. De un golpe, la escuela pitagórica suprime toda la filosofía de la naturaleza, y escribe la primer palabra de la filosofía del espíritu. La filosofía jónica habia sido progresiva al concebir la naturaleza como un gran todo, y al dar una ley á los cuerpos fraccionados y dispersos; pero habia sido incompleta, porque no concibió lo espiritual, lo que hay sobre el sentido, ni pudo tampoco explicar la causa del movimiento. La filosofía pitagó-

rica, que inmediatamente le sucede, no se contenta con la explicacion natural; en el seno del mundo encuentra á Dios, en el seno de Dios encuentra el número. Y para explicar el movimiento encuentra el ritmo, la armonía entre las partes que componen el mundo, y el ritmo, la armonía entre las esferas de los mundos. El principio de la ciencia que habia sido puramente real en toda la ciencia jónica, va á ser semi-real, semi-ideal con el número de Pitágoras; término dialéctico que enlaza la filosofía jónica con la filosofía eleática. La música de los mundos, el sol, centro de todo el sistema cosmogónico, los diez grandes planetas que ruedan alrededor del sol en concertada armonía, las almas recorriendo tambien una escala música, perfeccionándose en su tránsito de la unidad á la dualidad, y de la dualidad á la trinidad misteriosa y sagrada que flota sobre los mundos y las almas; todo este sistema indica que el espíritu, la idea del hombre se ha erigido en señora de la naturaleza. La filosofía pitagórica es un progreso muy grande sobre la filosofía jónica. Como ella, era un panteismo, pero dejaba de ser un panteismo materialista para pasar á ser un panteismo fundado en una nocion semi-real y semi-abstracta, en el número, nocion de nuestra inteligencia, que tiene sin embargo realidad en el mundo.

Despues de esto la filosofía griega ha de ten-

der precisa y necesariamente al idealismo. Los jónios habian desarrollado el pensamiento como materia, Pitágoras como forma; era necesario que llegase á ser esencia. ¿Quién realizará este gran término de la progresion de la idea? ¿Quién? El jefe de la escuela eleática, Xenophanes. Los persas y los medas lo arrojaron de su patria. Los últimos soldados del mundo de la naturaleza, con ese instinto histórico superior al raciocinio, debian perseguir á este primer soldado del mundo del espíritu. Es un pobre poeta que se sustenta cantando, es decir, que vive de su propia sustancia, de su propio espíritu. Pero así como de la lira de Homero, el poeta del sentimiento, nace el politeismo, de la lira de Xenophanes, el poeta de la idea, proviene la muerte del politeismo. Dios no ha nacido, dice, porque no ha podido engendrarlo nada mejor que él, pues eso mejor seria Dios; ni nada peor, porque tanto valdria decir que el sér puede ser hijo del no sér; Dios es uno, Dios es pensamiento, Dios es razon. Pero no hay más sér, ni más sustancia, ni más fenómeno, ni más hecho que Dios, y Dios es el espíritu. Lo contingente no existe. De suerte, señores, que el espíritu levantándose en este instante sobre todo lo creado, destruye la creacion, y solo cree en su propia existencia, y se goza en contemplarse solitario sobre las ruinas de la tierra, sobre las pavesas de los mundos. La historia procede por oposiciones, por antítesis radica-

les; para salir de la filosofía jónica, de la filosofía de la naturaleza, caia en el grave error de negar la naturaleza. Mas aunque el espíritu se encerrara dentro de sí mismo, el objeto, pasando ante él, debia distraerle de sus meditaciones. No le bastaba negar lo que veía; no le bastaba borrar con su aliento el mundo físico, cuando á cada instante el mundo físico se levantaba en su presencia. Entonces nace Parménides para poner la última piedra en esta obra. Su poema es sobre la naturaleza. El sér es lo perfecto, dice; cuanto es, todo lo que necesita lo tiene en sí. El no sér carece de todo. El sér no seria sin el pensamiento que lo hace sér. Luego la idea y su objeto, el pensamiento y el sér son una misma cosa. En este instante ya nada tiene que hacer esta filosofía más que desarrollarse. Así como la filosofía jónica, afirmando exclusivamente la naturaleza, engendró una escuela que buscó las leyes de la naturaleza y mató la filosofía jónica; así la escuela eleática, que afirma exclusivamente el espíritu, encontrará una escuela que buscará las leyes del espíritu, la dialéctica, y descompondrá toda la filosofía eleática. La escuela dialéctica de Zenon de Elea, en mi sentir, aparecia para demostrar todas las fuerzas del pensamiento en sí, y como el pensamiento por sus leyes, por sus procedimientos, podia llegar y llegaba hasta negar el mundo exterior, hasta borrar la naturaleza. Esta tendencia de la filosofía

era en verdad lógica y acorde con toda la historia precedente. El espíritu, al sobreponerse á la naturaleza, debia ensayar sus fuerzas, y su gran fuerza era la dialéctica. Con ella y por ella podia llegar y llegaba hasta el punto de considerarse y plantearse como un sér en sí, capaz de regular el movimiento, de abrazar el tiempo y el espacio en su inmenso seno. Toda su doctrina preparaba una nueva doctrina, presentia una nueva filosofía. Presentando las contradiciones que existen por necesidad en nuestra percepcion sensible, presentaba la insuficiencia de este medio de conocer para llegar á la verdad; y demostraba lo necesario que era buscar un criterio seguro y firme para basar en él incontrastablemente la ciencia y el conocimiento. Destruyendo lo múltiple, negando el espacio, oponiéndose al movimiento en la naturaleza y reemplazándolo por el movimiento dialéctico del espíritu, Zenon de Elea prepara las vias á una ciencia superior que sin caer en sus errores comprendiera y explicara como dentro de nosotros mismos, en lo interior de nuestro sér hemos de encontrar el principio y la razon de toda verdad, de todo conocimiento. Mas al mismo tiempo que esto hacia con su argumentacion por antítesis, con sus grandes progresiones dialécticas preparaba el advenimiento de los sofistas, que habian de allanar el camino al gran Sócrates.

Imaginaos unos hombres sin fé, sin creencias,

corrompidos, con el corazon gastado y la inteligencia vacía; hombres que predican toda las doctrinas segun conviene á sus intereses, que adoran hoy lo que ayer quemaban y queman mañana lo que adoraban ayer; que hacen de la política un arte de logreros, de la religion una máscara hipócrita; que no buscan la virtud, sino el oro; que se ligan con todos los que puedan dar á sus pasiones alimento; que encubren con grandes palabras intereses detestables; que odian á todos los que tienen elevacion de ideas y rectitud de conciencia; imaginaos unos hombres de esta naturaleza arrojados á la plaza pública, ocupando la tribuna, dirigiendo los negocios de la República griega, insultando á los vencidos y doliéndose é impacientándose por la menor censura; hombres nefandos, verdadera langosta del mundo moral, que llenan esas épocas de incertidumbre y de duda, tan frecuentes y tan tristes en la historia; y tendreis una imágen de la triste edad de los sofistas; edad en que solo se salvan de la general corrupcion aquellos séres superiores, inflexibles por conviccion y por carácter, que se abrazan fuertemente á una gran idea, á un gran principio de justicia, sin curarse de sus enemigos; seguros de que si en su tiempo les falta tierra donde fijar la planta no les ha de faltar un recuerdo en la posteridad, porque las bendiciones de los esclavos que hayan redimido, de las conciencias que hayan iluminado, les

acompañarán hasta más allá de la tumba, pudiendo morir tranquilos, seguros de legar á las generaciones que han de sucederles la esencia más pura de sus almas. (Aplausos prolongados.)

El mal más grave de los sofistas era su amor á los aplausos, su desamor á la verdad. No buscaban lo cierto, buscaban lo agradable. No querian mostrar la ciencia, sino su ingenio. Se postraban siempre ante el favor del público que les rodeaba, no imponiéndole ideas, sino halagando instintos muchas veces odiosos. Con igual facilidad sostenian el pro y el contra. Su reclamo era el vil interés, su fin, defender todas las causas, su medio, la argumentacion que les habia legado la escuela eleática. Así escitaban al excepticismo las inteligencias, á la corrupcion los corazones. Cuando se dice y sostiene que la razon no puede llegar á la verdad, se cae en la consecuencia fatal de que el corazon no puede llegar al bien. La inteligencia se duerme en las frias nieblas de la duda; la voluntad se deja llevar por el empuje de todas las pasiones congregadas en su daño. Tras la desconfianza en el propio criterio, viene la inmoralidad en la vida. Si la razon no merece asenso, la conciencia no merece crédito; sus consejos, sus avisos en los grandes trances de la vida no merecen precio. Y así, poco á poco, las escuelas sofistas, que en nombre de este ó del otro principio niegan sus timbres á la razon humana, corrompen la vida, empozo-

ñan el espíritu y matan la libertad. Preservémonos de estas creencias con el ejemplo elocuente de los males que causan; enseñanzas prácticas escritas por Dios en las indelebles páginas de la historia.

Mirad, señores, pasar ante vuestros ojos los sofistas y os convecereis de las verdades que acabo de mencionar. Demócrito, llamándose jónico, pulveriza con las pesadas armas de su dialéctica el mundo, y en la nube de polvo que se levanta de las ruinas, precipita el alma. En medio de esta universal catástrofe y entre el estrépito universal no se vé ni el universo de la escuela jónica, ni el dios de la escuela pitagórica, ni el espíritu de la escuela eleática. El polmo de los átomos á manera de negro sudario cubre á Dios, la naturaleza y al hombre. Sobre aquella gran ruina, se levanta un altar consagrado á la satisfaccion, al egoismo, al placer. La patria, segun Demócrito, no debe ser amada, porque ese amor exige grandes sacrificios. La virtud debe ser seguida como una higiene del cuerpo. El matrimonio es condenable, porque el amor conturba el ánimo, debilita el cuerpo, y la educacion de los hijos es larga, dificultosa y penosísima. Errores, sí, que enseñan como el hombre se precipita en el mal cuando desprecia la verdadera guia de nuestra vida, la conciencia, la verdadera maestra de nuestro espíritua, la razon. Mas la sofística de Demócrito solo se refiere al mundo

exterior; para que esta escuela se desarrollára lógicamente debia llegar de negacion en negacion al mundo interior. Y aparece Georgias.

Este clavó su dialéctica en la razon hamana. Sus discursos enfáticos apoyaban la verdad y la falsedad de las cosas. Su razon débil dudaba de todo. Su enseñanza consistia en hacer discurrir á sus discípulos sobre la manera de afirmarlo y negarlo todo. Nada existe, decia, y cuando lo cercaban y rendian á la evidencia, exclamaba: si existe algo, la pobre razon humana no puede conocer nada. Por su naturaleza limitada ha de llevar eternamente sobre sí el peso gravísimo de lo absurdo. El conocimiento es imposible, y la enseñanza imposible é inútil. Dudemos de la razon y de sus fuerzas, de la verdad y de sus aplicaciones. De suerte que esta escuela de Georgias tiene muchos puntos de relacion, señores, con cierta escuela que, dándose por muy religiosa y moral, sostiene que la razon y el absurdo se aman con amor invencible; error indigno propio solo de grandes sofistas, que menospreciando así la obra más perfecta del Creador, acusan gravemente á la Providencia. (Generales aplausos.)

Mas, señores, la escuela sofística produjo algunos bienes, y preparó en su demolicion universal el advenimiento del verdadero espíritu filosófico. Dios en la historia como en la naturaleza, saca el bien del seno mismo del mal. Empeñando

el pensamiento en un trabajo titánico, debia mostrar la fuerza del pensamiento. Refiriendo todas las cosas al sujeto y todas las verdades á la opinion particular del indivíduo, debia exaltar la conciencia. Mostrando la incapacidad absoluta del sentimiento para comprender altas verdades, más tarde ó más temprano debia traer una filosofía verdaderamente espiritualista. Negando todos los sistemas anteriores, descoponiéndolos, pulverizando hasta sus fundamentos, anunciaba la aparicion de un nuevo sistema, la venida de una nueva ciencia. Los entendimientos no podian estar por mucho tiempo en la duda, en ese marasmo que suspende la vida. Los corazones cansados de aquel contínuo dédalo de errores, buscaban instintivamente en las entrañas del tiempo la ciencia, el rayo de luz que debia aclarar el camino de la vida. Entonces nació Sócrates.

La verdadera idea del espíritu es la idea concreta. La idea concreta del espíritu no amaneció en el mundo hasta que en los horizontes de la ciencia amaneció el alma inmensa de Sócrates. Detengámonos un momento ante el gran coloso del espíritu. No ha venido al mundo de improviso. Habian sido sus grandes profetas Heráclito y Anaxágoras. Y como no hay idea derramada en el mundo que se pierda, lo que habia de espiritualismo en estos dos filósofos se encarnó en Sócrates. Lo más admirable que existe en este hom-

bre admirable, no es, ni la ciencia profunda, ni la virtud heróica, ni la mágica elocuencia, ni ninguna cualidad particular, porque en ninguna sobresalió desmedidamente; sino el haber adivinado su destino, y haber sido á su destino fiel hasta la muerte. El no entró en la nueva ciencia, como no entró Moisés en la tierra prometida. Pero su espíritu inmortal es como la estrella Norte, que señala á todas las generaciones los derroteros del pensamiento. En su alma el espíritu se individualizó, se concretó, se elevó á la conciencia de sí, que no habia tenido ni en la escuela pitagórica ni en la misma escuela eleática. La razon deja de estar anegada en la naturaleza y llega á ser en sí y por sí, independiente del mundo, superior al mundo. El criterio individual, protesta sublime contra toda la historia precedente, eleva al hombre, que será libre por el conocimiento de su unidad interior. Así la ciencia, que habia pasado del agua al aire, del aire al fuego, del fuego al espíritu abstracto é indeterminado, del espíritu indeterminado al número, del número á un infinito indeterminado tambien, se asienta incontrastablemente en la ancha base de la conciencia humana. Sócrates llena toda su vida con los resplandores de su genio. Una voz interior le lleva á cimentar y concluir su obra, á cimentar y concluir su destino. De un lado tapia la puerta por donde los sofistas habian salido al mundo, convenciéndolos con sus mismas palabras

de la falsedad de su doctrina. Despues se vuelve al pueblo, á los jóvenes, y les enseña á respetar y conocer la propia conciencia, la voz de Dios en la vida; á estimar todo lo que hay de divino en la naturaleza, á buscar la unidad de la ciencia en la unidad de Dios, á seguir con pié incansable la virtud, á confiar en la inmortalidad del alma. ¡Ah! señores. El politeismo no podia consentir esta doctrina. Grecia, que habia concebido el espíritu en la naturaleza, no podia levantarse á esta concepcion sublime del espíritu en sí mismo. La doctrina de Sócrates mataba el politeismo. Los oráculos eran sustituidos por ese otro oráculo sublime, que lleva el hombre en su interior, por la conciencia; los sacerdotes, por ese sacerdote eterno, que levanta á Dios las oraciones de todos los séres, por el espíritu; los dioses múltiples é innumerables por la unidad de Dios. La sibila de Delfos, al decir que Sócrates era el hombre más sabio del mundo, abdica en Sócrates su númen. Es decir, la razon tradicional se postra de hinojos ante la razon pura. Esta doctrina, que contradecia el sentido comun de aquel pueblo debia matar á Sócrates. Pero de su muerte se levanta más pura su vida, más hermosa su alma. Y hé aquí, señores, como es inútil toda persecucion que los tiranos empeñen contra el pensamiento. Aperciban en buen hora los tiranos hondas cárceles donde encerrar al pensador, al filósofo, al profeta de una nueva

idea política, filosófica y social; y si esto no les basta martiricen su cuerpo, desgarren sus carnes, enciendan hogueras y arrójenlo en ellas, y gózense en ver cómo se consume, cómo se extingue su vida, no importa; porque el pensamiento es puro espíritu, y no puede ser encerrado en ninguna cárcel, ni en el espacio mismo; porque el pensamiento es libre y no puede ser devorado por ninguna hoguera; porque el pensamiento es eterno, y no puede ser alcanzado por la muerte; y así todos los tiranos han sido impotentes, como lo fué el Areópago contra Sócrates, pues de su alma salieron los Platones y los Aristóteles; como lo fué Neron contra San Pablo, pues de sus hogueras surgieron generaciones de apóstoles y mártires; como lo fué Juliano contra la doctrina de la libertad y de la igualdad, porque al fin vió roto su poder y vencedoras sus víctimas; como lo serán todos los tiranos, porque los tiranos pasan, los tiranos mueren, y el pensamiento siempre queda como el eterno sol de la naturaleza y del espíritu. (Estrepitosos y prolongados aplausos) Notad lo que significa Sócrates en el desarrollo del espíritu humano; él señala en filosofía la division de la ciencia, en moral la exaltacion de la conciencia, en política la idea del indivíduo contra el antiguo absorbente socialismo, en derecho la ley partiendo del interior del hombre y no el hombre sacrificado á la la ley, en todos los ramos del conoci-

miento, en todas las esferas de la vida señala Sócrates el instante más sublime del espíritu en su realizacion, en el tiempo y en el espacio.

Esta gran revolucion filosófica dió energía instable al pensamiento, fuerza infinita á la actividad, pureza á la moral, método á toda doctrina, base incontrastable á toda la ciencia, y un procedimiento lógico al raciocinio. Sócrates á un tiempo niega y afirma, destruye y edifica, combate y dá paz, se levanta á las más altas abstracciones del pensamiento y desciende al sentido del vulgo, separa el accidente de la ciencia, el fenómeno de la ley, y en el ánimo mismo de sus discípulos, por un procedimiento sencillo, despierta la verdad, consiguiendo que la razon la aprenda y conozca, no como enseñanza recibida, sino como obra de su propio esfuerzo, de su propio trabajo, y producto de su vida y energía. Pero Sócrates no se contenta con dirigir la inteligencia al conocimiento de la verdad, obra incompleta; en ca-camina tambien la voluntad á la práctica del bien, obra grande y armónica, fundada en toda la vida del hombre. El bien es el fin del indivíduo y del universo. El hombre y el mundo separados, se unen amorosamente en la conciencia humana merced á la doctrina de Sócrates. Lo verdadero, lo bueno, lo hermoso, unidos antes á los fenómenos, vienen á ser ideas en sí, objetos de la reflexion; la moralidad, que no tiene base ni funda-

mento, es el primero y más alto fin de la vida humana; la conciencia dirige y regula todas las acciones; Dios es concebido y explicado como espíritu y verdad. La conciencia individual, tenderá á ser conciencia universal; las acciones particulares leyes de moral; la verdad aprendida en la conciencia, verdad objetiva; el principio de justicia, que la razon prueba y enseña, norma superior á todos los principios de justicia escritos en los antiguos códigos; consagracion augusta de la personalidad humana, pero consagracion que marca señal de muerte en la frente de aquella sociedad. Sócrates mismo, comprendiendo hasta qué punto su doctrina era dañosa á la sociedad pagana, como minaba por su base toda la ley, toda la organizacion antigua, quiere que los atenienses respeten y estimen sagradas las mismas leyes, los mismos códigos que destruia hasta en sus cimientos; prueba cierta de que muchas veces la grandeza de sus obras excede y aventaja á la grandeza del hombre. Pero el espíritu que ha recibido este gran impulso, el espíritu, levantándose libre del seno de la naturaleza, viviendo en sí, independiente del mundo exterior, con libertad propia y propio conocimiento, medirá por sus ideas capitales todas las esferas de la actividad, y se dilatará con energía inexplicable en el mundo y en el cielo, como los rayos del sol naciente, inundando de luz y de gozo la naturaleza, se extienden por los inmensos espacios.

La filosofía socrática, enalteciendo el criterio individual y la conciencia, debia en su primer evolucion originar muchas y variadas escuelas, cuyo principal carácter debia ser la indecision y la incertidumbre. Un pensamiento cuando nace no se comprende bien á sí mismo, escoge varias sendas y no acierta con su destino. Esto es propio de toda vida que comienza, de todo sér que nace, de todo principio que amanece en la conciencia y en el espacio.

Esta indecision, este paso vacilante anuncia, sin embargo, que la idea, cuando logre asentarse con firmeza en su region propia, se desarrollará con fuerza y gran vigor, aunque haya sido larga, muy larga su infancia. La indecision en los primeros pasos de la doctrina socrática se vé clara y manifiestamente en las escuelas cirenáica y cínica, y en la misma escuela de Megara. La filosofía cirenáica, exagerando el pensamiento socrático, desprecia la física y estudia la moral. Este vuelo del espíritu hácia un mundo superior, este afan de borrar el mundo sensible, este menosprecio de la física, es la consecuencia natural del nacimiento de una idea, que destruyendo todo cuanto se le opone, ó puede dañar su reciente y tierna vida, se aisla en sí y vive de contemplarse á sí misma y se goza en su misteriosísima esencia. Los cirenáicos iban poco á poco destruyendo los obstáculos que debia encontrar la ciencia del espíritu, y al

exagerarla y divertirla de su verdadero objeto, que era la armonía, mostraban la necesidad de que grandes genios vinieran providencialmente á extender y consagrar el pensamiento de Sócrates en todos los círculos de la vida y de la ciencia. Este espíritu emancipado llegará á mayor aislamiento en la escuela cínica; creerá que se basta á sí misma, que su libertad consiste en romper todos los lazos, que su vida para nada ha menester del mundo exterior, que la ley moral es la única ley del hombre, que toda justicia debe caer ante los principios grabados en la razon, y todo código ante la conciencia, y toda sociedad ante la libre y augusta y soberana personalidad del hombre, el cual, á diferencia de todos los séres creados, no necesita para ser y existir sino de su propia sustancia, de su exclusivo pensamiento. Todas estas escuelas, que audaces quebrantaban la armonía del pensamiento socrático, no dejando salir al espíritu de sí mismo, impedian que el espíritu llegara á su fin supremo, que era deducir del estudio de sí mismo sus relaciones con la naturaleza y con Dios. Mas estas escuelas hacian progresar á la ciencia y preparaban las vías que iban á traernos el verdadero y perfecto movimiento socrático. Así los filósofos de Megara sostenian que lo infinito no podia ser lo verdadero, y en lo inmutable, en lo eterno, ponian el fundamento de la ciencia. Su lógica mostraba cuán imperfectas son las nociones

que por la sensibilidad allegamos; su metafísica iba en pos de un principio superior á todo lo cambiante y transitorio y fenomenal; su doctrina, pues, tendia á esa unidad incondicional que solo puede encontrarse en lo absoluto. ¡Escuela grande y magnífica, que á pesar de su carácter negativo, debia ser como la sibila, que anunciaba el advenimiento de otras más grandes escuelas!

La ciencia estaba ya madura para recibir en su seno á Platon; el espíritu entra gozoso en posesion de sí mismo. En la Atica, á orillas de la fuente del Iliso, que murmura mezclando el rumor de las aguas con el chirrido de la cigarra, escondida en los haces de trigo amontonados por el labrador, descubriendo á lo lejos azules montes, en cuya cima se ven templos rientes, rodeados de bosquecillos de flores; en presencia del mar Mediterráneo, silencioso y manso, que quiebra en mil suertes de luces los rayos del sol, semejando una lluvia de estrellas sobre las ondas; delante de este espectáculo maravilloso de la naturaleza, Platon celebra la union del espíritu con la naturaleza, de la naturaleza y del espíritu con Dios; nupcias sublimes cantadas en la lengua más elocuente y más hermosa que han hablado los hombres. La primer gran idea de Platon fué dividir la filosofía en dialéctica, instrumento de toda ciencia, y despues en ciencia del espíritu y ciencia de la naturaleza. Platon no puede sufrir la limitacion que

á la vida del espíritu opone el mundo exterior, necesita levantarse sobre este mundo, no oir el ruido de los séres y de los fenómenos que pasan, y absorberse en la contemplacion de la divina esencia, en que beben su luz los mundos y hallan su soplo de vida las almas. Toda su ciencia, toda su dialéctica, su filosofía, su moral, todo lleva á creer que las ideas son recuerdos de otra vida, reminiscencias de otra patria, señales evidentes de que somos rayos de la eterna luz, átomos de la divina sustancia; que las nociones generales solo tienen una realidad perfecta, una realidad ontológica en Dios, verdadero ideal de la vida, centro hácia el cual giraban los séres; bien inmutable, alma eterna que se manifiesta como á través de trasparente velo en lo sensible, en la naturaleza; que la virtud es un pálido reflejo de la virtud divina, y la hermosura material nada si no despierta el recuerdo de la hermosura ideal, y la vida un fantasma que pasa, si no se asemeja y no se acerca y no se identifica con la vida divina; que el alma debe ser en la vida actual lo que era allá, cuando vivia virtualmente en el seno y en el pensamiento de Dios, puesto que despues de haber pasado por la tierra, de haber dado movimiento á las esferas y á los planetas, ha de volver el alma, como todo cuanto hay de divino en la naturaleza, á vivir eterna y bienaventurada vida en el blando regazo del Eterno. (Generales aplausos.) Cuanto más

contempleis, señores, la alta filosofía platónica, más alcanzareis que es un progreso, un progreso nexplicable sobre toda la filosofía precedente. El mundo tiene un alma, que se une en el hombre, y esta alma se manifiesta en lo sensible, en lo contingente; mas ni lo sensible ni lo contingente existiria sin Dios. Levantado sobre toda la naturaleza, habiendo producido y ordenado los séres, teniendo en sí la realidad perfecta y acabada de lo bueno, de lo verdadero, de lo hermoso; inspirando á la conciencia sus ideas, al mundo su vida; el Dios de Platon, ideal del universo sensible, razon y causa de todo lo existente, soberano bien, justicia absoluta, esencia de todas las cosas, unidad del mundo y del espíritu, totalidad de la idea; el Dios de Platon, si bien aún no se ha desceñido completamente de la naturaleza, y no ha abandonado por tanto el panteismo, ya aparece como un sér superior, con categorías ideales, en la cúspide hemosísima de toda la creacion; á manera de sagrado fuego que, alimentando la vida con su calor é iluminándola con sus resplandores, tiene su verdadero templo en lo infinito y en lo eterno. (Aplausos.)

Así toda la tendencia de la filosofía platónica se reduce á matar en el hombre lo sensible, lo contingente, para despertar lo esencial, lo eterno; á destruir la voluntad en la ley general de la vida, que es la voluntad de Dios; á extinguir el

amor pasajero del sentido en el seno puro del espiritual amor, que es la devocion á Dios; á preferir y anteponer al conocimiento del mundo y de los séres el conociniento de Dios y de sus atributos; á levantar el pensamiento del fondo de este ligero leve polvo, que se llama lo sensible, á ese misterioso divino sér, luz impalpable, que inunda con sus torrentes toda la vida; puro y eterno modelo, en cuya presencia son como si no fueran todas las cosas creadas; éther en que se baña, como en la atmósfera de la vida, la idea y el alma sublime del gran filósofo. (Aplausos.)

Platon es el espíritu de Sócrates, dilatándose en Dios, como Aristóteles será el mismo espíritu dilatándose en la naturaleza. Nada más comun que tener al gran Aristóteles por sensualista; nada, sin embargo, más distante de la verdad y del pensamiento del filósofo. Aristóteles era, como no podia menos de ser, un filósofo tan idealista como Platon, y más subjetivo aún que Platon mismo. Siento mucho tener que ser muy abstracto. Mis oyentes me perdonarán. Mas por estos áridos caminos pasa la razon humana para realizarse en grandes y sublimes manifestaciones políticas y sociales. Examinemos la doctrina de Aristóteles llena de espiritualismo. La ciencia debe conocer lo que es el sér. La sustancia es, pero no es sin la forma. La sustancia se determina de esta manera: sustancia sensible, sustancia activa,

union de lo sensible y de lo activo en el hombre; sustancia inmaterial, Dios, en que el pensamiento y su objeto son una misma cosa. La sustancia tiene la posibilidad, la actualidad y la intelechia, la realizacion de su fin. Dios en Aristóteles aún es más sublime que en Platon. El Dios de Aristóteles es inmutable, es eterno, y al mismo tiempo, á pesar de ser inmutable, es la causa de todo movimiento, y á pesar de ser eterno, la actividad de todas las cosas. Este sér, que no se mueve y lo mueve todo; este sér, que es siempre idéntico á sí mismo, y que está presente en toda vida cambiante, es la concepcion más sublime que de Dios alcanza la filosofía antigua y la concepcion más idealista. El fin de la filosofía misma de Aristóteles no puede ser más espiritualista, el conocimiento del conocimiento. Aristóteles cree que la naturaleza es un sér en sí y por sí; que el alma, en cuanto racional es eterna, y que las cualidades de las cosas son leyes, categorías de nuestro propio entendimiento.

Aristóteles, dado á la clasificacion, distingue tres clases de verdades; primero, las verdades que llama deducidas; segundo, las verdades generales, hijas de la razon que distingue de las verdades particulares, hijas de la esperiencia. Separa como Platon lo particular de lo universal. Por la sensibilidad confiesa que es dado conocer lo que se mueve en el mundo, lo que está de tal ó cual

manera aquí y allá, mas por la razon conoce lo que vive siempre y en todas partes, lo general, en una palabra. Llega á comprender que hay primeros principios, que no se prueban verdades, que no se deducen; leyes generales, á cuya existencia asiente por necesidad lógica nuestra razon, y que se evidencian por su misma claridad, independientemente de los sentidos, á nuestro espíritu. Así su Dios se muestra con tal claridad al espíritu, que no ha menester demostracion; alejado y separado del mundo como sér y presente en el mundo como energía y como causa. La tendencia de su espíritu es sin embargo á lo experimental. No abarca la naturaleza de una ojeada, la estudia en sus fenómenos, en sus séres. No comprende el espíritu en una idea, lo mira en sus facultades, en sus determinaciones. No quiere modelar la sociedad en su alma, estudia sus tradiciones y sus leyes, y sus gobiernos y su historia. No va arrobado en pós de la hermosura ideal, quiere contemplarla en la naturaleza y en las obras de los grandes poetas.

Si de aquí se quiere concluir que su filosofía es sensualista ó materialista, se va á dar en un gran error. Es cierto que Aristóteles combate las ideas de Platon, mas las combate por creerlas indeterminadas y abstractas, y sobre todo, porque arranca al espíritu lo que es propio y exclusivo de su naturaleza. Las categorías en que muestra

que todas las cualidades de las cosas residen principalmente en nuestro espíritu, las categorías son más fieles al pensamiento de Sócrates que las mismas ideas generales de Platon. La ecuacion de la idea y de su objeto, que es el sentido que la verdad tiene en Aristóteles, la teoría de la construccion de las nociones de las cosas, la inteligencia del alma, la unidad que dá á su física, sus consideraciones sobre la naturaleza, cuyas leyes aparta cuidadosamente del acaso y de lo fortuito, su distincion de alma y cuerpo como de Dios y el mundo, la inmortalidad concedida á lo que él llama alma racional, su estudio de la sensacion y de la idea, su profunda comprension del pensamiento; estos y otros muchos dogmas aristotélicos dicen y enseñan que el gran filósofo era fiel, muy fiel á la idea fundamental de su escuela, á Sócrates.

Aristóteles y Platon se identifican en el espíritu y en los fines; se diferencian en el procedimiento y en el método. Platon escoge la induccion, Aristóteles la deduccion; Platon procede, baja de lo general á lo particular, Aristóteles procede, sube de lo particular á lo general; Platon mira al cielo, y desde el cielo la tierra; Aristóteles mira la tierra y desde la tierra el cielo; Platon quiere reinar en lo vagoroso, en los vientos, en lo abstracto, Aristóteles quiere reinar en lo positivo, en lo temporal, en lo concreto; aquel hace descen-

der como una inmensa catarata los séres y las ideas de Dios, éste levanta como una pirámide las ideas y los séres á Dios; Platon intenta construir *á priori* la ciencia, Aristóteles *á posteriori*; Platon busca el sér absoluto y despues desciende al indivíduo, Aristóteles busca al indivíduo y despues asciende al sér absoluto; Platon no cree en la hermosura real, sino en la ideal, Aristóteles mira la hermosura en la naturaleza y en el arte; Platon sueña modelar la sociedad en su pensamiento, Aristóteles piensa modelar la sociedad en las leyes de su naturaleza; Platon es socialista, Aristóteles individualista; Platon es más poeta, Aristóteles más lógico; Platon estará siempre más cerca de lo sublime, pero Aristóteles más cerca de lo real; aquel será el pensamiento abstracto, pero éste será la verdad práctica, ó mejor dicho, Aristóteles y Platon son las dos caras del espíritu humano, los dos términos de la idea, las dos fases de la ciencia, las dos eternas formas del pensamiento; y si Platon influye durante la Edad media en el Patriarcado, en Constantinopla, en la iglesia de Oriente, y Aristóteles en el Pontificado, en Roma, en la iglesia de Occidente, cuando llegan tiempos más científicos, sus dos almas penetrándose, confundiéndose como el aroma de dos flores nacidas bajo un mismo cielo, entran y se pierden juntas en el seno de la filosofía moder na. (Generales y repetidos aplausos.)

Toda la filosofía griega tiene un gran carácter social. Cuando las primeras monarquías se levantaban con reminiscencias de Oriente, nació la filosofía de la naturaleza con reminiscencias tambien de Oriente. Cuando la democracia jónica y la aristocracia dórica se dibujan claramente en los espacios, nace la filosofía semi-oriental, semigriega de Pitágoras, que participa de los dos caractéres de aquella sociedad. Cuando la democracia griega se levanta pujante y poderosa y exclusiva, y vence en las Termópilas, en Platea, en Marathon y Salamina, la filosofia eleática, exclusiva tambien, exalta el espíritu griego. En la época tristísima de la guerra del Peloponeso, cuando la democracia degeneró, nacen los sofistas. Cuando Atenas fué el centro político de la Grecia, Sócrates y Platon fueron tambien el centro de la ciencia humana. Cuando la filosofía griega llegó á su más alta unidad, á su mayor progreso en Aristóteles, Aristóteles educa al genio de la Grecia, Alejandro, y lo lanza sobre el Oriente para mostrar al mundo, que así como la ciencia griega ha triunfado de todas las contradiciones, el poder y la gloria de Grecia, personificados en Alejandro, triunfan en todos los pueblos de la tierra. Pero despues de este instante, Grecia se moria. No hay muerte más triste que la muerte de Grecia. Es una estátua que se pulveriza, es una lira que se quiebra, es el eco de un canto

que se pierde, es un ave del cielo que cae herida y espira congojosa entre sublimes endechas. (Aplausos.) Grecia necesitaba de un filtro que la sostuviera en la agonía, de un principio moral que la levantara al cielo en este último instante de su vida. Sus hijos se habian acercado á ella, la veian espirando, y exclamaban: la sociedad está perdida; la sociedad se muere sin remedio; ni siquiera le resta en la copa donde ha bebido tantas ideas el aroma de la esperanza. El excepticismo se apodera de las inteligencias, como la guerra de la sociedad.

No hay paz en el Estado, no hay tampoco paz en la razon. Grecia no encuentra salud, y el pensamiento no encuentra verdad. La misma noche que cae sobre el mundo, cae más triste y espesa aún sobre la conciencia. Las tinieblas que rodean á Grecia la matan de frio; las tinieblas que rodean el pensamiento la aniquilan. Los excépticos no dudan, niegan; no vacilan, creen que no hay verdad, creen que no hay moral. Es la desesperacion del pensamiento. Una especie de marasmo sobrecoge el espíritu, que cae en la atonía. Niega el mundo, niega á Dios, se niega á sí mismo. Quiere cerrar los ojos á la evidencia. Se cree ¡él! tan grande, un fantasma que se dibuja un instante y pasa fugaz y rápido sobre los medrosos abismos de la nada, dejando en pos de sí pavoroso y eterno silencio de pavorosa y eterna noche.

El espíritu griego al pasar de su edad más hermosa y lozana, de su edad de armonía y equilibrio á la decrepitud, se desencanta, se desespera, siente el tránsito fatal, y cree que negándose á sí mismo y desconociendo la verdad general, va á poder negar tambien el tiempo que le persigue y la verdad concreta, que le anuncia su completa y segura transformacion.

Mas sus ideas, al entrar en esta nueva edad, han de tomar un carácter positivo, práctico y moral; carácter representado admirablemente por las escuelas epicúreas y estóicas. Yo no hablaré en esta noche con detenimiento de estas dos escuelas, ni aun de las escuelas alejandrinas. Me falta, señores, tiempo. Y aunque me sobrara, he de tratar por separado y largamente en varias conferencias de estas doctrinas, que entran en nuestro curso. Pero haré algunas ligeras indicaciones. La escuela epicúrea no encuentra verdad sino en la sensacion, y parece un retroceso á los tiempos de la filosofía jónica. Su física atomística resucita las desacreditadas doctrinas de Leucipo y Demócrito. La moral es lo más puro y lo más racional que hay en su doctrina. Es cierto que exalta el placer, y esto es condenable. Pero no es menos cierto que hace consistir el placer en la paz, y la paz en la virtud. Toda doctrina moral á la que se mezcle aligacion de interés ó utilidad, será siempre indigna y absurda. Sin embargo, la filosofía

epicúrea hará un bien á la ciencia; contribuirá á comprender el hombre en su individualidad, en su personalidad. Esta tendencia individualista de la filosofía epicúrea, como de la filosofía estóica, influirán muy principalmente en el derecho romano.

La filosofía estóica y epicúrea no miran á Grecia, miran á Roma. Es la herencia que el mundo griego legó al mundo romano. Por eso la filosofía estóica tiene dos caractéres, los dos mismos caractéres que el mundo romano. En su principio metafísico admite el alma del mundo, como Roma en su principio político admite la unidad del mundo; en su principio moral admite la libertad interior del espíritu, como Roma admite en su principio social la libertad del indivíduo, el derecho. La filosofía estóica es la aplicacion de lo general á lo particular, como Roma es la aplicacion de todas las ideas, de todas las fuerzas sociales, de todos los códigos, de todas las máximas al perfeccionamiento del indivíduo en la familia y en el derecho. La filosofía estóica admite la lógica tradicional, la lógica de la escuela como una pura forma, como una pura abstraccion, que ella anima con un gran principio de subjetividad; el derecho romano admite las leyes de las doce tablas, las fórmulas de la antigua jurisprudencia como símbolos, que anima con una nueva idea, con un pensamiento. El estóico cree que la razon

debe objetivarse en la sociedad, y Roma objetiva la razon en la ley. El estóico admite la conciencia individual como conciencia general, y Roma hace de todos los hombres ciudadanos de la Ciudad Eterna. Véase como la idea y el hecho, como las leyes del pensamiento y las leyes de la sociedad caminan paralela y armónicamente en el tiempo y el espacio.

Pero, señores, al mismo tiempo que la filosofía griega preparaba al mundo para el Imperio con sus principios metafísicos, y para la venida de pueblos individualistas; por otro movimiento igual, aunque en sentido inverso, la filosofía griega preparaba el pensamiento á recibir el bautismo cristiano, y presentía la última edad teológica de la humanidad y de la historia. Señores, ¡qué evolucion tan grande! desde la naturaleza predicada por Thales, la ciencia se levantó al hombre enaltecido por Sócrates, y desde el hombre á Dios adorado por la escuela de Alejandría. Pocas escuelas manifiestan más claramente que la escuela de Alejandría el estado del espíritu y del mundo. La Grecia en ruinas, Roma disolviéndose, la fé antigua apagada, muerto el patriotismo, el mundo entristecido, el cielo presagiando grandes tempestades, la conciencia humana agitada como el mar por el azote de la tempestad, los ídolos cayendo de su pedestal, los templos paganos desplomándose, apóstoles de una doctrina misteriosa

murieńdo en las hogueras; todo removido, todo agitado; el espíritu, por necesidad, debia refugiarse en el misticismo, y buscar en Dios la tranquilidad que no podia tener en la tierra. De aquí esa gran exaltacion religiosa, que es el fondo de la filosofía alejandrina. El Oriente le cuenta sus misterios, sus secretos; los magos, los sacerdotes, los hechiceros, llevan á Alejandría sus dioses como para fundirlos allí y formar un nuevo dios. Los solitarios antiguos, los cabalistas, los poetas, los hombres dados á la exaltacion en el amor á la naturaleza, buscan en Alejandría un templo. Allí los sacerdotes persas explican la esencia de la luz; allí los caldeos cuentan las estrellas; allí los magos buscan filtros para inmortalizar al hombre; allí los que aún aman el paganismo, calientan al rayo del sol de Oriente los ateridos dioses; allí los neoplatónicos entonan cánticos á su misteriosa divinidad; allí los cabalistas judíos congregan los fragmentos de todas las ciencias; allí, en fin, se reunen todos los sueños místicos, todas las visiones que la naturaleza habia inspirado en su dilatada vida, como dogma religioso, como objeto de culto, á grandes generaciones. La escuela de Alejandría, llevada de este fervor místico y religioso, debia producir una teodicea; sí, una teodicea era la gran obra á que la llamaba su providencial destino. Dios es uno. Esta era la principal afirmacion de la escuela: Dios es unidad. Pero esta

unidad, en el fondo no era otra cosa que la esencia abstracta de los séres. Esa esencia es en último resultado una abstraccion, un sér que vive en sí, apartado de todo, sin realidad, ciego, que se parece á lo vacío. Los alejandrinos comprendieron esto, y declararon que su Dios era inteligencia, razon. Aquella esencia, conociéndose á sí misma, penetrándose por el pensamiento, aun no tenia la actividad bastantante para vivir vida fecunda. Conocieron que un sér con esencia y pensamiento, si bien podia ser y conocerse, no podia producir, no podia obrar, no podia realizarse. Entonces hicieron de este sér abstracto, de este pensamiento absoluto, actividad, poder tambien, para que Dios se mirara y se recreara, no solo en su pensamiento subjetivo, sino por el desarrollo de su vida, en sus obras, en sus mundos, en sus creaciones. De aquí nació la misteriosa trinidad de los alejandrinos, en que la esencia y el pensamiento y la voluntad se identificaba en la unidad.

El alma, el pensamiento de esta escuela se levanta sobre todo lo contingente, rasga los velos del mundo sensible, se pierde más allá de los astros, se arroba en contemplar lo bueno, lo verdadero, lo hermoso en la region de lo absoluto; quiere llevar en pos de sí á todos los séres, enrojecer en su mismo amor todos los objetos, confundir la conciencia de Dios, como la luz de la tímida estrella se pierde en los resplandores del sol; éxta-

sis que lleva esta escuela muchas veces á la magia, á la theurgia, á los hechizos, embriagada por el amor á lo ideal, que la trastorna como el perfume de un hirviente licor. Los alejandrinos creen que Dios, siendo unidad, pensamiento puro, está presente, vivo, como en su templo, en la conciencia humana, y para que la conciencia humana lo reciba en su seno con amor, la exaltan, la engrandecen, la quieren transfigurar y convertir en un santuario hermosísimo, y parecen poseidos de un delirio. En sus palabras, en sus ideas, en toda la vida de estos filósofos resplandece ese misticismo, como si el pensamiento de Grecia, que habia pasado por tantas y tan varias transformaciones, se evaporara y se perdiera en lo infinito.

La filosofía alejandrina se presentaba como una oposicion radical del Cristianismo, y sin embargo le servia como esclava, y apercibia al mundo para su completo triunfo. La reunion de todas las doctrinas, el culto prestado á Hermes, el empeño de encontrar un nuevo dios en las entrañas palpitantes de todas las religiones, todos estos esfuerzos mostraban la incurable impotencia del paganismo, que en vano querian los alejandrinos restaurar, poniendo un dios único sobre los múltiples dioses. Así esta escuela, que se vuelve á Dios, más parece una religion que una filosofía. Sus discípulos guardaban la virginidad del cuer-

po á fin de guardar la virginidad del alma; vertian sus ideas en formas simbólicas, se ejercitaban en prácticas de severa devocion, en ayunos, en maceraciones, para avivar con la esclavitud del cuerpo la penetrante vista del alma. Despues siéntense como transportadas en alas de su pensamiento á otro mundo, encendidos en un amor espiritual, inflamados de inspiracion, llenos de toda esa vida exaltada y febril, que solo dá el misticismo, inundados de una electricidad maravillosa, y creen penetrar en la densidad de los tiempos, y columbrar todo lo porvenir, como oráculos de la ciencia, ó sibilas de la razon. Así todos ellos, todos esos filósofos han sido el objeto de las últimas leyendas paganas. Plotino queria unir la divinidad que habia en su alma con la divinidad que reside en la cúspide del universo. En la hora de espirar, una serpiente salió de su lecho, como el símbolo de que su divinidad pasaba á otra vida; y en efecto, la leyenda pagana decia verdad, con Plotino se acababa la última hermosa forma de que se habia revestido la serpiente del paganismo. Ved, pues, señores, como esta escuela tenia los dos grandes caractéres que le hemos asignado, como escuela de descomposicion y de ruina. Sintiendo que le faltaba la vida en la tierra, queria que descendiese sobre ella la vida del cielo. Sus ojos velados por el sueño postrero no se apartaban ni un punto de la eternidad. El mundo,

de que huia el pensamiento, que se apagaba en su mente, no podia preocuparla. Solo otra vida, otro mundo centelleaba en su mente.

Su psicología está impregnada del mismo espíritu que toda su doctrina. Admitian el conocimiento que proviene de los sentidos, el conocimiento de las diferentes operaciones del alma, el conocimiento que proviene del análisis y de la síntesis, la evidencia de las verdades primeras y la unidad del alma sobre toda la variedad de sus facultades, semejante á la unidad de Dios sobre el mundo. Mas el medio de realizar la unidad del alma es unirla, identificarla con Dios, separándola de todo lo transitorio, de todo lo terreno, y unirla con Dios, no por medio del raciocinio, sino por ese estado místico, en que parece que el alma se desciñe de sí misma y se pierde en otro sér superior por medio del divino éxtasis. La filosofía alejandrina tiene pues dos grandes caractéres que le hemos asignado. Como última edad de la filosofía griega, piensa más en la eternidad y en Dios que en el hombre y en el mundo; y reune en su ecleticismo todas las doctrinas, todas las escuelas, todos los sistemas que la habian precedido en la historia.

Contemplad un instante las maravillosas armonías que hay entre Roma y Alejandría. Roma como Alejandría han nacido del pensamiento de hombres que quisieron reunir el mundo, congre-

gar la humanidad; Roma reunió todos los códigos, Alejandría todas las ciencias; Roma todas las religiones, Alejandría todos los sistemas; Roma ornó con el título de ciudadanos á los orientales, á los africanos, á los godos, Alejandría ornó con el título de filósofos á los magos, á los hechiceros de Oriente, á los cabalistas de Judea; Roma arrojó como en una gran hecatombe delante de la nueva idea, del Cristianismo, todas las razas de la tierra, y se levantó á la unidad del mundo. Alejandría arrojó como una gran hecatombe delante de la nueva idea, del Cristianismo, todos los pensamientos que habian cruzado por la mente humana, y se levantó á la unidad de Dios; el arma que maneja Roma, su martillo, su espada, no hace más que preparar la tierra á la unidad de la especie humana, que traia el Cristianismo, como el argumento; la dialéctica que Alejandría manejaba, no hizo más que preparar la conciencia á recibir la unidad divina; de suerte que Roma y Alejandría tan grandes, son como dos hermosas víctimas coronadas de flores, que la providencia y el progreso presentan en el divino altar de Jesucristo.

Resumamos, señores, todo cuanto hemos dicho; resumámoslo. La filosofía griega comenzaba apegada al sentido oriental, como toda la civilizacion griega. La escuela jónica idea un sistema y pronuncia la primer palabra de la ciencia. Pero

dentro de esta escuela nacen Heráclito, que concibe oposicion entre el principio creador y las cosas creadas; Anaxágoras, que llega á entrever y señalar el espíritu. Desde este instante predominará otro sentido filosófico, el espiritualismo; penetro de tal suerte, que despues de la incertidumbre de la escuela pitagórica, vendrá la escuela eleática á suprimir la naturaleza. Este esfuerzo gigantesco, para salir de la naturaleza y romper por una negacion tremenda sus cadenas, será fecundo en provechosas enseñanzas. Bien es verdad que los sofistas nublarán el cielo del pensamiento, mas despues de estas tinieblas aparecerá, como el sol naciente, el espíritu de Sócrates, que permanecerá fijo en el centro de las esferas de la ciencia. La luz de este sol exclarecerá el cielo con las ideas de Platon, y alumbrará la tierra con las ideas da Aristóteles. Despues vendrá una nueva noche; los excépticos, nuevos sofistas. Mas la ciencia no se perderá. Epicúreo y Zenon la dirigirán á la moral; el uno con un sentido empañado con tristes sombras, el otro con un sentido más racional y puro; y ambos á dos irán comunicando el espíritu de Grecia al derecho romano. Despues de estas escuelas viene la que á todas las resume, la que á todas las consagra á Dios, la escuela de Alejandría. Su exaltacion mística, su espiritualismo, su arrebatada fantasía, sus palabras, enseñan qne la escuela de Alejandría es lo que el

ibro de las sibilas en religion, el anuncio, el presentimiento del divino Cristianismo. Ved, señores, cuán cierto es que la filosofía griega empezó por la naturaleza, y de la naturaleza pasó á la conciencia, y despues, apoyándose en la conciencia, ascendió á Dios.

He concluido, señores. Tengo que daros las gracias por haberme seguido en esta larga, en esta penosa investigacion en el mundo de las ideas. Sucede, señores, en el mundo de las ideas lo que sucede en la atmósfera; como nuestros pulmones no pueden sufrir el aire demasiado puro, nuestra mente no puede sufrir la idea demasiado abstracta. Pero, señores, es necesario sacar de toda esta leccion una enseñanza y un preservativo para este nuestro tiempo tan lleno de dolores y angustias. Nadie me aventaja en sentimientos religiosos, pero nadie tampoco en estimar la razon. Una escuela, que yo no quiero calificar, que no debo calificar; una escuela, nacida más que de las necesidades del espíritu, de las tristes evoluciones políticas sufridas en estos últimos tiempos por Europa; una escuela, que ha tenido entre nosotros por jefe un pensador ilustre, un orador ilustre, pero jefe neófito, que exageró la doctrina, y escribió en su bandera este tremendo lema: la razon y el absurdo se aman con amor invencible; lema que, despues de bien examinado, es una gran blasfemia; una escuela, que ha exagerado

aun las exageraciones de su ilustre maestro; ha querido anonadar la razon humuna, ó al menos ha querido rebajarla, olvidando que la razon humana ha estudiado y comprendido la naturaleza y forjado el cetro que hace del hombre el rey de la creacion; que la razon humana hà escrito el poema de Homero y el poema del Dante, ha levantado el Partenon y la cúpula de San Pedro, ha ideado el Apolo de Bellvedere y los cuadros de Rafael; que la razon humana ha apresado los vientos, ha domeñado los mares, ha hecho que los astros descendieran á la tierra en los grandes instrumentos astronómicos á contarle sus secretos; que la razon humana ha escrito maravillosos códigos, ha ido matando la servidumbre y ha establecido la libertad entre los hombres; y así, señores, los que borran la razon humana, borran y oscurecen el alma del hombre, y despues de matar la libertad, fuente de toda moral, base de toda sociedad, escupen una blasfemia horrible á la frente del Eterno, que hizo la razon del hombre á su semejanza para que fuera en la tierra su celeste imágen.—He dicho. (Generales y prolongados aplausos).

EL ARTE CLÁSICO.

LECCION SÉTIMA

SEÑORES:

El espíritu humano, en todas sus grandes manifestaciones, en su realizacion en el tiempo, en cierto período de tiempo, es el inmenso objeto de nuestras conferencias. El espíritu humano es sensible, y vive en la naturaleza; es inteligente, y vive en la patria, en la familia, en el derecho; es racional, y vive en la ciencia, en la filosofía; es criatura de Dios, y vive en la religion; pero tambien, señores, tambien es artista. En todos nosotros, en todos absolutamente hay un sentido interior que solo se despierta al dulce reclamo del arte; en todos hay deseo de contemplar la hermosura, ora sea en la naturaleza, ora en la humanidad, ora en el arte: la hermosura, que es la divina armonía que enlaza nuestros pensamien-

tos, y en la cual descansa tranquilamente nuestra alma. Hay aquí, en nuestra mente, una facultad que dá un alma á todos los objetos, que tiñe con sus reflejos los cuadros de la naturaleza, que se cierne entre las flores y vuela entre los astros, que penetra en misterios donde la razon no puede penetrar, que á manera de un ángel va señalándonos el camino de la vida y rompiendo sus abrojos, que en el seno de las más grandes miserias y en el fondo de los mayores tormentos idea mundos, armonías, venturas inefables; facultad que es la lira de nuestra vida, la lira misteriosa que Dios nos ha dado para nuestro consuelo; que es nuestro cántico, sí, el cántico divino del alma; facultad que deja en pos de sí obras más duraderas que los grandes imperios amasados con lágrimas y sangre; facultad que se llama imaginacion, fantasía, y es el gran poeta de nuestra alma, que deja en el espacio como una série no interrumpida de manifestaciones de su misteriosa esencia las grandes, las maravillosas obras del arte. (Aplausos prolongados.)

Yo, señores, definiria el arte la creacion del hombre, así como la naturaleza es la creacion de Dios. Dios, al crear, como tenia en sí la plenitud del sér y la eterna idea de las formas, no hubo menester de la materia; el hombre para crear, como comparte su vida con la naturaleza, como no puede manifestarse sin la forma, como es con-

junto armonioso de alma y cuerpo, y si por el alma pertenece al cielo, por el cuerpo pertenece á la creacion, el hombre necesita que el mundo exterior le dé moldes para vaciar su inspiracion, y por eso el arte es la representacion sensible de la idea.

En ninguna esfera de la vida se muestra el hombre tan digno de ser estudiado como en la esfera del arte. La idea, que vaga indecisa por la mente á manera de alma sin cuerpo, merced á esta facultad sublime de imaginar y crear que hay en el hombre, se realiza en bellas formas y en brillantes encarnaciones. La actividad humana, actividad indefinida que tiene horizontes cuyo límite no alcanzamos, encuentra en el arte alimento. Por el arte entrevee el hombre lo infinito, y el dolor que siente al considerarse encerrado en el estrecho círculo de la materia, se alivia y se endulza. Como el hombre no es ni puede ser en la tierra espíritu puro; como tiende á lo real, se goza en el arte, que como su propio sér y como su propia ley, es la union de la idea con la forma, del espíritu con la naturaleza. Y do quier encuentra el hombre los claros reflejos de su esencia, do quier vé algo que le recuerde su alma y su naturaleza, allí se detiene extasiado, como extendiendo y multiplicando su vida. Huimos de lo desconcertado, de lo inarmónico; el mal nos repugna y subleva, no solo por ser contrario á las

leyes de nuestra vida y á las leyes de Dios, sino porque rompe el concierto y la armonía de nuestra conciencia, que solo encuentra armónico el bien. Como sér de armonía, como el gran reconciliador de la idea y de la forma, como el único punto de union entre la naturaleza y el espíritu, el hombre escucha extasiado todas las armonías, y no hay ni puede haber una armonía más dulce que el arte. Es verdad que en el hombre hay una lucha incansable; su alma pertenece á lo infinito, su cuerpo vive dentro de las leyes de la naturaleza. El alma abre sus alas y va á perderse en el cielo, y el cuerpo, como barro caido en esas alas, pugna por detenerle en la tierra. De aquí esa contínua agonía en que vivimos, esa lucha entre nuestra razon, que nos recuerda lo divino de su orígen y el cuerpo que quiere vivir aquí, en el seno de la materia. Mas la perfeccion, en cuanto cabe ser perfecto en la naturaleza humana, la perfeccion consiste en armonizar y concertar los dos elementos inarmónicos y desacordes. No podemos matar el cuerpo, no; porque el suicidio es un crímen. No podemos destruir, anonadar el espíritu, porque ese es un crímen aún más horroroso y punible. Debemos destruir, en cuanto sea dable, la oposicion entre el alma y el cuerpo, segun los avisos de la conciencia, recordando el espíritu que vive y habita en la tierra. Así la oposicion se resolverá en armonía, sin embrutecer el

alma ni quebrantar el cuerpo. Y nada puede resolver estas grandes oposiciones en la vida, con tantos y tan preclaros títulos como el arte. La facultad más eminente del hombre, la que le hace ser en sí, es la libertad. En la esfera de la vida material lucha el hombre con lo finito, con el límite; pero en esa otra esfera sublime del arte, su libertad no encuentra contradicion, el pensamiento se cierne sin ligaduras, y el hombre se crea un mundo á su imágen y semejanza; mundo iluminado por la suave luz de nuestra conciencia. Sentir con rectitud, pensar con verdad é imaginar con libertad, querer bien y justamente, es la armonía de la vida; pero esa armonía tiene realizacion en la esfera del arte, que resuelve las contradiciones y liga los elementos contrarios en su unidad superior. Sobre la vida se levanta siempre un ideal, que es como la estrella Norte de la vida. Este ideal flota sobre todos los acontecimientos de la vida, sobre los hechos y séres de la naturaleza, sobre todo nuestro sér y todas nuestras ideas. Este ideal de justicia, de hermosura, este gran ideal humano, lejos de ser nuestro consuelo, seria nuestro mayor tormento si el arte no viniese hasta cierto punto á realizarlo en la tierra. La aspiracion á lo infinito, á lo eterno, que se explaya en todas las esferas de la vida, en todas, no encuentra, depues de la religion, un centro más verdadero y luminoso que el arte. Ya veis, señores, el

hombre en toda la vida humana, al través de grandes dolores y desgracias, martirizado y herido, el hombre va buscando la realizacion de ese ideal sublime en la tierra, y por acercarse á él, en cuanto le sea posible, va dejando pedazos de su corazon en su camino. ¡Y cuánto no hemos de considerar el arte, si pensamos que por él podemos llegar hasta entrever desde lejos el alba de la luz de la eterna vida; alba purísima, que inunda de suave gozo nuestra alma! Ya veis, señores, cuán agradecidos debemos estar á los artistas, á los poetas, que nos acercan con su genio á la realizacion del ideal humano en la tierra.

Señores: la humanidad nunca se engaña en sus grandes tendencias, nunca; y la humanidad ha convenido siempre en ceñir una aureola de eterna gloria, de gloria purísima é inefable á los artistas. Esos séres predestinados, que soñando con un ideal divino, llenos de energía, poseedores de una actividad infinita, entristecidos en este mundo como el ave del cielo prisionera en los hierros de su cárcel, sintiendo que una inspiracion sobrenatural, un soplo vivificador se derrama por todo su sér y los transfigura y los exalta; esos séres predestinados que ora recogen ávidos de inmortalidad un poco de barro en la tierra y lo modelan bajo sus manos, y le inspiran la vida con su soplo, y crean una estátua, una idea viva, un nuevo sér más hermoso que los séres de la natu-

raleza; ora arrojan la luz, los colores, en las tablas, en los lienzos, y reproducen, animándolas con nueva vida, las obras de Dios; ora desgajan un árbol y de un tosco leño forman una lira, cuyas misteriosas vibraciones difundidas por los aires, acuerdan al hombre su divino orígen, el ósculo de eterno amor que Dios imprimió en su alma al crearla; ora con la palabra consuelan todos nuestros dolores, despiertan el corazon á la esperanza y dan un cántico á nuestros labios; todos esos séres predestinados, que llevan en sus sienes la aureola divina del genio, ora se llamen Homero, Píndaro, Sófocles, Virgilio, Petrarca, Murillo, Calderon, Cervantes, serán siempre como ángeles que Dios envia para que nos sostengan con sus ideas en la vida, como luminosos faros que lucen siempre explendorosamente entre las tinieblas de los tiempos, entre los vapores de sangre que exhalan las páginas de la historia, y que proyectando su luz en el Océano de la eternidad, nos recuerdan la grandeza de nuestro orígen y la grandeza tambien de nuestro inmortal destino. (Prolongados aplausos.)

Señores, hay momentos en que lloramos nuestra pequeñez y nuestra miseria. Al ver lo breve de la vida, lo escaso de nuestras glorias, lo poco que nuestras fuerzas alcanzan, un dolór infinito nos acongoja. Mas, señores, bendigamos nuestra limitacion, que por esa limitacion poseemos la

ciencia; bendigamos nuestras contradiciones, que por esas contradiciones somos libres; bendigamos hasta la esclavitud en que hemos nacido, porque esa esclavitud nos hace guerrear y recabar nuestra personalidad; bendigamos tambien nuestras lágrimas, nuestros dolores, este deseo infinito de verdad, de hermosura, que nunca vemos satisfecho, pues por estas lágrimas, por estos dolores, por este deseo el hombre es artista, el hombre es un divino poeta. ¿Qué seria, señores, la sociedad sin el arte? Seria un hombre sin imaginacion. En sus grandes dolores, en sus angustias, en sus luchas no hallaria consuelo. El canto, en el trabajo, en la guerra, parece que dá nueva fuerza á nuestras fuerzas, nueva alma á nuestra alma. El labrador encorvado sobre la tierra, canta como el ave en la enramada; el industrial mezcla su voz al sonido de las máquinas; el marinero en el mar arrulla con sus cantares las olas y saluda á las brisas y á las estrellas y al buen tiempo; y todos los pueblos han enviado en cánticos sus oraciones, sus plegarias, sus dolores, sus almas á Dios. El canto, sí, el arte es indudablemente natural, muy natural en nuestro espíritu, es una de sus más grandes necesidades.

Y si el arte es necesario en el hombre considerado como indivíduo, ¿no ha de ser necesario en la sociedad? ¿Qué es la sociedad? La sociedad es un indivíduo superior, colectivo, verdadero, real,

que tiene su razoñ propia, su sentimiento, su derecho, su fantasía, su arte. Y así como el hombre en sus obras de arte deposita lo más subjetivo, lo más esencial, lo más íntimo y propio de su naturaleza, así tambien la sociedad en su literatura deja los pensamientos más hondos, más secretos, los tesoros más verdaderos de su vida. Si desapareciera Platon aún podríamos conocer á Grecia; pero no la podríamos conocer si desapareciera Homero.

La India, que habia muerto á los ojos de las naciones modernas, se ha levantado con sus castas, sus dioses, su inmenso panteismo, su vida patriarcal en los Vedas. El Dios de los hebreos, suspendido sobre los abismos, sosteniendo con una mano el sol, con otra la luna, coronado por la eterna luz, vivificando con su soplo inmortal todos los séres, habita y resplandece en la Biblia. Las pirámides de Egipto, sus obeliscos, señalan aun hoy á los pueblos el tránsito del mundo oriental y panteista al mundo griego, al mundo del hombre. Un templo abierto á todos vientos, resplandeciente de hermosura, cortado en columnas, encerrando en su seno uña estátua hermosísima que parece exhalar de sus labios un canto; estátua en cuyas aras queman esencias los sacerdotes y los coros de vírgenes coronadas de verbena, que al son de la cítara entonan los cánticos de sus poetas; un templo clásico guarda el poma de la vida de Grecia. La

catedral gótica, cuyas hermosas agujas se levantan á los aires y se matizan con los arreboles del cielo, cuyas campanas hablan á los fieles con sus lenguas de bronce, cuyo pavimento está compuesto de tumbas como para indicar al hombre que camina sobre el abismo de la muerte, cuyas ventanas ogivas rasgadas recogen la luz del cielo en sus vidrios de colores y la quiebran en varios matices para recordar al espíritu que en la eternidad está su patria; la catedral con sus columnas, que se levantan ligeras como los árboles, con sus arcos que concluyen y rematan en un punto, fiel y verdadera imágen de la unidad de Dios, con sus mil sepulcros de mármol; sepulcros gerárgicos, donde duermen el sueño de la eternidad los guerreros abrazados á sus espadas, los obispos abrazados á sus báculos y los reyes abrazados á sus cetros; con sus santos, sus esculturas, que representan los doctores leyendo la verdad absoluta en los libros de piedra; con las vírgenes, los ángeles, los mártires que se destacan del fondo de los cuadros y nadan en mística etérea atmósfera; la catedral, perfumada por el incienso, iluminada por sus mil lámparas que parecen estrellas errantes que han ido á beber su luz al santuario, animada por las notas del órgano que derraman una nueva vida en sus columnas, bendecida por el eco de los cánticos que todos los dias repiten bajo sus bóvedas las generaciones, sin que por un instante se haya

interrumpido el culto; cánticos que parecen exhalados por los labios de sus estátuas; adornada con los atributos de la naturaleza, las palmas, los arrayanes, los mirtos, las azucenas, que los artistas han esculpido en sus piedras como tornándolas ligero encaje; la catedral gótica, llena de todas estas maravillas, simbolizará eternamente la vida del espíritu cristiano en la Edad media. (Generales aplausos.)

Y no creais, señores, que la arquitectura solamente tiene esta virtud de representar las ideas: la tienen todas las artes. Los libros de caballería son la protesta contra el feudalismo, y Cervantes la gran estátua que corona el renacimiento, y el Dante el inmenso panteon del pensamiento del siglo XIII, y Calderon la imágen más fiel de la sociedad española en el siglo XVII, y Voltaire el representante de la de la duda del siglo XVIII, Gœthe el panteismo aleman en su más alta expresion, y Byron la imágen, el reflejo de este siglo, que parece reirse de todo y muere mártir de su fé por la emancipacion del hombre esclavizado y la libertad de los pueblos oprimidos. Si el arte, pues, refleja la sociedad, axioma literario ya, y en el cual es inútil insistir, para estudiar la civilizacion no podemos, no debemos prescindir del arte. El mismo camino que sigue el pensamiento en la sociedad, que pasa de la sensibilidad á la inteligencia, de la inteligencia á la razon; el mismo

camino que recorre el pensamiento en filosofía, que pasa de la naturaleza á la conciencia humana, y de la conciencia humana á Dios; el mismo sigue en el arte, que pasa de la naturaleza del mundo exterior en Oriente al hombre en Grecia, y del hombre á Dios en el Cristianismo. Por tanto la primera forma del arte es la forma simbólica, la forma oriental. Esta reconoce varios grados, que debemos tener muy en cuenta para la historia del arte. En las primitivas religiones, en las primitivas sociedades, el hombre no se distingue de la naturaleza, se distingue de Dios. El hombre se cree uno de los infinitos séres que se mueven y agitan en la vida universal, el inferior entre todos ellos, porque á todos los exalta y los adora, y solo borra su propia imágen, su propio espíritu, su pensamiento, su alma en la creacion. En esta época en que el hombre cree que lo sensible es lo absoluto, no puede existir el arte. El canto del hombre no puede ser tan armonioso como el rumor de los mares, como el susurro de los bosques, ni su idea tan clara y luminosa como el cielo rociado por la noche de estrellas, ceñido de dia por los resplandores del sol. El hombre no se atreve á producir nada, maravillado como está y embebecido en el arrobamiento que le causa el espectáculo de la naturaleza, como el niño no piensa y vive embebecido, contemplando la dulce sonrisa de su madre.

Mas así como vimos que un dia sintió en la ciencia el hombre la oposicion entre el mundo exterior y el mundo interior, así en el arte sintió otra dia la necesidad de expresar sus ideas, de hablar por medio de sus obras. Mas en su inexperiencia el hombre creia que formando lo infinitamente grande, formaba lo infinitamente hermoso, y reuniendo piedra sobre piedra, llegó á formar esos edificios informes, que se levantan aun en el desierto, que han sobrevivido á las edades, y que son verdaderas montañas. Este arte, este primer símbolo tosco y grosero, es la obra del sentimiento, que falto de unidad y de ley y de armonía, como le sucede siempre al sentimiento de esa unidad, de esa ley, de esa armonía que solo puede dar la razon, cree que aglomerando masas informes, masas sobrepuestas, montañas sobre montañas, llegará á expresar lo grande, lo inmenso; prueba cierta de que desconoce que la verdadera grandeza está en la unidad que resulta de la armonía, y que la verdadera armonía está en el espíritu. Esto hacia creer á los pueblos incapacitados para separar la idea de las formas, el pensamiento y el hecho, el espíritu y la imágen, que el símbolo era el mismo Dios, que el arte era la misma religion. Así sus poemas son sus libros religiosos. Mas como el espíritu humano es activo, y progresa incansablemente, como el espíritu humano crece con arreglo á leyes inquebrantables;

en aquellas masas informes, en aquellos templos colosales y monstruosos, comenzó á caer poco á poco, cual la lluvia del cielo sobre el árbol, la vida regeneradora de la idea. Entonces comenzaron los templos á tener formas armónicas, á desarrollarse bajo líneas bien ideadas, á ofrecer columnas, si bien inmensas é informes, á levantarse en forma de pirámides, y en Egipto, en esa tierra que es como el eslabon que une el Oriente con el mundo clásico, se despiertan las esfinges, cuyos cuerpos semejantes á los animales, concluian con una hermosísima cabeza humana, como en señal de que el hombre se levantaba en arte como en religion, como en filosofía y en derecho, del seno de la naturaleza, á la concepcion sublime de su idea y de su propio espíritu. Y al mismo tiempo que esto sucedia en Egipto, donde nacian los obeliscos como un boceto de la columna griega, las esfinges y lamas, como un ensayo de escultura, los grandes colosos cortados en las rocas, como una aspiracion de la naturaleza á transformarse en la conciencia humana, mientras esto sucedia en Egipto, en la Frigia y otros países inclinados ya hácia Grecia, hácia la patria del hombre, se desarrollaba el apólogo, que contenia grandes enseñanzas morales en el capullo de los hechos y de los fenómenos de la naturaleza. Así, señores, el arte oriental admitiendo lo forma humana y admitiendo un ideal distinto de la naturaleza, se des-

componia, debiendo abrir paso á un nuevo arte.

Entonces nace coronada de mirtos y laureles, en un mar risueño, bajo explendoroso cielo, como Vénus, radiante de inspiracion y de alegría, la musa del mundo antiguo, la escultora del hombre, la sibila de la historia antigua, Grecia. La Grecia me entusiasma y me alegra; no sólo por aquellos templos armoniosos como la idea humana, no sólo por aquellas esculturas que hermoseaban al hombre y ante las cuales se postran aún admirados los siglos; no sólo por aquellos cánticos y aquellos ritmos, y aquellas endechas que no tienen ignal en ninguna lengua humana; no sólo por el pensamiento que animó á sus filósofos, y la inspiracion que inundó de luz toda su vida; no sólo por haberse levantado y haber vencido á los déspotas, y haber hecho huir despavoridos en su presencia los esclavos que deseaban forjar nuevas cadenas; no por todo esto me entusiasma la Grecia: para mí, amante de la libertad en todas sus manifestaciones, en todas sus consecuencias, Grecia es tan hermosa, tan inspirada, tan artista y tan grande, porque Dios la destinaba á ser en el mundo la primera revelacion de la idea de la personalidad humana, de la idea del derecho, de la idea de libertad, si bien su revelacion fué imperfecta; idea de derecho, idea de libertad que vivificada despues por el espíritu divino del Cristianismo, se asentó en el trono del mundo, en el Capitolio,

domeñó á los bárbaros, cruzó sobre los castillos feudales destrozándolos con sus libres municipios, ató á su carro como siervos á los reyes de derecho divino, que creian haberla destronado, produjo con su aliento las tempestades de las revoluciones modernas, y despues las serenó como blandas auras para que impulsaran á la tierra suavemente en su carrera triunfal hácia el progreso, y levantada hoy como sobre sus trofeos, sobre la imprenta y la tribuna libres, llama á todos los oprimidos para repartirles el pan de la inteligencia, el pan del alma, el derecho, y amenaza á todas las grandes injusticias; porque ese principio de libertad que vá creciendo á medida que crecen los siglos y que progresa el hombre, es la idea madre de toda la civilizacion, el espíritu inmortal de toda nuestra historia. (Estrepitosos aplausos.)

En el arte oriental debia predominar la forma al fondo. En el arte clásico debian unirse y enlazarse amorosamente la idea y su manifestacion, el espíritu y su forma. La idea al emanciparse de la naturaleza en Grecia, no debia tener magnitud bastante á sobrepujar la naturaleza. El espíritu se toma por objeto á sí mismo en el arte clásico; encarna sus pensamientos, sus ideas en bellísimas formas. El espíritu comprende que sobre la multiplicidad infinita de los fenómenos está su unidad, y sobre el movimiento que arrastra en su cauce todos los séres, movimiento fatal, su libre

personalidad. El indivíduo vivia en Grecia en un medio social bastante á desarrollar su inspiracion y el arte. Habia místicas armonías allí entre el Estado y el indivíduo, entre la ley y las costumbres. El Estado descendia hasta ser un indivíduo, como el indivíduo ascendia á ser como el Estado; y la forma se idealizaba hasta convertirse en idea, y la idea se materializaba hasta ser completamente plástica. Así el arte clásico tendrá una serenidad de que absolutamente carecen todos los demás géneros de arte; su vida concertará todas las armonías, su forma será la hermosura en toda su pristina pureza, la hermosura con toda su realidad, la hermosura verdaderamente fundada en la armonía sin que el espíritu eclipse á la forma ni la forma soterre al espíritu. Por eso el verdadero arte es el arte clásico; la verdadera patria del arte es Grecia. Todos los demás artes ó admiten en tal grado la materia, la forma, que apagan la idea, ó levantan á tal y tan grande altura la idea, que para más exaltarla menosprecian la forma; pero el arte griego une estos dos elementos con tal felicidad, que bien puede asegurarse que difícilmente es dado alcanzar mejor el fin supremo artístico de conciliar las contradiciones humanas y resolverlas en suaves armonías. El arte clásico nos interesa porque es muy humano. El hombre es su tipo ideal y el hombre es su fin. No abandona ni un instante de su vida este norte fijo de toda

su historia; y como el hombre do quier se encuentra á sí mismo se detiene extasiado por ese amor que profesa á su propia naturaleza; el arte clásico nos interesa aún con vivísimo interés, á pesar de haber pasado sobre él como un torrente, tan larga série de siglos. Comprended, señores, que no habiendo llegado el espíritu humano á madurez en Oriente, allí el arte no podia tener verdadera vida. En el Cristianismo, al revés, la idea está ya tan alta, el pensamiento se eleva tanto, lo infinito está de tal suerte presente á los ojós del artista, que le es difícil, si no imposible, encontrar expresion adecuada á su pensamiento. Mas no así en Grecia, no así en esta nacion, término medio en el gran desarrollo dialéctico de la humanidad. El espíritu griego no duerme el pesado sueño del sentido en el seno de la naturaleza como el espíritu oriental, y por eso puede llegar á más altas concepciones; pero tampoco habita en lo eterno, en lo infinito, como el espíritu cristiano, y por eso puede enlazar y concertar mejor el pensamiento con la manifestacion plástica, la idea con su forma sensible. Es verdad que la obra clásica no puede tener la unidad que tienen las obras de la naturaleza; es verdad que necesita de muchas combinaciones artificiales para llegar á su dichosa armonía, es cierto; mas en esta obra de arte el hombre muestra todo su poder, muestra como su voluntad y su pensamiento se penetran y llegan á

producir una gran creacion, que parece, despues de concluida, expontánea, hija de una actividad que ni ha encontrado escollos ni ha vencido obstáculos. Y como esta tendencia al individualismo y á la libertad, en cuanto cabia tenerla dentro del antiguo absorbente socialismo, presentaba las ideas concretas ya y determinadas, nada más fácil al artista griego, al artista clásico, que encerrar en las formas humanas como en su verdadera forma la idea, la esencia misteriosa del espíritu. La libertad, que es el verdadero númen del artista, la libertad es patrimonio del espíritu antiguo; puede escoger la forma que le plazca, puede mirar la naturaleza animada ó inanimada, puede adornar su obra con todos los dogmas religiosos, puede trastornar esos dogmas, puede hacer bajar hasta su frente los dioses, puede subir al Olimpo, puede crear nuevos dioses, como soles que lo reflejan; lo puede todo, y como todo lo puede, su inspiracion es verdaderamente inagotable. La forma simbólica es el principio del arte; la forma clásica es la perfeccion humana en el arte. El gran progreso del mundo clásico sobre el mundo antiguo consiste en haber admitido en su seno una idea de libertad que no habia cruzado nunca por el Oriente. Así, muerta y rota la forma antigua, sí, la antigua inmovilidad, la forma verdadera del arte no es la simple organizacion del cuerpo, no es la pura vida animal, es la armonía del cuer-

po con el espíritu. Así de esta idea de personalidad griega, oscura aún, porque sobre ella se levantaba la sombra del destino, de esta idea de personalidad, más clara que en Oriente, surgió el arte más concluido que sin duda alguna han ideado los hombres.

En Grecia debia, pues, nacer el arte humano. El espíritu llegó á concebirse á sí mismo, á separarse del mundo, á particularizar su vida, á salir, en una palabra, del gigante seno del panteismo. Por consiguiente el primer canto de libertad que moduló el hombre, fué el arte griego, que recorrió todas las escalas posibles del pensamiento, y por lo mismo debemos detenernos aquí un instante á comprender y estudiar los sistemas del arte.

El primer artista fué Dios; su primer obra de arte, la creacion; los cielos extendiéndose, la luz brotando á la palabra del Eterno, los astros produciendo las primeras armonías, el sol saliendo rutilante del seno del caos, los mares plegándose en sus riberas, las montañas heridas por la electricidad, por el rayo, humeando el primer vapor de la primer mañana de la creacion, los árboles cargados de flores recibiendo el beso inmaculado de las primeras áuras, de la primera luz, y en el fondo de este cuadro hermosísimo, la gran estátua, la gran escultura, el hombre con su hermosa compañera, pisando las rosas entreabiertas, llenas del primer rocío, y uniendo su primera divi-

na oracion al cántico de todos los séres, al hosanna que en accion de gracias exhalan al cielo los recien creados mundos. (Aplausos).

Mas sobre la obra de Dios debia levantarse como sobre un pedestal la obra del hombre, el arte.

El primer arte que el hombre necesitó para su vida, el que está más cerca de su sensibilidad es la arquitectura, arte en que entra por más que en ninguno otro la materia. Este es el arte del Oriente. Es el arte de la casta. Esos magníficos edificios no los ha hecho la libertad, los ha hecho la servidumbre, los ha fabricado con la cadena al pié el páría, el cautivo, el esclavo. No busqueis allí el nombre de ningun arquitecto; el eterno arquitecto es la casta sacerdotal, como el eterno modelo es la naturaleza, como el eterno obrero es el pária, el esclavo. Mas la arquitectura simbólica ha de pasar á ser clásica, ha de dejar la naturaleza, y ha de escoger por tipo al hombre. ¿Dónde nacerá, dónde? Ya os lo he dicho, en Grecia. La casa y el templo tendrán una misma forma, como Dios y el hombre tienen una misma organizacion, una misma sustancia. Las columnas imitarán la hermosa forma humana, muchos de sus chapiteles parecerán las trenzas de las cabelleras de las vírgenes. Los templos griegos en su gran rigor matemático, en sus líneas, en sus arcos, en sus columnatas y pórticos representan la vida de aquel pueblo, que necesita de mucha luz, de mucho aire,

de mucha libertad para vivir, no encerrado dentro de sí, no; antes en su verdadera vivienda, en su principal vivienda, en la plaza pública, en comunicacion perpétua con el hombre y con la naturaleza. Uno de los distintivos mayores de la arquitectura clásica es la columna cilíndrica, armoniosa; tan fuerte, que cuando el edificio se arruina y se caen sus paredes, la columna aún está en pié, azotada por el viento y la lluvia, resistiendo á la inundacion de los siglos y á los azotes de los elementos. La arquitectura griega tiene varios órdenes ó géneros. El dórico parece como que principalmente se preocupa de la mole del edificio. Es una imitacion de la naturaleza. El espíritu aún no es libre, aún no ha logrado comprender que la piedra como la cera obedece á su pensamiento, como obedecen á su poder la paloma y el leon. Las columnas del estilo dórico se parecen al árbol, que brota de las entrañas de la tierra, y que tímido aún no acierta á extender sus ramas pomposamente por los aires. Este estilo dórico es el que está más cerca del arte anterior, el término dialéctico, que en la série de todas las manifestaciones del espíritu humano enlaza el Oriente con el Occidente, la libre Grecia con la antigua y misteriosa Asia. No así la arquitectura jónica, hija ya verdaderamente de la Grecia. La columna es más graciosa, tiene un basamento en que descansa; su corona, su chapitel ofrece líneas cur-

vas, vólutas, que son su más hermoso ornamento. El arquitrave de este género no es tan pesado como el dórico, y en sus adornos se ven cabezas de animales muy bien modeladas, que llevan galanas coronas de flores como las víctimas apercibidas al sacrificio. El género de arquitectura jónica es un gran triunfo del hombre sobre la naturaleza, una señal evidente de la emancipacion progresiva del espiritu humano. El artista no pide inspiracion solo á la fuente de la creacion; convierte los ojos á su espíritu, y con sus ideas propias, con sus pensamientos, va enlazando y componiendo las piedras de manera que forman como un ritmo, como una música, que celebrará aún en sus ruinas al primer vuelo del alma humana á la santa libertad. El órden corintio conserva el principio del órden jónico, aunque es más elegante y ofrece más ricos y variados adornos. Se vé en esta arquitectura que la idea humana ha logrado hacer suya la piedra, vencerla, dominarla y espiritualizar la materia, pues las piedras arregladas con tanta armonía parecen como las notas de un cántico. La arquitectura corintia, segun las tradiciones antiguas, debia nacer en el sepulcro de una hermosa jóven, debia tomar por tipo la hoja de acanto y los ornamentos de las vírgenes. Es indudablemente la arquitectura corintia el epílogo de todo el arte griego, su última palabra, su armonía; es la union del espíritu libre con la natu-

raleza, es la gran corona de triunfo, que el eterno guerrero, el hombre, ciñe á sus sienes, que laten ardorosas á impulsos de sus grandes ideas. Mas el arte clásico no dice en Grecia su última palabra. El espíritu humano crece, se agranda en Roma, y lejos de contentarse con la armonía de la idea y de la forma, tiende á lo universal, á lo eterno. Roma no quiere levantarse poderosa en su recinto, Roma quiere el mundo. Esta elevacion del espíritu elevará tambien la arquitectura. Los edificios no serán, ni tan armoniosos, ni tan graciosos, pero serán más soberbios, más grandes y hasta cierto punto más magníficos. Se verá que así como el hombre tiende á eternizar su poder, la arquitectura tiende á lo infinito. La bóveda, el arco triunfal, desconocidos ó poco empleados en la arquitectura precedente, nos demostrará que el cielo es un tipo de arte, y lo infinito la aspiracion constante de Roma. Esa nacion levantada sobre los restos de tantas naciones parece un profeta, que anuncia á los pueblos, obligándoles á estar de hinojos, la venida de la verdad celeste, de la region celeste. Resumamos.

La arquitectura dórica cercana á Oriente, levantada para un pueblo aristocrático, será grande como Oriente, ruda y severa como las primeras aristocracias. La arquitectura jónica, levantada para la democracia, será más espiritual, más aérea, más ligera, más graciosa, mostrando en el

ornamento de sus columnas la nueva sávia del espíritu humano. La arquitectura corintia, riquísima, lujosa, adornada con tanto explendor, con hojas de acanto, como la cabellera de las vírgenes que van á ofrecer el sacrificio, mostrará que el espíritu griego ha llegado á la plenitud de su sér, á la variedad más rica y á la unidad más completa de su hermosa vida. Pero la última palabra, la última página de esta gran epopeya de piedra, la escribirá el mundo romano; ese mundo, que ha resumido toda la civilizácion antigua para ofrecerla como una víctima á la nueva civilizacion, reunirá y sobrepondrá los géneros de arquitectura; sí, el mundo romano, que concertará en sus artes la grandeza oriental con la hermosura griega, como concierta en su sociedad á los patricios y los plebeyos; ese mundo romano, que agrandará la arquitectura, creando la bóveda desconocida de los griegos, como una imitacion del cielo; creando los arcos triunfales, para que bajo esas bóvedas, bajo esos arcos pasen los apósteles de la verdad y del espíritu, el prometido á las naciones, á tomar posesion del mundo; y en esas bóvedas y en esos arcos, que aspiran á lo infinito, encuentra sus primeras inspiraciones la arquitectura cristiana.

Despues de la arquitectura, el arte de la naturaleza, viene la escultura, el arte del hombre. No la busqueis, señores, en Oriente. Algunas re-

ligiones orientales prohiben este arte. Alguna que otra escultura aparece á la sombra de los templos, como el hombre vive á la sombra de sus palmeras. La imitacion de la naturaleza orgánica se despierta en los pueblos que son degeneraciones del primitivo severo Oriente. El Egipto ofrece esculturas que son cuerpos sin alma, formas sin vida, como el feto de este gran arte, que llevaba en sus entrañas una nueva nacion. Grecia, la nacion de las armonías, de los cantos, del ritmo; Grecia, que individualiza el espíritu; Grecia, la musa del mundo antiguo, aparece siempre á los ojos de las generaciones armada de su cincel para esculpir en el mármol la forma humana, para inundarla con la luz del espíritu, mostrando al través de sus líneas la idea, y haciendo latir bajo la fria é inerte piedra la ardorosa vida; la forma humana idealizada, divinizada sola, sin necesidad de la pintura y de la escultura, centelleando por todos sus poros la inmortalidad, y luciendo sobre su frente de mármol el fuego de la inspiracion ideal, de la inspiracion artística, verdadero apoteosis del hombre, que reune en sí la libertad, la ciencia, la hermosura, y despues de aplastar bajo sus plantas la naturaleza, se levanta al cielo en el altar sagrado del arte para pedir el néctar de la inmortalidad á los dioses maravillados y suspendidos de su grandeza. (Aplausos.)

Decia que la arquitectura tiene por principal

tipo la naturaleza, y por eso es el arte de Oriente; pues bien, la escultura tiene por tipo el hombre, y por eso es el arte de Grecia. La arquitectura más sujeta á las leyes de la naturaleza no puede expresar lo humano con tanta fidelidad como la escultura, ya más dependiente de las leyes del espíritu. La arquitectura es el mundo material que se levanta sobre la naturaleza; pero la estátua es el hombre mismo, luciendo su pensamiento, idealizando sus formas. Un principio de utilidad irá mezclando siempre á la arquitectura, ya será una vivienda, ora de Dios, ora de un hombre, y pocas, muy pocas veces será un puro símbolo como los antiguos obeliscos. La escultura no tiene ya fines tan útiles; parece el hombre libre, teniendo en sí una razon de ser y un fin propio, uniendo en la hermosa estátua íntimamente, con una armonía misteriosa, la idea y la forma, que es el carácter principal del clasicismo. No demos tampoco á la escultura más valor del que tiene en sí; ningun arte la igualará en presentar la armonía de la idea y de la forma; pero mientras fácilmente expresa la organizacion exterior del hombre, su naturaleza orgánica, plástica, no puede expresar con la misma facilidad la parte interior del hombre, su naturaleza moral, el espíritu. Es verdad que puede resplandecer una idea en la frente de la estátua; pero una sola idea, que no tiene, que no pue-

de tener el movimiento de la vida. La escultura debia ser el arte verdaderamente griego. Ni antes ni despues de su vida ha tenido Grecia rival en este género de arte. La individualidad del espíritu, individualidad exterior, que representa Grecia en toda su vida, no puede simbolizarse de una manera más fiel que con la estátua, serena, inmóvil, aislada, que parece la apoteosis misteriosa del hombre.

La escultura en Roma tiene dos grandes caractéres armónicos en verdad, con toda la vida romana. El primer carácter, es el de ser más real, más humana aún que la escultura griega, como es más humana y real su civilizacion; el segundo carácter es presentar más el tipo de la fuerza que la serenidad interior del espíritu; el tercer carácter, es que la escultura romana tiene formas indudablemente más colosales, porque á decir verdad el hombre ha crecido en Roma. Despues de la escultura que es más ideal que la arquitectura, debemos considerar la pintura que es mucho más ideal que la escultura. Consideremos brevemente este arte.

Señores: la pintura en el mundo clásico es una idealizacion y nada más que una idealizacion de la escultura; este arte debia progresar indudablemente bajo la influencia divina, sobrenatural del Cristianismo. Con razon se ha dicho que la arquitectura es el arte oriental, la escultura el arte pagano y la pintura el arte cristiano.

La pintura ya requiere más riqueza en el espíritu, más variedad en sus ideas, en sus sentimientos. Parece como el alma del hombre, que levantándose del oscuro seno de la organizacion, despliega sus alas y recoge en ellas los colores de toda la naturaleza, los átomos de todos los séres. De la pintura y de la música antigua no podemos juzgar, porque apenas quedan restos que puedan darnos datos bastantes á formar una idea. Sin embargo, el tipo del arte griego, esa olímpica serenidad de sus estátuas, no es idóneo para desenvolver de una manera brillante la pintura. Mirad las estátuas antiguas, y á través de sus formas vereis siempre la misma serenidad en el espíritu, la misma gracia en su manifestacion. Y la pintura requiere indudablemente más variedad en el sentimiento, más vida en la idea. Las pinturas murales de Pompeya, á pesar de esto, segun el sentir de grandes artistas, ofrecen frescura en el colorido, riqueza en la idea, inteligencia en las figuras, inimitable gracia en los agrupamientos. Aunque esto sea cierto, la individualidad clásica será siempre individualidad exterior, como la individualidad cristiana será la individualidad interior. La escultura pagana, bajo este aspecto, no tiene, no tendrá rival. Pero el alma en todas sus manisfestaciones, el alma en sus éxtasis, en sus arrobamientos místicos, en sus penas, en sus infinitas esperanzas, el alma cristiana, tan varia, tan luminosa, será me-

jor expresada por las obras de la pintura. Por eso he dicho, y creo que he dicho, señores, con razon, que la pintura antigua no es en realidad otra cosa que la mayor idealizacion de la escultura.

La música es ya más espiritual que las otras artes. La música ejerció en toda la antigüedad una influencia benéfica. La antigüedad es eminentemente música, sus palabras están sujetas á ritmos, sus períodos á armonías; la lira es uno de sus grandes trofeos, el mitho de Apolo uno de sus mas verdaderos símbolos; la música es la educacion principal de las almas, como la gimnasia es la educacion de los cuerpos; sus leyes se cántan en la plaza pública, sus grandes batallas se cantan en los juegos olímpicos, los soldados de Grecia antes necesitaban la lira que la espada, antes del poeta que del general; los versos de Tirteo cantados en el fuego del combate pudieron más que la estrategia de los grandes soldados; la cancion de un amante es el primer presente que aguarda la doncella para sentirse inspirada en el amor y ceñir á sus sienes la corona de sésamo; las tragedias griegas no pueden existir sin coros, ni sus ceremonias religiosas sin danzas, en que las vírgenes se mueven al compás de las cítaras, y en todos tiempos, en primavera como en otoño, en todas las grandes trasformaciones de la naturaleza, los griegos rocían como los latinos las flores, los frutos, la salida de la luna entre los montes, el cre-

púsculo, el otoño, la primavera, la vendimia, la siega con hermosísimos cánticos. (Aplausos.)

El arte es una escala misteriosa, por la cual sube el hombre á expresar desde sus primeros sentimientos hasta la conciencia de su espíritu y las dulces aspiraciones á Dios. En la arquitectura el tipo es la naturaleza, el medio son grandes moles arrancados á la tierra; el espíritu duerme en el símbolo: en la escultura el tipo es el hombre, el medio es el mármol, la piedra trasfigurada en nuestra organizacion; el espíritu va levantándose á su propia conciencia y necesita ya ménos del mundo exterior, pues en la frente de la estátua centellea el alba purísima del pensamiento: en la pintura el tipo es la union del hombre con la naturaleza, con la creacion, los medios son los colores; la idea va enlazando y uniendo dos mundos y el arte se espiritualiza: en la música, el ideal, el tipo es ya el espíritu, su sentimiento puro, subjetivo; el medio es el sonido, medio más espiritual, que parece un dulce eco de nuestra alma; hasta que pór fin el espíritu pasando de las moles inmensas á la naturaleza orgánica, al color, al sonido, entra en posesion de sí mismo separándose del mundo exterior, y valiéndose de medios propios, de formas ideales, de la palabra; y penetra triunfante en ese último arte, que es el más espiritual, el más puro, la corona centelleante de todas las artes, la divina, la sublime poesía. (Aplausos.) Al

tratar de la poesía clásica no podemos, no debemos de ninguna suerte separar Grecia de Roma; son las dos manifestaciones de una misma idea, las dos fases de un mismo espíritu. Solo que sucede en la poesía griega y romana lo mismo que en la arquitectura, en la escultura, en la pintura y en la música. La poesía griega es más graciosa, más bella, es la union del hombre con la naturaleza; la poesía romana es más solemne, más grave, más sublime, como que tiene la conciencia de ser el arte de todo el mundo, y el presentimiento de que va á recibir en su seno el espíritu de Dios.

El espíritu recorre todas las artes como una escala misteriosa hasta llegar á su completa emancipacion de la materia. La arquitectura necesita para mucho del mundo exterior, de la materia; sin ella, sin los grandes medios que le dá naturaleza, no podria expresar su idea, que está pues sometida completamente al espacio. La escultura necesita ménos mundo exterior, pero tambien la naturaleza entra por mucho en la realizacion de sus concepciones. La pintura, aunque no presenta las tres dimensiones como las artes mencionadas, tambien es material, tambien es plástica. La idea está sometida aún á la categoría de espacio, es aún sierva de la naturaleza. La música necesita en sus armonías el tiempo, y la idea está sometida á la cadencia. Parece la música como el cántico de triunfo que el espíritu exhala al verse pró-

ximo á emanciparse del mundo exterior. Pero cuando el espíritu llega á su completa libertad es cuando entra en las regiones de la poesía. Allí no ha menester ya del mundo exterior. La palabra, que parece tan espiritual como la idea, esculpe, pinta, canta. La palabra y la idea se armonizan, se penetran, se confunden. La poesía es el resúmen de todas las artes, porque á todas las comprende, á todas las congrega bajo su celestial imperio. La vida es uniforme en todas las artes. La arquitectura, inmóvil, expresará siempre una misma idea, y al pié de aquella idea correrán los siglos sin alterar su esencia. Con la pintura y la escultura sucede lo mismo. Pero el movimiento, la vida, la multiplicidad de ideas, el reunir y armonizar el espíritu con la naturaleza, solo es dado al arte más sublime de todos, á la divina poesía.

La poesía puede expresar todo un universo de ideas, pintar la naturaleza, reflejar esa otra naturaleza más alta y sublime, el mundo moral, esculpir nuestras ideas, abrazar las leyes generales de la historia, del espíritu, de la creacion, subir hasta Dios, como el águila se pierde en los aires, extasiarse en contemplar arrobada, por intuicion divina, ese otro mundo que está fuera del tiempo y del espacio, manantial perenne en que beben su vida todos los séres. Y así la poesía debe mirar todas las cosas, todas las ideas, no por su lado transitorio y fugaz, no por su lado meramente útil,

no por su lado prosáico, no; debe mirar las ideas y las cosas en su esencia, en lo que nunca muere, en lo eterno. Por eso la poesía ha instruido en todos tiempos á la humanidad; por eso la poesía, levantando y enalteciendo el espíritu, lo ha abrazado, como ningun otro arte, en su totalidad. Por eso la poesía es el reflejo más fiel de una sociedad y de un siglo.

Comencemos por la poesía lírica que es la primera forma del arte. La escultura, la pintura esculpeñ, pintan en el espacio, en la naturaleza; la poesía esculpe, pinta en el alma. La poesía lírica es eminentemente subjetiva, es el reflejo del mundo, del hombre, de Dios en el alma del indivíduo; es la poesía interior del pensamiento y de la conciencia. Y sin embargo, los poetas líricos, tan subjetivos, tan profundamente íntimos, señalan las varias fases del espíritu y de la civilizacion. Y si no poned conmigo los ojos en Orfeo, en Píndaro, en Ovidio y en Horacio. Orfeo, personaje místico, del cual no han quedado poesías sino tradiciones; Orfeo, que limpia con su lira la tierra de mónstruos, es el símbolo del tránsito del Oriente á Grecia, es el sacerdote que en su copa sagrada trae el rocío de la primer mañana del mundo, y en sus labios el canto de los sagrados bosques, y en su mente la primer luz de la creacion recogida en la cuna misteriosa del sol; luz con que va á ceñir las sienes del hombre emanci-

pado y libre, merced al ósculo de amor de la divina Grecia. El canto desordenado de Píndaro, sus endechas á la libertad, su recuerdos de los héroes que han muerto por la patria, su descripcion de los juegos olímpicos, que ofrecen el templo de los dioses abierto, el sacrificio humeante, los altares cubiertos de rosas, los sacerdotes libando por los futuros vencedores el rico vino de Chipre, las doncèllas tegiendo las coronas de laurel, el orador en lo alto de las gradas recitando las páginas de la heróica historia de Grecia, el blanco caballo corriendo orgulloso, tirando del carro en que va el juglador envuelto en púrpura, con el cabello flotando, las riendas en la mano, y la orgullosa mirada perdida en los aires; todo este cuadro sublime, este espectáculo que presenta desde el instante en que el héroe va á pedir á los dioses el triunfo, hasta el instante en que rodando al rededor de la férvida meta, se pierde á los ojos de los espectadores, rápido como el pensamiento y el aire; y desde este instante hasta el último en que ya ceñida la sien del lauro y descansando, aplica á sus labios la copa de agua, que le devuelve las desmayadas fuerzas; todos estos instantes, todo este cuadro manifiesta la exaltacion, la apoteósis, el apogeo del paganismo. (Aplausos.) Píndaro, poeta dorio, aristócrata, sintiendo sonar en sus oidos las armonías de la naturaleza y los antiguos recuerdos de la patria

historia, entusiasmado con el explendor de Grecia, con sus fiestas, con sus espectáculos, anidando en su alma esa inspiracion que descendia de todos los montes de la dichosa Grecia y se levantaba de todos sus valles, de todas sus riberas; Píndaro debia resucitar con todo brillo los antiguos recuerdos, la historia griega, los feroces atridas, la guerra de Troya, el sacrificio de Efigenia, la figura de Aquiles, el cántico de triunfo que exhalaban los guerreros helenos al destrozar á los persas, la vida de toda aquella sociedad, que se encontraba en la plenitud de su sér, enardecida, como por los vapores de un gran festin, por su exaltado espíritu.

Mas ¡cómo han cambiado los tiempos con Ovidio! En las varias trasmutaciones y transformaciones de las diosas, solo se vé la muerte del paganismo; las blancas nereidas, que se deslizan bajo las claras aguas; los espíritus divinos que murmuran en las hojas del castaño, en las ramas del ciprés; la deidad que tiñe con su sangre la rosa; la pobre doncella Aretusa convertida en fuente, llorando siempre ¡ay! siempre gimiendo; la hermosa Dafne huyendo por los campos, como blanca paloma, de las asenhanzas de Apolo, y convirtiéndose, al querer tocarla el enamorado dios, en el verde laurel de la inmortalidad; todas estas diosas, todas, por más formas que tomen, por más vida que finjan, por más transformacio-

nes que sufran, muestran en los cantos de Ovidio, que el paganismo ha muerto, que la simbólica serpiente yace sin vida enroscada en los frios altares de los dioses, y que es inútil buscar para cubrirla todas las hermosas y matizadas pieles que ha dejado dispersas en su largo camino por la tierra.

Y el más grande de los poetas líricos, Horacio, ¿no os ha parecido siempre la aspiracion del espíritu á otro mundo mejor? La profunda tristeza de Horacio es aún más profética que la alegría de Virgilio. Quiere reclinar la sien en el seno de los placeres, y el placer le rechaza. Quiere sostener la antigua libertad, y la libertad antigua no llena el abismo de su corazon. Quiere resucitar el heroismo histórico, el heroismo patrio, y comprende que hay otro heroismo más alto, el heroismo del sufrimiento, del dolor moral. Aplica sus labios perfumados por amorosos besos á la copa que guarda el vino de Falerno, y siente que aquel licor no puede apagar la sed inextinguible que hay en su espíritu. Intenta perderse en los aromas de la naturaleza, en las ondas del mar, en la vida de todos los séres, y siente allá en su interior una infinita tristeza. Va á adorar al hombre, y solo vé en su cuerpo un poco de polvo y en su alma una sombra. ¡Espíritu gigante, poeta más grande que su tiempo, alma que rebosa en el espacio, aunque se presente á nuestros ojos corona-

do de pámpanos, con la copa rebosando vino en la mano, los ojos centelleantes de alegría y de sensual amor, y el pecho respirando tranquilo las auras perfumadas de Tiburi! Bajo aquella sonrisa y aquella alegría se encuentra siempre el sombrío dolor de un alma que aspira á lo infinito; ¡lo infinito! que solo puede traer al mundo el Cristianismo. (Generales aplausos.)

La poesía lírica satisface principalmente la necesidad que tiene el espíritu de expresar, de manifestar sus sentimientos. El alma humana es la verdadera esencia de la poesía lírica. Este género de poesía recorre todas las escalas del sentimiento, desde la pasion fogosa y rápida hasta el amor profundo é inmortal; y todas las escalas de la idea, desde la impresion que causa la naturaleza en los sentidos hasta la alta idea que nos liga á Dios. La forma de esta poesía es eminentemente individual, es el grito de un alma , es el reflejo de un sentimiento, es la huella que deja una idea, es todo el mundo y todo el espíritu , pero reflejado en la conciencia individual. Aunque los objetos exteriores sean la causa ocasional del poema lírico , la verdadera causa , la permanente, es la necesidad vivísima que tiene el espíritu de salir fuera de sí, de realizarse en el arte. El poeta lírico no necesita que el mundo exterior le dé motivos para cantar. En su alma inmensa , en su pensamiento inagotable, en su clarísima conciencia,

en su sér, encuentra raudales inagotables de inspiracion y de vida. El alma, recogiendo en su inmenso seno el mundo exterior , lo transforma , lo engrandece , le dá el color de sus ideas, el movimiento de sus pasiones. La poesía lírica es el alma del indivíduo, que recoge los rayos de luz venidos del mundo exterior , los átomos que de todos los séres se desprenden, la vida que late en las entrañas de la creacion ; y no contenta con esto , desenvuelve como un gran cuadro el mundo interior, la naturaleza humana, sus sentimientos y sus ideas, y por último, cerniéndose audaz sobre el tiempo y el espacio, llega hasta penetrar arrobada en el santuario de Dios.

La poesía lírica no presenta más que lo subjetivo, el hombre individual, el alma; es necesario una poesía que presente lo objetivo, el hombre colectivo, la sociedad. Este género de poesía es el poema épico. Aquí la individualidad del poeta no aparece, se pierde en su obra. La fantasía retrata en sus aguas todas las hermosísimas estrellas del cielo. La poesía lírica es el alma del hombre, del indivíduo; la poesía épica es el alma del pueblo, de la nacion. Cuando el espíritu de un pueblo ha crecido, cuando su libertad é independencia han triunfado de todos sus enemigos, cuando el sentimiento de su vida penetra todo su sér, cuando posee ya una historia que le entusiasma y le exalta, entonces el alma del pueblo estalla en un gran

poema épico, iluminado por el resplandor vívido y claro de la gloria. El poeta épico debe despojarse de su personalidad en el altar de la patria, recoger en su corazon todos los sentimientos, en su inteligencia todas las ideas que agitan á su pueblo y levantarse á dar cuerpo al espíritu popular en un gran poema, en que desaparezca completamente el poeta para que solo brille el pueblo. El poeta épico así logrará una gloria inmortal. Los corazones latirán al oir sus versos. El soldado moribundo los recitará con voz apagada en el campo de batalla al exhalar el alma por la patria. El anciano murmurará las páginas del poema en los oidos de sus nietos para dar buenos hijos á la patria alimentándoles con aquella sávia. Y todas las generaciones repetirán en sus desgracias y en sus prosperidades tan sublimes cantares.

La poesía épica ha tenido tres momentos sublimes en la historia antigua; ha sido divina en Oriente, semi-divina y semi-heróica en Homero, semi-heróica y semi-humana en Virgilio, completamente humana en el español Lucano. En la épica oriental no aparece el hombre; solo aparece Dios como en su religion, como en sus leyes, como en su familia, como en su política, como en su sociedad, como en toda su vida. La poesía épico-griega es la exaltacion del hombre, su triunfo sobre el Oriente, sobre la naturaleza. A orillas del verde Océano, que quiebra sus ondas en negras

riberas cubiertas de pinos, se levanta la tienda de los Mirmidones, en la cual, descansando en un lecho, está el ligero Aquiles, con su escudo á un lado, su lanza al otro, sus esclavos á los piés, su lira de plata en la mano, cantando á los dioses sus padres; guerrero invencible, que cuando guia su carro y vibra su lanza es más feroz que el tigre y el leon, y más terrible que la tempestad en el bosque; guerrero, que llega á Oriente, vence á Héctor, el mejor de sus enemigos, le arrastra siete veces alrededor de los muros de Troya, y despues lo entrega á su padre para que lo entierre entre las cenizas de sus mayores; guerrero, que como la estátua de la fuerza y del valor, se levanta sobre el sepulcro de Oriente y sobre la cuna de Grecia, simbolizando eternamente el triunfo del espíritu sobre la materia, del hombre sobre la naturaleza. Homero es Grecia vencedora de Oriente, el hombre vencedor de la naturaleza; por eso su poema es religioso y heróico. El poema de Virgilio, es el canto, no de la guerra del Occidente con el Oriente, sino el gran epitalamio de la union de estas dos almas en el seno inmenso de la Ciudad Eterna. El poema de Homero es rudo como un combate, el poema de Virgilio es dulce como un cántico de amor. Homero va á destruir una civilizacion, á derramar sus cenizas sobre la faz de la tierra; Virgilio, alma amorosa como el espíritu de Roma, va á recoger las cenizas de esa misma

civilizacion y á mezclarlas en la copa donde la Ciudad Eterna bebe su vida, para que, como Artemisa, Roma guarde en su seno el alma y los restos del Oriente. Aquiles representa en su impetuosidad un mundo que niega otro mundo, el pensamiento humano que se aparta fuertemente de la naturaleza. La antítesis de la civilizacion del Oriente, que escribe el politeismo en sus dioses, Esquilo en sus trajedias, los héroes en Marathon, Platea y Salamina, la habia escrito Homero en su Iliada. La union del Oriente y el Occidente, que habian realizado los héroes romanos, desde Rómulo hasta César, la escribe indeleblemente Virgilio en la Eneida; Aquiles, que lucha, aparece fuerte guerrero; Eneas fugitivo, que va á buscar la paz, que va á fundar un reino, que va á imprimir un ósculo de amor en la frente de los mismos que le han arrojado de su patria, une eternamente el alma del Asia y el alma de Grecia y Eneas es el símbolo de Roma. Hé aquí por qué Homero y Virgilio son dos grandes poetas épicos.

Mas la poesía épica, segun hemos dicho, es eminentemente objetiva, y debia cantar á Dios, al hombre en la sociedad y la naturaleza. Examinemos los grandes cantores de la naturaleza en composiciones más ó ménos análogas al poema épico: Hesiodo, Lucrecio, Teócrito y Virgilio. En Hesiodo se ve el pensamiento del hombre dominado aún por el inmenso peso de la naturaleza; el alma

escondida como la cigarra en el haz de trigo, como el insecto en su capullo, en su pintada larva; en Lucrecio el pensamiento domina la naturaleza aunque su filosofía sea materialista, el amor humano arrastra en sí como una gran corriente todos los séres; las ideas del hombre son átomos luminosos, mucho más bellos que los átomos que entran á componer el sol y las estrellas; y en Teócrito se goza en presentar la naturaleza ruda y majestuosa del desierto; pero la refleja admirablemente. Parecen un cuadro sus poemas. El aire se ve circular por sus páginas, la vida de la naturaleza penetra en sus versos. La égloga de los pescadores parecerá siempre un cuadro acabado que nos ofrece la cabaña á orillas del mar, los marineros durmiendo sobre las algas, la vieja barca atada á los peñascos por una cuerda, las redes y los hilos secándose sobre la cabaña, la luna, luciendo dudosa al amanecer, y luchando con el dia, los pescados de mil colores saltando á la orilla, y los pobres pescadores en su miseria ni envidiados ni envidiosos, contentos con su trabajo, á pesar de que uno de ellos habia soñado cierta noche que salia prendido á sus redes un gran pescado de oro. Todo está en el gran Teócrito tan acabado y perfecto que reproduce y engrandece la vida de la naturaleza como el pincel de un pintor. Teócrito gusta de ver el becerrillo de piel blanca manchada de negro, corriendo tras la vaca, que muge de

alegría cuando el vaquero la llama al establo; y gusta de ver este cuadro desde las orillas del mar de Sicilia, tendido en el suelo, respirando las tibias auras del estío que soplan las riberas de la vecina Africa. En todos estos cantos de Teócrito se ve la naturaleza y el alma del hombre unidas. El mundo es tan hermoso, que el alma nada finge superior al mundo. El alma se halla tan bien y tan contenta, que lejos de sentir aspiracion ninguna á lo infinito, se pierde en los campos como el pajarillo en las ondulaciones del aire. La naturaleza y el hombre se identifican en Teócrito, y en Virgilio sucede lo mismo. Virgilio nos reproduce dulce y tranquilamente el campo cubierto de verdura; el rio corriendo fresco y puro entre las hermosas márgenes; el zumbido de las abejas que liban la miel de los lirios y violetas y vuelan en caprichosas espirales sobre la florida zarzarosa; los blancos cabritillos, saltando de roca en roca, y suspendiéndose al borde oscuro del abismo para hincar el diente en la menuda fresca yerba; la tortolilla arrullando su dolor y su viudez en las ramas del alto olmo, que se pierde en los aires; la hora de la siesta, en que se oye el chirrido de la cigarra, como convidando al sueño; el anochecer, las sombras que descienden de las altas montañas; la choza que humea al caer la tarde; el labrador, ese artista de la naturaleza, reclinado á las puertas del establo en los uncidos bue-

yes, que le miran sumisos, con el perro á sus plantas, viendo las palomas que cruzan sobre su frente aleteando, contentas al volver á sus nidos, mientras el ruiseñor escondido en la enramada, saluda la venida de la noche con sus melancólicos gorgeos impregnados de amor; cuadros hermosísimos, en que aún se respira el dulce aroma de la naturaleza, y se contempla la calma dulce y suave de los campos. (Ruidosos aplausos.)

Señores: así como la poesía lírica presenta lo subjetivo, y la poesía épica lo objetivo, la poesía dramática es la union de lo subjetivo y de lo objetivo; es la gran síntesis del arte. Yo no conozco nada en la historia del arte más grande que la trajedia griega. Una inmensa plaza es el teatro. En el fondo se ve el mar inmenso, con sus olas que acompañan como un gran coro la voz de trueno de los héroes. El cielo de la Atica centelleante de alegría, y el sol, que se mece sobre el ocaso, alumbran la escena. El gran personaje trájico lleno de pasiones se levanta en el fondo como una hermosa estátua sobre su hermoso pedestal. Lucha, no ya con el hombre, lucha con el destino, con las leyes generales de la naturaleza, con las leyes generales de la conciencia. Esta lucha del indivíduo con la ley inquebrantable, del hombre con el destino, de lo particular con lo general, es lo más trájico que puede ofrecer el arte. Por eso nació y murió allí en Grecia la trajedia. El personaje trá-

jico es castigado por sus acciones, aunque sus acciones no dependan de su voluntad, y así en su hermosa frente se reunen á un tiempo las negras sombras del crímen y la alba luz purísima de la inocencia. Aquellos héroes con las manos manchadas de sangre, son puros; aquellos asésinos de sus hijas, de sus esposas, de sus madres, son inocentes; mezcla sublime de horror y de grandeza, que no ha vuelto nunca á tener el arte. Sobre los horrores, sobre las terribles pasiones, sobre la negra noche en que están sumidos los personajes trájicos, se levanta siempre una voz de consuelo, de esperanza, de gloria, una música sublime, divina, que recuerda la justicia, la verdad, la hermosura, el amor: el coro, que es como el sol que flota sobre las nubes, como el concierto acompasado de los mundos, que canta sobre las frias tinieblas de la noche.

Mirad esta lucha gigantesca del hombre con el destino en la gran trilogía del gran Esquilo. Agamenon, en el mar irritado, que va á sorberse sus naves y su gloria, ofrece sacrificar á Neptuno la primer persona que se aparezca á sus ojos en las rientes riberas patrias. La primer persona que aparece es Efigenia, su hermosa hija, que coronada de flores, va á saludar á su padre. El padre cede al destino, y mata y sacrifica á su inocente hija, y le clava su puñal en el corazon, y la sangre virginal salpica su frente, y el alma de la hermo-

sa doncella se pierde en la blanca nube de humo que sube del sacrificio al cielo. Clitemnestra, la esposa de Agamenon, la madre de Efigenia, sacrifica á su esposo, venga á su hija. Orestes, el hijo de Agamenon, va á ofrecer un sacrificio á su padre, y el destino le dice que desgarre el seno de su madre, el mismo seno que le ha dado la vida, el mismo pecho que ha dado á sus labios la dulce leche. Orestes mata á su madre, y las Euménides, las Furias, con sus gritos horribles, con sus agudos gemidos, cubiertas de rojas llamas, con la cabellera de serpientes, le persiguen por las áridas riberas del embravecido mar. ¡Desgraciadas generaciones, terrible juguete del destino! Mas no creais que presentan solo esta faz, tambien presentan al hombre amenazando al destino. Prometeo encadenado, se revuelve contra Júpiter, escita al Océano y á los vientos para que vayan á tragárselo, y en medio del politeismo predica el destronamiento, la muerte del padre de los dioses. ¡Qué espantosa trajedia es el Prometeo! ¡Qué imágen tan fiel de los dolores de la humanidad! Los hombres, antes de la venida de Prometeo, andaban perdidos por la tierra. Oscuras cavernas eran sus viviendas, pobres yerbas su alimento. El rayo del cielo, como un vibrante látigo los azotaba; la tempestad, el huracan los perseguia y los arrastraba en sus ráfagas. El ahullido de todas las fieras, el rugir de los leones, el ma-

hullar de los chacales ponia miedo en el corazon de aquellos infelices hijos de la naturaleza. Las ráfagas del viento los estrellaba al querer andar contra los pelados picos de las montañas. Los volcanes se abrian bajo sus plantas para consumirlos y devorarlos. Ni siquiera sabian distinguir las estaciones, señalar la época en que vienen las flores ó las frutas, ó el helado invierno. La espesa noche de la ignorancia pesaba gravemente sobre sus almas. Los hombres parecian como los fantasmas pálidos y errantes de un sueño. Pero un dia. en medio de aquella desolacion, se levantó el profeta, el sabio Prometeo. Congregó á su alrededor los hombres dispersos, y les mostró, levantando su sagrada mano á los cielos, la eterna carrera de los astros, su nacimiento y su ocaso. Se inclinó á la tierra, y abriendo su seno, hizo brotar ante los ojos de aquellos desheredados de toda ciencia, el manantial fecundo é inagotable de la vida. Desgajó los árboles, y supo forjar los grandes instrumentos de labranza. Escarbó en el seno de los montes, y encontró como un arma inquebrantable, el hierro. Se lanzó sobre el toro, que salvaje bramaba por la selvas, y lo sujetó á la coyunda, tornándolo pacífico buey de los campos. Aprisionó los vientos y le dió al hombre alas para que volara sobre la superficie de los mares. Y no contento con esto, queriendo tambien iluminar la conciencia, al rayo del sol encendió una antorcha, para

abrasar en el fuego celeste, en la vida divina, el alma de los hombres. Entonces Júpiter, el tirano Júpiter, temeroso de que los hombres, creciendo así, pudieran tocar con sus manos al cielo, asestó su rayo contra Prometeo, lo derribó en el Cáucaso, le ató con fuertes ligaduras al monte, y envió un buitre para que le devorara las entrañas. El frio azotaba el desnudo cuerpo de Prometeo tendido en el Cáucaso, los rayos del sol herian sus ojos y su frente, las nubes rozaban sus cabellos, los copos de nieve quedaban prendidos de sus párpados, los volcanes herbian bajo sus espaldas, los lagartos, las víboras, las serpientes corrian sobre sus desnudos miembros, y en vano forcejeaba para libertarse de sus hierros, porque ni la muerte se condolía de su bárbaro tormento. En este martirio, Prometeo incita á la naturaleza contra Júpiter. El Océano le contesta, rugiendo sus olas alteradas como si quisiera escalar el cielo contra Júpiter. El beso de sus húmedas brisas, beso amorosísimo consuelan al mártir y enjugan el sudor de sangre que baña todo su cuerpo. Y aquel hombre, herido, azotado, tendido en un monte, víctima de todos los dolores, sin libertad; viendo al cielo conjurarse contra su vida, y gozar en su tormento, castigado por haber hecho la felicidad de los hombres, por haber exclarecido su conciencia y sujetado su naturaleza á la ley divina del trabajo, por haber hecho en su favor lo que ni siquiera habian

imaginado los dioses; aquel hombre, renegando de Júpiter, moviendo contra su poder los elementos, es la lucha gigantesta, sublime, divina, del hombre, que desea ser libre, con el impío y bárbaro destino. Y no solamente presentan la lucha del hombre con el destino, presentan al par la victoria del hombre sobre el destino. En verdad, señores, no significa otra cosa Edipo el de Sófocles. Edipo sabe que ha sido asesino su padre, esposo de su madre, hermano de sus mismos hijos. Cuando el oráculo le anuncia esta horrible nueva, el furor le posee, la desesperacion sacude como una gran corriente todo su cuerpo; loco, fuera de sí, rugiendo de rabia, rechinando de horror los dientes, exhalando fuego de sus ojos y de su garganta espantosos gemidos, pregunta por el lecho infame de la que fué á un tiempo su madre y su esposa, rompe con sus puños la puerta que le cierra el paso, entra en la estancia, se avalanza al lecho, encuentra á su madre, á la mujer que ha profanado con su impuro amor, tendida en el lecho, ahogada con las trenzas de sus cabellos, fria ya, exánime, y en tal momento, arrancado al manto de la reina el alfiler con que lo sostenia al pecho, se levanta con su mano izquierda los párpados, hunde el alfiler en los globos de sus ojos, que saltan como rotos cristales, y un mar de sangre y de lágrimas inunda el rostro de Edipo, que huye despavorido de Tebas bajo el peso del destino, abofe-

teado por las maldiciones de los dioses y de los hombres. (Estrepitos aplausos). Mas esta víctima del destino, triunfa en el Edipo Coloneo de su triste suerte. En el Edipo Coloneo se ve la redencion por el dolor, presentimiento cristiano en que no han insistido los trájicos modernos. El mismo dignísimo presidente de esta corporacion, el distinguido poeta, cuyas glorias literarias admiro y respeto, aunque no profeso sus ideas políticas, porque alguna diferencia ha de haber entre la ancianidad que se vá y la juventud que viene; el mismo presidente de esta corporacion ha escrito una admirable trajedia de Edipo representando solo, si bien con arte maravilloso, el Edipo Tebano, cuando la gran obra de Sófocles será siempre el Edipo Coloneo.

En el Valle de Colonna, cuyos montes impiden el frio viento en invierno, cuyos umbrosos árboles entrelazados con los anchos pámpanos ocultan los rayos del sol en el estío; allí, donde gustan habitar los ruiseñores, y abre al lado del jacinto su oloroso cáliz la flor del azafran y se extiende en mil paralelos arroyos por la verde grama el susurrante Cephiso, camina el ciego Edipo, apoyado en la hermosa Antígona, que abandona el amor y el poder por ser báculo de su padre; y allí Edipo, víctima del destino, se trasfigura por la muerte, se limpia con su dolor de sus manchas, y viene á ser el génio tutelar del delicioso valle.

Véase, pues, cómo la trajedia griega ofrece la lucha del hombre con el destino, y el triunfo del hombre libre sobre el destino. En esta última gran obra de Sófocles hay tambien, además de este presentimiento cristiano de la libertad, la casta, la ideal figura de Antígona. El mundo le ofrecia la dicha, el amor, y abandona el mundo. Por los valles, por los montes, sin temer ni al frio ni al sol, va sirviendo de apoyo á su padre abandonado de los hombres y maldecido por los dioses. Cuando el mundo entero se arruina sobre la frente de Edipo, cuando las cavernas de las fieras son su único asilo, cuando el cielo se torna de acero, implacable á sus ruegos, cuando hasta la misma naturaleza parece que le rechaza de su seno, aquella hermosa jóven, pura, virtuosísima, enjugando con sus besos las lágrimas de su padre, guiándole al través de los bosques, á orillas de los precipicios, entonando dulces cantares para arrullar su sueño, sin acordarse de su propia felicidad, atenta solo á la desgracia del que le ha dado el sér, despojándose de todos los encantos de la vida en el ara de un sublime sacrificio, aquella hermosa jóven, decia, parece un ángel enviado por el Dios de misericordia, para sostener en su terrible tormento al inocente mártir del paganismo. Mas no pára en esto el sacrificio de Antígona. Muerto su padre en Colonna sabe que sus hermanos Eteocles y Polinice han muerto tambien delante de

los muros de Tebas por un mísero trono. Y aún sabe otra nueva más fatal; los restos de Polinice no han encontrado sepultura. Las aves de rapiña, los osos de los montes se van á repartir los restos de su hermano; tremendo castigo, segun las ideas de aquel tiempo, castigo que equivalia á eterna muerte. El tirano Creon prohibe dar sepultura á Polinice. Antígona se dirige al campo donde yace insepulto el cadáver de su hermano, lo riega con sus lágrimas, lo estrecha contra su corazon, abre el seno de la madre tierra y le dá sepultura. Creon lo sabe, y manda comparecer á su presencia á la que ha osado desconocer su autoridad y desoir sus mandatos. Antígona entonces dice al tirano, que sobre las leyes de los hombres lucen las leyes de los dioses; que el cielo le imponia el deber de enterrar á su hermano, y ningun mandato de ningun rey es poderoso á contrastar los mandatos del cielo; que iba á morir, sí, pero á morir tranquila, porque habia satisfecho su conciencia; y en efecto, aquella mujer divina es encerrada en oscura caverna; aquella mujer, que habia dado la felicidad por su padre, dá la vida por su hermano, y aparece en el mundo antiguo como un ideal que se cierne sobre sus valles, sus mares y sus campos, viviendo vida más pura y duradera en la memoria de los hombres que los héroes y los dioses.

No existen solamente en el arte antiguo estos

trájicos; existe tambien Eurípides. Esquilo me parece un poeta divino, sus personajes tienen algo de olímpicos; Sófocles me parece el poeta de la humanidad, sus personajes son grandes símbolos morales; pero Eurípides me parece el poeta de la realidad, sus personajes, en mi sentir, tienen demasiado sobre sí los átomos del polvo de la tierra. El gran tipo creado por Eurípides, su tipo inmortal, es Medea. La maga, la hechicera, que ve á su amante unido á otra mujer, que se abrasa de celos, que manda presentes horribles á su infeliz rival y la ve morir contenta, y luego volviéndose á sus mismos hijos, cuyo aliento ha respirado tantas veces, cuyos besos ha recibido con tanto cariño, los desgarra y esparce sus miembros palpitantes por la tierra; aquella mujer será siempre un tipo de espanto y horror trájico.

La trajedia es sin duda la lucha del hombre con las leyes generales de la naturaleza y de la conciencia personificadas en el antiguo destino. Las grandes pasiones, los intereses elevados y las ideas sublimes deben ser la trama de la accion trájica. Los personajes suelen estar en armonía con la esencia de la accion trájica. Porque si la trama consiste en grandes ideas y grandes fuerzas morales, el personaje trájico es una idea viva, una fuerza moral tambien. Mas como las ideas y las fuerzas morales viven y se desarrollan en grandes y altas regiones muy superiores por más

de un concepto, á la vida real, y el personaje desenvuelve la trama de su existencia en la tierra; de aquí las terribles luchas, las dolorosas desgracias, los combates, las tempestades, las catástrofes, las muertes, los tristes desenlaces que necesariamente han de venir en la trajedia, para causar aquel horror sublime y aquella compasion que purifica y exalta nuestro espíritu.

La trajedia es, bajo este concepto, hija natural de Grecia. Aquel pueblo en su edad heróica porsonificó sus ideas morales y religiosas en héroes, en dioses. Los héroes y los dioses con sus pasiones humanas podian descender al teatro, y dar con su presencia á la accion un carácter divino. Se veia allí, en aquel teatro, lo que no es dado ver en nuestro gran teatro moderno; se veian allí las leyes generales de la conciencia y de la naturaleza puestas en accion obrando en la escena con su virtud propia; de suerte que para el espectador no habia nada ni invisible ni misterioso. El dios con que el héroe luchaba, podia descender al teatro, y no habia necesidad, cuando las luchas eran en fuerzas superiores á las fuerzas humanas, no habia necesidad de ver al héroe trájico persiguiendo fantasmas, ó cuando menos, principios invisibles, que no pueden interesar al que desea verlo todo plásticamente, como es propio de la esfera en que vive el arte. El destino quiere casi siempre realizar en la trajedia antigua el fin

propio del hombre. Lo que necesitaba Agamenon era salvar á Troya. En este punto el destino tenia razon, estaba en armonía con la vida toda del héroe. Mas para salvar á Troya, Agamenon necesitaba matar á su hija, á su Efigenia. Aquí entra la gran lucha del hombre, de la pasion del hombre con la ley general del destino. Si no mata á Efigenia, se pierde Agamenon, y con Agamenon su reino, y con su reino toda la Grecia. ¿Qué hacer? Si mata á Efigenia, eterno dolor va á caer sobre su corazon de padre. El hombre ¿qué quiere, el hombre individual, el buen padre? salvar á Efigenia. El república ¿qué quiere, el patricio, el rey? salvar á Grecia. ¿Quién vencerá á quién? El hombre pone sus pasiones individuales en armonía con la ley general de su vida, se doblega al destino. Y este es el gran interés que ofrece la trajedia griega. Hay otro elemento en la trajedia griega, que es de suma trascendencia y que dá un carácter propio á esta bellísima creacion del pueblo más artista del mundo; hablo del coro. Mientras los personajes se extravian ó se pierden, el coro pinta la virtud, recuerda el bien. Cuando el crímen mancha de sangre la escena, el coro entona un cántico de esperanza; cuando el héroe vacila, el coro le escita á la virtud; cuando duda, el coro le inspira fé; cuando todo parece perdido, el coro recuerda que existe la justicia; mientras el espectador calla, el coro siente los latidos de su

corazon, é interpreta su pensamiento y es su juicio. El coro es el pueblo griego, siendo objeto y sujeto á la representacion trájica, espectador y actor á un mismo tiempo.

Roma no conoció la trajedia, ni la necesita. ¿Qué personajes más trájicos que sus tribunos y sus emperadores? ¿Qué mayor teatro que el Foro? ¿Qué coro más grande y armonioso que el pueblo en el campo de Marte? ¿Qué desenlace más trájico que la muerte de sus grandes repúblicos? ¿Qué trajedia podia igualarse á los gladiadores, al Imperio? ¿Qué trájico ha llegado nunca á donde llegó el sombrío genio de Tácito? La trajedia de Roma es su historia. (Aplausos.)

Así como la trajedia es la lucha de la invidualidad del hombre con las leyes generales del destino, la comedia antigua es la lucha del indivíduo con lo particular, la pintura fiel de dos mil tropiezos que en su camino encuentra el hombre para cumplir su fin. La comedia de Aristófanes será siempre lo que es hoy la prensa; el gran arma con que el espíritu público persigue á los malos gobiernos, el gran tribunal donde aparecen las faltas de los repúblicos. No hay que hacerse ilusiones. En los pueblos libres, á medida que crece la libertad de los ciudadanos, disminuye la libertad de los gobiernos. Conforme el hombre ensancha su esfera de accion, el poder la restringe y la limita, la opinion pública es la reina de

esos gobiernos, la opinion pública busca el equilibrio, como las aguas, y su equilibrio se encuentra en la libertad. Tampoco hay que engañarse sobre la naturaleza de la libertad, ni desconocer su verdadero carácter. La libertad es celosa y recelosa. No cree ni puede creer en la infalibilidad, ni de los gobiernos, ni de los repúblicos, ni de los poetas. La libertad política no cree sino aquello que su razon le ha mostrado bueno. Y por eso la política libre de la antigüedad tenia su comedia, como una especie de juicio público, al cual eran citados los grandes generales, los grandes poetas, los oradores, los gobernantes, los filósofos, los partidos; y todos allí, á la luz y al aire libre, hacian exámen de conciencia, confesaban sus culpas, ponian de manifiesto sus contradiciones, sus debilidades, y llevaban el condigno castigo. Y yo lo digo con franqueza, señores, dado que no seamos ángeles, prefiero este juicio público, muchas veces injusto, al silencio sepulcral, que pesa horriblemente sobre los desgraciados pueblos que son esclavos. La libertad, como es la ley de nuestra naturaleza, encuentra en sí misma su verdadera norma, su verdadera razon.

Aristófanes, con una gracia inimitable, con una facilidad en el diálogo nunca bien alabada y encarecida, con una intencion más ó ménos recta, con un grán amor á las tradiciones antiguas, á la antigua religion, pinta magistralmente, sin

que haya tenido rival, las mujeres, que ansiosas de emanciparse y de gobernar la repúbllca, abandonan los quehaceres domésticos, y mientras pronuncian calorosos discursos, dejan que se agujeree la ropa de sus maridos y de sus hijos; (Risas) los poetas, que han abandonado el Olimpo, y la grande historia heróica para gozarse en pintar las miserias humanas, y la fria realidad del mundo; los ricos que insultan con su lujo mal ganado en las guerras civiles, el hambre y los arapos del pueblo; (Aplausos) los celos y recelos de los partidos democráticos, que á cada instante creen ver en sus grandes oradores, en sus grandes tribunos, apóstatas y traidores; las mañas de los hombres que dirigen la república, muy largos de promesas en la desgracia, muy cortos para realizarlas en el poder; los oradores, que cuando necesitan gloria y nombradía, llaman rey, soberano al pueblo, y cuando ya han conseguido esa gloria y esa nombradía, la venden al poder; y llaman al pueblo vil canalla; (Aplausos) los generales, que creen que por llevar una espada todos les deben la vidá, espada que hoy desenvainan por la libertad, que mañana desenvainan por la tiranía, que desenvainan siempre por su propio poder, (Risas y aplausos) vicios todos muy comunes allá, señores, en tiempo de Aristófanes. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

Aristófanes detesta la democracia ateniense.

Para él nada hay más ridículo que los recelos del pueblo. En una de sus comedias se queja de que no es hacedero á nadie libertarse de la gran sospecha de aspirar á la tiranía. Hace cincuenta años, dice, no se oia en Atenas la palabra tiranía. Hoy es más comun que el salazon en el mercado. Si uno va á comprar buen pescado y se acerca á un puesto, dicen los demás vendedores; va ahí á comprar caro porque quiere alimentarse á lo tirano. Si acertais á preguntar si hay puerros para hacer una ensalada de anchoas, inmediatamente la verdulera, mirándoos de reojo, exclama: aspirais á la tiranía, cuando con tan delicados manjares quereis alimentaros. Mas al mismo tiempo que ridiculizaba estos recelos, propios de un pueblo que ama sobre todo su libertad y su derecho, y está muy escarmentado de los antiguos tiranos, al mismo tiempo combate en las nubes las tendencias de los filósofos á combatir el paganismo. Allí es de ver la inagotable gracia con que se rie de las argumentaciones dialécticas; los coros de nubes, á que compara las ideas del filósofo el estupor de un discípulo, que ha perdido el hilo de su meditacion, merced á un imprudente portazo; las preguntas de un patan sobre la esencia de la filosofía; las terribles iniciaciones por donde ha de pasar el que desee entrar en el templo misterioso de la ciencia. El nombre de Aristófanes irá siempre unido al martirio de Sócrates. Antes que el Areó-

pago presentara al gran filósofo la copa de veneno, el cómico le habia ofrecido ya la copa de amarga hiel, la risa del pueblo. Aquellas carcajadas, sin embargo, eran el estertor del paganismo ya moribundo, al paso que la muerte del anciano Sócrates era como el sueño tranquilo de un niño, que repara sus fuerzas en una cuna de flores. Aristófanes, para responder al sentimiento del pueblo, debia pintarle con horror los graves males de una filosofía que el pueblo no alcanzaba á comprender. Es muy fácil que el sentimiento diga ciegamente: eso es mentira, lo crea el sentimiento. Es muy difícil que la razon examine friamente una proposicion, una doctrina, y la aquilate, la comprenda y la juzgue despues de maduro exámen. El cómico mató al filósofo. Pero harto ha pagado su crímen con las maldiciones que han caido sobre su memoria. La verdad es que Aristófanes defendia las tradiciones de Atenas, la justicia, la religion de su patria; por eso, si á la luz de la razon universal es culpado, á la luz de las ideas de su tiempo, al condenar á Sócrates condenaba la eterna verdad, pero defendia la fé de su pueblo. Me he detenido, señores, sobre este punto para que se vea la influencia, el poder omnímodo que gozaba lo comedia en el mundo clásico; influencia y poder incontrastables. En Aristófanes lo que principalmente estalla, lo que mueve en realidad á risa, es el antagonismo evidente que

hay entre la grandeza de la República, de la ley, de las instituciones, y la pequeñez de los hombres; la grandeza de la religion, del culto de los antiguos dogmas, y la pequeñez de los dioses mismos; porque hasta á los pobres dioses alcanza el alma del ridículo.

Aristófanes al mismo tiempo que critica la política, la filosofía de su patria, critica severamente á los poetas. En las *Ranas* presenta á Esquilo y á Eurípides, que aplica el verso ligero y breve á la gran trajedia antigua; que ha empequeñecido todos los grandes personajes antiguos; que ha hecho lo poético prosáico, lo maravilloso vulgar, lo sublime rastrero y pequeño. En esto merece, señores, el cómico todo mi aplauso. Él reina en el mundo real, en el mundo de la prosa, y quiere que el poeta verdaderamente trájico, reine en el mundo ideal, en el mundo de la poesía. Este mal del realismo, que Aristófanes veia tan recrudecido en su tiempo, es mal tambien de nuestra sociedad, tambien de nuestro tiempo. El arte, la poesía deben completar lo eterno, lo esencial, lo que está más allá del espacio y dura más que el tiempo, la idea; sí, la idea incondicional y absoluta, superior á la fugaz corriente de los hechos y de los fenómenos en el mundo y en la naturaleza. La trajedia es lo general, la comedia lo particular, lo individual.

En Roma no podia existir, señores, el género

de comedia política. No era posible. Hasta en es-
los mismos accidentes échase de ver, y es de ad-
mirar, cómo Roma, la nacion más impiamente ló-
gica de toda la historia, era fiel á las ideas funda-
mentales de su vida. Roma, cuyo gobierno tenia
algo de la augusta grandeza de Oriente, no podia
consentir qne sus grandes repúblicos fueran ridi-
culizados en el teatro. Tiene la Ciudad Eterna dos
poetas cómicos. Pero estos dos grandes poetas có-
micos son las dos fases de su vida, los dos aspec-
tos de su política. Plauto es apasionado como la
plebe; Terencio culto como la aristocracia. El pri-
mero bajo sus personajes griegos, encierra el
pueblo rey; el segundo muestra las preocupacio-
nes de la aristocracia. Por eso el pueblo defiende
y aplaude á Plauto en el teatro como á sus tribu-
nos en la plaza pública. Y la aristocracia de-
fiende y aplaude á Terencio en el teatro como á
sus cónsules y á sus pontífices en el senado. Y hé
aquí una prueba más de lo fiel que es la literatu-
ra al espíritu de su sociedad y de su tiempo.

La poesía clásica, el arte clásico que habia
mostrado todas las brillantes fases del espíritu,
que habia recorrido todos los grados de la vida,
tenia sobre sí una sentencia de muerte. La ley
del mundo clásico era la armonía entre la forma
y el fondo, entre el espíritu y la naturaleza. La
forma de arte, que rompiera esta armonía, debia
preparar el tránsito del mundo moderno, del arte

clásico al arte cristiano. Este género de poesía era la sátira; sí, la sátira, que representaba sus tres grandes personificaciones en Horacio, Juvenal y Persio. La oposicion entre la conciencia y el mundo, entre la moral y la sociedad, entre el espíritu y la naturaleza, entre la forma y el fondo, es la esencia de la sátira. El arte clásico va á morir; en nuestras sucesivas lecciones asistiremos á su lenta y congojosa agonía. La oposicion entre la sociedad y el ideal humano es cada vez más grande en la sátira, creacion propia de los poetas romanos. La armonía de la forma, del fondo, del espíritu y de sus manifestaciones, rota en la sátira, debia ocasionar un nuevo arte. Nunca se descompone en la conciencia y en la historia una idea que no produzca otra idea; como no se descompone una sustancia en la naturaleza, sino para dar de sí otra sustancia, otra nueva vida. La sátira indica que el elemento espiritual predomina al sensible, que el alma se disgusta del mundo en que vive y torna sus ojos á otro mundo más alto, en pos del verdadero ideal de la justicia y de la hermosura. El arte antiguo, tan puro y tan grande, se deshace, se descompone en la prosa de la sátira, en la cual se manifiesta el cáncer que devoraba las entrañas de aquella sociedad, y su corrupcion y la ruina de todos sus elementos y muerte. Horacio tiene un carácter profundamente satírico. El hastío que le causa la vida de Ro-

ma en comparacion con los sueños de su mente, ó con el recuerdo de otros dias de la patria historia, es de un efecto mágico y sublime; porque parece que se oye en su cuna, apenas recien-nacido, el primer estertor de la agonía del Imperio. Persio, sucesor de Horacio, jóven, más bien que el pintor que traza un cuadro es el moralista que dogmatiza sobre lo olvidados que andan de sus deberes los hombres. Juvenal persigue incansable con su látigo siempre levantado los vicios de su sociedad y de su tiempo. Mas por cualquier lado que se examine, se verá que la sátira es el signo de la inevitable descomposicion de aquella sociedad y de aquel arte.

Resumamos, señores, nuestras ligeras observaciones. El arte simbólico es como el Oriente, el arte del sentimiento, el arte de la naturaleza. En este gran género de arte, el mundo exterior es el único tipo á que se ajusta el artista. La creacion es el ideal que flota á los ojos del poeta, inundado de luz, de vida, de colores. Lo mismo sucede con toda la vida de Oriente; sus dioses son fuerzas del universo, sus religiones grandes sistemas cosmogónicos, su política la teocracia, y su esencia social la bárbara casta. Mirad cualquiera de estas fases de la vida del Oriente, y encontrareis en todas una misma idea; encontrareis en todas la unidad del alma, como en nuestras diversas facultades vemos la unidad de la inteligencia.

Pero un dia, el arte simbólico se descompuso, tendiendo á la escultura clásica de Egipto, á la enseñanza moral, independiente de la religion, por medio del apólogo. Entonces ya presagiaba el arte simbólico el nacimiento del arte clásico; ó mejor dicho, el arte oriental llevaba en sí el arte griego. Así como el Oriente es predominio de la naturaleza sobre el hombre, Grecia es la union amorosa del hombre con la naturaleza. Y como el arte es el reflejo de la sociedad, el arte clásico es tambien la union de la idea y de la forma, del espíritu y su manifestacion en deliciosa armonía. Este es el carácter de toda aquella civilizacion; armonía entre los dioses y los hombres, entre la moral y la conciencia, entre las leyes y la religion, entre el Estado y el ciudadano, entre el espíritu y el cuerpo; armonías en todo como sucede en sus bellísimas artes. ¡Cuán cierto es, señores, que el espíritu humano es uno en esencia, y que el Estado, el derecho, el arte, la ciencia no son más que la série maravillosa de sus manifestaciones! Cuando el mundo romano aparece, el arte antiguo siente un desequilibrio en sus elementos. El espíritu, que en Grecia se encierra tan fácilmente en las formas, en Roma supera á las formas. El pensamiento del hombre ha crecido más, mucho más que su manifestacion. La armonía entre el fondo y la forma se rompe, porque el espíritu romano, al hacerse universal y humanitario,

presintió la venida del Cristianismo. Pero donde se conoce muy especialmente esta gran trasformacion es en la sátira, y en Horacio, su eterno modelo. Y hay oposicion entre el espíritu y la forma, entre la conciencia y el Estado, entre la ley y las costumbres, entre la moral y los códigos, entre el alma humana y el mundo; oposicion de que necesariamente ha de provenir la muerte del clasicismo. Así en el desarrollo del espíritu humano sucede lo mismo que en la naturaleza. *Natura non facit saltus*, dicen los naturalistas. El espíritu, de la misma suerte no pasa de una idea á otra idea, de una edad á otra edad, de una faz de su vida á otra faz, sino por medio de lentas y sucesivas gradaciones, que hacen de toda su vida como una misteriosa cadena, ó hablando más científicamente, como una no interrumpida série. Por eso descompuesto por su propia virtud el arte clásico, vino el arte cristiano. En el arte oriental el espíritu está sometido á la forma; en el arte clásico el espíritu y la forma se identifican; en el arte cristiano la forma, la naturaleza se somete obediente al espíritu. En Asia el ideal es la naturaleza, en Grecia el ideal es el hombre, en el mundo moderno el ideal es Dios. Por eso en Asia la forma es grande y monstruosa, en Grecia es armónica y bella, y en el Cristianismo la forma ni alcanza ni puede alcanzar jamás á la grandeza de la idea. El arte cristiano será el del amor infi-

nito, el de la tristeza inextinguible, el de las eternas aspiraciones, el arte en una palabra, que se perderá como un ángel en el cielo. Ya veremos, señores, en las sucesivas lecciones este carácter del arte en el Cristianismo.

He concluido, señores. Si mi débil voz pudiera ser oida de los poetas, de esos privilegiados séres que llevan en su frente una corona de luz y en sus labios el néctar purísimo de una idea divina, les aconsejaria que pararan mientes en este cuadro; que consideráran como los poetas han sido grandes por ser fieles al espíritu de su siglo, que no se empeñáran en resucitar cadáveres, en vivir en el fondo del polvo de los siglos que ya han muerto, que ya han pasado; que vieran como los grandes triunfos de la industria, los pasmosos progresos de la razon humana, la conciencia más clara que de Dios y de su providencia y de la religion tiene este siglo, las conquistas de la libertad, el reinado del derecho, el profundo sentimiento humano, el ruido que hacen las cadenas de los siervos al fundirse y quebrarse merced al grande y poderoso influjo de la civilizacion, nuestras pasmosas tempestades morales, todo lo que hay de hermoso en nuestro siglo, debe inspirar al poeta; y si no recordad un ejemplo reciente, que es una gran enseñanza; recordad que mientras los poetas que han cantado sus sentimientos livianos, sus amores egoistas, mueren en el olvi-

do, Quintana coronado en vida, llorado universalmente en muerte, perpetuado en mil imágenes en nuestras calles, en nuestras plazas, y grabado indeleblemente en el agradecimiento del pueblo, dice, que hay una voz que no se pierde, un canto que no se extingue, la voz y el canto que se consagra á hermosear y defender la santa causa de Dios, de la libertad y de la patria.—He dicho. (Aplausos prolongados.)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE.

CURSO PRIMERO.

Leccion primera.

INTRODUCCION.

Causas ocasionales del curso.—Deberes de las presentes generaciones.—Diferencia entre las pasadas generaciones y las presentes.—Objeto de las lecciones.—Elementos que componen la civilizacion en los cinco primeros siglos de nuestra era.—El Cristianismo.—Grecia y Roma.—Los bárbaros.—Ley general histórica.—Progresos de todas las ciencias.—Objeto de la historia.—Elementos componentes del hombre.—Elementos complementarios del hombre.—La familia.—La patria.—La humanidad.—Tipo de la sociedad y de la humanidad.—Facultades del hombre y su desarrollo en la historia.—Sentimiento.—Imaginacion.—Entendimiento.—Razon.—Leyes de la naturaleza humana.—Fines del hombre.—Fin moral.—Fin religioso.—Fin social.—Resúmen de todos los fines del hombre.—El espíritu humano como protagonista de la historia.—La libertad como instrumento del espíritu.—Camino del hombre hácia la libertad.—Dios.—Su providencia.—El progreso.—Su enlace con las leyes de la naturaleza humana.—Contestacion á varias objeciones contra la ley del progreso.—El progreso es de origen cristiano.—Ideas de los antiguos sobre el progreso.—Ideas de progreso encerradas en el Evangelio.—El progreso, segun San Pablo.—El progreso, mostrado por la Ciudad de Dios de San Agustin.—El progreso católico reconocido por Augusto Comte.—Palabras de Ozaman sobre el progreso.—La filosofía exclarece la idea del progreso.—Maravillosa fé de Condorcet.—Problemas

que habia planteado la filosofía antigua.—Su resolucion por el Cristianismo.—Resúmen del objeto de las lecciones.—Consideraciones sobre los cinco primeros siglos del Cristianismo.—Conclusion.—Fin moral á que debemos encaminarnos en estas lecciones. 1

Leccion segunda.

LA CIVILIZACION ROMANA.

Roma.—Elementos que entran á componer su civilizacion.—El Oriente.—Su idea política y social.—Grecia.—Su idea política y social.—Paralelo entre el Oriente y Grecia.—Leyes de la civilizacion romana.—Union de Oriente y Grecia en Roma manifestada por sus orígenes, sus pueblos, su religion, sus leyes, sus símbolos, su literatura.—Constitucion de la ciudad.—Constitucion de la familia.—El patricio.—El cliente.—Primer época del patriciado.—Sus reyes.—Sus sacerdotes.—Segunda época del patriciado.—El guerrero.—Tendencias del patriciado á la casta.—Imposibilidad de plantear esta idea en Occidente.—Lucha entre patricios y plebeyos.—Estado del pueblo desde la caida de los reyes.—Su retirada al monte Aventino.—Nacimiento del tribunado.—La aristocracia y la democracia romanas.—Trascendencia del pacto entre patricios y plebeyos.—Tendencias de los plebeyos.—Los comicios por tribus.—el derecho escrito.—Las leyes de las XII Tablas.—Exámen de los elementos que las componen.—Las fórmulas de la jurisprudencia.—El *Jus connubium*.—Triunfo de los plebeyos sobre los privilegios políticos y los privilegios religiosos.—Conquista del mundo por Roma.—Lucha interior.—Principio de la revolucion social.—Estado de Roma al principiar estas guerras.—Decadencia del pueblo y de los nobles.—Privilegios de los ricos.—La constitucion romana basada en el oro.—Los Gracos.—Su significacion política y social.—Tiberio Graco.—Su vida y su muerte.—Cayo Graco.—Su carácter.—Su muerte.—Estado de la lucha social despues de la muerte de los Gracos.—Mario.—Su carácter.—Mario como guerre-

ro.—Mario como político.—Reformas propuestas y malogradas en tiempo de Mario.—Sila.—Su carácter.—Sus pensamientos políticos.—Estado de la lucha política y social despues de la muerte de Mario y Sila.—Pompeyo.—Su idea política y social.—Su carácter.—Ciceron.—Idea que representa.—Su carácter.—Impotencia de los caballeros para dirigir la República.—Catilina.—Su significacion filosófica, política y social.—César.—Su carácter.—César como hombre.—César como guerrero.—César como repúblico.—César como representante de una nueva idea política y social.—Proyectos de César.—Muerte de César.—Significacion de Caton frente á frente de César.—Antonio.—Su carácter.—Augusto.—Su carácter.—Antonio en Oriente.—Alta trascendencia política de los amores de Cleopatra y Antonio.—Triunfo definitivo de Augusto.—El Imperio. 47

Leccion tercera.

APARICION DEL CRISTAINISMO.

Idea de la religion abrazando todo el espíritu.—Consecuencias que habia dado el paganismo.—Descomposicion del mundo antiguo.—Del Estado.—Del derecho.—De la moral.—De las costumbres.—De la filosofía.—Del arte.—Del paganismo.—Necesidades que habia mostrado al descomponerse el mundo antiguo.—Reflexiones preliminares á la aparicion del Cristianismo.—La historia.—El pensamiento.—Leyes del pensamiento.—Exámen de la ley de contradicion en la naturaleza, en la conciencia, en la historia.—Armonías de estas contradiciones.—Las dos razas antinómicas en la historia antigua.—Ideas de la raza indo-europea.—Ideas de la raza semítica.—El Cristianismo como solucion de todas las grandes oposiciones históricas.—Consideraciones sobre la influencia social del Cristianismo.—Estudio de la idea bíblica.—Carácter del pueblo escogido.—Evoluciones de su historia.—El profeta.—Espíritu político y religioso de los profetas.—Constancia del pueblo hebreo.—Jesucristo como Dios y como hombre. 109

Leccion cuarta.

IMPERIO ROMANO.

Juicio sobre el Imperio.—Condenacion del despotismo.—Camino que siguen las ideas en la historia.—Necesidad que tenia la civilizacion de la unidad del mundo.—Importancia de la República romana para lograr este fin.—Las aristocracias y las democracias.—La democracia romana en el Imperio.—Razones que abonan el nacimiento del Imperio.—Razon filosófica.—Razon política.—Razon social.—Nivelacion de las clases por el Imperio.—Nivelacion del mundo por el Imperio.—Razones que abonan el Imperio en la esfera del derecho.—Cómo el Imperio iguala el derecho.—Cómo hace el derecho esencialmente humanitario.—El Imperio como la realizacion del ideal clásico.—Grecia y Roma.—Régimen militar y civil de Roma.—El Imperio considerado como una preparacion á los nuevos tiempos.—El Imperio como un ideal en la Edad media.—Historia del Imperio.—Estado del mundo al subir Augusto al Imperio.—Augusto.—Su carácter.—Sus reformas políticas y sociales.—Tiberio.—Epoca de Tiberio.—Calígula.—Ojeada general á la época del Imperio.—Aplicaciones de esta historia á nuestro estado político y social. 145

Leccion quinta.

EL CRISTIANISMO Y EL ORIENTE.

El Oriente y Jesucristo.—La libertad y la religion.—Necesidad de una religion.—Verdad del Cristianismo.—La religion tiene influencia política y social.—Vida de Jesus.—Ideas fundamentales del Cristianismo.—Dios en el Oriente y en el Cristianismo.—La idea de la Providencia en el Cristianismo y en Oriente.—El Verbo en el Oriente y en el Cristrianismo.—El sacerdocio oriental y el apostolado cristiano.—El hombre en el Oriente y en el Cristianismo.—La li-

bertad en el Oriente y en el Cristianismo.—El orígen del hombre en las teogonías orientales y en la religion cristiana. — Trascendencia manifiesta del dogma del orígen del hombre en la sociedad.—La aristocracia oriental.—El pária.—Dogma de la inmortalidad del alma en las religiones antiguas y en el Cristianismo.—Moral cristiana.—Base de la moral cristiana.—Carácter social de la ley de moralidad en el Cristianismo.—Division del poder temporal y del poder espiritual.—Ejemplo de esta division en Teodosio.—Conclusion. 197

Leccion sexta.

LA FILOSOFIA GRIEGA.

Importancia de la filosofía griega.—Comparacion entre el espíritu y la naturaleza.—Causas de la decadencia de nuestro espíritu filosófico.—Espíritu religioso del Oriente y espíritu filosófico de Grecia.—Division de la filosofía griega.—Edades de la ciencia y su relacion con las edades del hombre.—Primera edad de la filosofía griega.—Filosofía jónica dinámica.—Thales de Mileto.—Anaximenes de Mileto.—Heráclito.—Filosofía jónica mecánica.—Anaximandro, Anaxágoras.—Descomposicion de la filosofía jónica, —Filosofía pitagórica.—Su fundador.—Comparacion entre la escuela jónica y la escuela pitagórica.—Escuela eleática.—Xenófanes.—Parménides de Elea.—Zenon de Elea.—Descomposicion por la dialéctica de la escuela pitagórica.—Los sofistas.—Demócrito.—Georgias.—Algunas consecuencias saludables del advenimiento de los sofistas.—Sócrates.—Su doctrina y su vida.—Consecuencias de su doctrina.—Escuelas imperfectas socráticas.—Escuela de Megara.—Escuela cirenáica.—Escuela cínica.—Escuelas perfectas socráticas.—Platon.—Aristóteles.—Paralelo entre Aristóteles y Platon.—Carácter social de toda la filosofía griega.—El epicureismo.—El estoicismo.—El estoicismo y Roma.—La escuela de Alejandría.—Sus ideas fundamentales.—Sus ensueños.—Su carácter.—Roma y Alejandría.—Resúmen.—Defensa de la razon humana. 239

VI

Leccion sétima.

EL ARTE CLÁSICO.

Idea de la civilizacion.—El poeta.—Definicion del arte.—Naturaleza del arte.—La gloria del poeta.—De las contradiciones humanas se derivan las ciencias y las artes.—Necesidad del arte.—El arte refleja la sociedad.—Gradaciones por que pasa el arte en Oriente, en Egipto, en Grecia.—Descomposicion del arte oriental.—Nacimiento del arte griego.—Significacion de Grecia en la historia del mundo.—Naturaleza del arte clásico.—Por qué Grecia produjo el arte clásico.—Sistemas de arte.—La obra de Dios.—La obra del hombre.—La arquitectura en Oriente.—La arquitectura en Grecia.—Orden dórico.—Orden jónico.—Orden corintio.—La arquitectura en Roma.—La escultura.—Por qué en Oriente no hay verdaderamente escultura.—La escultura es verdaderamente griega.—Carácter de la escultura romana.—La pintura.—Naturaleza de la pintura en el mundo clásico.—La música.—El mundo antiguo es esencialmente músico.—Resúmen de las gradaciones que recorre el espíritu en todas las artes.—La poesía.—Naturaleza de la poesía.—La poesía lírica.—La naturaleza.—Orfeo.—Píndaro.—Ovidio.—Horacio.—Reflexiones sobre la naturaleza de la poesía lírica.—Poesía épica.—Su naturaleza.—La poesía épica en Grecia.—La Iliada.—Su significacion social.—La poesía épica en Roma.—La Eneida.—Su significacion social.—Paralelo entre Homero y Virgilio.—Los cantores de la naturaleza.—Hesiodo.—Lucrecio.—Virgilio.—Teócrito.—El teatro.—La trajedia griega.—Esquilo y sus trajedias.—Sófocles y sus trajedias.—Eurípides y sus trajedias.—Reflexiones sobre el teatro griego.—Causas por que no exista la trajedia en Roma.—La comedia.—Su naturaleza.—Aristófanes.—Por qué no existe la comedia política en Roma.—Distinta significacion de Plauto y Terencio.—Descomposicion del arte clásico.—La sátira.—Resúmen.—Conclusion.